

Selección RNR

CAMILLA MORA

*Despertar
a tu lado*



Despertar a tu lado

Camilla Mora



1.^a edición: abril, 2017

© 2017 by Camilla Mora

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-711-5

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Nota de autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Promoción](#)

Nota de autora

Quisiera comenzar con una aclaración: esta novela no está traducida. Lo que encuentren en ella es completa y totalmente por mi causa.

Algunos sabrán, y otros quizá no, y de ahí la confusión, que soy argentina, por lo tanto, es un país de habla hispana. Trato de dejar de lado los latinismos cuando escribo, pero a veces parece que se me escapan sin que me percate de ello. Por eso es que dedico estas breves palabras a defender a la supuesta traductora a la que se ha culpado de una traducción inexistente en los comentarios de las dos novelas previas que componen esta serie.

Además, hay que tener en cuenta que hay ciertas palabras que en un país y en otro pueden tener significados diversos, pero a mí eso no me limita para poder apreciar una historia y espero que a ustedes tampoco. Como siempre, saben que los comentarios, tanto positivos como negativos, aunque estos últimos prefiero que sean constructivos, son siempre bienvenidos y que me encanta saber cómo lo han pasado con mis historias.

También quisiera confesar que es la primera vez que escribo sobre un amor entre dos personas del mismo sexo y que espero haberlo hecho con el respeto y profundidad que se merecen. Quise adentrarme en algunos de los inconvenientes que pudieran encontrarse a lo largo de sus vidas, tanto darse cuenta de sus sentimientos, aceptarlos y... no me sale otra palabra más que abrazarlos. También quise dar un pequeño pantallazo de lo duro que puede llegar a ser no ser aceptado como uno es y lo difícil que es cuando no te aman como eres. Algo que debe quedar siempre en claro es que el amor no pone condiciones, te aman o no lo hacen.

Entonces una pequeña advertencia para respetar a todos y cada uno con sus diferencias: esta es una historia de amor entre dos hombres, por lo que deben esperar que haya descripción de los sentimientos que comparten y que se detallen las relaciones amorosas que disfruten. Si algo de ello puede llegar a molestar, sugiero que no continúen la lectura. Pero entre nosotros, no saben lo que se pierden. Nick y Brian... uff, ¡me encantan!

Prólogo

Nick saludó con un breve ademán de la cabeza a Astor y Lenox, o como los llamaban en la actualidad, Paciencia y Fortaleza. Odiaba a esos leones aristocráticos de postura autoritaria, con barbilla en alto, que observaban al resto con altivez. Poseían un rostro insondable, falto de emoción y sentimiento, como si nada en el mundo pudiera afectarlos y se sintieran superiores a todo aquel que pasara por su lado. No por nada estaban moldeados en un material frío como la piedra.

Subió los cinco escalones hasta cruzar entre ellos y continuar a paso aletargado hacia la entrada de aquel lugar que en otro tiempo había sido su santuario, aquel al que huía luego de la escuela a refugiarse entre libros, donde nadie se metía en sus asuntos ni lo acosaba por no ser igual al resto. Ahí era donde se encontraba con él, ese muchacho que poseía sus mismos anhelos y que compartía su mismo amor, o al menos eso había supuesto.

Giró y observó a las personas sentadas en las sillas de hierro desperdigadas en el patio, a los lados de la entrada. Algunos contemplaban la majestuosidad de la construcción y trataban de guardar pruebas en sus cámaras fotográficas, mientras otros tan solo pasaban el rato, como algún tiempo atrás había hecho él.

Alzó la mirada a ese edificio diseñado en un estilo Beaux-Arts, cargado en desmesura para su gusto con esa combinación de barroco y rococó; no comprendía cómo podía inspirar tanta admiración una arquitectura tan grotesca.

Entró de lleno en la grandiosidad del Hall Astor, decorado en mármol blanco al completo, tan presuntuoso que lo asqueaba.

Subió los peldaños hasta arribar a la tercera planta. Se detuvo frente a las puertas de la sala de lectura principal, sus ojos leyeron las palabras de John Milton: «Un buen libro es la preciosa sangre de vida de un espíritu superior, embalsamado y atesorado con el propósito de una vida más allá de la vida». Él también había atesorado los libros y lo habían transportado a vidas más allá de la suya, había pasado horas encerrado en esa habitación quemándose las pestañas, en las que saltaba a múltiples existencias.

Empujó con fuerza las enormes puertas de madera y fue como si ingresara al

inframundo a enfrentarse con el mismísimo Hades en cuanto los recuerdos de la adolescencia lo colmaron.

La claridad que entraba por las enormes ventanas a los lados parecía convertir las largas mesas de madera de roble en tablas de puro fuego, lo que lo hizo temer falsamente por la subsistencia de los lectores acomodados por todo el salón. En cambio, en el cielo raso se mostraban murales dramáticos de un cielo vibrante con nubes ondulantes, como si se aseguraran de evidenciar el contraste entre lo celestial y la oscuridad a la que estaba condenado.

Aún recordaba el salir corriendo de la escuela para encontrarse con él en esa sala, sentarse uno al lado del otro y hacer de cuenta que leían tan solo para hablar en voz apenas perceptible. Era su lugar de encuentro preferido, sin embargo, en aquel entonces el sitio tenía otra apariencia a su mirada. Recién percibió el verdadero ser de ese diabólico lugar cuando se percató de que no todos estaban hechos para enfrentar quiénes realmente eran en su interior y dejar que el resto los viera. Aún podía escuchar las risas de sus compañeros de clase, a las que se le unió su supuesto novio, burlándose de él por no esconder sus preferencias. Había dolido, y demasiado, el ver cómo el muchacho que hasta hacía unos minutos le había profesado amor eterno se había puesto del lado de sus prejuiciosos enemigos para no ser descubierto. Su corazón se había roto en miles de pedazos y había jurado no volver a pisar ese maldito establecimiento, y no lo había hecho hasta ahora.

Ese día fue el de su caída y el de su resurgimiento con aún más fuerza, como un fénix. No solo habían bastado las risas, sino que sus compañeros no habían tenido ningún miramiento en dejarle en claro su posición a través de los puños. ¿Y el muchacho al que tanto había amado? Este había colaborado a su ataque en pos de no delatarse. Había terminado hospitalizado, y su padre se había enterado de su condición sexual.

El hombre que le había dado la vida había aparecido en el rellano de la puerta de aquella habitación tan blanca como el papel para encontrarse a su hijo cubierto de moretones azulados y pequeñas banditas adhesivas en el rostro. Se había acercado a él con aquel aire majestuoso y autoritario. Lo observó con los párpados entrecerrados, cansino y defraudado, con su barbilla siempre en alto que denotaba su sensación de superioridad. Se había detenido al pie de cama y había dejado caer esas malditas palabras sobre él: «No han hecho un buen trabajo». Simple, conciso y directo, así era su padre.

Si creía que antes le habían clavado un puñal en el pecho, los dichos de su

progenitor fueron como si alguien le removiera el arma blanca con violencia y matara lo poco que le quedara dentro.

Sacudió la cabeza y retornó al presente, donde ya no era ese chiquillo inseguro.

En ese momento se dirigía al extremo sur. Tenía que realizar una consulta a las bibliotecarias sobre un libro en particular para una de las campañas publicitarias. Si no fuera porque Alex, su jefe, le había encomendado la tarea y que, además, ya era un adulto como para verse perseguido por viejos fantasmas, nunca hubiera vuelto a poner un pie en ese funesto mausoleo que comprendía la Biblioteca Pública de Nueva York, en donde entregó su corazón y fue pisoteado por primera vez como a una cucaracha.

Capítulo 1

Detuvo el automóvil frente a la casa de estilo colonial sobre la avenida Edgewood, en Larchmont. Apagó el motor, sin embargo, no hizo ningún movimiento que sugiriera que se disponía a salir.

¿Estaría dentro? Era la pregunta que se realizaba cada vez que tenía un evento o planeaba una salida con sus amigos. ¿Esta vez vendría Brian? La anticipación por verlo lo volvía loco; la incertidumbre de no saber si esa sería la oportunidad en la que se lo encontraría cara a cara lo corroía por dentro. ¡Cuánto extrañaba contemplar su semblante! Aunque no fuera más que para que le dedicara una de sus miradas airadas que tan solo le lanzaban ese mensaje de no ser bienvenido. No le importaba, simplemente quería tenerlo delante de nuevo.

Al mismo tiempo sabía que, si su anhelo se cumplía y Brian había concurrido a la inauguración, tan solo serviría para estrujarle el corazón hasta agrietarlo un poco más. ¿Cuántas fisuras soportaría antes de convertirse en añicos? Todavía no lo sabía.

Se bajó del vehículo, y sus manos comenzaron a sudar a cada paso que daba sobre el camino de baldosas brillantes, color grisáceo, que conducían al arco de la entrada.

Estiró un dedo para hacer sonar el timbre, sin embargo, cerró la mano en un puño y la bajó al costado de su cuerpo antes de hacerlo. El corazón le latía desbocado y el temor lo invadió. Deseaba tanto tenerlo cerca que sospechaba que no podría contenerse si realmente había sido invitado y se hallaba dentro de la casa. ¿Cuán irónico era que a su edad sufriera por un hombre? Padecía porque estaba seguro de haber encontrado a su compañero, y era injusto que él no se sintiera igual. Además, temía volver a asustarlo y que Brian huyera nuevamente. Era una estupidez pensar en que podía perderlo si no lo tenía. Pero así era.

Dio media vuelta con la resolución de retornar a su coche y regresar a su apartamento en Manhattan. Dos pasos más y se maldijo entre dientes. No podía defraudar a Sam y Alex. Apretó la mandíbula y, sin pensárselo dos veces, hizo sonar el maldito timbre. ¡Que fuera lo que tuviese que ser!

—¡Nick! —gritó Sam apenas abrió la puerta, para luego arrojarse a sus

brazos.

Nick la atajó contra su torso. Estaba radiante, rebotante de felicidad como hacía tiempo que no la veía. Y no era para menos. Después de los altibajos que había sufrido con Alex, al fin Sam había aceptado convivir con él y se habían comprado una casa en Larchmont. No a estrenar, sino una a la que habían tenido que hacerle unos cuantos arreglos, y aún debían continuar con las reformas, pero al fin Sam había dado ese paso hacia el compromiso que tanto la aterraba, y la consecuencia era la sonrisa de oreja a oreja con la que lo recibía. Además, Larchmont era el lugar ideal para que planificaran agrandar la familia, y él sabía cuánto lo deseaba Sam en su interior.

—Amor, si continúas estrujándome no voy a lograr que el aire entre en mis pulmones —bromeó para disimular el desánimo que lo perseguía en el último tiempo. Exactamente desde que, unos meses atrás, le había prometido a Brian que se mantendría alejado de él. Y siempre cumplía sus promesas.

Lo había conocido casi un año antes, en Hayworth Enterprises. En aquel entonces trabajaba en el departamento creativo, bajo la coordinación de Alex y Mark, el primo de Brian. Bueno, al igual que ahora, pero ya no continuaba en esa empresa, sino que sus jefes habían abierto una agencia publicitaria propia cerca de Central Park, en Midtown. La habían llamado S&P, por sus apellidos: Sanders y Peters.

—¿Quién hubiera creído que me encontraría aquí? —preguntó Sam.

Nick le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia su costado. Sabía a qué se refería: después de haberse casado siendo aún casi una adolescente, que su esposo resultara una persona violenta y el temor a volver a amar; por suerte el haber conocido a Alex había iniciado el proceso de sanación que a ella le hacía falta.

—Amor, muchos lo habíamos visto, solo faltaba que tú te dieras la oportunidad de vivirlo. Estoy muy feliz por ustedes —remarcó la última frase mientras la tomaba de la barbilla y conectaba sus ojos melosos con los chocolatesos de ella. Le dedicó una breve sonrisa, para luego entrar en la casa que aún no conocía. La habían mantenido a resguardo de sus amigos a la espera de la gran inauguración.

El pequeño vestíbulo conducía a un *living* pintado en un color manteca y pisos de madera lustrada. Primaban los muebles de formas antiguas, pero con renovado tapizado y colores saturados, como un sofá Chesterfield de tinte azul oceánico y una silla de bambú en verde lima. Era un ambiente hogareño y

divertido, como Samantha, una mezcla entre lo *vintage* y lo moderno.

Parecía que era el último en llegar. Apenas se adentró en la habitación, un gran grupo de personas lo rodeó para saludarlo. Se trataba de Alex, el otro dueño de la casa, pareja de Sam y uno de sus jefes; luego Fred, Xavier y Andy, sus compañeros de trabajo; Charlie, la esposa de Xav y nuevo miembro del equipo, y Gabe, amigo de Alex y también cliente de la agencia. Gabriel McDougall era una de las personas que se había arriesgado con Mark y Alex en su nuevo emprendimiento independiente.

Sin embargo, lo que le llamó la atención fue que Andy parecía escudarlo y no le permitía ver el resto de la estancia. En cuanto se apartó hacia un lado, se percató de qué lo prevenía su mejor amigo, o más bien de quién. En una esquina, junto a un aparador de color celeste, se hallaba el hombre que hacía temblar el suelo bajo sus pies. Charlaban con Mark, con la novia de este, Keyla, y con Morrigan Forrester, la mujer que siempre aparecía a su lado en los últimos meses.

Tuvo que contener las ansias de apartarle las manos a la maldita pelirroja que no hacía más que toquetearle el cuello de la camisa y colgarse de su hombro. Si tenía que sincerarse, la joven le caía bien. Era preciosa y siempre se mostraba abierta y amable con cada uno del grupo. A él le agradaría si no fuera porque se acostaba con el hombre que él anhelaba. Morrigan se había encargado de la decoración de la agencia, puesto que a eso se dedicaba, y había sido el mismo Brian quien se la había recomendado a Mark.

Cruzó miradas con Andy y vislumbró en esos ojos, tan claros como el agua, que este entendía el sufrimiento que Nick escondía en su interior a pesar de la sonrisa que mantenía en el rostro y que ya le provocaba un intenso dolor en las mejillas. No por nada Andrew era su mejor amigo, lo conocía como ningún otro.

—Quería avisarte, pero llegué apenas unos minutos antes que tú —se disculpó Andy en cuanto los demás se desperdigaron y les permitieron cierta intimidad.

—¿Y en qué hubiera cambiado, Andy? No faltaría a la inauguración del hogar de mis amigos, ¿no crees?

—Ya lo sé, pero...

—No te preocupes. —Elevó la palma e interrumpió lo que fuera a decir—. Saludaré, al fin y al cabo somos todos adultos. No es como si fuera a saltarle encima.

—Supongo que podrás contenerme —bromeó Andy, y lanzó un suspiro con desgana—. Si necesitas equipo de salvataje, me echas una mirada y en un respiro me tienes a tu lado.

—Gracias, encanto, pero no hará falta —aseguró Nick sin mucho convencimiento.

El observar cómo Brian le pasaba el brazo por la cintura a Morrigan hizo que un amargor sin igual le subiera por el estómago. Quería proclamar que el hombre era suyo, pero no era verdad. Jamás lo había sido. Aunque era cierto que unos nueve meses atrás Brian le había devuelto el beso apasionado que le había brindado. Aún podía recordar el dulzor de sus labios sobre los suyos y la revolución que generó en su cuerpo en medio segundo. Había sucedido cuando lo había visitado en su bufete con Alex para que los asesorara como abogado respecto al ataque violento que había sufrido Sam a manos de su exmarido.

Sin mucha delicadeza, le había pedido que se quedara en su despacho mientras Alex salía sin manifestar la sorpresa que, estaba seguro, lo había asaltado ante el pedido del abogado. En el preciso momento en que se quedaron solos, se había desatado un huracán que no había podido detener.

Nick cerró los ojos y fue como si ese instante, que resguardaba profundo en su corazón, volviera a tener lugar.

«Quiero que te mantengas alejado de mí. Y que no vuelvas a dirigirme una de esas miradas nunca más».

Había sido como una bofetada percibir el rechazo del que era objeto y no dudó en arrojarle en plena cara a Brian que lo que en realidad le sucedía era que él le gustaba.

Brian había rodeado el escritorio en un instante y, con la misma velocidad, lo había aferrado de las solapas de la chaqueta y lo había estampado contra la pared. Con su rostro muy pegado al suyo, le había dicho con voz ronca y pausada mientras le clavaba la mirada: «Escúchame bien claro. No me gustas. No quiero tener nada que ver contigo. No te quiero cerca, ¿comprendes?».

Nick lo había agujoneado con un comentario en tono de broma, pero la cercanía del abogado hizo que toda capacidad de raciocinio desapareciera y, en un acto impulsivo, lo había tomado por el cuello y apretado sus labios contra los de Brian. Nunca, ni en sus mejores sueños, hubiera esperado que este respondiera a su beso con la misma lujuria arrebatadora que lo poseía a él. Los labios se habían acompasado a los propios, y la lengua había enlazado

la suya en una danza erótica sin igual.

Un ardor sin precedente lo había abrasado cuando Brian se dejó caer sobre su torso al tiempo que posicionaba una palma a cada lado de su cuerpo. Sin ninguna timidez, lo había acercado aún más con una mano sobre su cuello y la otra en la cintura, para percatarse de una dureza en la entrepierna del abogado que asemejaba en excitación a la suya.

Se había deleitado en saborear al hombre que pregonaba ser tan correcto y formal. En cuanto un gemido había escapado de su boca, Brian se había apartado aterrado. Eso había sido como un baldazo de agua fría que había congelado a Nick en el acto ante la mirada de puro terror que había vislumbrado en esa vista azulina.

«Vete... Por favor, Nick, vete», había sido el ruego de Brian con un rostro contorsionado por la angustia.

Jamás había experimentado el instinto de proteger a alguien como lo había hecho en ese momento con Brian. El anhelo de envolverlo en sus brazos y asegurarle que se encargaría de todo, que estaría bien, había sido tan acuciante que había tenido que hacer uso de toda su voluntad para evitarlo. Y se había contenido, a sabiendas de que su afecto no sería bien recibido.

Había tratado de mantenerse alejado, pero parecía imposible. Brian era el primo de uno de sus jefes, por lo que asiduamente se cruzaban en la oficina o en reuniones sociales como en la que se hallaba ahora. También en su fuero interno había esperado que él lo buscara, que ansiara tanto su contacto como él lo hacía, sin embargo, no había sido así. Brian jamás se había comunicado con él de ninguna manera. Era algo que no solo le dolía en su ego, sino más que nada en su corazón.

Tampoco podía olvidar el encuentro cargado de máxima tensión sexual en el baño privado de Marcus, unos meses atrás. Apenas Brian lo había visto ingresar en el despacho de su primo, al que aguardaba, había salido disparado con la intención de encerrarse en el baño. No obstante, Nick había ido detrás y los había encerrado a ambos.

«Aléjate, ¿quieres?», le había suplicado Brian. El percatarse de la causa de su rechazo había sido como ser golpeado de lleno en el pecho y que lo dejara sin aire en un parpadeo. La ternura se había vertido sobre él y se conmovió como nunca antes con aquel hombre que se le presentaba tan serio y varonil.

En cuanto Brian había acomodado una palma sobre su pecho, suponía que con la intención de detenerlo, un fuego líquido lo había recorrido, y cualquier

esperanza de raciocinio lo había abandonado. Ambas respiraciones se habían acelerado como por arte de magia, y Nick había vislumbrado en los ojos del abogado, de pronto ennegrecidos, las emociones encontradas que lo asaltaban y que no sabía cómo manejar. Nick solo había querido escudarlo de todo en un fuerte abrazo.

«Brian, mírame —le había pedido—. Bebé, solo habla conmigo». Lo había tomado por las mejillas y le había girado el rostro para que lo encarara y ya no le escondiera la vista.

«Mi vida es muy tranquila», había afirmado Brian sin ocultar la irritación que lo embargaba y sin apartar la mano sobre el pecho de Nick. Mano que bien había podido estar formada por carbón encendido dado el ardor que parecía chamuscar su piel.

Nick le había dado la razón. Brian mantenía una vida tranquila, y él no era nadie para alterarla. Además, las emociones que había percibido en los ojos de Brian no le habían agradado para nada. No debería sufrir por los sentimientos que se arremolinaban en su interior, sino disfrutarlos al máximo y explorarlos en intensidad. No era algo común el encontrar a la persona que sería tu complemento, y eso era lo que había hallado en Brian, estaba más que seguro: el hombre que era su mitad, la otra parte de su ser que precisaba para alcanzar una completitud.

Sin embargo, el deseo había sido mutuo en aquel pequeño encuentro y no habían podido negarlo. Había estado a punto de volver a besarlo, pero un diminuto milisegundo de lucidez lo había detenido, aunque no había evitado que se abrazara al abogado; su sorpresa fue aún mayor cuando Brian lo permitió.

«Tranquilo, no haré nada», le había asegurado ante el terror que había percibido en Brian.

En ese momento, su alma había muerto un poco. Se habían mantenido abrazados por unos largos minutos en los que ambos disfrutaron del contacto que sabían perecedero. Unos contados instantes en los que dieron vía libre a las sensaciones y se deleitaron en ellas, hasta que la puerta del despacho al ser aventada y las voces del otro lado del baño los habían obligado a abandonar ese tiempo secreto y propio.

Antes de retirarse de la estancia que los escudaba, le había prometido que se mantendría alejado. No quería que sufriera, y por eso aquella maldita promesa había escapado de sus labios. Una promesa que lo disecaba cada día

más.

Sin embargo, Brian estaba bien enterrado dentro del armario, y él no estaba para sacar a nadie a la luz a esa altura de su vida. Necesitaba algo más, una relación con una persona que lo valorara y que no lo viera como inadecuado o que se sintiera avergonzado de los sentimientos que los unían. Definitivamente, Brian no era la persona que precisaba.

Claro que eso no era algo que su corazón entendiera o se diera por enterado. Es más, apenas lo había visto, ese traicionero órgano había comenzado a palpitar como en una carrera a todo motor, tanto que parecía que volaría fuera de su pecho.

Dio dos pasos hacia la otra esquina y unos ojos azules como dos lagos profundos lo contemplaron y lo dejaron sin aire. Hacía tanto que no se encontraban que casi podría decir que había olvidado lo que se sentía al ser observado por él. Se quedó petrificado en el lugar por el miedo a no conseguir contenerse en cuanto saludara al grupo del que Brian formaba parte al otro lado de la habitación. Una mano lo sacó del ensimismamiento; la siguió con la mirada hasta percatarse de que se trataba de Andy, que lo contemplaba con algo similar a la lástima.

—Nick, no merece que suspires por él, y lo sabes.

No dijo nada, no podía. Se había quedado enmudecido por el nudo que tenía alojado en la garganta. Sabía que si pronunciaba una mera palabra, un torrente de lágrimas se escaparía de sus ojos, y no dejaría que eso sucediera. Aún tenía algo de dignidad.

Andy enlazó el brazo con el suyo y lo arrastró hacia donde se ubicaban Xavier y Fred, quienes estaban enfrascados en una discusión sobre uno de los juegos *en línea* a los que solían jugar en los recesos en S&P.

De pronto alguien apareció por detrás y le pasó un brazo por los hombros, del lado opuesto a Andy.

—Ey, viejo —lo saludó Mark, y le apretó el hombro.

Nicholas adivinó que esos ojos verdes sabían la razón por la que no se había acercado a saludarlos a Keyla y a él. Key, una joven exótica de ojos violáceos al mejor estilo Elizabeth Taylor, lo tomó por las mejillas y le estampó un sonoro beso en una de ellas.

—Al fin, Nick. Solo faltabas tú. Temía que no vinieras —aventuró la mujer, enfundada en una camisola oscura con estampado de grandes flores fucsias.

—Jamás hubiera faltado, amor.

Tuvo que sonreír al verse flanqueado por Andy y Mark y al tener a Key por delante, como si precisara que lo protegieran. Agradecía los amigos que tenía y que lo amaban como nunca su propio padre había podido. Él mismo les había otorgado una posición privilegiada a cada uno dentro de su corazón, y se habían convertido en esa familia; no con la que había nacido, sino una que el destino había puesto en su camino y a la que elegía día tras día.

Capítulo 2

—¿Nos disculpas un segundo, Mor? —Ante el asentimiento de la mujer, Mark tomó a Brian por el brazo y lo condujo a un extremo de la habitación—. Brian, a nadie le pasa desapercibido el intercambio de miradas.

—No sé a qué te refieres.

Se observaron por unos instantes en intenso silencio.

—Solo voy a mencionarlo una vez —continuó Mark—. No dejes pasar la oportunidad de ser feliz.

—No creo que seas el mejor ejemplo, ¿no crees? ¿Cuánto tardaste en darte cuenta de tus sentimientos por Keyla? ¿Seis años?

—Por eso mismo te doy ese consejo. —Mark sacudió la cabeza y le apretó un hombro—. No quiero que te suceda igual y que pases años con la felicidad frente a tus ojos.

—De todas formas, no es el caso —lo cortó Brian tajante.

—Si tú lo dices...

Sin agregar nada más, Brian regresó junto a Morrigan y trató de interesarse en su conversación, sin lograrlo por completo.

—Entonces, pensaba asistir a este evento que realiza un antiguo cliente. Es dentro de dos semanas y la vestimenta debe ser de gala. ¿Me acompañas?

Brian estaba perdido, con la mirada fija en Nick y Andy, en como éste último se le acercaba y reía a algo que le había comentado el pelilargo. Se escapaba de su intelecto por qué le importaba la cercanía que existía entre ellos. Como le había dicho a Mark, no era el caso, no tenía la felicidad frente a sus ojos. Sino a un hombre que lo encendía y no comprendía la causa.

—¿Brian?

—Perdona, ¿qué? —Parpadeó un par de veces y se centró en su amiga.

—Estás ido, cariño. Te preguntaba si me acompañarías al evento.

La contempló por unos segundos sin comprender a qué se refería, hasta que algún retazo de la conversación volvió a él. Alguna clase de gala a la que ella quería asistir.

—Claro, Mor. Cuenta conmigo.

—Gracias, por algo es que realmente me gustas. —Mor le paso un brazo por el cuello y le posó los labios en la mejilla en un pequeño beso.

—Es lo que hacen los amigos.

Y eso eran: amigos. Ella, podría decirse, era la única amiga con la que contaba. Sin tener en cuenta a Mark, que era su primo. Pero con Morrigan compartía una clase de entendimiento y compañerismo que no lo hacía con ninguna otra persona. Claro que no era eso lo único, también compartían las sábanas de vez en cuando. En la cama también tenían un entendimiento muy particular en el que conocían lo que a cada uno le gustaba y lo pasaban de maravilla a sabiendas de que no existía el menor riesgo de que su relación pasase a otro nivel. Simplemente, disfrutaban de una gran amistad.

Una risa llamó su atención al otro lado de la sala de nuevo y vio a Nick riendo junto a Andy y Sam. Cerró una mano en un puño y sus uñas cortadas al ras se clavaron en su palma. Odiaba que Nick no pudiera pasarle desapercibido. Hacía tiempo que no lo veía, había puesto todo su esfuerzo en no cruzárselo en ningún momento, tanto en la agencia de Mark como no asistiendo a las diversas salidas a la que lo invitaba su primo.

No obstante, no podía no aceptar la invitación a la inauguración de la casa de Alex. No era que fueran muy buenos amigos, pero lo había ayudado cuando Sam había tenido un altercado con su exmarido y, desde entonces, su relación con Alex se había acentuado.

La última vez que se lo había cruzado había sido aquel día, al haber regresado de su escape a Los Ángeles, a la casa de su hermana. Caminaba por el corredor del departamento creativo de Hayworth Enterprises en búsqueda de su primo cuando, de la nada, apareció Nick. El intercambio había sido breve, tan solo unas escasas palabras llenas de tensión.

«Volviste», había pronunciado Nick casi como si fuera una plegaria de que no se tratase de un espejismo. Dolía tan solo recordar la felicidad y el alivio en la cara de él.

Brian había notado en el anhelo de Nick de aproximarse a él. Y maldición si él mismo no había ansiado la cercanía del tipo. El haberlo visto después de tanto tiempo había sido como volver a respirar. No sabía que era lo que tenía que lo ponía de aquella manera.

Le había preguntado si tenía que ver a Mark, como haría él, pero Nick le había mentido al decirle que no; lo sabía. Todo se debía a esa maldita promesa que le había hecho de mantenerse alejado de él y que parecía que hasta ese

mismo día, Nick la había cumplido a rajatabla.

Se había enfadado tanto con sí mismo y con Nick por poblarlo de sentimientos que no deseaba y de los que parecía que no podía verse librado. Había jurado sacárselo de debajo de la piel de alguna manera y lo haría, costase lo que costase.

Regresó al presente. Se giró hacia Mor, quien lo observaba mientras tomaba pequeños sorbos de su copa, sin pronunciar palabra, como si lo evaluara por dentro. Ella le sonrió, le enlazó el brazo con el suyo y continuó con la conversación sobre el supuesto evento al que concurrirían, sin mencionar los minutos en los que Brian se había mantenido ausente.

No sin cierta dificultad, Nick había logrado escabullirse de sus amigos y se había encerrado en lo que suponía que era una especie de estudio. Caminó hacia el gran escritorio de cedro antiguo patinado en un verde agua, dispuesto frente a una de las ventanas francesas que daban al jardín. Encendió el velador que había sobre una esquina; la iluminación tenue dejaba a la vista una estantería repleta de libros en un costado y un sillón grisáceo por delante.

Pasó dos yemas por la superficie verdosa; si no fuera porque su corazón palpataba, podría haber jurado que estaba muerto. La negatividad parecía apoderarse de su alma y su futuro tan solo era un borrón oscuro y horrible, como un mañana apocalíptico donde no había ni un rayo de luz para él. El contemplar cómo Brian se mostraba acaramelado con Morrigan lo había agriado hasta lo indecible, unos celos, como nunca antes había experimentado, lo asaltaban a la menor oportunidad. Celos que no sabía manejar.

Había prometido mantenerse alejado y eso haría. No podría soportar que Brian huyera nuevamente.

Días después de aquel encuentro en el baño del despacho de Mark, Nick y Brian habían tenido otro en un bar al que había concurrido todo el equipo con sus jefes y al que Brian había sido invitado por su primo.

Brian se había mostrado mortificado de encontrarse sentado a su lado. Cuando le había comentado que se marcharía de Nueva York, Nick hubiera jurado que su corazón se había detenido en seco. De pronto, no había sido capaz de precisar dónde se hallaba ni de escuchar nada a su alrededor, solo había clavado la mirada en ese rostro que anhelaba, le había rogado que no se fuera y le había prometido que se mantendría lo más alejado que pudiera de él.

La angustia que lo había envuelto en aquel entonces había sido tan insoportable que las palabras habían escapado de su boca por sí solas, y así Nick había establecido su sentencia de muerto en vida.

Brian había comenzado una breve caricia sobre su mano al pasar el pulgar de arriba abajo con delicadeza, lo que había dejado a Nick estupefacto, sin saber cómo reaccionar, dado que el abogado siempre le había soltado que no lo quería cerca. Y más aún cuando le había prometido que regresaría.

Su vida había pendido de aquella promesa.

Las semanas en que Brian había estado fuera, en casa de su hermana, Nick había subsistido como un fantasma a la espera de que regresara. ¿Para qué? No tenía idea si tampoco podían estar juntos. Para sufrir, nada más que para ello, suponía. Sin embargo, prefería sufrir por tenerlo cerca y no poder aproximarse que por no poder posar nunca más la mirada sobre él. Eso sería una sentencia de muerte inmediata.

El ruido de la puerta al abrirse a su espalda lo sacó de su ensimismamiento, y unos pasos se acercaron a él tan rápido que no tuvo oportunidad de voltearse. Alguien lo tomó por debajo de la mandíbula, alzándole la barbilla, y por el estómago, mientras un torso se pegaba a su espalda. Una mezcla de aromas a pomelo y menta inundó sus fosas nasales, y el corazón se le aceleró en una carrera sin igual. Parpadeó un par de veces para constatar de que no era un sueño. Realmente Brian lo tenía apretujado contra su cuerpo, sin darle lugar a movimiento alguno. Se estremeció entero ante el deleite de encontrarse entre sus brazos.

—¿Es esto lo que querías? —masculló el abogado entre dientes, sin ocultar el enfado que teñía sus palabras.

—Brian... —Trató de girarse, pero él se lo impidió al sujetarlo con fuerza.

—¡Dime! ¿Es esto lo que querías? —insistió.

Nick enmudeció al notar la dureza que se presionaba contra su baja espalda y que igualaba a su propia excitación. Más aún cuando la mano que lo sostenía sobre el estómago desapareció y oyó el sonido de un cinturón y un cierre que se abrían. Se quedó petrificado, no por temor, sino a causa de que estaba convencido de que su mente le jugaba una mala pasada y aquello que se imaginaba no sucedía en verdad. Era como si un sueño largo tiempo añorado se convirtiera en realidad por arte de magia. Temía que a la mínima acción o al pronunciar aunque solo fuera una sílaba, Brian desapareciera como un maldito espejismo en medio del desierto.

Brian friccionó las caderas contra Nick en un movimiento apenas perceptible, y el deseo que los invadía se hizo palpable. La tensión pareció cargar el aire y la temperatura se elevó unos cuantos grados mientras el silencio desaparecía bajo el sonido de las respiraciones entrecortadas de ambos.

Sumergidos en las sensaciones que los envolvían, perdieron la noción de dónde se hallaban, de que a escasos pasos, fuera de esas cuatro paredes, se encontraban unas cuantas personas ajenas a lo que sucedía entre ellos.

De pronto, Nick fue empujado sobre el escritorio con brusquedad; su mejilla chocó contra la superficie de madera, y, de un tirón, sus pantalones cayeron para dejar su culo al aire. Contuvo el aliento ante la expectación.

—Brian, espera...

—¡No! Estoy harto de tus malditos juegos.

Brian se escupió en la palma y un rugido brotó de sus labios al aferrarse el pene. Nick oyó y sintió como se untaba su miembro en su propia saliva, como, con el pulgar, buscaba su abertura donde posicionarlo y la estimulaba con lentitud, preparándolo.

Nick dejó escapar un gemido ronco en cuanto Brian lo penetró. No podía ser, se había dormido en algún momento y vivía un sueño imposible. Clavó las uñas en la superficie de madera y gruñó ante el ritmo acelerado que establecía el abogado y que tambaleaba el pesado escritorio. Quería poder ir a su encuentro cuando bombeaba fuera de él, pero aún con la mano a su espalda, Brian lo mantenía fijo en el lugar sin darle posibilidad de acción.

Brian se inclinó sobre él, y una sensación sin igual lo recorrió entero como un maldito *electroshock* cuando el cálido aliento le cosquilleó en el oído y escuchó los jadeos acompasar los suyos. Llevó una mano hacia atrás y enterró los dedos en la cadera de Brian, acompañando sus movimientos. Eso pareció gustarle, porque le perfiló la mandíbula con la lengua y le edjó un camino de cálida humedad. Con la otra mano buscó la de Brian, y casi se le saltaron las lágrimas cuando el abogado le enlazó los dedos con los propios sobre la mesa; sin embargo, no pudo contener el sollozo que escapó de sus labios.

—¿Esto es lo que deseabas? —repitió Brian, con voz ronca y grave, después de aferrarle el cabello en un puño y descubrir su cuello.

Nick deseaba asentir, sin embargo, el agarre sobre su cabeza no se lo permitía. Parecía que le habían robado la voz, puesto que no conseguía emitir fonema alguno; tan solo salían de sus labios gemidos y jadeos ante el increíble

placer que lo hacía sentirse en las nubes.

Cuando Brian había ingresado en el estudio, había estado fuera de sí, con los latidos disparados y la respiración frenética. Toda capacidad de raciocinio lo había abandonado. Pensaba en como la mirada melosa de ese hombre lo había perseguido durante la velada entera y como no había podido alejar las imágenes eróticas que poblaban su mente y se reproducían en tropel de aquel maldito beso que Nick le había dado en su despacho unos meses atrás.

Al inhalar profundo el perfume a jazmín y romero, una fragancia demasiado dulce para un hombre, le había inundado los sentidos de tal manera que había fortalecido la erección entre sus piernas. Y el deseo de poseer a Nick, que por tanto tiempo había contenido, se había desatado como un animal desbocado.

En ese instante, disfrutaba de la sensación de verse envuelto por el interior de Nick. Cerró los ojos y prosiguió con el vaivén, decidido y fiero, que le robaba jadeos constantes de puro placer.

Enterró la nariz en la curva del cuello de Nick, aspiró el aroma dulzón y soltó el cabello castaño que aún aferraba en su puño, lo que le hizo cosquillas con cada bombeo que efectuaba. Algo en su mente le gritaba el riesgo que corría, era más bien como un eco en lo profundo de su conciencia, pero no conseguía que adquiriera el volumen suficiente como para detenerse.

No podía frenarse y no quería hacerlo. Jamás había sentido la fiebre que lo invadía ni la lujuria que corría por sus venas, pero había algo más que no lograba precisar, una cierta calidez que se vertía sobre él y que lo desquiciaba. Nunca había experimentado el estado de locura que lo poseía en un viaje de seducción extremo hacia un precipicio que no había creído posible. Sabía que era a causa de Nick, solo él le proporcionaba emociones que se arremolinaban como un maldito tornado capaz de destruir cada muro que podría haber erigido.

Nick se estremeció debajo de él, apoyó la nuca en su hombro al tensionar los tendones del cuello y un gruñido escapó de su garganta en cuanto llegó al clímax. Brian presionó la mano de Nick que tenía enlazada y estiró la columna al alcanzar también el orgasmo, al tiempo que un rugido brotaba de su boca. Como si le hubieran robado cada hueso de su cuerpo, se derrumbó sobre la espalda de Nick, y un estado aletargado lo acogió.

Las respiraciones agitadas musicalizaban la estancia, los cabellos se les

pegaban en el rostro, y las pieles se veían abrigadas por el sudor que los bañaba, aunque continuaban con sus torsos vestidos.

De a poco, el peso de lo que había ocurrido, o más bien de lo que había hecho, se interpuso en el cerebro de Brian. Con los ojos bien abiertos, se apartó con brusquedad a la par que lanzaba una exclamación de puro terror. Su espalda chocó con la pared contraria. No podía apartar la mirada de Nick, que tenía los pantalones a la altura de los tobillos y que permanecía doblado sobre el escritorio donde él lo había... sometido.

Nick se elevó con lentitud y se volteó para hallar a un Brian en estado de *shock*, y eso lo intranquilizó. Tenía los ojos desorbitados, la boca abierta en busca de aire y su pecho subía y bajaba con violencia. Se había subido los pantalones sobre las caderas, pero aún permanecían desabrochados, lo que dejaba su ropa interior oscura a la vista.

—Brian...

El aludido tan solo sacudió la cabeza de un lado al otro, con la mirada fija en el escritorio. Nick se subió los pantalones, se acercó y lo tomó por las mejillas para que conectara con sus ojos.

—Lo que te hice... No tengo perdón... yo...

—Bebé —susurró, y le deslizó los mechones que tenía sobre la frente a un lado, con suma dulzura—. Tranquilízate, hablaremos y lo...

—¿Hablarlo? ¡Acabo de violarte! —exclamó con voz ahogada; en cuanto focalizó la vista, Nick percibió la autocondena.

Sin darle lugar a que lo refutara, Brian se desasíó de las palmas que acunaban su rostro y salió del estudio con rapidez.

¿Cómo era que la experiencia sexual más sublime que Nick había vivido nunca, para Brian había sido un acto enjuiciable?

Se quedó petrificado en el sitio. Rememoró los minutos que acababa de vivir, y la sensación caldeada que había rodeado su corazón hasta ese instante desapareció ante la angustia que había distinguido en esos ojos azules como zafiros. Maldijo entre dientes al destino por siempre opacarle la poca felicidad que alcanzaba con Brian al bajarlo de las nubes con un maldito revés.

Capítulo 3

—Preciosa —la llamó Mark por detrás. La tomó por el codo mientras ella acercaba la copa a sus labios pintados en un rojo rabioso; dio un sorbo y le sonrió—. ¿Te has quedado sola?

—No sé dónde se ha metido tu primo —refunfuñó Morrigan.

—Mejor, así puedo presentarte a alguien. —Aún con la mano en su codo, la condujo al otro lado del salón, y ella quiso clavar los pies en el suelo al ver hacia quién la acercaba.

Cuando aquellos ojos color gris claro como un día nublado la contemplaron, un escalofrío le recorrió la columna. Mark la miró con el ceño fruncido al detenerse delante de Gabe, suponía que se había percatado de lo tensa que se había puesto o de la mirada helada a la que eran sometidos.

—Eh, Mor, quería presentarte a Gabriel McDougall, el dueño de Chocolatería McDougall. —Mor sabía que Mark esperaba algún tipo de respuesta, sin embargo, ella permaneció en silencio, bebiendo de su copa con impasibilidad—. Gabe, te presento a Morrigan Forrester, la persona que se hizo cargo de la decoración de nuestra agencia. —Volvió a esperar que entre ellos hubiera algún intercambio, pero tanto Gabe como ella guardaron silencio y era evidente la incomodidad de Mark—. ¿Acaso se conocen?

—Sí, nos conocemos —fue, finalmente, el comentario de Gabe.

Sí, se conocían. Ella aún recordaba las palabras hirientes que él le había regalado un tiempo atrás. Era un hombre que tenía un tempano de hielo por corazón, y se notaba en su mirada congelada.

—Ella sería perfecta para lograr el cambio que te sugería en tu despacho. No solo basta con lo que hemos hecho en la imagen publicitaria, debes modificar la fachada que das a tus clientes en la propia casa.

Mark giró el rostro de uno al otro y la crispación que comenzaba a invadirlo se hacía notoria.

—Yo puedo hacer más amigable para el cliente el ambiente, dar una refrescada al área de recibimiento y reunión, pero ¿qué hacemos con el carácter del presidente? —desafió Morrigan sin apartar la vista de aquella gélida.

La sonrisa sardónica que iluminó el rostro de Gabe le quitó el aliento. Mor no podía negar que, a pesar de ser un hombre terriblemente irritante, era muy atractivo con aquel cabello negro un poco ondulado, los rasgos marcados y esos ojos... Eran particulares, tan suaves y agudos a la vez.

—Es muy difícil reformar la personalidad, tú debes saberlo mejor que yo —escupió Gabe, y el aire se tensó entre ellos.

Morrigan presionó el agarre en su copa, y Mark contempló a su amigo con una irritación que no se molestó en ocultar.

—Va a ser mejor que tengas cuidado con tus palabras, Gabe —advirtió Mark—. Estás hablando de una persona que es muy apreciada para mí.

Gabe conectó los ojos con los verdosos de Mark y lo contempló por unos cuantos segundos antes de posar la vista en ella. Fue como si Mor escuchara sus pensamientos, y temió lo que él fuera a decir a continuación.

—Mark, ¿nos dejas solos por un segundo? —preguntó Mor tan de súbito que Mark pareció desorientado. Sin embargo, se encogió de hombros y se encaminó hacia Key, quien charlaba vivamente con Fred y Charlie.

Gabe se acercó tanto a Mor que un estremecimiento la recorrió al sentir la calidez de su respiración en su mejilla. Esos dos témpanos clavados en su mirada la hicieron tambalear.

—No busques una discusión con Mark —lo previno Mor—, es buen amigo de ambos y no es necesario que lo pongas en tu contra. Sabes que estabas a punto de insultarnos.

Gabe dibujó una sonrisa de medio lado un tanto lobuna.

—Solo quería preguntarle si te había probado como el resto de tus clientes.

—Mira —elevó un dedo casi tocándole la nariz—, soy excelente en mi labor.

—¿Cuál de las dos? ¿El de la decoración o el que ofreces en la cama?

No soportaría que la insultara por más atractivo que fuera. Sabía quién le había ido con ese cuento, pero nadie lo había obligado a tragárselo. Eso lo había hecho a causa de la mente podrida que Gabriel poseía. Se giró con el rostro encendido de tal manera que hacía juego con su cabello color rojizo. De pronto, una mano firme la detuvo al tomarla del brazo.

—Espera —pidió Gabe en una voz más suave que la que venía empleando con ella—. Reconozco que eres muy buena en hallar la fachada exacta que debería tener una empresa para el tipo de clientes con el que trabajas, y necesito renovar la de la mía.

—¿Me estás ofreciendo el trabajo? —Esperó en vano una respuesta—. Voy a pensarlo.

Sin decir más, se apartó de él. ¿Aceptarlo? Claro que lo haría, sus números aún no salían del color rojo, por más que había sido bien remunerada por la decoración hecha a la agencia de Mark y Alex. Y necesitaba el dinero, tenía que pagar la residencia y ya iba atrasada.

Nick salió del estudio una vez que hubiera limpiado su semen esparcido en el enorme escritorio de Alex, tan solo para contemplar a distancia cómo Brian, con los abrigos en los brazos, apresuraba a Morrigan y la instaba a abandonar la fiesta mientras ella le cuestionaba qué le sucedía.

El resto de los invitados se divertían ajenos a lo que acababa de ocurrir en el estudio de Alex. La música sonaba atenuada por las risas y las charlas de las personas reunidas en pequeños grupos desperdigados por la sala.

Ansiaba acercarse y estrechar a Brian entre sus brazos, hacerle saber que todo estaría bien porque él estaba para él y siempre sería así, pero no se animó ni a dar un pequeño paso en su dirección. Tan solo lo observó con el alma vacía.

Allí, clavado en la entrada del *living*, lo encontró Andy.

—¿Dónde demonios estabas? —Ante la falta de respuesta, y al contemplar su rostro drenado de todo color y entristecido, prosiguió—: Ey, Nick. —Lo tomó de un brazo y le brindó una breve sacudida para hacer que lo encarara—. ¿Qué te pasa?

Continuó enmudecido, pero en cuanto Andy siguió la dirección de su mirada, comprendió que algo grave había sucedido con Brian.

—¡Maldición, Nicholas! —exclamó y le dio otra buena sacudida a su brazo—. Me asustas.

—Andy —sollozó—, yo... no lo sé.

Nick conectó la mirada con la de su amigo y sacudió la cabeza de un lado al otro.

—¿Qué es lo que no sabes? —preguntó más calmado y con un tono tierno que le transmitía el cariño que le profesaba y la compasión que sentía por él.

—Tampoco lo sé. —Vio cómo Brian abandonaba la casa con Morrigan tomada de la cintura y fue como si un puñado de tierra se le elevara por la

garganta—. Sácame de aquí —rogó.

Andrew le pasó un brazo por los hombros y lo acercó a su costado.

—Sabía que ese tipo era puros problemas desde que depositaste tu mirada en él por primera vez. Si te ha dicho algo que te ha ofendido, se las verá conmigo y...

—No —murmuró Nick y apoyó la mejilla en el hombro de Andy.

—Nick, no va a librarse de que le dé lo que se merece. Tiene que saber que no estás solo y que tienes quién cuide de ti.

A pesar de todo, Nick no pudo evitar sonreír ante la pasión que transmitía Andy en sus palabras. Sabía que podía contar con él, era su amigo incondicional, aquel hermano que nunca había tenido. Lástima que para él era eso, su hermano, y que nunca había podido verlo como hombre. Además, Andy no era gay, así que quedaba descartado. Pero qué fácil habría resultado si se hubiera sentido atraído por él.

—Andy, no hace falta que defiendas mi honor como si fuera una damisela de la Edad Media.

—No hagas bromas cuando estás como si alguien te hubiera dado unas cuantas patadas en el culo.

—No fue precisamente eso lo que me dieron, encanto.

El silencio se impuso, y Nick sintió la tensión que adquirió repentinamente el cuerpo de su amigo. La timidez y la vergüenza lo embargaron, y le fue demasiado difícil no rehuir la mirada de Andy, tan clara como el agua.

—Escucha...

—¿Qué mierda estás diciendo, Nicholas? —Ante la falta de respuesta, Andy soltó, con aire escandalizado—: ¿Tuvieron relaciones? ¿En la casa de Alex y Sam? ¿En su inauguración? ¿En su cama?

—En su estudio —corrigió Nick.

—¿En su estudio? —exclamó Andy con los ojos desorbitados.

—Shhh, baja la voz.

Andy se caracterizaba por ser un charlatán compulsivo, pero de pronto se hallaba sin palabras, enmudecido ante la confesión que acababa de realizarle. Eso comprendía que realmente estaban ante un caso grave.

Nick tenía que hablar lo sucedido con Brian con alguien y, ¿quién mejor que su amigo del alma? No podía mantener la dualidad en su interior: la maravilla de haber tenido sexo con Brian y la angustia al contemplar el estado

estupefacto del abogado justo después. Sin embargo, tampoco quería darle mayores detalles de los que ya le había ofrecido. Suponía que el abogado se merecía su reserva.

Abría la puerta de su apartamento unos cuarenta y cinco minutos después. ¿Había pasado en realidad? ¿Había tenido sexo con Brian o tan solo había sido un engaño de su mente? Porque no se sentía como si hubiera disfrutado de la mayor intimidad con el hombre que amaba.

Más bien, una intensa tristeza lo rodeaba y una sensación de vacío habitaba en su interior. Había soñado tanto con estar con Brian, pero nunca había imaginado el resultado. En su mente finalizaban uno en los brazos del otro sobre un enorme lecho, disfrutando del contacto y la calidez compartida. No conseguía apartar la imagen del rostro angustiado de Brian. Sí, había tenido un encuentro un poco rudo, pero ¿cómo pudo llegar a pensar que lo había violado? ¿Es que acaso no se percataba que permanecía con una erección constante solo por él?

Sin darle un segundo pensamiento, se acercó al teléfono y marcó el número de Brian. Cerró los ojos mientras llamaba al pensar que quizás estuviera en la cama con Morrigan. No pudo contener los celos que le quemaron desde el estómago hasta la garganta.

Y fue aún peor cuando apareció la voz grave y masculina de Brian anunciando que no se encontraba en casa y que dejaran un mensaje luego del «bip». Un poco nervioso, Nick pronunció unas cuantas palabras para luego cortar. El corazón le bombeaba frenéticamente y al inhalar en profundidad, la esencia de Brian llenó sus fosas nasales, poniéndolo duro al instante.

Desabrochando su camisa, se dirigió hacia el cuarto de baño. Por mucho que le encantaba el aroma de su hombre en su cuerpo, necesitaba refrescarse y quitarse esa sensación incómoda de haber disturbado a Brian con una larga ducha caliente. Quizás hasta hiciera algo con la erección que no hacía más que crecer entre sus piernas al pensar en el abogado y recordarlo bombeando dentro de él.

Capítulo 4

Brian abrió los ojos y se elevó en un codo. Miró la belleza de cabellos rojizos que descansaba a su lado. Enredó uno de sus dedos en uno de los mechones que se desperdigaban en la almohada. Era preciosa y su mejor amiga, y, además, funcionaban en la cama sin inconvenientes. Salvo que en el último tiempo él no estaba tan entusiasta como de costumbre y...

Aventó los cobertores a un lado y salió de la cama con enfado. Se presionó el pulpejo de las manos sobre los ojos, tratando de olvidar lo que había hecho la noche anterior. No podía creer que había sometido a un hombre, que lo había presionado sobre un escritorio y violado sin contemplaciones. Él creía en la justicia y que el mundo estaba formado por dos colores: blanco y negro. Brian siempre había estado del lado de los buenos hasta ayer por la noche. No sabía qué se había apoderado de él.

Necesitaba un café que le despejara la mente. Urgente. Sin más vestimenta que un calzoncillo negro, se dirigió a la cocina. Al pasar por el living, notó que la luz de la contestadora parpadeaba, lo que avisaba de un mensaje nuevo.

Presionó el botón de reproducir y la voz de Nick lo estremeció de la cabeza a los pies.

Brian, bebé... debes sacarte de la cabeza la idea de que fue una violación. Sabes que tanto tú como yo queríamos que sucediera y disfrutamos del encuentro, no lo puedes negar. Llámame.

Sin lograr controlarlo, su pene se endureció y las imágenes de tener a Nick bajo su cuerpo, entrando y saliendo de él, lo inundaron y lo agitaron de tal manera que no creía posible. El tacto de aquel cabello suave en su puño y los sonidos de sus gemidos lo atormentaban. Borraría el maldito mensaje, pero un impulso lo contuvo en el último segundo. Se quedó con el dedo suspendido en el aire, a escasos milímetros del botón rojo. No sabía bien la razón, solo que no quería deshacerse de la grabación.

Pensó en las palabras de Nick y trató de vislumbrar el encuentro que habían tenido desde el cristal que ellas le planteaban: desde una perspectiva en la que Nick también lo había disfrutado. Eso no hacía nada por calmarle la erección que pugnaba en sus calzoncillos. ¿Podría ser que él estuviera equivocado? Sus dedos hormigueaban por marcar el número de Nicholas, eran tal las ansias de

verlo que lo sorprendían hasta lo indecible. Sin embargo, lo que habían tenido era un asunto de una sola vez. No volvería a suceder. Jamás.

Entró en la cocina. Las baldosas, grisáceas y brillantes, le enfriaban los pies descalzos. Se dispuso a preparar el desayuno para él y Morrigan. Nada muy elaborado, solo café con unas tostadas, y agradecía contar con una *Nespresso* y una tostadora eléctrica que hicieran todo el trabajo. Era un inútil en la cocina y no había caso negarlo y mucho menos ocultarlo. Además, Mor ya lo sabía. Lo conocía como nadie. Tal vez debería poner más empeño en su relación con ella. Mor podría ayudarlo a olvidar al hombre. Apenas el pensamiento surgió en su mente se maldijo, ella no merecía que la usara de aquel modo.

Manténían una relación de amistad con ciertos beneficios, pero jamás se habían utilizado. Ambos sabían en lo que se metían y habían establecido que siempre hablarían con la verdad. Pero Brian no podía confesarle que se sentía atraído por un hombre, aunque fuera la persona en la que más confiara. Se conocían desde la universidad, no era que hubieran compartido clases dado la diferencia de carreras, pero habían coincidido en algunas salidas con amigos en común y rápidamente habían hecho conexión. Lo de los beneficios se había dado con el tiempo, entre tanto y tanto, si ambos estaban solos.

La imagen del rostro del pelilargo se coló en su mente. Sacudió la cabeza a un lado y al otro como si pudiera expulsarlo. Borraría a Nick de su pensamiento y de su piel. Debería tomarse un baño, puesto que aún sentía aquel aroma dulzón a jazmines impregnado en su piel. Puso una capsula en la *Nespresso*, una de *Arpeggio Decafeinato*, el favorito de Mor; era intenso, con unas notas de cacao. En cambio, Brian prefería el *Kazaar*; intenso, amargo y cremoso, y con unos toques de pimienta.

Los aromas a los diversos cafés se confundieron, no obstante, no lograron aplacar el dulzón. Cerró los ojos con fuerza. ¿A quién quería engañar? No hacía más que tener la mente inundada con imágenes de Nick, sus sentidos colmados de su voz, el tacto de su piel, su característico perfume. Se volvía loco de deseo por el maldito hombre. Desde que lo había conocido, no se reconocía a sí mismo. Jamás le había ocurrido algo parecido por una persona de su mismo sexo, y estaba desconcertado y mareado con la revolución en su interior. Ayer había sucumbido a sus más bajos instintos, solo debía mantenerse alejado a fuerza de voluntad. Se repetiría en su mente esas palabras hasta que se le grabaran a fuego.

¿Qué demonios le sucedía? Él no era gay. No se sentía atraído hacia los hombres. Pero su mente, la muy maldita, no tuvo ningún reparo en recordarle que, sin embargo, sí se sentía atraído hacia Nick. Nunca había tenido una reacción tan visceral hacia otra persona, mucho menos un hombre. Nunca había tenido cada fibra de su ser añorando el toque de otro ser como había su cuerpo llorado por el de Nick, por la satisfacción, cada pensamiento focalizado en ese instante, en el sentimiento que Nick había despertado en él. Trabó las mandíbulas y cuadró los hombros, cada pensamiento intrusivo desterrado de su mente de modo intencional, o al menos lo intentó.

Terminó de poner las tazas en una bandeja, añadió unas tostadas, jugo de naranja de un cartón de Tropicana en dos vasos y se encaminó a la recámara a despertar a la joven que descansaba en su lecho.

Nick volvió a sacar su móvil del bolsillo del pantalón como por enésima vez y constató que no tenía ningún mensaje ni llamada perdida desde los últimos cinco minutos en que había revisado. Había pasado todo el día anterior a la espera de alguna comunicación por parte de Brian en respuesta a su mensaje, pero nada de nada. Sabía que se estaba desesperando como una colegiala, pero eran tan acuciantes las ansias de estrecharlo entre sus brazos que creía que enloquecería.

Salió del ascensor y entró en S&P. Le encantaba su trabajo y más el compartirlo con sus mejores amigos, pero esa mañana de lunes no se hallaba en su mejor estado de ánimo y hubiera preferido haberse quedado metido en su cama. Aunque tenía que admitir que la distracción sería bienvenida. Necesitaba mantener su cabeza ocupada si no quería que Brian la colmara a cada segundo.

De pronto, una mano lo asió fuerte por el brazo y comenzó a arrastrarlo.

—Andy, ¿qué demonios te pasa?

Pregunta estúpida. Sabía qué es lo que le ocurría a su amigo, había tratado de comunicarse todo el domingo y él no le había devuelto ni uno de los llamados. Lo arrastró hasta la sala de archivos y, una vez dentro, cerró la puerta.

—Nick, creí que tenías mejor criterio. —Andy sacudió la cabeza con desilusión—. Vas a decirme qué ocurre con Brian. Soy tu mejor amigo y me preocupo por ti.

—No lo hagas, encanto. —Nick enterró las manos en los bolsillos de su saco y se encogió de hombros—. Entre Brian y yo no ocurre nada. Solo fue un... —dejó escapar un suspiro profundo y conectó la mirada con aquella tan clara—, no lo sé, un lapso suspendido en el que compartimos el mejor sexo que quizás tenga en toda mi vida...

—¡Maldición, Nicholas! —Golpeó uno de los estantes de la repisa repleta de cajas—. Sabes que él no es como tú —gritó en un susurro, si es que existía eso de susurrar gritando—. A ver, ¿cómo es el asunto? Se la pasa con Morrigan y mantiene sexo contigo a escondidas. ¿Así son las cosas ahora? —Hizo una breve pausa en la que parecía buscar aire antes de sellar su juicio—: No es de los que da la cara.

—No creo que lo tuviera planeado, Andy. No seas tan rápido en juzgarlo.

Nick se apresuró a defender a Brian y comenzó a enfadarse con la expresión de Andy. Nadie tenía que meter las narices en este tema, ni siquiera el que era su mejor amigo. Lo que ocurría entre él y el abogado quedaba entre ellos.

—¿Qué no lo juzgue? ¿Acaso van a tener algo? Y no me refiero a otra revolcada sin que nadie lo sepa. ¿Va a cortejarte abiertamente?

Nicholas soltó una carcajada amarga.

—¿En serio? ¿Cortejarme? Ya debes dejar de leer novelas románticas, encanto. Te están friendo el cerebro.

—Déjate de estupideces. —Lo tomó del cuello de un lado del saco con una mano y lo zamarreó un tanto—. Sabes a qué me refiero. No quiero que salgas lastimado.

—Un poco tarde para eso, ya conoces lo que siento por él. —Nick mantuvo una mano en alto—. Y antes de que me digas nada, también tengo en cuenta que él no comparte mis sentimientos ni que saldrá a la vista de todos conmigo.

Andy se acercó a su amigo y le posó una palma en la mejilla áspera por la falta de afeitado.

—Me preocupo por ti. Te quiero y no deseo que salgas herido. —Le pasó unos mechones del cabello lacio por detrás de la oreja y conectó su mirada con la melosa—. Nick, si sabes lo que no será, no te embarques en un viaje que solo resultará en el arribo a una tierra de puro dolor para ti.

—¡Ay, Andy! —Rio con un tinte agrio—. Lo haces parecer tan fácil. Te desafío a, cuando tengas el amor al alcance de tus dedos, contenerte como me pides que haga.

Andy bufó y metió las manos en los bolsillos del pantalón, balanceándose

sobre sus pies. Nick sonrió ante la expresión de Andy, era un romántico incorregible que buscaba a la mujer ideal, pero no lo lograría encerrado en las cuatro paredes de su apartamento.

—Hagas lo que hagas, cuentas conmigo.

—Andy, él no se puso en contacto conmigo desde la inauguración, así que creo que estaré a salvo de sus garras. —Se carcajeó Nick, pero de un modo vacío que no pareció engañar para nada a su amigo.

—¡Hijo de puta! ¿Cómo se atreve a no llamarte después de haberse acostado contigo? Es un idiota.

Nick lo tomó por la barbilla y obligó a que esos ojos que redundaban en furia lo enfocaran. Lo amaba, no podía pedir mejor amigo que Andrew Morgan, y le enternecía en el corazón el que creyera que tenía que ser defendido su honor. Era un caballero de brillante armadura, aunque nadie más lo percibiera.

Andy había entrado en Hayworth Enterprises unos pocos meses después que él, donde trabajaban antes de decidir a arriesgarse con el nuevo proyecto de sus jefes. Habían tenido una conexión instantánea y, a pesar de que Nick se llevaba muy bien con todos, con Andy tenían una relación especial.

—Encanto, ya te he dicho que no soy una jovencita, soy fuerte como un roble como para soportar el corazón herido. —Nick se golpeó dos veces con el puño en el pecho para dar énfasis a sus dichos—. Solo debo tener un poco de tiempo para lamer las heridas. Ahora, permíteme regresar al trabajo, lo que mantendrá mi mente ocupada en algo productivo.

A lo largo del día, varios de sus colegas y amigos se acercaron a preguntarle qué le sucedía. La respuesta que cada uno obtuvo fue un simple «nada». Los ojos celestes tan claros como el agua de Andy lo taladraban ante cada contestación. Parecían decirle: «Eres un mentiroso de primera». Sabía que estaba enfadado y comprendía que era porque se preocupaba por él. Pero ¡maldición!, Nick ya era adulto y no necesitaba una niñera.

Si no estuviera tan irritable, seguro que apreciaría que sus amigos se interesaran en su bienestar, ese día no era el caso. Sacó de nuevo su móvil y nada. Lo apoyó con un golpe seco sobre el escritorio y se concentró en el proyecto que revisaba en el ordenador. O al menos trató.

Todo el santo día persiguió a Brian el maldito mensaje de Nick. Sus

palabras se reproducían una y otra vez en su cerebro, diciéndole que ambos habían disfrutado, para finalizar con un «llámame». Ese llámame hacía que sus ojos se enfocaran en el teléfono sobre su escritorio cada tantos minutos. Golpeó la superficie de madera oscura con el puño para evitar tomar el tubo y aventó el informe que sostenía en la otra mano hacia el maldito aparato. Era evidente que le sería imposible trabajar.

Tenía que prepararse para la audiencia del día siguiente y no hacía más que pensar en el cuerpo de Nick bajo el suyo y en el sabor y aroma de su piel. Hundió su rostro en las manos y gruñó. Se estaba volviendo loco. ¡Él, que siempre había sido tan racional y tranquilo!

Se recostó en el sillón giratorio de cuero negro y cerró los ojos al tiempo que esperaba a que su respiración se apaciguara, sin embargo, la imagen de Nick curvando su espalda contra él y estirando su cuello al llegar al clímax lo desestabilizó nuevamente.

Se aferró con fuerza al borde del escritorio y trató de enfocarse en sus obligaciones durante el resto del día, apenas lográndolo y con gran esfuerzo. Al llegar la tarde, dejó de pretender y dio por finalizada la jornada laboral.

Al ingresar en su apartamento, sus pies lo dirigieron junto a la contestadora y sus dedos la accionaron como si tuvieran vida propia. La voz de Nick interrumpió el silencio de la sala, un estremecimiento recorrió la columna de Brian y un deseo irrefrenable le fluyó por el cuerpo. Ya no aguantó más. Si Nick quería volver a tener un encuentro con él, que así fuera, pero sería bajo sus propios términos. No podía dejarse llevar nuevamente por aquel camino de descontrol. Él no era gay. Y punto.

Levantó el teléfono y marcó el número del hombre que lo había perseguido en su mente durante todo el día. Dejó un mensaje claro y directo. Una invitación a su apartamento para la noche siguiente.

Capítulo 5

—Princesa... —Mark jugueteaba con los dedos de una mano de Keyla mientras yacían en la cama, cómodos con el hecho de estar desnudos y apenas tapados por las sábanas—. Muchas de tus cosas ya están en mi apartamento.

—¿Sí? No me había percatado.

—Pensaba que quizás podrías traer el resto.

Un silencio tirante se instaló entre ellos. Mark notó, al segundo de que las palabras abandonaran sus labios, que no habían sido bien recibidas. Keyla se había tensado en el acto y se sentó en el lecho con los ojos violáceos fijos en él a la vez que se cubría su torso con las sábanas.

—No comprendo.

—Quisiera que vivieras conmigo. —Key retiró sus dedos de la mano de él y se deslizó hasta quedar sentada al borde del colchón—. No es que fuera muy diferente del presente, ya duermes aquí seis días de siete de la semana.

Key se alzó y se alejó unos pasos, sin importarle que estuviera desnuda. Bajo la intensa mirada de Mark, comenzó a recoger sus prendas desperdigadas por el suelo.

—Sam y Alex viven juntos hace meses y fue tu idea el que se mudaran a una casa —argumentó él, sin embargo, ella no emitía ni un sonido, simplemente continuaba con su tarea de recolectar cada prenda. Mark la observó hasta que no aguantó más— ¡Maldición, dime algo!

—Yo... Creo que necesitamos espacio.

Él tragó en seco. No podía creerlo. No se habían separado ni medio segundo desde que habían comenzado a estar juntos y, ¿ahora necesitaban espacio?

—¿Espacio? ¿Qué mierda quiere decir eso?

—Estamos juntos cada día y casi todas las noches.

—¿Hay algo de malo en ello? Además, trabajas junto a Alex, aunque estemos en la misma agencia, apenas nos cruzamos.

Mark se estaba crispando. Se había abierto a ella, quedado en carne viva al ofrecerle que se mudara con él. Más aún, después de que se quemara con su exesposa, deseaba correr un riesgo con Keyla, y ella le venía con el cuento del

espacio. Él quería que dieran legitimidad a un hecho que ya se daba en la práctica, puesto que ella casi vivía en su apartamento. ¡Hasta tenían una perra juntos!

—Vamos demasiado rápido —replicó ella, ya se había puesto la ropa interior y el pantalón de botamangas anchas color borravino.

Mark aventó las sábanas a un costado y se elevó de la cama. Levantó con rabia su calzoncillo que se hallaba en el suelo y se lo puso con movimientos rápidos. Se sentía incómodo al mantener aquella conversación tan expuesto mientras ella aparecía cada vez más cubierta. Aferró la camisa celeste entre sus dedos hasta que los nudillos estuvieron blancos y la sensación de pérdida le cortó la respiración.

Presintió lo que venía. Quiso acallar los gritos infundados de su cabeza, pero le fue imposible. Ella lo estaba por dejar. No podría afrontarlo. Keyla lo era todo para él, nunca creyó que guardaría sentimientos tan profundos por una persona, además de Alex, Sarah y Gennie. Sintió como el agujero negro que mantenía escondido en su ser se abría nuevamente y se lo tragaba al completo.

—Vete —susurró al borde del enfurecimiento y con las manos temblando ligeramente.

—¿Qué? —Ella lo observó desconcertada y hasta dolida si fuera posible.

—¡Que te vayas! —gritó.

Ella, paralizada, con aquellos ojos que lo enloquecían clavados en él.

—Mark, por favor, espera.

—¿Que espere? ¿Qué? ¿Hasta que te aburras y desaparezcas? —escupió mientras bilis le subía por la garganta y luchaba por mantener el pánico a raya. Respiraba con dificultad, pero mientras se concentrara en que el aire salía y entraba, estaría bien.

—¿De qué hablas? ¡Solo te pido ir más despacio! Me presionas. —Hizo una pausa, suponía que esperaba alguna clase de respuesta por parte de él—. Va a ser mejor que me vaya, antes de que digas algo concluyente e hiriente.

—Sí, es lo mejor. Vete de una buena vez.

Ella se humedeció los labios como si fuera a agregar algo más, pero no lo hizo. Sus hermosos ojos se empañaron y Mark sintió que unas garras le estrujaban el corazón. Él quería decir las palabras adecuadas que restablecieran el momento especial que habían compartido minutos antes, pero de sus labios no salía nada. Y cuando se quiso percatar, ella ya se había marchado.

En la mañana siguiente, ya más fresco y habiendo podido meditar sobre su reacción exagerada, Mark tenía en claro que hablaría con Keyla y le daría el tiempo y el espacio que necesitara.

—Al fin llegas. —Fue el saludo que le brindó Alex apenas pisaba su propio despacho.

Miró su reloj, eran las nueve y diez, solo Alex podía calificar recibirlo de aquella manera con solo diez minutos de retraso. Claro que Alex era el señor puntualidad.

—Sí, me quedé dormido —mintió. A decir verdad, había retrasado su llegada unos minutos para que Keyla llegara antes que él.

—Te estábamos esperando.

La contestación de Alex lo detuvo en seco y lo encaró con el ceño fruncido.

—¿Tú y quién más? No tenía ninguna reunión programada a primera hora, estoy seguro. —Alzó la agenda de su escritorio y pasó las páginas hasta llegar a ese día.

—Keyla trajo a Ángela. Habíamos quedado que hoy la entrevistaríamos para el puesto de recepcionista, ¿recuerdas?

Cierto, lo había olvidado completamente. Si ella se hubiera quedado ayer en la noche en su apartamento, no lo hubiera hecho. Si no hubieran discutido, si él no le hubiera pedido que vivieran juntos... ¡Maldición! Se estaba enfureciendo de nuevo.

Ingresaron en el despacho de Alex donde lo aguardaba una mujer pequeña sentada en uno de los sillones frente al escritorio, de la altura de Sam más o menos, pero más menuda y con un aspecto tan frágil que Mark supo que ni entrevistarla precisaban. La tomarían por el solo hecho de que parecía igual de jodidos que todos ellos. Al fin y al cabo, se había percatado que últimamente adoptaban a personas a quienes el destino les había jugado una mala pasada. Esta joven tenía las palabras pasado de mierda escrito en la frente.

Luego posó la vista en la joven restante, de cabellos color caramelo y ojos violáceos, acomodada en el otro asiento. Tenía una mano enlazada con la de Ángela y le sonreía con una sinceridad que a él lo irritó. Ni una sola vez lo miró, como si no estuviera en la maldita habitación.

—Ángela, te presento a Marcus, mi socio —lo introdujo Alex antes de tomar asiento tras su escritorio.

Mark estrechó la mano de la muchacha que se había elevado y que no debía

tener más de unos veintitantos. Se sorprendió del fuerte apretón que ella le brindó y respondió a la breve sonrisa de ella con otra.

Ángela Mendoza podía tener un aspecto frágil, pero sus ojos oscuros daban la impresión de una fuerza que asombraba. Era bonita, con su cabello castaño oscuro, tez de color canela suave, ojos grandes y boca ancha y rellena. Quedaban a la vista sus orígenes latinos, y por su acento en cuanto lo saludó, no había nacido en los Estados.

Ella extendió una carpeta de la que extrajo una hoja y volvió a tomar asiento.

—Como le decía al señor Peters...

Mark dio un respingo y negó con la cabeza.

—Ay, cariño. —Chasqueó con la lengua y se llevó una mano al pecho—. Si me dices señor Sanders me va a dar un ataque —bromeó, y Alex rio por lo bajo—. Nada de señores, ¿no la pusiste al tanto, Alex?

Mark se apoyó sobre el escritorio de Alex.

—No tuve tiempo.

Ángela miró a Keyla con notable incomodidad. Su amiga le dio unos golpecitos en el brazo con un par de dedos y le brindó un breve asentimiento con la barbilla.

—Bueno, Marcus, entonces. Como le decía a... Alexander —se aclaró la garganta—, no tengo experiencia en el área, pero...

—Lo harás genial, Ángela, no te preocupes —la desestimó con el ademán de una mano mientras ojeaba el brevísimo currículum de la aspirante—. Mejor, Mark y Alex si estás de acuerdo. —Alex volvió a reír, por lo que Mark alzó la cara hacia él—. ¿Qué, viejo?

—Nada. —Alex, con las manos entrelazadas y los codos en los apoyabrazos, sacudió la cabeza de un lado al otro—. Cuánto me alegro de que seas el que se encarga de las contrataciones.

Mark no pudo sino sonreír a su amigo. Alex siempre había tenido problemas para expresarse oralmente, algo que ni remotamente le sucedía a Mark. También, Mark poseía mejores habilidades sociales, por lo que este tipo de actividades siempre caían en su agenda.

—No voy a mentirte, Ángela, ¿o es Angie? —demandó Mark sin alzar la vista de la hoja que ella le había entregado.

—¿Qué? —preguntó ella con desconcierto.

—¿Cómo te dicen, cariño?

Ángela, evidentemente nerviosa, miró de nuevo a Keyla como si buscara alguna clave sobre cómo debía responder.

—Eh... Ange —dijo con la incertidumbre marcando sus facciones bellas y exóticas. Saltaba a la vista que estaba desesperada por lograr el puesto. Había dedicado gran esmero a su vestimenta; a pesar de que no eran prendas caras, sí eran serias y clásicas. Consistían en una blusa blanca y un pantalón básico negro.

—Bien, Ange, no tienes un currículum que digamos... eh, apropiado.

Ange no era de las personas que pudieran resguardar sus emociones detrás de un rostro impasible, y su lenguaje corporal era demasiado obvio también. Al instante en que Mark había pronunciado aquellas palabras, el cuerpo femenino se tensó, luego sus hombros se derrumbaron y evidenciaron una resignación ante la inminente pérdida.

—Ange, tienes el empleo —concluyó Alex—. Mark solo establecía un hecho.

—Claro, cariño. —Mark le pasó un brazo por los hombros y la separó de su protectora—. Vienes recomendada por Key, y con eso ya está.

—Ya te acostumbrarás a sus locuras, Ange —anunció Key con una sonrisa radiante en el rostro.

Charlaron algunas especificaciones del puesto: tareas, responsabilidades, obligaciones y horarios. Luego, Alex acompañó a Ange hacia la sala en donde trabajaban el resto de los miembros de S&P, por lo que Mark y Keyla se quedaron solos en el despacho.

—Gracias —dijo Key rehuyéndole la mirada, lo que lo puso aún más adusto. Él respondió con un ademán de la barbilla que suponía que ella ni había notado.

Se estableció un momento incómodo entre ellos en el que ninguno sabía bien qué decirse. Hasta cuando eran enemigos siempre habían tenido alguna frase que arrojarle a la cara, pero en ese momento habían enmudecido.

Mark no aguataba más tenerla tan cerca, las ansias de aferrarla en sus brazos y gritarle que no había un demasiado rápido entre ellos cuando albergaban sentimientos tan profundos por el otro. Pero entonces se le cruzó por la cabeza que quizás ella no sintiera con la misma intensidad que él. El pánico trataba de alcanzarlo en una carrera sin igual, estableciéndose a un segundo de distancia de su meta, que no era otra que él. ¡Maldición! No

lograba respirar. Necesitaba aire.

Sin pronunciar palabra, pasó más allá de ella y abandonó la habitación.

Capítulo 6

El corazón le golpeteaba como si fuera a salirle volando del pecho cuando presionó el timbre del apartamento de Brian. La expectativa de revivir el sexo que habían disfrutado en la casa de Alex y Sam hacía que la sangre le hirviera y que se le concentrara en la entrepierna.

Tuvo que contenerse al máximo para no saltarle encima apenas le abrió la puerta. Estaba tan atractivo con su cabello castaño claro peinado a la perfección y su traje de tres piezas en un azul oscuro que le hizo agua la boca. Rezumaba sensualidad y masculinidad por cada poro. Tenso y alerta, el estado habitual del abogado. Brian no era una persona que se permitiera relajarse ni siquiera fuera del trabajo por lo que Nick se había percatado. Solo sus ojos dejaban vislumbrar un cierto rasgo de emoción en él. Parecían sorprendidos de que Nick se hallara allí, tal vez había esperado que no apareciera, que no aceptara su invitación.

—¿Vas a desnudarme con la mirada desde allí o vas a dejarme entrar? — bromeó Nick.

Soltando un profundo suspiro, Brian se apartó y le permitió el ingreso. Nick pasó por delante, tan cerca del hombre que su aroma a pomelo y menta lo embriagó. Flexionó los dedos de sus manos sudadas mientras se adentraba en un *living* pintado en un color blanco tiza, con pisos de cerámica grisáceos, y que tan solo se adornaba por dos enormes sofás grises de corte recto que se enfrentaban entre sí con una mesa ratona de vidrio grueso en medio. Un televisor plano se acomodaba sobre una pared oscura contraria a la entrada y un gran ventanal se abría detrás de uno de los sofás.

La falta de personalidad o sentimiento que reflejaba el ambiente lo asombró. Era demasiado impecable, como una fotografía en una revista de decoración minimalista a un extremo. Podría decir que nadie vivía allí si no supiera lo contrario. Observó cada rincón con las manos en las caderas y no le pasó desapercibido lo tieso que se hallaba Brian unos pasos por detrás de él. Cuando iba a girarse para decir algo que aligerara la tensión, una ráfaga rojiza fue captada por el rabillo de su ojo izquierdo.

—Hola, cariño —lo saludó la joven con una sonrisa de oreja a oreja.

Morrigan estaba preciosa con el vestido azul marino estilo tubo hasta mitad

del muslo, rematado por una franja blanca en las mangas y en el dobladillo. Marcaba cada una de sus curvas a la perfección y resaltaba tanto el tono rabioso de sus cabellos como el cremoso de su piel.

La confusión se reflejó en la mirada de Nick, y más aún al notar que la pelirroja no se veía sorprendida por su presencia, como si esperara su llegada.

—Hola, amor —la saludó, y le dio un breve beso en una de sus mejillas salpicadas por pequeñas pecas tostadas.

Trató de conectar los ojos con los de Brian en busca de una respuesta a las preguntas que se atropellaban en su mente, pero él se los negaba, al igual que no le había dirigido ni una sola palabra desde que había llegado.

Morrigan se sentó en uno de los sofás y alzó sus piernas acomodándolas a su lado. Irradiaba una extrema sensualidad, y Nick sabía que cualquier hombre se sentiría atraído por semejante mujer.

Nick, sin saber qué se esperaba de él y totalmente perdido acerca de la invitación que le había efectuado Brian, tomó asiento en el sofá contrario. No entendía para qué lo había citado si estaría Morrigan. No creía que Brian quisiera hablar sobre lo que había sucedido entre ellos frente a ella.

Brian se acomodó junto a Mor, y Nick trató de que su rostro no mostrara su desilusión y, más aún, el dolor que sintió cuando la joven le pasó los brazos por el cuello y descansó la mejilla sobre el hombro del abogado. Comprendía cada vez menos para qué lo había citado. ¿Qué es lo que quería Brian de él? Estaba más que claro que Nick era el tercero que sobraba allí.

Respondió a cada pregunta que le realizaba Mor sobre su trabajo junto a Alex y Mark de manera mecánica, y formuló alguna que otra pregunta a su vez. Brian les sirvió un vaso de *whiskey* a cada uno sin casi participar en la conversación. La verdad es que no era su bebida preferida, pero precisaba el ardor del líquido y la amortiguación de las inquietudes que se agolpaban en su mente.

—Me encanta el trabajo que hiciste en la agencia —mencionó Nick, por decir alguna cosa, mientras giraba el vaso con lo que quedaba de la bebida ambarina en su mano. Luego lo dejó sobre la mesa ratona, sin terminar.

—También decoré el bufete de Brian y este apartamento. —Mor hizo un ademán con su brazo alrededor de la estancia.

Nick realizó un paneo por el lugar, desprovisto de sentimiento. Morrigan le sonrió al percatarse de sus pensamientos.

—Brian tiene un gusto muy...

—Rígido —terminó por ella, y conectó la mirada con la azulina que lo observaba en silencio.

—También puede ser un hombre con amplia imaginación, suele soltarse dentro del dormitorio, ¿cierto, cariño? —bromeó Mor, y enredó un par de dedos en los mechones cortos de la nuca de Brian para luego estamparle un beso, lento y sensual.

Las manos de Nick se crisparon sobre sus rodillas y presionó las mandíbulas ante la escena que se desarrollaba en frente.

De pronto, Mor se elevó y, rodeando la mesa ratona, se sentó a horcajadas sobre el regazo de Nick, quien se quedó estupefacto, y aún más cuando ella posó sus labios sobre los de él. Su mente encajó todas las piezas como en un rompecabezas, con cierta lentitud. Mientras ella exploraba su boca, terminó comprendiendo lo que ocurría, para qué lo había citado Brian. El alma se le cayó a los pies, y la enorme felicidad y excitación que lo habían invadido horas antes se esfumó en un parpadeo.

La agarró suavemente por los brazos y la separó de él a medida que un nudo se le formaba en la garganta. Carraspeó un par de veces antes de decir:

—Lo siento, amor. Creo que hubo un error.

Morrigan se alzó, confundida, y, si fuera posible, con las mejillas arreboladas por la vergüenza. Nick también abandonó el sofá; se mantuvo unos segundos apostado en el lugar sin saber bien qué hacer hasta que se decidió por dirigirse hacia la puerta.

En su interior esperaba que una mano masculina lo detuviera, pero al posar su palma en el picaporte no halló ningún impedimento para abrir. Salió al corredor como si los pies le pesaran una tonelada y con una piedra atascada en el estómago.

Tan solo podía pensar en estar con una persona en ese instante, alguien que siempre lo hacía sentir bienvenido y aceptado en su totalidad. Sacó su móvil del bolsillo posterior de su pantalón y lo buscó en marcado rápido.

—*Ey, ¿qué tal?* —le respondió Andy a la segunda llamada.

—¿Estás ocupado? —quiso saber, sin lograr escudar la angustia que lo embargaba.

—*¿Qué ocurre?* —Ante el silencio que siguió a su pregunta, prosiguió—: *Estoy a punto de ver una película mala al completo, viejo. Se trata de unos nazis que se despiertan siendo zombis y comienzan a atacar a unos tipos en*

una cabaña en medio de la nada, creo que es sueca o noruega...

—¿No vas a salir con alguien?

—¿Yo? —preguntó en un tono exagerado.

—Me había olvidado de que te habías convertido en un monje.

—*Ey, si me tratas así, no serás invitado a esta noche de cine horrible, pero con un pote enorme de palomitas de maíz y unas cuantas cervezas...*

—¿Dulces o saladas? —bromeó Nick. Andy siempre le arrancaba una sonrisa. Por más triste o pesimista que se encontrara, era esa persona especial en su vida a la que adoraba y que estaba presente para darle su apoyo en todo momento.

—*Saladas, viejo. Sabes que lo dulce no va conmigo. Además, para empalagoso ya estás tú.*

—Ay, no me halagues de esa forma, encanto, que no respondo de mí —le siguió el juego. Con Andy no había resquemores en cuanto a bromear con la sexualidad, emplear palabras cariñosas o hasta manifestar sus afectos mediante besos o abrazos. Se amaban como hermanos, y Andrew no tenía reparos en cuanto a su orientación sexual.

—*Trae tu culo aquí y me cuentas qué te pone con un ánimo tan negro.*

—Cómo me haces falta, Andy —murmuró con un tono estrangulado—. No sabes cuánto. En diez minutos te estoy tocando el timbre, aguanta la película por mí —pidió con voz más ligera.

Apenas cortó la llamada, presintió una presencia a su costado y vio a Brian observándolo con una expresión sombría.

Brian sintió como un puñetazo en medio del pecho al escuchar la conversación de Nick con ese tipejo, Andrew. Aquel que siempre que los veía juntos estaba colgado de Nick y con el que se abrazaban sin medida. No sabía por dónde venía su relación, si solo eran amigos o algo más. Sospechaba que esto último por lo poco que los conocía. Además, no había podido dejar de sentir el odio que le profesaba el hombre cada vez que lo tenía delante.

—¿Arreglando un reemplazo? ¿Te espera tu amante? —espetó Brian con un tono brusco y grave. Cada músculo de su cuerpo se encontraba en tensión y mantenía las manos cerradas en puños al costado del cuerpo.

Nick no le contestó, no podía. Se moría por comerle esa boca de labios finos y por enterrarle las manos en su cabello castaño claro, pero se contuvo, aunque acortó las distancias.

—Entiendo lo que pretendías, bebé.

La ráfaga de arrepentimiento que cruzó el rostro de Brian lo desarmó. Brian abrió la boca como si fuera a decir algo, pero ninguna palabra abandonó sus labios.

Nick le tomó una mano, y Brian le permitió enlazar los dedos con los suyos.

—Añadirme en el sexo con Morrigan es un paso importante para ti, no lo niego. Es como un escalón previo a poder aceptar estar solo conmigo. Sin embargo, bebé, aún no sabes bien lo que quieres, y ahí reside la diferencia conmigo.

—No es eso —puntualizó con aquella voz profunda y varonil que haría temblar las paredes de las salas de los tribunales y que a Nick le envió un estremecimiento a lo largo de la columna y un hormigueo en la punta de los dedos por el ansia de acariciarlo.

—Brian, yo hace mucho que tengo bien en cuenta lo que soy y lo que deseo. Te deseo a ti y solo a ti.

Esa última confesión provocó un respingo en Brian.

—Pero podrías haber...

—No, bebé —le aclaró, y le dio un pequeño apretón en la mano—. Creo que quizás necesitas estar con alguien que esté dispuesto a jugar contigo sin comprometerse para que logres una transición y encuentres quién eres —dijo mientras le acariciaba la mejilla, apenas rozándolo, y notó la rigidez que mantenía en el rostro—. Yo no soy ese hombre, Brian. No podría solo acostarme sin que mi corazón estuviera comprometido.

—Déjame explicarte —rogó Brian en un susurro.

—Nunca he estado con una mujer —le soltó de golpe, y lo dejó pasmado ante tal confesión.

—¿Nunca?

Negó con la cabeza sin perderse las cataratas de emociones que pasaron por la mirada de Brian: confusión, sorpresa, anhelo, deseo...

—Desde los trece años sabía que me sentía atraído por los hombres —aclaró, y le soltó la mano—. Estoy dispuesto a hacer varias concesiones contigo, pero acostarme con una mujer... simplemente no puedo, Brian —concluyó, para luego aproximarse a los ascensores. A cada paso, una sensación de mayor pesadez lo invadía. A cada paso, el corazón se le volvía a resquebrajar.

—Espera.

Brian lo tomó de un brazo y lo volteó. Lo aferró por las caderas con firmeza, como si temiera que si ingresaba en la caja metálica desaparecería de su vida para siempre.

—Bebé —dijo Nick al acunarle el rostro con suma dulzura—. Cuando te decidas, tienes mi número, y supongo que sabes dónde vivo.

—Mi mente es un lío. —La voz gélida evidenciaba la furia apenas contenida en Brian. Tan hermético e impassible, rígido y tenso.

—Lo sé. No es un adiós para siempre. Tienes miedo, y lo comprendo. Tú mismo me dijiste, no hace mucho tiempo, que tu vida es muy tranquila...

—Me presionas —reclamó Brian con un enfado que trataba de mantener a raya, acostumbrado a no dejar visualizar sus emociones, como todo buen abogado hacía en el tribunal, salvo que él lo extendía a la vida cotidiana también.

—No. Estoy haciendo uso de toda mi fuerza para marcharme en este momento. Pero no puedo engañarme a mí mismo ni ponerme en una posición que me rebaje. —Notó el dolor en el rostro del abogado. La compasión se apoderó de él, pero se la sacudió; Brian se merecía un poco de dolor por todo el que Nick había sufrido por él—. No voy a acostarme con una mujer para estar contigo. No me merezco eso, bebé.

Sin añadir una palabra más, ingresó en el elevador y emprendió el descenso, dejando a Brian apostado en el corredor.

Brian sabía que la había cagado al haberlo citado junto con Morrigan. Pero no estaba preparado para un encuentro solo con Nick; con Mor hacía años que se conocían, en el amplio sentido de la palabra, y ella era abierta en cuanto al sexo. Era su mejor amiga, con quien podía hablar de cualquier tema y con quien compartía unos encuentros sexuales más que satisfactorios. Había creído que el que ella estuviera presente le ayudaría a la transición de relacionarse íntimamente con Nick.

Se había percatado del error al abrir la puerta y querer comerle la boca a Nick. Se había contenido lo suficiente como para no hacer el ridículo como un pobre adolescente. A medida que pasaban los minutos y oía la conversación que Morrigan se esmeraba en que fluyera, pero que se percibía tensa por parte de Nick, supo que se había equivocado y en grande.

Regresó al apartamento con el cuerpo entero vibrándole y con el ansia de pegarle a algo, destrozar alguna cosa, lo que fuera.

—Brian, cariño, lamento que tu amigo se marchara —dijo Morrigan. Sin embargo, Brian pasó por su lado sin dirigirle una palabra, ni siquiera una mirada. Llegó hasta un pequeño aparador, de donde sacó una botella de *whiskey* y se sirvió unas cuantas medidas en un vaso que se tomó de un solo trago.

El líquido ambarino quemaba su garganta; era lo que necesitaba para empezar a amortiguar las emociones atribuladas de su interior. Sentía a Morrigan detrás de él, lo observaba con atención y sin comprender su estado.

Morrigan era un ser especial. Agradecía sus esfuerzos por lograr una velada relajada, sin éxito. No creía que ella supiera la atracción que los atravesaba a Nick y él, y mucho menos lo que había ocurrido entre ellos, dado que era una de las pocas cosas que no le había contado.

Ella se merecía a alguien que la amara, sabía que Mor lo anhelaba, aunque dijera lo contrario y se las diera de liberal. No obstante, creía que no se acostaba con nadie más que con él por el momento. Otra gran persona que Brian trataba de una manera que no merecía. Se volteó y contempló a esa mujer que durante los últimos años había sido su amante ocasional y su gran amiga, sin embargo, en su mirada almendrada tan solo podía conjurar unos ojos color miel.

No le había pasado desapercibido el dolor que ensombreció la mirada dulce de Nicholas durante la hora que estuvo en su apartamento. Se había portado impecablemente, con suma paciencia había aguardado una explicación, suponía. Él no se la había dado, apenas le había dirigido la palabra, y ahí estaba, a punto de irse a la casa de su amante. Y no había otro culpable que él mismo, por ello el enfado lo invadía.

Ansiaba encerrarlo entre sus brazos y enterrar el rostro en su cuello. Una locura. Algo que era realmente impensable para él, que no cabía en su mente. ¿Qué le había ocurrido al conocer a Nick? No lo sabía a ciencia cierta, solo que su mundo se revolucionó y se puso patas para arriba.

Él, que había salido con las mujeres más hermosas y todas habían terminado en su cama, deseaba a un hombre. El solo pensarlo lo hacía gruñir. No había nada que pudiera hacer para cambiarlo. Sí podía ocultarlo, mentirse y decirse que no era real. Pero, en definitiva, lo deseaba como nunca había deseado a una mujer antes.

Cerró los puños y se clavó las uñas, recortadas al ras, al recordar la violación... No, el sexo que compartió con Nick, como él le había aclarado.

Jamás había perdido el control de tal forma, y mucho menos había disfrutado hasta ese nivel de sentirse libre, flotando como una pluma al viento.

La sensación de perder a ese hombre le quitaba la respiración, y sabía que con lo de esa noche lo había hecho. Lo había perdido.

La furia lo poseyó como muy pocas veces le sucedía. Mor le hablaba, sin embargo, él estaba obnubilado en sus pensamientos como para escuchar lo que decía.

—¡Vete! —le espetó. La aferró de un brazo y la arrastró hasta la puerta.

—¡Brian, detente! —gritó ella. De un tirón, se soltó.

—Te quiero fuera. —Sabía que era injusto con ella, pero no podía soportar su presencia en ese instante; su aroma femenino hacía que añorara otro apenas más dulzón y embriagador.

—Cuando se te pase tu estupidez, llámame para que pueda ayudarte.

Brian soltó un gran suspiro y trató de calmarse. La había cagado también con ella.

—Lo siento.

—Lo sé, cariño. —Mor se le colgó del cuello y le dio un casto beso sobre los labios—. Llámame, ante todo soy tu amiga. Recuérdalo.

Una vez que Mor lo dejó solo, Brian se acercó al aparador y aferró la botella de *whiskey* olvidada para llevarla consigo a uno de los sofás. Se dejó caer en el moderno e incómodo asiento y luego dio un largo sorbo a la bebida directo desde el pico.

Capítulo 7

Cada miembro de S&P, hasta Ange, la última en incorporarse, concurrió al bar Molly's. Habían tenido que buscar uno nuevo, cerca de la actual agencia, y este era el que más les había agradado en la zona. Era el típico bar irlandés, con luces tenues, paredes colmadas de portarretratos con fotografías antiguas, recortes de periódicos y posters viejos de bebidas alcohólicas.

Les habían armado una gran mesa en el fondo del local. Dentro de poco tendrían que comenzar a reservar con anticipación. Cada vez se sumaban más integrantes a las salidas y no encontrarían lugar disponible a aquella hora tan concurrida por las personas que querían tener una velada relajante tras un día de trabajo.

Las conversaciones eran un desquicio. Hablaban unos con otros en diálogos cruzados, murmullos incontrolables a los que era imposible seguirles el hilo. Al cabo de unos minutos de haberse acomodado, llegó Gabe con su cabello oscuro un poco revoloteado y aquella mirada de acero. Técnicamente, era un cliente de S&P, pero él también se había sumado a las salidas desde que había afianzado su amistad con Alex y Mark.

Nick estuvo revisando la entrada cada pocos minutos, a la espera de que llegara Brian acompañado de Morrigan, como era habitual, pero hasta ese instante no lo había hecho. Era un desastre paradójico. Por un lado, no quería que concurriera después de lo que había ocurrido entre ellos, pero por otro, ansiaba tenerlo cerca, regodearse en su visión, en su aroma, sentir el calor que emanaba su cuerpo. De tan solo pensar en él tenía que reprimir el gemido que amenazaba con escapar de sus labios y controlar su miembro para que no lo dejara en evidencia frente a todos sus amigos.

De pronto, Charlie, que estaba sentada en el centro de la mesa junto a Xavier, se elevó. Nadie pareció llevarle el apunte y continuaron con sus conversaciones alocadas.

—Chicos, silencio, por favor —pidió la rubia. Como era de esperar, nadie le prestó atención—. ¡Ey, silencio! Shhh —exclamó, aventando las palmas hacia arriba y abajo.

Ante el grito, cada uno se calló en mayor o menor rapidez, pero al cabo de unos minutos todas las miradas estaban fijadas en la mujer. Ella sonrió y bajó

la vista a su marido, sus facciones se enternecieron y resplandecieron al instante. El amor fluía entre ellos de manera notoria. Nick no podía creer que había estado en contra de su romance en un principio. A su favor, tenía que decir que Charlie no se mostraba como era en realidad y en aquel entonces era una auténtica arpía.

—Con Xavier queríamos hacer un pequeño anuncio. —Ante los ojos amplios de algunos, con miradas ansiosas, de sorpresa y felicidad, se apresuró a decir—: Aún no. Pero... ¡estamos en la búsqueda de un bebé! —chilló y unió las manos en su pecho.

Un silencio fue seguido por un estallido en vítores de alegría, aplausos, y Charlie y Xavier se vieron arrastrados a abrazos y les estamparon innumerables besos en las mejillas. Charlie no pudo evitar derramar unas cuantas lágrimas y que la voz se le quebrara al dar las gracias. Xavier se ruborizó entero, como un tomate, e irradiaba felicidad por cada poro.

Hasta Nick se conmovió por el anuncio al igual que varios de sus amigos, en especial las mujeres. Cuando posó los ojos en Samantha, vio que se secaba los ojos con un pañuelo de papel descartable. Ella se percató y se sonrieron. Sam se acercó a él y se hundió en su abrazo. La pequeña Sam, la mujercita que tanto había cambiado a su jefe. ¿Quién hubiera pensado que se convertiría en una de sus mejores amigas? La apretujó contra él y le besó la coronilla; sabía lo que ella sentía, las ansias que tenía de formar una familia.

Ella se desprendió de él y fue a refugiarse entre los brazos de su novio. Eran situaciones como aquellas en las que se sentía solo, sin una persona que compartiera su vida como algunos de sus amigos ya poseían. Anhelaba eso, formar parte, tener un compañero. Regresó a su asiento y su mente, traicionera, volvió a poblarse de imágenes del maldito abogado por el que su corazón penaba y el que nunca ocuparía ese lugar que Nick ansiaba para él. Su pareja, su otra mitad.

Keyla estaba tan feliz por Charlie y Xavier. Los felicitó con entusiasmo con un beso y un fuerte abrazo a cada uno. Luego se dispuso a volver a su asiento, ubicado de manera estratégica entre Nick y Andy. Había logrado mantenerse alejada de Mark hasta el momento. Cada vez que lo miraba lo hallaba con los ojos fijos en ella, con aquella expresión de desaire que la atormentaba. Tenía presente que él aún poseía problemas con su miedo al abandono, sabía que estos no desaparecerían de la noche a la mañana. No era que lo abandonara, solo que ella también poseía sus miedos y sus propios demonios, y el que a los

pocos meses de comenzar una relación con él, Mark quisiera que se mudaran juntos le daba escalofríos y no de los buenos. Necesitaba su espacio y su tiempo. Poder procesar el aceleramiento de los acontecimientos. De pasar a ser enemigos acérrimos a estar enamorados era demasiado para asimilar en tan corto tiempo.

Mark tenía los ojos, dolidos y enfadados, clavados en ella. Key hizo caso omiso de aquella mirada y se centró en lo que le comentaba Andy sin prestar mucha atención a sus palabras. Le costaba bastante no desviarse de la conversación; ansiaba tanto correr a los brazos de Mark, enterrar el rostro en la curvatura de su cuello y decirle que lo sentía. Hacía dos días que habían discutido y desde entonces el distanciamiento se había profundizado. Lo extrañaba demasiado, lo que la aterraba aún más. Sus sentimientos eran muy intensos que no conseguía controlarlos. ¿Y eso dónde la dejaba? Dependiendo de él hasta para respirar y convirtiéndose en una carga hasta que él ya no la aguantara. Ese era el fantasma que la perseguía, que acabara cansándolo.

Andy le corrió el cabello del oído, se acercó y le preguntó:

—¿Cariño, vas a decirme qué ocurre?

Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para evitar que las lágrimas se desparramaran. Ni ella misma sabía qué ocurría en su relación, ¿cómo podría ponerle palabras a algo que no entendía?

—Una tonta discusión.

—Esas son las mejores. —Andy sonrió y le dio un pequeño apretón en una de sus manos—. Ya sabes, sexo de reconciliación —bromeó y le robó una sonrisa.

Andy era especial, siempre sabía qué hacer para elevarle el estado de ánimo. Era ese tipo de personas que tenían la frase perfecta en la punta de la lengua, en el momento indicado, era el mejor amigo que podría pedir. Sin pensarlo dos veces, se apretujó contra su pecho y él tampoco dudó en rodearla con sus brazos. Cuánto se alegraba el haberle rogado que la abrazara esos meses atrás cuando Mark y ella aún discutían a la menor oportunidad.

—Te quiero tanto, Andy. —Su voz se quebró, pero a pesar de ello conjuró una sonrisa, aunque más bien parecía una mueca.

—Ey, no, cariño. —La tomó de la barbilla y le volteó el rostro hacia él—. No te pongas así, ya verás que todo se arreglará.

Eso esperaba, pero cuando alzó la mirada hacia Mark, él ya no estaba allí. Se había marchado. Su corazón detuvo todo latido, y en ese instante supo que

había herido al hombre que ocupaba el lugar primordial en aquel órgano, más de lo imaginable.

—No puedo creer que Charlie no me dijera nada antes. ¡Ay, un bebé, Alex! ¿No es genial? Una extensión de ti a quien amar más que a nada en el mundo.

Sam puso la pava sobre el fuego para realizarse una infusión de hierbas en la cocina de su nueva casa. Después de una velada enternecedora con el anuncio que habían hecho Charlie y Xav, Sam parecía querer dar brincos de pura alegría.

Alex tan solo la contemplaba en silencio. Sentado en una de las cuatro sillas de la mesa redonda, enlazó las manos sobre la superficie de madera con una tensión que no lograba evitar que surgiera. Sam continuaba con su monólogo sin fin de lo adorable que sería tener un bebé, sin embargo, Alex solo tenía la mente poblada de imágenes de su propio padre y del temor que volvía a resurgir de terminar siendo un hijo de puta como él. Un miedo irracional, entendía eso, pero que no lograba refrenar.

Como tampoco pudo refrenar las palabras que abandonaron sus labios:

—Yo no quiero hijos.

La alegría que había poseído a Samantha se drenó de un golpe. Él contempló el cambio en ella. Se giró lentamente hacia él y posó aquellos ojos marrones, tan oscuros como el chocolate derretido, en los suyos. No pronunció ni una sílaba, tan solo se quedó inmóvil. Sabía cuáles eran sus sueños, aunque nunca los hubiera verbalizado. Ella quería una familia, y él le había dado a entender que la tendrían, más por omisión que por haberle dicho las palabras exactas. Había sido una de las razones de buscar una casa en aquella zona, con un jardín y habitaciones suficientes.

Al hablar de mudarse a un lugar donde formar una familia, la ilusión de ello había sido hermosa. Pero era como aquello que se ve a lo lejos y jamás se alcanza, una fantasía idealizada. Sin embargo, ahora que se convertía en algo patente...

No podía. El temor era demasiado grande. Si llegaba a hacer daño a un hijo suyo, sabía que se destruiría. Sus manos comenzaron a temblar sobre la mesa, por lo que enlazó los dedos para encubrirlo.

—Cuando me propusiste mudarnos a Larchmont, hablamos de bebés. Lo recuerdo, mencionamos al menos dos —Sam hablaba con una voz plana, como

si mencionara algún tema laboral.

Alex también recordaba el instante que ella recordaba. Sí, habían hablado de bebés, un perro, un gato y un conejo. A decir verdad, ella lo había hecho y él no la había contradicho. Había sido uno de los momentos más felices de su existencia y él se había entusiasmado tanto con la idea. Pero siempre lo había visto como algo lejano, como una imagen que se alejaba a medida que él se acercaba.

Sin embargo, ahora que parecía real y propenso a materializarse, un puño parecía estrujarle las entrañas. Tenía un miedo tan profundo y arraigado en él, uno que nunca lo había abandonado por más que su cerebro le jurara que no tenía nada por lo que sentirse atemorizado. No quería comprobar que se equivocaba y que terminaría haciendo daño a la persona que más amaba.

Quiso decir algo, apaciguar la herida que veía abrirse en Sam a cada segundo de silencio. No obstante, su lengua se había enredado y sabía que si pronunciaba aunque solo fuera un solo fonema, saldría mal y lo embrollaría todo aún más. Como siempre había sido, él terminaba empeorando las situaciones cuando hablaba. Así que permaneció con los labios pegados en dos líneas finas.

Samantha, cansada de esperar, abandonó la cocina. Alex escuchó la carrera por la escalera y el portazo que provino de la habitación que compartían. Él se quedó solo, sentado en la maldita mesa nueva, en su maldita nueva cocina de su maldita nueva casa, con sus malditos antiguos temores. La pava comenzó a chillar y se elevó para apagar la hornalla. Quería callar aquel ruido agudo que parecía gritarle a él por ser un hijo de puta que había prometido un futuro a la mujer que habitaba en su corazón, uno que ahora no podía otorgarle.

La había engañado cuando le había jurado que nunca lo haría. La había manipulado para que aceptara mudarse con él, pero al mismo tiempo su mente le gritaba que no era así. Él había vivido una ilusión en la que formar una familia con Sam había parecido posible, solo que al tener ese futuro en la punta de los dedos, no lograba concretarlo. Era un maldito cobarde, él se había convertido en el león del cuento al fin y al cabo.

Capítulo 8

Nick frunció el ceño en cuanto sonó el timbre de su apartamento. No esperaba a nadie, por lo que se extrañó. Además, ya era bastante tarde como para que alguien se apareciera a su puerta sin invitación previa o sin anunciarse.

Había sido un día largo en la agencia y todavía tenía algunas ideas que perfeccionar para una de las cuentas en las que trabajaba. Apenas puso el ojo en la mirilla, se quedó estupefacto. Contuvo el aliento y abrió la puerta de golpe, sin pronunciar palabra al encontrarse a Brian del otro lado. Estaba tan immaculado como era habitual en él, con su cabello castaño claro tan bien peinado que daban ganas de revoloteárselo. Además, vestía uno de aquellos trajes de tres piezas color azul marino que resaltaba sus ojos, del mismo tono, y que le daba un aspecto tan señorial. Nick no pudo evitar que se le hiciera agua la boca y que su sangre corriera a una velocidad inaudita al viajar su mirada por aquel hombre. Quería anclar sus manos en su rostro y comerle la boca como era debido, sin embargo, se mantuvo imperturbable al recordar el último encuentro. No tenía idea de por qué Brian se encontraba allí.

Clavó la vista en la del abogado y, sin que ninguno pronunciara palabra, se apartó de la puerta para darle paso. Brian ingresó a su apartamento y se detuvo a unos cuantos pasos de la entrada. Se lo veía rígido, como era habitual; se mantenía tenso y controlado, como si no dejara que las emociones lo alcanzaran, sin embargo, en esta ocasión, su expresión turbada lo delataba.

—No sé a qué he venido. —Brian se volteó hacia Nick y pretendió regresar sobre sus pasos, pero el pelilargo se lo impidió al interponerse en su camino.

—Ey, tranquilo —dijo Nick con las palmas en alto—. No te abrumes, nadie te presiona, bebé. —Brian cuadró hombros y presionó las mandíbulas ante el calificativo que Nick siempre empleaba para él. Retornaba el ser hermético que pretendía ser—. Solo tómate una cerveza conmigo.

Nick se encaminó hacia la cocina sin esperar a que Brian lo siguiera o no. Notaba el conflicto interno del abogado, aunque su malestar no hacía nada por disminuir la excitación que corría por su interior. Estaba tan entusiasmado de tenerlo en su apartamento, de verlo con aquella expresión de desconcierto por las emociones que no sabía interpretar, que obligaría a su corazón a ralentizar

las ansias de tomarlo en sus brazos. Le causaba tanta dulzura que se moría por besarlo y escudarlo en su pecho. Solo debía recordarse que Brian no estaba acostumbrado al contacto con un hombre y que debía darle el tiempo necesario y suficiente para habituarse a la atracción que existía entre ambos.

—No haremos nada, bebé. Solo tomar algo —anunció Nick al extenderle una botella de cerveza, la que Brian agarró, y el corazón se le contrajo al contemplar el rostro estrangulado del hombre—. Brian...

—No sé qué hacer —soltó Brian con dificultad. Parecía querer contener el miedo que sentía o tal vez fuera la incertidumbre—. No sé...

—Ey —Nick acortó las distancias y le posó una mano en la mejilla—. Es conmigo con quien estás, no tienes que ser fuerte ni impenetrable, puedes no tener las respuestas suficientes.

—¡Dios! —Brian se zambulló contra el torso de Nick, le pasó los brazos por la cintura y escondió el rostro en la curvatura de su cuello—. Estoy tan perdido.

Nick le deslizó la palma por el cabello y le masajéó el cuero cabelludo. Nunca había visto a Brian tan desorientado ni mostrar abiertamente su vulnerabilidad. No conseguía sacudirse la culpa que lo había invadido. Sabía que él no era el causante del estado de Brian, había sucedido sin que ninguno se lo propusiera, pero no conseguía no sentir que había provocado de alguna forma que saliera de su zona de confort.

—Brian, lo tomaremos con calma. ¿Sí? —Lo rodeó con sus brazos y lo apretujo aún más contra a su torso. Sonrió con ternura y se deleitó al sentir el cuerpo de Brian pegado al suyo—. Tan solo nos sentaremos, beberemos unas cervezas y charlaremos. Nada más. Sin presiones, sin incertidumbres. Sabemos tan poco el uno del otro, quiero conocerte, quiero saber todo de ti, bebé.

—No hay mucho más de lo que ves —murmuró Brian contra el cuello de Nick, y este sonrió.

—Eso no es cierto. Por ejemplo, cómo es que llegaste a ser un abogado, de dónde venías antes de mudarte a Nueva York, por qué lo hiciste... ¡Quiero saber tantas cosas!

—No me gustaría que esperases algo que no podré...

Brian realizó una respiración profunda antes de continuar. Nick fue más rápido y lo acalló al posarle un dedo sobre los labios.

—No espero nada, Brian. —Nick volvió a pasarle una mano por el cabello

y la detuvo detrás de su cuello. Masajeaba tratando de relajar los músculos agarrotados del hombre—. Estás aquí, es lo que más importa.

—Lamento tanto lo de la otra noche —murmuró tan apagado que a Nick le costó entender sus palabras.

—Te dije que entendía lo que pretendías, no hay resentimientos, bebé. Solo espero que sea por esa noche por la que te disculpas. —Si Brian se lamentaba de la noche en que habían tenido sexo, le dolería y mucho, puesto que había sido una experiencia inimaginable para él.

—Dios —Brian rio por lo bajo—, me siento como una pequeña virgen con el primer hombre que le atrae. —Brian elevó el rostro del escudo formado por la curvatura del cuello de Nick y la sonrisa se le borró al ver la seria expresión del pelilargo.

—Lo eres.

—Difícilmente calificaría como virgen, Nick.

—En cierto modo, sí, bebé. Y creo ser el primer hombre por el que te sientes atraído, ¿cierto?

Brian le brindó un breve asentimiento sin despegar los ojos de aquellos que no solo eran del color de la miel, sino que, al igual que la personalidad de Nick, eran dulces y comprensivos.

Nick asió la mano libre de Brian y lo condujo hasta el sofá de una tonalidad siena que había contra una de las paredes del living, frente a un televisor plano, en la pared contraria. En medio se emplazaba una sencilla mesa baja rectangular de madera petiribi maciza. El apartamento estaba decorado en cálidos colores tierras: paredes pintadas en blanco manteca, alfombra ocre y un sillón tapizado en tierra natural adornado por algunos almohadones naranjas y terracotas en diagonal al sofá. Parecía ser la antítesis del apartamento gélido del abogado.

Tomaron asiento, con una botella de Corona en sus manos. Bebieron por unos cuantos segundos sin pronunciar palabra. Nick le dirigió una sonrisa con la intención de aligerar el nerviosismo que sentía invadir el cuerpo de Brian, sin conseguirlo. Cada músculo del abogado estaba tan agarrotado que se movía como si llevara una armadura de la edad media.

El abogado dio un gran sorbo del pico de la botella antes de hablar:

—No entiendo cómo es que eres gay. No lo pareces. No eres... —Se detuvo obviamente turbado.

—¿Afeminado?

Brian asintió con un ligero rubor cubriéndole las mejillas.

Nick estaba embelesado con aquel tono rojizo en unas mejillas tan varoniles. Nunca había visto al abogado tan fuera de su eje como cuando estaba junto a él, y, por más que a Brian lo intranquilizara, a Nick lo fascinaba aquel estadio que solo le provocaba él. Era un egoísta de primera hora, pero era humano, ¿cierto?

—Bebé, no todos los homosexuales tenemos un lado femenino tan desarrollado. No me muevo contoneando mis caderas ni tengo un tono de voz agudo. No gesticulo desmesuradamente al hablar, no uso maquillaje ni atuendos estridentes. Supongo que es lo que equiparas a una persona homosexual, ¿me equivoco?

—No —acordó Brian, y soltó una pequeña carcajada que disminuyó bastante la tensión en la que se había sumido el ambiente—. Lo siento, tengo tantos...

—Prejuicios.

—Preconceptos, diría yo. —Brian se relajó contra el respaldo del sofá.

—Un sinónimo nada más, bebé. ¿Algún otro «preconcepto» que poseas?

Brian se mantuvo en silencio por unos cuantos segundos que parecieron eternos mientras veía la botella con aquella bebida ámbar que colgaba de sus dedos entre sus piernas abiertas.

—¿Eres promiscuo? —preguntó sin elevar la vista.

Ante la pregunta lanzada con tanta brusquedad, Nick tragó de golpe la cerveza que justo había ingerido en su boca. Tosió y los ojos se le llenaron de lágrimas ante la sensación de ahogo mientras una risotada le burbujeaba en las entrañas y Brian le palmeaba la espalda.

—¿Lo eres tú? —demandó una vez que se calmó.

—Vamos, sabes a qué me refiero. Ustedes...

—¿Ustedes? Cuida tus palabras, hombre. No querrás ofenderme —bromeó con tono de falso enfado, aunque pronto se percató de que Brian no lo había notado.

—Yo no quería...

—Es una broma, bebé. —Se giró hacia Brian, posando un brazo en el respaldo y una pierna encogida entre medio de ellos—. Dispara.

Brian no expresaba sus sentimientos con palabras, pero su cuerpo gritaba a lo loco. Su lenguaje corporal no hacía más que expresar la incomodidad que le

generaba el tema, lo fuera de lugar que se sentía al no pisar sobre terreno firme. Era el típico hombre que es seguro de sí mismo, autosuficiente, controlado y dominante. Nick le había quitado cada una de esas características al hacerlo viajar por aguas desconocidas. Bueno, no era como si lo hubiera hecho adrede, sino que había sucedido sin intención por ninguna de las partes. Como cuando el destino te pone delante a la persona que llenará tu corazón, aunque te resistas y quisieras cambiarla por otra, no es posible y será la que te brindará la plenitud que buscas. No hay forma de eludir esos sentimientos, apagarlos o rechazarlos. Al menos, Nick no lo haría.

—Se sabe que las personas homosexuales tienen varios *partenaires* sexuales —finalizó Brian, y era evidente que había pensado y cuidado cada palabra.

—¡Ay, por favor! —Nick no pudo evitar la avalancha de carcajadas que lo asaltó—. Realmente, tienes muchos «preconceptos» y utilizas unos términos... Lo siento. —Nick bajó la mano del respaldo y la posó sobre el puño cerrado que Brian mantenía sobre su muslo—. No me burlo, lo juro.

—No lo parece. —Brian trabó las mandíbulas y cerró tanto el puño que las uñas que tenía cortadas al ras estarían clavándose en su palma.

—Bebé, no soy... eh... *promiscuo*. —Nick rio ante la palabra a la vez que acariciaba los nudillos de un blanco extremo del abogado—. He tenido algunos... *partenaires* sexuales a lo largo de los años, pero no al mismo tiempo. No voy a negar que he tenido encuentros casuales, de una sola noche, pero no me van los tríos ni las orgías, como quizás puedas pensar. ¿A ti?

Brian hizo un ademán de negación un tanto rígido con la cabeza.

—¿Te ves con más de uno en la cama? ¿Tal vez con Morrigan y otro?

—No —negó rotundamente—. No te equivoques, Morrigan y yo no mantenemos una relación amorosa. Es mi mejor amiga y en quien más confío, con quien puedo hablar de cualquier tema y sentirme cómodo. Cada tanto, si ninguno de los dos tiene a alguien, pues...

—¿Se rascan mutuamente?

—Sí, algo así. —Brian rio, y Nick constató que comenzaba a relajarse, al menos ya no tenía las manos cerradas en puños y sonreía con mayor asiduidad durante la charla—. ¿Tardaste mucho en revelar tu inclinación sexual? ¿A tu familia? ¿A tus amigos? —La expresión de Nick cambió y se hizo evidente que el tema no era tan ameno. Todo rastro de diversión desapareció de su rostro—. Lo siento, no quería que sonara a un interrogatorio. No tienes que contestar.

—Está bien. —Tomó aire en una larga inhalación—. En la escuela creo que se hizo evidente de inmediato cuando no respondía a las insinuaciones de las chicas. Nunca traté de ocultarlo, no tenía problemas en dejar en claro a qué sexo deseaba y a cuál no.

—¿Hubo alguien en aquel entonces?

Antes de poder contestar, el celular de Nick, que tenía sobre la mesa ratona, vibró. Alzó el aparato y leyó algo. Brian suponía que le había llegado un mensaje de WhatsApp.

—Un momento —dijo con un dedo en alto, luego se alzó y se acercó al ordenador que tenía en una esquina. Lo encendió, tipeó algo en el teclado y pronto apareció el rostro de ese tipejo en la pantalla: Andrew—. No es buen momento, Andy.

Al pronunciar el nombre de su mejor amigo, Nick percibió cómo Brian cuadraba los hombros y la rigidez retornaba a sus músculos. Suspiró mientras se volteaba hacia la pantalla. Todo el tiempo que había invertido en hacer que el hombre se relajara había sido en vano.

—Tienes que salvarme, viejo. Fred está aniquilando a todo mi equipo, ya no tengo armas —dijo la voz algo metálica de Andy al provenir de los parlantes.

—¡Mierda, Andy! —masculló—. Realmente no es un buen momento —repitió Nick. Sin embargo, movió el ratón y tipeó con velocidad—. ¿Con eso te basta? No voy a estar conectado.

—¡Pero es noche de juego!

—Lo sé. —Nick clavó los ojos en los del rostro en la pantalla y Andy en los de él, alguna clase de conversación silenciosa tuvo lugar.

—Bien, nos vemos mañana. —Después de ello, Nick cortó la comunicación vía Skype y regresó al sofá.

—Lo siento, un breve inconveniente —se lamentó al tomar asiento junto a él de nuevo.

—Eso veo. ¿Qué era eso de que su equipo era aniquilado? —El rostro de Nick se tornó de un rojo camarón ante la vergüenza de lo que debía admitir.

—Eh, pues los muchachos de S&P, más específicamente, Andy, Fred, Xav y yo, participamos en un juego de roles con multijugadores en línea acerca de un mundo postapocalíptico.

Brian asintió, pero Nick estaba seguro de que no había comprendido del todo la explicación. El tema de los juegos por la internet le era totalmente ajeno y muy probable algo que Brian emparentaba más con adolescentes

trasnochadores que no se levantaban del sillón ni para comer o bañarse en horas.

—¿En qué estábamos? —preguntó Nick mientras se frotaba la barbilla—. Ah, sí, si había tenido a alguien. —Hizo una breve pausa, como si sopesara qué tanto contarle—. Un compañero de clases. ¿Quieres saber la historia? Es el típico cliché. —Nick soltó una carcajada amarga, acomodó el codo sobre el respaldo y su mejilla sobre su palma. Brian también se sentó de lado y se acercó un tanto—. Bien, estaba el capitán del equipo de fútbol de la escuela y obviamente era un éxito con las mujeres —comentó Nick en un falso tono jocoso—. Un día nos encontramos de casualidad en la biblioteca pública y me avanzó. ¡Imagínate mi sorpresa! Iniciamos una relación a hurtadillas, nos encontrábamos en la biblioteca después de clases y nos quedábamos horas.

—¿Solo charlaban? —preguntó Brian, tomó de un sorbo el resto de su cerveza y dejó la botella sobre la mesa baja de madera sin desviar la mirada del rostro del otro hombre.

—Claro que no, experimentamos un poco. —Brian notó que para Nick la charla no era amena, aunque hiciera el esfuerzo de aparentarlo—. Bueno, bastante. Hubo besos, claro, masturbación y sexo oral. Mucho sexo oral —sonrió—, tan caliente que te hacía dar vuelta los ojos, pero nunca avanzamos más allá.

—¿Qué sucedió? —Brian se inclinó un tanto hacia él, interesado y al mismo tiempo irritado de que experimentara con alguien más.

—Ah, lo que siempre sucede en estas historias. —El pelilargo gesticuló con su mano a modo de desestimar el tema o quitarle importancia—. Te dije que era un cliché. Digamos que a los miembros del equipo no les caía muy bien el adolescente abiertamente gay de su clase —susurró a modo de confesión—, así que un día, al bajar las escaleras de la entrada de la biblioteca, nos encontramos con unos cuantos de sus amigos. ¡Vaya maldita casualidad! No se percataron que salíamos juntos del lugar. Me rodearon entre ellos y... —Nick volvió a gesticular con su mano sin intención de terminar la frase.

Aún era doloroso lo que había sucedido a continuación. Le costaba admitir que no había significado lo suficiente como para que aquel amor de juventud se interpusiera y lo defendiera. Nick hubiera dado lo que fuera por aquel chico, su primer amor, con quien había descubierto la pasión, la excitación y los sentimientos que tan solo presentía que podía llegar a poseer.

—¿Te hicieron daño? —Brian lo tomó de la barbilla y le dirigió su rostro

hasta que sus miradas pudieron encontrarse.

—Unos cuantos golpes.

—¿Tu novio?

Nick cerró los ojos en cuanto el pulgar del abogado le acarició la mejilla con suavidad.

—Yo no lo llamaría mi novio —dijo con voz queda. Sentía una opresión en el pecho, no tanto por el pasado, sino por el roce que aún Brian mantenía en su mejilla. Era tal la emoción que le generaba aquella pequeña caricia, pero era tan grande su significado, que solo quería saltar de la más inmensa alegría—. Él no quería que se enteraran, por lo que... también brindó lo suyo.

—¿Te golpeó? —El enfado en Brian se hizo patente: sus ojos se tornaron fríos como el hielo y su voz tan dura como el metal—. Dime que los denunciaste. No volviste con él, ¿cierto?

—No y no. Ese día decidí que no me escondería nunca más por nadie y que me valoraría siempre. —Nick aferró esos dedos que se deslizaban una y otra vez por el costado de su cara y les dio un breve beso para luego mantenerlos pegados a su rostro—. ¿Quieres saber cómo se lo tomó mi padre? Prepárate, es otro cliché. Esa noche terminé en el hospital, por lo que se enteró de todo el asunto con mi compañero, y lo único que me dijo fue que no habían hecho un buen trabajo.

Podría estamparle un beso ahí mismo por la indignación que mostró Brian en su rostro mezclado con un encubierto instinto de protección.

—¿Y tu madre?

—Oh, me habría comprendido, estoy seguro. Ella fue la que me enseñó a sentirme orgulloso de mí mismo, a amarme como soy y jamás mentirme al tratar de convertirme en algo que no era. —Bajó la mano de Brian a su regazo y jugueteó con sus dedos. Tenía dedos largos y yemas ásperas—. Sospecho que sabía que era gay aún antes que yo. Ella falleció cuando tenía doce y, desde entonces, solo fuimos el viejo y yo. Me fui de casa apenas finalicé la escuela y nunca más regresé.

—¿Jamás volviste a contactarte? Quizás haya cambiado.

—Ah, escucha esto. —Rio, pero sin gracia—. Nos vimos por casualidad hace unos años, en un evento. —Ante la mirada de interrogación de Brian, continuó—: Pasó por mi lado como si no existiera.

—¡Dios, no puedo creerlo! —exclamó enfurecido—. ¿Quién le hace algo así a su hijo?

—Un tipo que solo amaba las expectativas que había puesto en su heredero, no la persona en sí. Yo rompí los sueños que había edificado y nunca me lo perdonó. —Chasqueó la lengua y rodó los ojos—. Mi historia es el reflejo de la vida de un típico homosexual americano.

—Creo que nunca podría decirle a mi padre que me atrae una persona de mí mismo sexo.

El ambiente se tensó ante la confesión de Brian. Era muy pronto como para que el abogado ni siquiera pensara en hablar con su padre del tema, no obstante, el corazón de Nick se hundió un tanto. No pudo evitar el volver a sentir que él no era suficiente, pero se sacudió aquella sensación y se concentró en el delicioso espécimen que tenía sentado a su lado. Y más cerca que al principio. Suponía que Brian no se había percatado que a medida que hablaban se había aproximado hasta que sus rodillas casi se rozaban, al estar ambos sentados de lado.

—¿Te sientes atraído por mí? —preguntó Nick en un tono jocosos, con intención de relajar la tensión que los había envuelto.

—Sabes que sí.

Brian clavó los ojos en los suyos con tal seriedad que el pelilargo quería arrojarse encima y besarlo como nadie nunca lo había hecho. Claro que no lo hizo, en cambio, Nick se mantuvo sentado y solo le sonrió.

—Es lindo que al fin lo confieses, bebé.

El silencio se alargó entre ellos por unos segundos en que Nick continuaba sus caricias sobre los nudillos del otro hombre sin que este quitara su mano de su regazo.

—¿Eres...?

Brian sacudió su cabeza como si quisiera deshacer el pensamiento que había dado lugar al comienzo de una pregunta.

—Vamos, dispara. Es el momento de alumbrar todas las dudas.

Brian elevó unas de las comisuras en una picara mueca que hizo brillar sus ojos.

—¿Eres el de arriba o abajo? —El rostro de Brian fue un espectáculo al cubrirse de inmediato de la más variedad de tonos de rojos.

—¿Te refieres a el que da o recibe? El que esté arriba o abajo no lo cambia, no pongas esa cara, solo te estoy tomando el pelo. Sé a qué te refieres, *bottom* o *top*. Podría iluminarte sobre unas cuantas posturas —bromeó. Se detuvo al ver que el rubor que cubrían las mejillas del abogado se intensificaba, si fuera

posible, lo que le caldeó el corazón. Brian no era virgen, técnicamente hablando, pero era tan ingenuo en algunos aspectos—. Soy lo que se llama un *switch*, disfruto de ambas formas.

—O sea que disfrutas siendo... —Brian hizo un giro con su mano, y Nick no pudo evitar soltar una risotada.

—¡Ay, bebé, eres un encanto cuando te avergüenzas! —Le tomó la mano que mantenía en el aire y se la llevó a los labios—. Supongo que algo tienes en claro y es que lo que compartimos en la casa de Sam y Alex fue consentido y que disfruté el tenerte dentro de mí. —Al ver la reticencia en aquella mirada azulina, Nick agregó—: Fue especial. —Apretó la mano que quiso desasirse de sus dedos. Quería que interpretara lo que intentaba darle a entender—. No fue casual ni sin importancia, espero que lo sepas. No fuiste un encuentro de una noche.

—Nick...

—Lo sé, sin presiones. —Le pasó los dedos por la mejilla hasta llegar a acariciarle el cabello—. Solo quería aclarar ese punto.

Luego, la conversación giró por otros derroteros más pacíficos, en los que Brian pudiera sentirse navegar por aguas más tranquilas y alcanzar un nivel de relajación apacible. Charlaron y charlaron, las dudas fueron puestas sobre la mesa y cada una fue discutida y diseccionada.

Hablaron por gran parte de la noche hasta que el sueño los venció y los reclamó allí, sentados uno al lado de otro en el mismo sofá.

Capítulo 9

Cuando las primeras luces del amanecer iluminaron la sala, Brian parpadeó hasta abrir sus ojos. Giró el rostro y se topó con una imagen que no lo incomodaba tanto como cabría suponer. Nick se hallaba a su lado, dormido al completo. Vagó la mirada por aquel rostro que tanto lo había obsesionado en sueños, jamás lo confesaría en alta voz, pero así había sido. No había podido desprenderse de la presencia del hombre desde que lo había conocido.

Estaba con mechones desperdigados por los ojos y una barba incipiente le cubría las mejillas. Por un insólito instante tuvo la compulsión de refregar su mejilla, que también precisaba una afeitada, con la de Nick y sentir aquella rozadura en su propia piel; percibir aquella piel más áspera contra la suya y no la suavidad de una mujer. Claro que se contuvo y se mantuvo como una estatua en el lugar, sin saber muy bien cómo conducirse en semejante situación. ¿Lo despertaba? ¿Se iba sin despedirse? Permaneció con los ojos anclados en el pelilargo, casi con miedo a hacer algún movimiento que lo hiciera consciente de la evaluación a la que lo sometía.

Sintió una opresión en el pecho. Lo deseaba, deseaba a Nick, y el enfado regresó a él como un huracán junto con un millar de sentimientos que lo mareaban y lo dejaban a una deriva que odiaba. Lo único que no podía negar era lo cómodo que había sido hablar con el hombre, lo relajado que lo ponía estar a su lado y tan solo compartir un momento.

Le picaban las yemas por las ansias de pasarlas por aquellas hebras castañas más oscuras que las suyas, anhelaba barrerlas de aquel rostro para nada femenino, descubrir los labios finos que se escondían debajo y que había besado en una oportunidad de pura locura. Brian se relamió los suyos y solo podía pensar en volver a probar los de Nick otra vez. Aquel beso había sido rudo, crudo y con un sinfín de posibilidades que deseaba degustar nuevamente.

Se relamió los labios de nuevo, la sed por besar aquella boca que apenas se abría delante de él era tan acuciante que tuvo que cerrar sus manos en puños y trabar las mandíbulas para contener todo movimiento.

Se alzó sobre sus pies y se apartó un par de pasos. Debió haber hecho alguna clase de ruido porque, de pronto, dos ojos del color de la miel más pura lo observaban con atención.

—Hola. —¿Fue eso lo más ingenioso que podía haber salido de su boca? Parecía que su mente se había quedado totalmente en blanco. Tan solo se limitaba a mirar como Nick se acomodaba en el sofá y mantenía los ojos en él como si temiera que desapareciera en cualquier segundo.

—Hola —respondió Nick con una voz tan ronca que un estremecimiento recorrió a Brian desde la cabeza a la punta de los pies. ¡Mierda! Dio dos pasos más hacia atrás. Necesitaba una pared de ladrillos que le impidiera saltarle encima a Nick, estaba tan apetitoso con el cabello despeinado y aquella expresión somnolienta. ¿Qué demonios le ocurría?

Jamás había sentido algo tan potente por un hombre, ni por una mujer para el caso. Sin embargo, por este espécimen del género masculino su corazón galopaba a una velocidad que dejaría a cualquier vehículo de Fórmula uno como una simple broma.

—No entres en pánico —pidió Nick con una mano estirada hacia él, como si intentara aferrarlo antes de que escapara. Solo entonces Brian se percató que su respiración era acelerada y superficial—. No ha pasado nada, tan solo hablamos y nos quedamos dormidos.

Tenía razón, pero no era el hecho de haber despertado junto a él lo que lo asustaba, sino lo que le bullía por dentro. Lo aterraban aquellas emociones con las que no estaba habituado y tan solo quería borrarlas y regresar a su zona de confort donde todo tenía un significado claro, concreto y exacto.

—Lo sé, lo sé. —Inhaló y exhaló profundo y trató de apaciguar su respiración. Sacudió la cabeza de un lado al otro con la intención de despejar su mente un tanto y se tensó al sentir al otro hombre caminar hacia él. Se había alzado del sofá y se acercaba a paso lento.

—Café, jugo de naranja y unos panqueques, ¿está bien? Tengo fruta y jarabe de arce. Lo siento, pero lo frito no va conmigo por la mañana, así que nada de tocino o huevos.

Notaba lo que hacía Nick, hablaba sin parar para no darle lugar a que pensara en la noche anterior, y solo pudo sonreír ante el gesto. No era idiota, sabía lo que el pelilargo sentía por él y también se maldecía por alimentar unos sentimientos que no estaba seguro de poder corresponder o que quisiera hacerlo.

—Así que panqueques, ¿eh?

—Mmm, mi estómago ya gruñe por la falta de alimento y mi boca se hace agua. —Nick observó el reloj en su muñeca—. Creo que mi abstinencia de

harina de trigo llegó a su límite, debo darme una buena dosis... ¡ya! —Soltó una carcajada y se encaminó hacia la cocina, con él detrás.

Nick era tan bueno en hacer que se relajara y se encontrara cómodo. Se halló sonriendo a su vez y contemplando la espalda del hombre mientras sacaba un bol, una sartén, una espátula y un batidor de mano. Luego fue el turno del paquete de harina, azúcar y demás ingredientes. En un parpadeo, tenía todo en el bol y batía con una energía que evidenciaba lo habitual que le era la preparación.

Lo cotidiano de la situación, en lugar de incomodar a Brian, lo atrajo a un lugar de relajación y disfrute.

Nick se volteó hacia él y le sonrió. Brian tuvo que recordar cómo respirar, no podía apartar los ojos de los melosos ni de su mano batiendo. Su pene comenzó a dar cuenta de lo que su mente imaginaba que aquella mano podía batir igual de bien. ¡Dios, estaba enloqueciendo!

Nick volvió a girarse y le dio un descanso. Aunque al descender la mirada por aquella espalda ceñida por la camisa arrugada y por el culo bien delimitado por unos pantalones ajustados no ayudó para nada a calmar la erección que amenazaba con aparecer en su entrepierna.

—¿Sacas unas naranjas de la nevera? Y si quieres ocupar las manos, puedes exprimir las —sugirió Nick con aquella alegría y soltura que lo caracterizaba.

La escena de encontrarse a su lado, preparando el desayuno, era tan rara que Brian se halló degustando el momento. Esto podría ser algo permanente si se dejara ir, lo sabía. Nick no quería un encuentro casual con él, pretendía una relación más profunda, y le dolió que quizás le estuviera brindando unas falsas esperanzas. Brian no deseaba seguir por ese camino. ¿O sí?

Apretó la mandíbula. ¿Qué diría su padre? Siempre tenía una mirada de pura satisfacción cuando lo contemplaba. Su primogénito, el abogado, el que había sido un hijo modelo desde que había dado los primeros pasos y que solo le había dado motivos de contento.

¿Y su madre? Ella, que no dejaba de importunarlo acerca del día que le trajera a la casa una novia, que planificara una boda y le diera nietos a quienes malcriar. Se sabía la cantinela de memoria. ¿Qué pasaría si se presentara con un hombre en lugar de una mujer? ¿El orgullo que siempre vislumbraba en sus miradas se desvanecería? No podía soportar que su padre lo odiara, no podía vivir sin aquella satisfacción que su padre sentía cada vez que hablaba de él.

—Pon tu mente en alto, Brian —dijo Nick al posarle una mano en su brazo.

No se había percatado que estaba estrujando las naranjas en el exprimidor con tanta fuerza que sus dedos dolían.

—No puedo.

—Un paso a la vez, bebé. Ahora desayunaremos y te preparas para comenzar tu día laboral al igual que yo. Si quieres que nos volvamos a ver...

—Lo quiero —soltó antes de que su cerebro lo detuviera. Nick se acercó aún más y le rozó la mejilla con los dedos, dejándolos deambular por su inicio de barba—. Solo que... —No lograba explicar sus sentimientos atribulados, era tan bueno con las palabras en medio de un juicio, ah, pero cuando venía a expresar lo que sentía era un total inútil—... al mismo tiempo no puedo... —Tomó aire, le debía a Nick la verdad. Era mejor desilusionarlo ahora que más adelante—... con esto.

—Lo sé. No diremos falsas promesas. Será lo que será y me conformo con el que nos volvamos a ver. Desde ahí veremos a dónde nos dirigimos, bebé.

Alzó los ojos a los melosos y vio que mentía. Nick ya estaba metido hasta el fondo en esta atípica relación. ¿Cómo era que habían pasado tan poco y, al mismo tiempo, tanto? No estaban juntos, pero asimismo lo habían estado desde que se habían conocido.

Y mierda si él no quería ver hacia dónde era que iban. Por lo que asintió, a pesar de los consejos de su mente que lo prevenían de lo contrario.

—¿Esta noche? ¿Aquí? ¿Unas cervezas? —Las ansias en las preguntas de Nick eran palpables—. Lo siento. Eso sonó desesperado. —Se rio y le rehuyó la mirada, retomando su menester culinario.

—Me parece bien, pero no es una cita.

—Me encantan las *no citas*, bebé. —La sonrisa en el rostro de Nick resplandecía y parecía iluminar la estancia por sí sola.

Brian volvió a asentir en forma de respuesta y cada uno regresó a su tarea, no sin antes que los comentarios de Nick volvieran a aligerar la tensión que le había sobrevenido ante la proximidad de aquella *no cita*.

Al cabo de una hora, Brian se hallaba en su despacho con la misma ropa que vestía el día anterior. Si su secretaria lo había notado, nada había mencionado. Tomó asiento tras su escritorio y contempló las carpetas y miles de papeles sobre este. Un día de arduo trabajo lo esperaba, sin embargo, no lograba contener un cosquilleo desconocido que centelleaba en su estómago. En unas horas más, cenaría con Nicholas Bale por primera vez, y eso lo hacía sentir como una adolescente a la espera de que su novio la pasara a buscar

para el baile de graduación. Estos nervios eran tan distintos de a los que estaba acostumbrado justo antes de un juicio. Eran de otro tipo, unos que llevaban aparejados la excitación y adrenalina de hallarse frente a un gran jurado, pero combinado con una incertidumbre que le era desconocida.

El intercomunicador sonó y su secretaria le avisó que tenía una llamada de Micaela. Hacía unos meses que no veía a su hermana, más precisamente desde que había escapado de los sentimientos que Nick le generaba y había volado de improviso a Los Ángeles para estar con ella. Ahora Mica estaba embarazada de seis meses y felizmente en pareja con el conocido actor de cine Derek Kell.

Brian había odiado la relación desde que la había encontrado atada a la cama del actor y totalmente desnuda. Pero tenía que reconocer que Derek había sido bueno para calmar el alma alocada de su hermana y que se había encariñado con el tipo.

Levantó el tubo y una sonrisa instantánea se plasmó en su rostro. Amaba a Mica con sus locuras y todo.

—Hola, cariño.

—*¡Brian! Tenemos novedades* —gritó su hermana llena de alegría.

—¿El bebé?

—*El bebé está genial* —desestimó con un chasqueo de lengua—. ¡Vamos a ir a Nueva York! Lo estuvimos planeando para dentro de unas semanas, antes de que ya no pueda volar. —Se hizo una pausa algo incomoda—. *¿Te quedaste mudo?*

—Estoy sorprendido.

—*Pensábamos quedarnos contigo* —continuó su hermana con algo parecido a la vacilación—, *pero si es mucha molestia.*

—No digas idioteces, eres mi hermanita. Se quedarán conmigo.

—*¡Genial! Solo serán unos días. Nos divertiremos tanto, Brian. Hace tanto que no nos vemos y te extraño.*

—Lo sé, cariño. Yo también te extraño.

—*¿Ya Derek?*

—No presiones, Mica. A Derek tan solo lo tolero —dijo Brian, aunque no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa en el rostro.

—*Él también te quiere, nos vemos en unas semanas entonces.*

Brian cortó la conversación y los viejos temores de adentrarse en un camino

totalmente desconocido con Nick lo asaltaron de nuevo. Las inseguridades y las miles de preguntas batallan en su mente que casi hacen tambalear su renovada decisión de incursionar en estos nuevos sentimientos y explorarlos a fondo con el hombre. Tampoco pudo negar la excitación por la no cita que tendrían en la noche.

Charlie se encerró en el baño del apartamento que compartía con Xav.

—¿Cuánto hay que esperar? —preguntó Xavier al apoyarse sobre la puerta.

—Tres minutos —fue la contestación amortiguada de su esposa.

—¿Tanto?

—Paciencia, cariño. No puedo hacer contigo hablándome. ¡Calla!

Xavier se paseó de un lado al otro por delante de la puerta. Se pasó la palma por el cabello rubio y luego metió las manos en los bolsillos de su pantalón. Necesitaba hacer algo con ellas si no quería que siguieran temblando o que se desquiciara de una buena vez. Nuca había estado tan nervioso antes.

Cuando una Charlie con las mejillas ruborizadas y una sonrisa de oreja a oreja apareció en la abertura, el corazón se le detuvo. Ella le extendió el pequeño artefacto en el que se veían dos líneas rosadas.

—¿Esto quiere decir...?

Ella asintió con entusiasmo y se lanzó a sus brazos con un chillido que podría haberlo aturdido si no fuera porque la atajó en el aire y comenzó a reír y a dar vueltas con ella como un niño.

—No puedo creerlo —confesó una vez que se detuvieron y pegó la frente a la femenina.

—Aún no digamos nada al grupo.

—Claro que no, tenemos que hacernos a la idea primero, ver a un médico, que te revise, comprar lo necesario... ¡Dios, hay tanto por hacer!

—Calmante, cariño —pidió Charlie al colgarse de su cuello y anidar el rostro en la curvatura de su cuello—. Te amo tanto, Xavier. Jamás creí que algo así pudiera sucederme.

Charlie se vio rodeada por los brazos de Xavier mientras daba rienda suelta a un llanto de una alegría que nunca hubiera esperado que el destino le tuviera preparada.

Capítulo 10

Nick no podía borrar la inmensa sonrisa que tenía pegada en su rostro. Los acontecimientos de la noche anterior y el despertar junto a Brian habían sido tan fantásticos como un sueño que se había vuelto demasiado real.

—Hola, amor —saludó Nick a Ange, la nueva recepcionista de la agencia. Era un encanto y se había adaptado muy bien al grupo. Aún estaba aprendiendo sus labores en S&P, pero hasta el momento no había habido ninguna queja por parte de los jefes.

Era preciosa con su tez de color canela, su cabello largo y oscuro y sus ojos marrones.

—Buen día, Nick. ¿Cómo estás?

—Excelente, amor. —Se sentó sobre el escritorio de la chica—. ¿Tú? —Al ver que la expresión alegre de la muchacha tambaleó, la tomó de la barbilla para que no apartara la mirada—. ¿Algún problema con una de tus obligaciones? ¿Tienes alguna duda en la que pueda ayudarte?

Ella amplió los labios y sus mejillas se tiñeron de un rosado más intenso.

—No, gracias. Todos son tan amables conmigo que no tengo palabras...

—Somos amigos ahora, ¿cierto? —la interrumpió, ante lo que Ange asintió—. Bien, si tienes algún inconveniente diverso a lo laboral, también puedes recurrir a nosotros, ¿lo sabes?

—Nick, yo... Gracias —contestó con voz queda.

Él agarró una de las manos femeninas en la suya y le dio un beso en el dorso antes de alzarse y continuar hasta el área del salón en la que trabajaba.

La sonrisa retornó a su rostro, parecía que nada conseguía extirpársela. Tampoco lo logró el que Andy le cruzara el paso con el ceño fruncido. Conocía a su mejor amigo más que nadie, por lo que sabía lo que pensaría cuando le contara lo acontecido la noche anterior.

Era tal la tentación de hablarlo con Andy. ¿Quién mejor para escucharlo que él? Pero no podía, Andy poseía una animadversión hacia Brian que no tenía precedente. Al mismo tiempo, también lo comprendía. La causa de los sentimientos negativos de Andy hacia el abogado era por el trato desfavorable que este le había brindado a Nick en el pasado, por lo que no podía enfadarse

con Andy.

—¿Qué tienes que estás tan contento? —le preguntó Andy al seguirlo de cerca.

—Nada. ¿Acaso uno no puede tener un buen día?

—Tu expresión es más que eso. —Andy le sonrió y le dio un leve codazo en el costado del estómago—. ¿No vas a contarme?

—Mmmm, creo que esta vez no. —Nick tomó el termo de la repisa y vertió el agua caliente en una taza roja con el logo de *Hulk*, luego hundió en ella uno de los saquitos de infusiones que se encargaba de comprar Samantha. Aspiró el aroma a rooibos y jengibre.

Andy permaneció a su espalda y lo callado que se hallaba le llamó la atención a Nick. Conocía tanto a Andy, más que el resto, y sabía muy bien que cuando no hablaba hasta por los codos era debido a que algo grave sucedía. En cuanto se volteó, la expresión del hombre se lo confirmó. No podía tener más cara de entre furia y desilusión.

—Andy...

—No, no me digas nada. —Lo detuvo con una palma en alto—. Es él, ¿verdad? Estás enredado con ese tipo.

—No se merece tu odio.

—Ay, Nick, yo no lo odio. Pero no me agrada ver cómo te desprecian.

—No lo hace. —Miró hacia la entrada de la agencia y constató que aún ninguno de sus compañeros había arribado—. Ayer pasó la noche en casa. —Andy bufó y pretendía dar media vuelta hasta que Nick lo detuvo con una mano en su brazo—. No pasó nada, solo charlamos y nos quedamos dormidos. ¡Ay, Andy, fue tan... tan...! Ni sé cómo definirlo.

—Deja de dar vueltas como una princesa de una película de Disney.

—No estaba dando vueltas.

—Quizás no literalmente, pero sí en tu mente —señaló y le presionó en el medio de la frente con un dedo—. No quiero que te lastime, ¿me oyes? Si quiere estar contigo, bien. Entonces que sea de manera abierta, sin esconderse.

Eso sí que logró que la sonrisa de Nick se desvaneciera como por arte de magia. Sin saberlo, Andy le había vertido un balde de agua helada encima.

—No eres justo.

—¿Que yo no soy justo? Te quiero, eres más que mi amigo, Nick. Y no voy a permitir que ese tipo juegue o experimente contigo.

—Necesito tu apoyo en esto, no tus malos augurios o advertencias sin sentido.

—Sin sentido porque terminarás haciendo lo que quieras, lo sé. —Andy guardó silencio y luego exhaló con profundidad—. Siempre tendrás mi apoyo, aunque te equivoques. Estoy para ti, hagas lo que hagas, eso no lo dudas.

Nick dejó su taza de nuevo en la repisa, tomó a Andy por detrás del cuello y lo atrajo a su torso en un fuerte abrazo.

—No sabes cuánto valoro tu amistad. Eres una de las personas más importantes en mi vida, encanto.

—Eso no cambiará —aclaró Andy al abrazar a su vez a Nick. Luego le acunó el rostro entre las manos y le sonrió—. Solo ten cuidado, no quiero tener que levantar los pedazos que queden de ti.

Compartían un lazo que se había formado apenas se habían conocido en la empresa Hayworth. La amistad había surgido de modo instantáneo y desde entonces solo se había acentuado hasta convertirse en un vínculo irrompible.

Nick asió de nuevo su taza y dio un sorbo a la infusión.

—Anda, hazme una a mí también —pidió Andy y le extendió una taza con Wolverine en su dorso. Nick metió un saquito dentro y vertió agua del termo—. Gracias, viejo.

A lo largo de la conversación, arribaron Xavier, Charlie y Fred, quienes, tras saludarlos, inmediatamente se ocuparon de sus tareas del día.

Nick y Andy aún se hallaban apostados en el mismo lugar cuando llegó Keyla. Le dirigió un breve asentimiento a Ange y se encerró en el despacho de Alex. Por la expresión que traía se podría pensar que había comenzado el día con mal pie.

Al minuto arribaron Alex y Sam. Nick y Andy intercambiaron unas miradas. Por la tensión que rodeaba a su jefe y su novia se evidenciaba que algo ocurría entre ellos, lo que era extraño dado que hacía tan solo unos días habían inaugurado su nueva casa. Alex se encerró en su despacho y Sam se dirigió al área en la que estaban Andy y Nick. Tomó asiento en la mesa larga que compartían con los diversos ordenadores. Los saludó con un breve gesto de la cabeza y se enfrascó en su PC.

A los pocos minutos el que llegó fue Mark y se encerró en su despacho después de apenas dirigirles un saludo con su mano. Él también traía una expresión que no vaticinaba nada bueno.

—¿Sabes qué es lo que ocurre? ¿Sam te ha contado algo? —preguntó Andy.

—No, ¿a ti Key?

—No. Pero si esas caras perduran, no pienso dejar pasar mucho tiempo antes de que lo haga. Entre Mark y ella parecía que la cosa marchaba sobre ruedas.

—Lo mismo entre Alex y Sam hasta donde yo sé —comentó Nick con la mirada perdida—. No comprendo qué pudo suceder para que los cuatro estén tan extraños.

—El que primero se entera, cuenta, ¿hecho? —Chocaron sus tazas a modo de cerrar el acuerdo.

La mente de Mark no hacía más que marearlo, miles de pensamientos se debatían al unísono y no lograba conciliar con ninguno. Gruñó a lo alto y aventó los brazos al aire.

Salió del despacho decidido. Entró en el de Alex, hizo caso omiso de la mirada de extrañeza de su amigo y se aproximó a la mujer que lo había puesto en este estado. Keyla estaba apostada al lado del escritorio de Alex con una carpeta en sus manos y lo observaba con el ceño fruncido. No se habían visto en privado desde la discusión que habían mantenido y ya estaba hartó.

—¿Qué...? ¡Ey! —Mark la aferró de un brazo y tiró de ella hacia la puerta del despacho.

—¡Terminen pronto! La necesito aquí, Mark —exclamó Alex con un tono un tanto divertido.

Mark tan solo le contestó con un gruñido y continuó arrastrando a su novia hasta su propio lugar. Una vez dentro y con la puerta cerrada, que los escudaba de oídos y miradas ajenas, él conectó con aquella mirada violácea. De pronto todo lo que había planificado decirle desapareció de su mente.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Key al tiempo que se cruzaba de brazos con una expresión furibunda.

—Te esperé ayer en mi apartamento. —La ira que lo había colmado unos instantes antes se drenó de golpe al tenerla frente a él. La había extrañado demasiado, tanto en su cama como fuera de ella—. Pensé que vendrías. —Le enterró los dedos en las hebras color caramelo que llevaba sueltas y los deslizó como si su mano fuera un gran peine.

—Necesito más espacio, Mark. Aire, un poco más de aire. —El temblor en

la voz de Keyla lo enfureció. ¿De qué demonios hablaba? ¿Él había estado penando por su falta y ella necesitaba respirar de él?

Un enfado que le anudaba las entrañas hasta hacer que explotaran y le dejaba un agujero inmenso por dentro tuvo lugar. Era un sentimiento viejo y conocido, uno irracional, lo tenía en cuenta, pero que no podía hacer nada por refrenar. La sensación de vacío y abandono echó raíces en su interior y todo el panorama se tiñó de un rojo intenso.

—Tienes razón, necesitamos distanciarnos —dijo con una calma que no parecía su propia voz.

—¿Qué? ¡Yo no dije eso!

—No con esas palabras. Seamos sinceros, no vamos hacia ningún lugar, estamos en una especie de meseta. Estancados. ¿Así que por qué proseguir con esto?

—¿Meseta? —El enojo en la voz de la fémica era palpable tanto como la de él, dos volcanes a punto de hacer erupción—. ¡No puedo creer que no puedas comprenderme!

—No hay nada que comprender, quieres espacio y es lo que tendrás. ¡Mucho espacio! —exclamó él y amplió los brazos.

—¡Bien, si eso es lo que deseas! —Keyla aventó la puerta de su despacho una vez que salió hecha una furia.

¿Qué demonios había pasado? ¿Acababan de terminar su relación? No estaba del todo seguro, pero mierda si no se había sentido de esa manera. El miedo se convirtió en puro terror. No quería perderla, no quería vivir sin Key. No obstante, su maldito orgullo le impidió ir tras ella y gritarle lo que en realidad sentía, los temores que aún lo invadían ante el mínimo vestigio de un posible rechazo.

Mark se dejó caer en su sillón giratorio, se sostuvo el rostro con las manos y rugió con el pesar más profundo. Luego apoyó la nuca sobre el respaldo y se volteó para contemplar al edificio de enfrente a través de la ventana, sin ver nada en realidad. Era un desastre, y Key no se merecía un novio tan defectuoso como él.

Ella quería que la comprendiera, ¿y si ella lo comprendía a él también? El enfado retornó como un misil, dejándolo tambaleante entre emociones encontradas. Sacó su móvil del bolsillo de su saco, buscó entre la lista de contactos y presionó sobre el nombre de Gabe. En una conversación de menos de un minuto organizaron una salida para esa misma noche.

Si la relación había terminado, Mark debía volver al ruedo. O eso supuso.

Keyla salió disparada del despacho de Mark con una fuerza de voluntad inimaginable para que él no contemplara las lágrimas que amenazaban derramarse de sus ojos. Caminó lo más rápido que pudo hacia el área del equipo creativo. Sabía que debía retornar con Alex, que tenían trabajo pendiente, pero poco le importaba o poco podía su mente ocuparse de ello en ese momento. Solo necesitaba una cosa, o más bien a alguien.

—¡Andy! —exclamó en cuanto se aproximó a la mesa en la que el equipo se ocupaba cada uno en sus labores.

El aludido se sobresaltó, elevó el rostro del ordenador y de inmediato se alzó del asiento. Andy no necesitaba más que contemplarla para comprender que algo sucedía, y Key agradecía el gran amigo que había encontrado unos meses antes al comenzar a trabajar en el departamento creativo de la empresa de su padre.

Keyla era consciente de la mirada atenta del resto: Charlie, Xav, Sam, Fred y Nick. Pero no podía hablar con ellos, aunque eran muy buenos amigos, no tenía con ellos la relación profunda que compartía con Andy.

Él le tomó la mano que ella le extendía en la suya y juntos se encaminaron hacia la salida de la agencia.

—Andy, yo...

—Shhh, vamos a airearnos un poco la cabeza. No habrá problema, lo prometo.

Keyla no sabía si creerle o no, si sus jefes, uno de los que era Mark, se enfadarían o no con su escapada. La verdad era que poco le preocupaba en ese instante, necesitaba respirar y allí adentro no lo conseguía. Debía confesar a alguien lo que le sucedía y solo podía pensar en Andy para hacerlo, el que siempre había estado a su lado y la había comprendido a pesar de todas sus falencias. Y sabía que en la discusión con Mark había tenido unas cuantas, aunque no le gustara confesarlo, necesitaba la perspectiva de alguien que la quisiera y que le diera una visión de la situación cruda y sin contemplación.

Capítulo 11

—Entra —lo urgió Nick apenas abrió. Tenía una botella de cerveza en la mano y no dejaba de mirar sobre su hombro al televisor de pantalla plana en la pared contraria a la puerta, cerca del gran ventanal.

En un parpadeo, Brian se halló sentado en un sofá en color siena con una Corona en su palma, aunque hubiera preferido una cerveza no tan ligera. Realizó un paneo por la sala, decorada en tonos cálidos y reconfortantes. Era demasiado acogedor y demasiado contrastante con su propio apartamento, en el que predominaban los tintes fríos. Le agradó el lugar e iba muy bien con la personalidad, cálida y cariñosa, de Nick.

Nick continuaba de pie y contenía el aliento mientras observaba a un jugador batear. Dejó escapar un largo suspiro una vez que el bate golpeó la pelota y, finalmente, se sentó a su lado, brindándole una amplia sonrisa.

—Te gusta el *baseball* —afirmó Brian con el ceño fruncido.

—Sí —confirmó con una risa burbujeándole en la garganta—. ¿Acaso no se me permite? —se burló, y le dio un largo trago a su bebida.

Brian se masajeó detrás del cuello y, con una sonrisa, apoyó los codos en las rodillas después de percatarse de su estupidez. El que fuera homosexual no significaba que no debieran gustarle los deportes, solo que era algo que Brian emparentaba con un rasgo masculino. Sin embargo, Nick no era para nada un hombre afeminado, era más, si no fuera debido a su apertura en cuanto a su condición sexual, quizás no lo hubiera notado. Bueno, estaba el hecho de que el pelilargo se lo comiera con los ojos cada vez que lo contemplaba, como si Brian fuera un gran bistec, y el hombre, un lobo hambriento.

—Lo siento.

—Tienes muchos «preconceptos» —Nick lo dijo sin malicia, solo constataba un hecho, y luego demoró la mirada en la boca de Brian.

Brian se caldeó al ver cómo Nick se pasaba la punta de la lengua por los labios al mirar los suyos. Los ojos melosos del pelilargo se ennegrecieron, Brian captó el anhelo en ellos y percibió lo fuerte que se contenía Nick a favor de él. Tanto como luchaba Brian contra la fuerza que parecía tirar de su persona hacia el otro.

—Así que los *New York Yankees* —constató Brian, y dio un sorbo a su botella para cortar el encantamiento que parecía verterse sobre ellos.

—Ajá, como buen chico nacido y criado en Manhattan. ¿Tú?

—Soy más del fútbol, este deporte me es un poco aburrido.

—¿Aburrido? No sabes de qué hablas.

Brian comprendió que la intención de Nick era hacerlo sentir cómodo y no presionarlo al hablar de temas sin trascendencia, como un par de buenos amigos, pero cada vez que observaba sus ojos, veía el ansia, el deseo y el dolor en ellos. Apoyó la nuca en el respaldo del sofá y lanzó un profundo suspiro. Conectó la mirada con la de Nick y percibió la misma preocupación que reflejaba aquella noche en *The Full Shilling*, cuando le había anunciado que se marchaba por un tiempo a casa de su hermana en Los Ángeles.

Guardaron silencio por unos cuantos minutos en los que enfocaron su atención en la pantalla, aunque ninguno de los dos podría precisar cómo iba el juego que se proyectaba. De vez en cuando, Nick se volteaba apenas y le brindaba un atisbo de sonrisa.

—Nick —lo llamó, y dolió la expresión dulce con la que el hombre lo encaró—. No puedo hacer esto —confesó, se inclinó con los codos en las rodillas y enlazó los dedos alrededor del cuello de su botella. Su postura de total abatimiento: los hombros caídos, la cabeza gacha...

El peso de las razones por las que había concurrido al apartamento de Nick caía sobre sus hombros. Recordó lo orgullosos que estaban sus padres con él, lo gratificante que era que depositaran esa confianza ciega en que él siempre haría lo correcto. ¿Qué pensarían si supieran que se sentía atraído por otro hombre? Ni hablar de que lo había besado, y mucho menos mantenido relaciones. Sus padres eran ultraconservadores, aunque también encantadores. Y lo amaban, pero eran tan anticuados... Veían el mundo en blanco o negro, sin gradiente de grises. ¡Maldita sea, él mismo era demasiado estructurado! No estaba en contra de los homosexuales, solo que no deseaba ser uno.

¿Qué opinarían sus colegas? ¿Cómo lo verían en la sala de tribunales?

Sabía que había algunos eran gais y no encontraba problema con ello, salvo que en su mente se veía diferente cuando de quien se trataba era de él.

Lo que más lo carcomía era que no podría manejar la desilusión en los ojos de sus padres. Los había visto dirigirle esa mirada de decepción a su hermana, Micaela, incontables veces. Como cuando ella había dejado la carrera de profesorado de historia por la de periodista, o cuando se había mudado con su

amiga Carolina a Los Ángeles a probar suerte para nunca regresar a San Luis. No obstante, jamás habían depositado esa mirada reprobadora en él. Brian siempre había sido el perfecto de los dos, el que tomaba las decisiones adecuadas y hacía lo correcto en todo momento.

Se percató de que Nick no le había dicho nada, así que alzó la vista y se encontró con aquella melosa. No supo cómo responder ante el dolor que se reflejaba en ella; lo había desilusionado como temía hacer con sus padres, pero por motivos diferentes. Su corazón se estrujó con el ansia de reconfortarlo, y la culpa lo inundó hasta casi dejarlo sin respiración.

—Es que no entiendes...

—Sí, lo hago —lo cortó Nick—. Tu vida es perfecta, ya lo has mencionado con anterioridad.

Brian lanzó una exhalación larga y profunda, ya cansado de tanta batalla interna.

—He logrado alcanzar cada objetivo en mi vida.

—Tus padres deben de estar orgulloso de su niño de oro.

—¡Sí, lo están! —exclamó con enfado, para luego ser invadido por la vergüenza ante la brusquedad con que había contestado. Al fin y al cabo, Nick tan solo afirmaba un hecho—. Lo siento. —Hizo una pausa—. Nunca les he dado un disgusto, están tan jodidamente contentos conmigo. He sido el estudiante estrella desde que era pequeño, capitán del equipo de fútbol, presidente del grupo de debate, me gradué con honores de la escuela de leyes, abrí mi propia firma legal...

—Comprendo. Debe de ser abrumador cargar tanto peso sobre la espalda —mencionó Nick, y Brian se sorprendió ante la veracidad de esas palabras—, ser siempre tan perfecto, no permitirse el lujo de equivocarse de vez en cuando.

El silencio se alargó entre ellos, pero no se tornó incómodo como podría esperarse, sino que era uno apacible en el que una especie de entendimiento había tenido lugar.

—Tienes que darte la oportunidad de cometer errores, Brian —prosiguió Nick—. Estás acostumbrado a tener todo bajo control; debes empezar a delegar, a relajarte y que otro lleve las riendas por una vez. —Alzó una mano y la acercó a la mejilla de Brian, quien lo observaba en silencio—. No me apartes.

—No lo haré —susurró, y tragó en seco mientras miraba esa mano

aproximarse a él con anhelo y resignación en partes iguales.

La mirada dilatada de Nick no le pasó desapercibida a Brian, y se quedó sin aliento ante la excitación que evidenciaba sin reparo. Un deseo sin igual lo atizó. Sin pensarlo dos veces, se arrojó sobre el torso de Nick y apresó sus labios con los suyos. Un choque eléctrico lo sacudió y lo dejó sin aire mientras recorría esa tentadora boca con su lengua. Mordisqueó una de las comisuras y luego el labio inferior hasta hacer que Nick gimiera y poder adentrarse y conquistar el interior.

Se olvidó de cada excusa que lo mantenía alejado. Una calidez lo envolvió y lo hizo anhelar que lo arrojara en otro sector de su anatomía. Estaba tenso hasta que unos dedos comenzaron a masajearle detrás del cuello con lentitud, y cada músculo se le relajó para amoldarse contra Nick, casi quedando sentado en su regazo.

Con ese beso era como si Nick tomara posesión de cada partícula de su cuerpo.

De pronto, se hallaban ambos estirados sobre el sofá, Brian sobre el cuerpo de Nick, y friccionaban sus dolorosas erecciones con movimientos lentos y apenas perceptibles. Los corazones palpitaban frenéticos; los alientos se entremezclaban mientras sus pieles ardían por el toque del otro.

Brian gimió contra los labios de Nick y supo que había llegado al límite de perder el control, algo que jamás se permitía, ni dentro ni fuera de la cama. Se separó con brusquedad de la boca del pelilargo y enterró el rostro en la curvatura de su cuello. Cada músculo de su cuerpo temblaba, y los brazos del otro hombre lo envolvieron y acunaron con ternura.

—Tranquilo —murmuró Nick, aunque su propio pecho subía y bajaba con violencia debido a la aceleración de su respiración. Le acarició el cabello y sostuvo a Brian contra él.

El abogado alzó el rostro y se encontró con el semblante que lo tentaba como nunca había hecho otra persona, hombre o mujer. Nick le peinó los mechones castaños claros que le caían sobre los ojos hacia un costado mientras le dedicaba una sonrisa que lo desarmó. No sabía qué era lo que poseía Nick que lo hacía tambalearse. Brian, a quien sus colegas temían enfrentarse en los tribunales, se volvía de gelatina cuando esos ojos melosos se posaban sobre él.

—No sé cómo... —confesó, y no pudo especificar más a causa del nudo que se le formó en la garganta.

Nick le sonrió de nuevo y, con una mano en la mejilla, hizo que Brian reposara encima de su hombro. Dios, se sentía tan bien al tener a Brian acostado sobre él, sentir el calor que desprendía y que lo relajaba hasta que sus ojos comenzaban a cerrarse.

—Lo sé, solo permíteme ser el que guíe —pidió Nick, y enredó los dedos de una mano en la cabellera corta de Brian—. Iremos al ritmo que puedas, si esto es lo máximo, hasta aquí llegaremos.

Brian apoyó la frente contra el pecho de Nick, tenso de nuevo.

—Nadie tiene que saber lo que haremos dentro de estas cuatro paredes —prosiguió el pelilargo—. No tienen que enterarse de nada de lo que hagamos.

Nick no podía creer las palabras que acababan de escapar de su boca. Era todo en lo que no creía, había luchado mucho por ser quién era, por no ocultarse y nunca jamás avergonzarse de sí mismo. Y ahí estaba, proponiéndole a Brian que se escondieran, que tacharan lo hermoso que podrían tener como algo indecente y sucio. Se odió por ponerse en ese lugar, pero el miedo a perderlo pudo más que cualquier concepto que tuviese sobre sí mismo.

—¿Estarías dispuesto a mantenerlo oculto?

—Sí —confirmó Nick, y selló su destino. No podía hacer caso omiso de las señales que daba su cuerpo cada vez que tenía a Brian delante: cómo se quedaba sin aliento, sus manos se humedecían, su corazón corría errático, su estómago burbujaba y un hormigueo se centraba en sus dedos por acariciar la piel del abogado.

—No es justo —afirmó Brian al elevarse sobre Nick y aventurarse a deslizarle dos yemas por la mejilla.

—No, no lo es —expresó con tristeza.

Brian se odió por lo que le hacía, por rebajarlo de aquel modo. Nick no se lo merecía, debería estar al lado de una persona que lo valorara por quién era. Sabía de la clase de hombre que se trataba: un gran profesional, compañero y empleado, pero, sobre todo, sabía el estupendo amigo que era. Lo había constatado cuando había ayudado a Samantha a transitar el episodio sufrido con su exmarido y la había acompañado en el proceso de sanación; además, le había ofrecido su apartamento para que se estableciera por unos cuantos meses, antes de que ella se mudara con Alex.

—Experimenta esta veta de tu sexualidad conmigo. —Brian se percató de que Nick se contuvo de decir la palabra homosexual.

—No es lo que quieres, Nick. Tú mismo me lo aclaraste.

—Prefiero ver a dónde nos lleva, y si no es más que a una aventura, al menos disfrutaré los instantes que me regales.

El dolor en la voz de Nick fue como un puñal para el corazón de Brian. Acarició la idea de que otro se hiciera cargo, que Nick liderara la relación y lo cuidara como sabía que lo haría. Pero se sentía como la mierda al no ofrecerle lo que buscaba en él.

Descendió la boca sobre la de Nick y lo degustó con calma. Pasó la lengua por sus labios y los dientes sin adentrarse, mordisqueó una comisura y gimió antes de explorar el interior. Su lengua se unió a la de Nick en un baile erótico y sensual, y sin proponérselo, le hundió las uñas en los hombros a la vez que gemía y aunaba sus caderas en un lento pendular.

Las restricciones regresaron a la mente de Brian a una velocidad inaudita. Con un gruñido profundo, se apartó de los labios del pelilargo y se elevó sobre él. No conseguía quitarse las ataduras y dejarse llevar por las sensaciones que lo envolvían. Unas que tanto tiempo había añorado compartir con el hombre que lo miraba con una mezcla de deseo y ternura que lo aniquilaba.

No sabía si era *bi, homo* o qué mierda. Lo que sí tenía presente era que ningún hombre lo atraía, solo Nicholas Bale. Y lo que era aún peor, ninguna mujer lo seducía como ese hombre de mirada color miel. Sin embargo, los posibles reproches de sus padres que resonaban en su cabeza y el temor a desilusionarlos lo reprimían como a un niño que tan solo deseaba alcanzar su aprobación.

—No puedo ir más allá.

—No pasa nada —concedió Nick con aquella comprensión que hizo que Brian se enfadara.

Deseaba que lo maldijera, que lo agarrara por el cuello y lo arrojara fuera de su apartamento. Sin embargo, Nick lo contemplaba con aquel amoroso sentimiento bailando en su rostro que le caldeaba el alma a Brian y que terminó enfadándolo consigo mismo por no tratarlo con la valía que merecía.

El abogado cerró los ojos y, despacio, se alzó del tentador cuerpo que tenía debajo hasta sentarse en el sofá. Nick lo siguió y se acomodó a su lado, rozando su muslo con el suyo.

El miedo lo envolvió en cuanto el ansia de quitarse la ropa y proseguir al próximo nivel se tornó urgente.

—¿Estás bien? —preguntó Nick, y le posó una mano detrás del cuello. Le frotó los músculos rígidos, y Brian casi lanza un gemido. Trataba de calmarlo y lo conseguía hasta casi hacer que perdiera la conciencia.

El deseo de volver a estar rodeado por esos brazos era tan acuciante que se elevó sobre sus pies y solo pudo asentir como respuesta.

—Debería irme.

Nick se irguió, entrelazó los dedos de una mano con los de Brian y le acarició el borde con el pulgar. Sin pronunciar palabra, lo acompañó hasta la puerta y se la sostuvo abierta.

Antes de retirarse, Brian enganchó los dedos en los cabellos a la nuca de Nick y lo atrajo hacia él para pegar sus labios en un beso duro y breve. Tuvo que hacer acopio de una gran fuerza de voluntad para dar los pasos que lo separaban del elevador y entrar en este.

Nick sonrió ante el ímpetu de Brian mientras cerraba la puerta. Sabía que no se mantendría alejado por mucho tiempo. Percibía la lucha que bullía en el interior del abogado, pero también el deseo no satisfecho que solo Nick podría apaciguar.

Sin embargo, se ensombreció cuando recordó su ofrecimiento de ocultar la relación. ¿En qué mierda pensaba? Bien sabía que el ocultamiento solo podría condenarlos al fracaso aún antes de iniciar. Había sido lo único que se le había ocurrido para no espantarlo y para darle lugar a que experimentara sin riesgos. ¿Sin riesgos? Nick lanzó una carcajada y sacudió la cabeza ante la estupidez de su pensamiento. Él arriesgaba, y demasiado. Su corazón estaba en la cuerda floja con Brian, y lo había sabido desde la primera vez que había posado los ojos en él.

Había ganado mucho en el camino de respetarse y enfrentarse a cualquier persona que lo discriminara por su orientación sexual. Había adquirido la seguridad y el amor propio necesarios para hacer frente a lo que fuera y nunca, jamás, echarse atrás o avergonzarse de sí mismo. Odiaba tener que volver a meterse en el armario, pero estaba dispuesto solo por Brian. Y quizás terminara quedándose con el premio gordo. El amor del serio y sexi abogado.

Sin embargo, no lograba acallar las palabras de Andy que resonaban en su mente acerca de que el único que saldría sumamente herido hasta el centro de su ser sería él. No pensaría en el futuro, solo disfrutaría del presente con Brian, y luego vería cómo recogería los pedazos en que quedara su corazón.

Brian entró a su automóvil y alzó la mirada hasta el gran ventanal iluminado del apartamento de Nick. ¿Debería volver a subir? ¿Irse? Su mente era una lucha de indecisiones. Se acomodó contra el respaldo de cuero oscuro y descansó la nuca sobre el apoyacabezas. Los sentimientos que pugnaban en su interior eran tan dispares que lo enloquecían.

Aferró el volante con fuerza hasta que sus nudillos se tornaron blancos mientras se contenía de las ganas de salir del maldito vehículo, subir nuevamente al apartamento y comerle la boca a Nicholas. Estuvo a punto, hasta que recordó la llamada de Micaela y el anuncio de su pronta visita junto a su pareja, lo que hizo que la imagen de sus padres se materializara en su mente. A pesar de ser un adulto, aún no estaba preparado para defraudarlos. No podía ni imaginarse diciéndole a su padre que se sentía atraído por una persona de su mismo sexo.

Golpeó el volante con furia y, con un ademán brusco, giró la llave de inicio para luego desaparecer en la oscuridad de la noche.

Capítulo 12

Sam sacó la fuente del horno con la lasaña de vegetales y la apoyó sobre una pequeña tabla de madera en el centro de la mesa de la cocina, con un ademán un poco más bruto del que pretendía. No lograba sacudirse la sensación de haber sido engañada por Alex.

Cuando le había propuesto el mudarse juntos y buscar una casa para ello, había dejado entrever la idea de formar una familia, lo que ella había supuesto que traía aparejado niños. Pero parecía que no era así, solo que nadie se lo había aclarado con todas las letras hasta que sugirió que los tuvieran. Sí, se sentía engañada en lo más profundo. Nunca había verbalizado su deseo de ser madre a nadie antes y se le estrujaba el corazón que el hombre que amaba no sintiera el mismo anhelo que ella.

—Quiero un bebé —soltó cuando servía una porción de lasaña en un plato y lo emplazaba frente a Alex. Se sentó en su silla y esperó una reacción.

Él observó el alimento y se mantuvo en silencio. Había tardado en acostumbrarse a aquellos silencios tan habituales en Alex. Sabía que en muchas ocasiones se debían a que las palabras se le atascaran y que si trataba de hablar tan solo tartamudearía. Alex odiaba que aquello le sucediera. Sin embargo, en ese instante, el que no dijera absolutamente nada la desquiciaba. Esperó y esperó.

—¿Nada? ¿En serio? —Sam se elevó de su asiento e hizo ademán de marcharse, pero él la detuvo al tomarla con un agarre de hierro de la muñeca.

—N-n-no... —Hizo una pausa. El pecho le subía y bajaba con violencia. Alzó la mirada a ella y Sam tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no sucumbir al dolor que manifestaban aquellos ojos oscuros—. No puedo.

—Si tan solo te abrieras a mí, Alex. —Sam tironeó de su brazo hasta soltarse y abandonó la cocina, frustrada, dejándolo solo con sus malditos fantasmas y demonios.

Alex se mantuvo inmutable, con su plato servido y otro un poco más allá, el de Sam, que restaba intocable. Agarró un tenedor y lo apretó con tanta fuerza que parecía fundirse en su palma. Ya sin hambre, su estómago parecía que era

el hospedaje de miles de piedras; sin embargo, partió un pequeño trozo y lo pinchó para luego llevárselo a la boca. Masticó de modo automático y así tragó.

Con esa simple porción, un dolor se expandió por su ser. Amaba a Sam como a nadie antes y con gusto haría cualquier sacrificio por ella. No obstante, el tener un hijo y arriesgarse a convertirse en el mismo monstruo que su padre no era algo que pudiera hacer ni siquiera por ella. Aunque su mente le gritaba que su miedo era infundado, no conseguía apartarlo. El temor a que un día algo en el hiciera un *clic* y, de pronto, se transformara en el mismo ser odiable que había sido su progenitor estaba muy arraigado en su interior.

Terminó lo que ella le había servido. Buscó un papel film adherente, cubrió lo que quedaba en la fuente y la metió en la nevera. La soledad colmó su corazón ante el terror de perder a la única mujer que alguna vez se había escabullido allí dentro y germinó, siendo más de lo que podía soportar. Pronto el viejo Alex se hizo cargo y la imperturbabilidad retornó a sus facciones y sus movimientos se tornaron mecánicos.

En cuanto subió las escaleras hacia su habitación, encontró a su mujer acostada de espaldas a la puerta. La declaración de estar en tierras inestables era más que clara.

—Por favor, no comiences a buscar mujeres que cazar. Ya hemos dejado claro que no estamos en eso —proclamó Gabe apenas Mark y él pisaron el bar atiborrado.

Mark se sintió viejo y fuera de lugar en aquella escapada que había coordinado con Gabe. Ya se arrepentía que la idea hubiera surgido de él. Extrañaba a Keyla, solo quería estar en su sofá con ella acurrucada a su lado mientras miraban una de esas películas italianas románticas que tanto ella disfrutaba.

—¿Qué te hace pensar que...?

—Deja la farsa, Mark. —Gabe fijó los ojos nevados en los suyos—. Algo sucedió con Keyla. Lo noté cuando me llamaste. Vuelves a esos antiguos hábitos en los que te pones el traje de tipo superficial y nada te importa, solo que te olvidas que he llegado a conocerte a fondo. —Tomaron asiento en una pequeña mesa redonda en medio del colmado lugar. Varias mujeres enviaban miradas alentadoras en su dirección, sin embargo, ninguno de los hombres les

prestó la menor atención—. No te entiendo, tienes a una mujer que amas. ¿Qué demonios te impide ser feliz?

—¡Oh, vamos! No me sermonees. ¿No eres tú el que no cree en el amor? —Mark fue testigo de cómo esa mirada grisácea se tornó más gélida con sus palabras, pero no podía evitar el embestir y defenderse ante un ataque directo. Gabe lo enfadaba al poner el dedo en la llaga abierta y supurante. Había más en el pasado de Gabe, pasado que Mark desconocía, pero no le importaba si sus palabras tocaban una veta sensible del tipo—. Ahora parece que eres su mejor agente de ventas.

—Que no crea en él, no quiere decir que cuando te veo con Keyla no note que eres feliz. —Lanzó un suspiro y se recostó en la silla—. No comprendo por qué te comportas como un idiota con lo inteligente que eres en realidad.

Se acercó una camarera de unos veintitantos, vestida con una camisa oscura de amplio escote y un pantalón que le marcaba las caderas a la perfección. Ella les tomó el pedido de un par de cervezas, batiendo sus espesas pestañas en todo momento. Sin embargo, el artilugio fue un gasto total de energía. Ninguno de ellos le dirigió una segunda mirada.

—Gabriel, no creo que seas la persona indicada para hablar de relaciones. —Mark se acercó a Gabe como si fuera a confiarle un secreto y habló por lo bajo—: ¿O acaso tienes alguna de la que yo no tenga idea? —Hizo una pausa prolongada, para continuar con el interrogatorio—: ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Que somos amigos? Un poco menos de un año. En todo ese tiempo ni una sola vez te he visto con alguien.

Gabe observó por un segundo el cuello de su botella y le dio un sorbo sin alzar la vista.

—No viene al caso.

—Oh, yo creo que sí. Estás solo y no quieres darte cuenta. —Mark estiró los labios en esa sonrisa irónica que desempolvaba en algunas ocasiones especiales, en particular cuando era arrinconado como en ese momento—. Estás sexualmente frustrado, eso te ocurre.

—¿Qué? —Gabe se vio invadido por un ataque de tos al atragantarse con el líquido ambarino.

—Ah, como si no hubiera visto los dardos que se lanzaban con Morrigan. La mujer te calienta, pero es más fácil batallar con ella, ¿cierto? No olvides que he estado en el mismo lugar no hace mucho tiempo atrás.

—Ningún lugar, hombre. Ella y yo es un tema distinto. Esa mujer es una...

—Detente ahí mismo. —Mark lo cortó con un dedo en alto y con una voz desprovista de la jovialidad habitual—. Mor es una amiga y no voy a consentir que la insultes en mi presencia porque te sea más conveniente a admitir que te hace correr la sangre que tienes congelada en las venas.

—Necesito más alcohol para continuar con esta conversación —masculló Gabe mientras ojeaba alrededor en busca de la camarera.

—Será mejor que la demos por finalizada. —Mark dio un largo suspiro y se repantigó en el asiento de madera torneada—. Gabe, no quiero hablar de Keyla, y el hacerlo solo hará que te ataque de una forma que no quiero. —Sacudió la cabeza y descendió la mirada a sus manos en su regazo, no era capaz de volver a encarar a su amigo—. Estoy al límite y necesito un pequeño escape —añadió con cierta vergüenza.

—Puedo darte eso. —Gabe le posó una mano en el hombro y acercó el rostro al suyo—. Pasar el rato y charla sin sentido.

—Sabía que podía contar contigo.

La sonrisa retornó al rostro de Mark y sus ojos verdes brillaron de agradecimiento. La amistad con Gabe había comenzado a regañadientes y solo porque Alex la había incentivado. No obstante, estaba feliz de haberlo incluido en su particular círculo de amigos.

Hacía más de una semana de la pelea con Mark. Trataba que su estado de ánimo depresivo no interfiriera en el trabajo, pero le resultaba imposible. Parecía que no se arreglarían en un futuro cercano, y no creía que pudiera regresar a la relación que había compartido con Mark antes de su noviazgo, en el que batallaban verbalmente a cada encuentro. Tampoco podía hacerse a la idea de que no fuera parte de su vida, eso era impensable. Sin embargo, en esta ocasión estaba segura de no ser la que estuviera equivocada, era él el que tenía que dar el primer paso. Solo que se estaba demorando demasiado en hacerlo.

Sentada en el escritorio frente a Alex mientras revisaban el avance de unas de las cuentas, de súbito, unas náuseas intensas la asaltaron. Se elevó en un milisegundo y corrió hacia el baño en una carrera sin igual. No creía que tuviera tiempo de llegar a tiempo a vaciar lo que hubiera en su estómago a tan temprana hora.

—¿Estás bien?

La pregunta la sobresaltó y se giró como estaba, arrodillada en el suelo junto al inodoro, con el cabello desordenado y sudor bajándole por las sienes y la espalda. Sam se hallaba aferrada al marco de la puerta como si temiera entrar y la observaba con sus ojos bien abiertos.

Se quitó el cabello sobre la frente con el revés de la mano y se alzó despacio.

—Sí, solo un breve mareo —contestó con voz ronca.

—Vomitaste.

—Algo debe haberme caído mal en el desayuno.

Key veía en la mirada de Sam que no le creía, pero no estaba de ánimos para escarbar en su malestar. Suponía que se relacionaba con la migraña que la atacaba casi a diario debido a la tensión por la pelea mantenida con Mark. Sabía que en S&P cuchicheaban acerca del distanciamiento entre ellos, pero Key aún no se lo había comentado a nadie. Bueno, a nadie salvo a Andy. Él jamás la delataría, era como una tumba.

No estaba preparada para abrir esa puerta, hablar con sus amigos y hacer realidad lo que temía: que la relación con Mark había llegado a su fin. No podía creerlo. ¡No! Más aún porque lo amaba con locura y era impensable la vida sin él. ¿Entonces por qué la aterraba el confesar que realmente vivían juntos? Sí, iban a un ritmo acelerado. ¿Y qué? Eso no significaba que estuvieran condenados al fracaso, ¿cierto?

Mark se había casado con su ex esposa en una vorágine y tras unos pocos meses de noviazgo. Key no deseaba que Mark repitiera con ella la misma historia, deseaba que se tomaran su tiempo. Aunque debía tener en cuenta que esa mujer era una auténtica bruja que nunca había amado a Mark, al menos no realmente como para aceptarlo por completo. Y ella sí lo hacía, lo amaba todo de él, con su pasado, su historia de peleas interminables y este presente que hasta hace unos días era idílico.

Quizás eso era lo que la atemorizaba, que era tan hermoso estar con Mark que esperaba a que llegara un día en que todo culminara. Y como una profecía autocumplida, ese día llegó y debía confesar que gran parte de la culpa era de ella.

Con un andar lento, tratando de que sus pasos no retumbaran en sus sienes y sin intercambiar ninguna otra palabra con Sam, se dirigió al despacho de Alex. Rebuscó en su cartera multicolor hasta dar con la medicación para menguar el palpar de su cabeza y poder continuar con las tareas que debía finalizar.

Capítulo 13

No había tenido noticias de Brian en días. Se había marchado de su apartamento con la promesa de que lo que hubieran compartido se mantendría en secreto. Sin embargo, el que el abogado no aceptara continuar con lo que fuera que se abría para ellos lo aterraba. Un nudo se le formaba en las entrañas ante la posibilidad de que no volviera a él. No tendría que haberlo dejado marchar. No era como si fuera a secuestrarlo, tan solo... Tan solo, ¿qué? ¿Atarlo a la cama y enseñarle lo que podría hacerle sentir dentro de su pecho?

Con aquellos atribulados pensamientos que no le habían dado tregua desde la última vez que lo viera, Nick se encaminó hacia el estacionamiento donde se hallaba su vehículo. En cuanto lo vio, presionó el botón de seguridad en su llavero y escuchó el bip que anunciaba que la alarma se había desactivado y las trabas se hallaban abiertas. Apoyó la palma sobre la puerta y, antes de que pudiera abrirla, alguien lo aferró del brazo y lo giró.

Nick ya estaba listo para defenderse de su presunto agresor, pero el rostro que se encontró frente al suyo hizo que cada razonamiento desapareciera y que su corazón se detuviera para luego comenzar a latir con frenesí. Tuvo que recordarse respirar y contenerse de tomar a Brian entre sus brazos. Más aún cuando distinguió la expresión angustiada en el hombre.

—No pude.

—No pudiste, ¿qué, bebé? —Nick acarició una de las mejillas de Brian y su mano se demoró allí.

—Lo intenté y no pude mantenerme alejado. Es más fuerte que yo —murmuró—. No quiero esto.

—Lo sé. Ven, ya estoy aquí, bebé.

Brian se zambulló en sus brazos como si fuera un lugar de reaseguro, la contención que precisaba para todas aquellas emociones que no podía verbalizar y mucho menos manejar. ¿Cómo es que había caído tan profundo por este hombre? Nick no lograba comprenderlo. Brian vivía en constante tensión, no dejaba salir los sentimientos a la luz y odiaba el hecho de sentirse atraído por él. Ah, pero el tener a Brian aferrado a su torso era la sensación

más divina que había alguna vez experimentado. Parecía amoldarse a la perfección, como si fuera el lugar al que el abogado pertenecía.

—Me haré cargo de todo, Brian. No temas —lo consoló y lo contuvo mientras le pasaba la palma por el cabello corto.

—Cuento con eso, porque yo estoy a la deriva.

Las palabras murmuradas contra su cuello lo enternecieron. Sabía cuánto le habría costado a Brian el venir a buscarlo y más aún verbalizar la incertidumbre que lo abrumaba. Se separó un tanto de él y conectó sus miradas. ¡Mierda que era precioso con aquellos ojos de un azul profundo y sus rasgos marcados! No podía pedir hombre más perfecto. Lo tomó del brazo y le abrió la puerta de su automóvil. Una vez que Brian se acomodó en el asiento del acompañante, Nick rodeó el vehículo y se sentó detrás del volante para salir de allí en a los pocos segundos. No le daría ni tiempo a razonar la acción que había realizado, no quería que Brian diera marcha atrás. Lo tenía allí, a su lado y sacaría todo el provecho que pudiera del limitado periodo que le restaba junto al abogado. Porque Nick no se engañaba, lo que fuera que comenzaba entre ellos tenía la palabra «fin» bien escrita.

Sam entró decidida al despacho de Alex antes del horario de cierre. Hacía días que solo intercambiaban el mínimo indispensable de palabras, pero sí sus sospechas eran ciertas, algo deberían hacer y no podía recurrir a nadie más. Además, Alex aún era su novio. ¿Aún? ¿Era que su mente pensaba en que ya no lo fuera? El corazón se le oprimió. ¡Claro que no! Su vida no sería tal sin Alex en ella. «¿Y sin hijos?», le gritó su cerebro traicionero. No, no concebía el que resignara su deseo de ser madre, y ese deseo solo se despertaba si lo compartía con Alex. Debía focalizarse, esto era por Keyla, sus problemas podían esperar. Por ahora.

—Alex.

Él elevó la cabeza de la pantalla de su ordenador y la miró con atención, con aquella expresión que hacía que sus huesos se derritieran. ¡Era un ser divino que había descendido de los cielos solo por ella! Tan atractivo que parecía imposible que se hubiera fijado en una mujer tan simple y atolondrada como Sam. Pero cuando era observada por aquellos ojos oscuros, dejaba de ser simple, sino que aquella mirada oscura la convertía en la mujer más hermosa sobre la que se hubiera posado. Él la hacía sentir así: el centro del

universo, su universo.

—Tenemos que hablar. —A Sam no le pasó desapercibida la expresión precavida que recorrió el rostro masculino—. No sobre nosotros. —El alivio que se vertió sobre Alex le dolió, pero lo apartó a un lado y se concentró en su cometido—. Alex tienes que hablar con Mark sobre el distanciamiento que hay entre él y Keyla.

—¿Ella te ha comentado algo?

—No. ¿Mark?

Alex negó con la cabeza.

—No podemos dejar que se arruine lo que tienen. Se aman, Alex.

—Lo sé, no creo que debamos entrometernos. Deben solucionar lo que les acontece ellos solos. Al menos a mí no me gustaría que se inmiscuyeran en nuestros asuntos y sé que Mark no nos lo agradecería si lo hiciéramos.

—Descubrí a Keyla vomitando en el baño el otro día.

—¿Y eso qué tie...? —Él la observó con profundidad, y Sam pudo precisar en el momento exacto en que sus neuronas hicieron la conexión que ella esperaba—. No puede ser.

—¿Y si es? No crees que Mark debería saberlo.

—¿Saber qué?

—Oh, vamos, Alex.

—Sam, desde que Charlie y Xav hicieron el anuncio, el tema del embarazo te ha estado rondando, ¿podría ser posible que solo sean ilusiones tuyas? —preguntó con sumo cuidado, pero eso no hizo que el dolor fuera amortiguado.

Para Sam fue como un golpe certero en el centro de su alma. Ese hombre que ella amaba con todo su ser, en quien ella más confiaba, la hería y con una profundidad que no creía posible. Más aún después del pasado tortuoso sufrido a manos de su exmarido, esto parecía aún más doloroso que cualquier otra cosa que ella pudiera haber padecido.

—No. No son ilusiones mías. —La amargura se vertía en sus palabras sin que pudiera enmascararla—. ¿Sabes qué? No importa, ya veré cómo me las arreglo. —Pero en cuanto quiso girarse para marcharse, una mano de acero la detuvo al aferrarla del brazo.

—Lo siento, cielo —susurró Alex contra su oído al pegarse a su espalda, y Sam no pudo menos que relajarse. Era tan conocido y confortable el calor que Alex emanaba que era como llegar al hogar. Él era su hogar—. Hablaré con

Mark y pensaré en tus suposiciones. Si son ciertas, él tiene derecho a saberlo.

—Gracias —murmuró y se volteó en sus brazos para hundirse en aquel torso que tanto amaba. Elevó el rostro hacia él y dejó que le conquistara los labios con los suyos. Ella gimió y el gruñó al tiempo que la aferraba por la cintura y la alzaba para presionarla más cerca de él.

—No aquí —gruñó Alex con la mirada ennegrecida y la voz enronquecida.

—A. Casa. Ahora —logró comunicar Sam en medio del deseo que siempre la embargaba al estar cerca de él.

No tardaron ni medio segundo en agarrar sus pertenencias y correr hacia el elevador.

Keyla cerró la puerta de su apartamento de un golpe y se apresuró hasta el baño para dejarse caer junto al inodoro. El poco contenido de su estómago salió despedido de nuevo, dejándola sin fuerzas ni para sostenerse. Sus miembros temblaban, más por el temor que se conjuraba en ella. Nunca había vomitado tanto durante sus migrañas. Sí, lo hacía de vez en cuando, las náuseas se tornaban insoportables, pero esto era inaudito. El malestar que parecía no abandonarla le preocupaba.

La sospecha de lo que podría estar sucediéndole la atemorizaba. No podía ser. No podía estar embarazada. ¿Cuánto hacía que había tenido la menstruación? No lograba recordarlo. Nunca había sido regular, por lo que no se molestaba en llevar las cuentas. Siempre se habían cuidado, jamás habían tenido sexo sin protección. Claro que cada método anticonceptivo tiene un porcentaje de error. ¿Cuál era el del uso de preservativos? ¿Acaso no era extremadamente bajo? Aunque fuera del uno por ciento, ¿y si ella caía en esa pequeña tasa?

Mark había dicho que su relación había terminado. ¿Y si estaba embarazada y solo volvía con ella por ese motivo?

Keyla quería arreglar la relación con Mark a como diera lugar, solo que su maldito orgullo no se lo había permitido aún. Era que ella creía tener razón, aunque si era sincera un poco, la tenía él también. ¿Pero y si él no quería arreglarla? ¿Y si él no quería ser padre?

Las náuseas, los mareos y los vómitos no le eran desconocidos. Eran algunos de los síntomas que la aquejaban durante sus migrañas, pero jamás con la asiduidad que llevaban ahora. Claro que tampoco había padecido su

afección con tanta frecuencia como desde su pelea con Mark. ¿Podía ser que solo se tratara del cuadro de sus fuertes dolores de cabeza? ¿O podía deberse a algo más que les cambiaría la vida por siempre?

De pronto, la idea de dar a luz a un niño con un cabello dorado y ojos de un intenso verde no le fue para nada repelente. Se mordió el labio inferior para evitar que la sonrisa que le cosquillaba se formara.

No podía alegrarse con una noticia que ni sabía si era verdadera. Sin embargo, la idea de tener en su vientre un hijo de Mark era encantadora, adoraría tener una partecita de él creciendo dentro de su ser.

Desde que Xavier y Charlie habían dado el anuncio, esa posibilidad se había instalado en ella. Aunque nunca lo hubiera pensado para un futuro inmediato, sino tan solo de un deseo que podría darse en un futuro un tanto lejano.

Si había discutido con Mark por la probabilidad de estar conviviendo, ¿cómo iba anhelar ser madre tan pronto en su relación? Si eran ciertas sus sospechas, la noticia podría arruinar su intención de recuperar su vida juntos.

Ah, él volvería con ella. Podía confiar en que jamás la dejaría sola. ¿Pero lo haría por ella? ¿Porque la amaba o por el posible retoño en su vientre?

Se cubrió el abdomen con las manos y deseó que fuera cierto al mismo tiempo que no. Lágrimas se derramaron por sus mejillas. Extrañaba tanto a Mark, no podía continuar de esta manera estuviera embarazada o no.

Mark puso la película que miraba en pausa para poder contestar el teléfono. Una sonrisa se dibujó en su rostro al escuchar la voz de su hermano del alma.

—Hola, viejo. ¿No puedes estar ni un par de horas sin mí? Vamos, admítelo —bromeó.

—*Necesito hablarte de algo. Sacarme de encima esta idea que me ronda... En realidad a Sam y que ella me contagió, podría decirse.*

—¿Qué pasa? No me gusta el tono serio que tienes. —Se inclinó hacia adelante en el sofá, con el ceño fruncido.

—*Keyla y tú... ¿Piensas hablar con ella? ¿Arreglar el problema?*

Mark no contestó, dejó que el silencio se extendiera entre ellos. Acomodó un codo sobre su rodilla y su mano caía laxa entre sus piernas.

—*¡Mark, esto es importante!*

—Y no de tu incumbencia, Alex. Lo siento, hermano, pero yo no meto mis narices en tu relación con tu mujer, tú no te metas en la mía.

—*Sam encontró a Key vomitando en el baño de S&P.* —Alex hizo una pausa y Mark sabía que esperaba alguna clase de respuesta de él, pero no le dio ninguna. Si ella estaba indispuesta, ya no era su asunto, sin embargo, la preocupación se instaló en sus entrañas. La necesidad de saber de ella se hizo imperiosa.

—¿Y? ¡Mierda, Alex! Dime de una buena vez qué sucede. ¿Está enferma?

—*Sam cree que se trata de otra cosa.*

—¿Qué cosa podría...? —Un silencio se hizo entre ellos y Mark creyó que no conseguía respirar, pero dio una inhalación profunda seguida de una larga exhalación—. No es posible.

—*¿Estás seguro?*

—Siempre nos hemos cuidado. —Era cierto, nunca habían tenido sexo sin protección. Se reclinó contra el respaldo y se frotó las cejas. La inquietud lo corroía por dentro.

—*Los métodos fallan.*

—¿Acaso Key le confesó a Sam...?

—*No, pero Sam cree que es factible que ella esté embarazada.*

—¿Y me lo dices por teléfono! ¿Cómo puedes? Encima estás a más de una hora de distancia, viejo. —Mark se sintió solo y desvalido. Necesitaba a su hermano cerca, aunque más no fuera para que le contagiara aquella seguridad que siempre parecía rondar a Alex.

—*Lo sé, pero estoy. Siempre estoy, Mark.*

—Alex... ¿qué voy a hacer si está embarazada?

—*Hacerte cargo.*

—Desde ya, no me refiero a eso. Con Keyla... todo se fue a la mierda. Yo y mis malditas inseguridades. Lo jodí, bien jodido.

—*Arréglalo.*

«¡Como si fuera tan fácil!», quería gritarle.

Después de unas pocas palabras más y la promesa de hablar del tema más detenidamente frente a frente, cortaron la comunicación. Aunque Mark se quedó con el tubo del teléfono suspendido en el aire mientras miles de pensamientos invadían su mente. Pero su mayor temor era que si era verdad que ella estaba esperando un hijo suyo, quizás perdiera a Keyla

definitivamente.

Si era verdad y ella estaba embarazada, no le importaría nada. Key y él volverían a estar juntos. Haría lo que fuera que ella quisiera con tal de recuperarla.

Una sonrisa tan resplandeciente, como hacía días no esbozaba, se formó en su rostro, y se repantigó en el sofá junto a su mascota para continuar viendo un film dirigido por George Cukor.

—Tabitha, cariño. —Le rascó tras las orejas a su perra de raza galgo que había adoptado del refugio en el que Key era voluntaria—. Extrañas a mamá, ¿cierto? —La perra se puso panza arriba a la espera de que extendiera sus caricias a ese lugar de su anatomía—. Yo también, preciosa.

Todo se arreglaría con Keyla. Se aseguraría de ello.

Capítulo 14

Apenas Nick cerró la puerta, Brian lo tomó por las mejillas y apesó sus labios con los suyos. Lo exploró con voracidad mientras lo atraía más cerca de su cuerpo hasta quedar fusionados en uno solo.

Brian separó su boca para mordisquearle la barbilla a Nick y luego proceder a lamerle el cuello. Nick se arqueó hacia esa lengua y gimió ante la electrizante sensación de la humedad descender por su garganta.

Como si danzaran una pieza de baile, se dirigieron con lentitud a la recámara de Nick, una estancia en la que Brian nunca había ingresado con anterioridad.

Brian se separó apenas para conectar con los ojos melosos engullidos en negro. Sus rasgos imperturbables, serios y duros, igualaban a cualquier estatúa de un panteón griego si no fuera por el ardor que transmitía su mirada. No quedaba rastro de la dulce expresión del pelilargo, sus facciones estaban embebidas en cruda lujuria que igualaba a la de Brian.

—Te deseo. —Un silencio jadeante siguió hasta que Brian aclaró, grave y bajo—: Quiero acostarme contigo.

—Ya iba siendo hora —bromeó Nick con voz ronca para luego capturar los labios de Brian una vez más—. Me tienes incendiándome en cada ocasión y me he estado conteniendo para no saltarte encima —susurró contra los labios de Brian.

—No exageres —pidió Brian entre risas.

—No lo hago —negó Nick. Posó los dedos sobre los botones del chaleco gris oscuro de Brian y, sin perder la conexión con los ojos claros, comenzó a desabrochar cada uno de ellos.

Brian lo detuvo al poner sus manos sobre las de Nick.

—Yo... no estoy muy seguro de cómo hacer esto.

—Bebé, no vi que tuvieras problemas la última vez —recordó Nick al hacer referencia al encuentro en la casa de Alex y Sam.

—Eso fue un exabrupto, no estaba pensando —se lamentó Brian.

—Ey —Nick le elevó el rostro con un dedo bajo su barbilla—, fue uno de los encuentros más calientes que he tenido, por lo que sé que esta vez será

igual de especial.

—¿En serio? —preguntó Brian con una media sonrisa mientras reclinaba la cabeza hacia un costado.

—Veo que alguien saca pecho a lo gallo orgulloso —se mofó Nick.

—Pues... —se carcajeó Brian para luego tomarlo de las mejillas y atraer su boca a la suya. Toda la incertidumbre y temor sobre cómo proceder se habían olvidado de repente.

De un tirón, el abogado le sacó los faldones de la camisa fuera del pantalón y comenzó a forcejear con el cinturón mientras Nick retomaba el trabajo de desabrocharle el chaleco, y luego fue el turno de la camisa.

Nick le quitó las dos prendas junto con el saco y se deleitó con la sensación de cosquilleo al pasar las palmas por el pecho salpicado de ligero vello claro del hombre, amaba que no fuera lampiño, sino que tuviera un torso en extremo varonil. Raspó con una uña un pezón y le arrancó un jadeo profundo a Brian, quien lo aferró por la cintura del pantalón y lo atrajo hacia su cuerpo para atrapar su boca en un hambriento beso.

—Desnudos, ya —ordenó Brian en un tono ronco y apremiante.

En dos segundos ambos se habían deshecho del resto de sus ropas. Se observaban con la respiración entrecortada y la vista dilatada. Brian vagó la mirada por aquel cuerpo atlético de líneas marcadas y para nada comparable con las redondeces de una fémina. La excitación que lo golpeó fue tal que le robó el aliento.

Brian estaba tenso, con los músculos rígidos y abría y cerraba sus manos.

—Si no estás listo...

Dio un pasó y acortó las distancias con Nick para acallarlo con un beso a la vez que le enterraba la mano detrás de la cabeza.

—Cállate —murmuró con gravedad y una promesa silenciosa de placer infinito—. Voy a necesitar que me guíes en esto, no quisiera lastimarte —susurró apenas separando los labios de los de Nick.

—No lo harás —prometió—. Solo debes prepararme como la otra vez.

—Bien.

Brian descendió las manos hasta acunar los glúteos de Nick y presionar su torso con el de él. Nick estampó los labios en su cuello y lo mordisqueó, lo que hizo que su pene tirara con ansia. Sin soltarse y a paso lento, se aproximaron a la cama para caer en ella. Nick se arrastró de espaldas hasta

quedar acostado a lo largo del colchón; Brian gateó hasta estar extendido sobre él y retomar el beso que habían momentáneamente interrumpido.

—Preservativos y lubricante en el cajón —informó Nick en un jadeo y señaló la mesa de luz a la derecha.

El rostro de Brian se ensombreció y clavó la mirada en la melosa.

—La otra vez no utilizamos nada —recordó con preocupación. No se había percatado del hecho. No habían hablado de enfermedades o cuidados en cuanto al sexo.

—Estoy limpio —señaló Nick al lamerle la barbilla—. Hacía tiempo que no estaba con nadie y mis últimos estudios dieron negativo.

—También lo estoy. —Apoyó la frente contra la de Nick—. Mis estudios también lo confirman y siempre he sido cuidadoso, solo contigo parece que pierdo el control.

—Me alegro. —Nick lo aferró por la nuca y le bajó la boca hacia la suya en un beso duro y demandante.

—Gozas con el poder que tienes sobre mí —constató Brian con una sonrisa.

—Siempre —confesó Nick para alzar las caderas y conectar su erección con la de Brian y levemente friccionarlas entre sí, arrancando un gruñido del abogado—. Entonces supongo que solo tienes que alcanzar el lubricante —jadeó y contempló como el semblante de Brian se tornaba salvaje.

Brian se estiró hasta dar con el cajón para sacar la condenada botella de plástico, luego aferró las muñecas de Nick en una mano y las sostuvo por encima de su cabeza; el hombre quedó totalmente estirado bajo él. Realizó un paneo por el pelilargo y solo una palabra se conjuró en su mente: hermoso. Jamás había utilizado tal adjetivo para una persona de su mismo sexo, pero no podía evitar sentir que para Nick era lo justo. Era perfecto en el más amplio de los aspectos, en lo físico y en su mentalidad.

—Quiero entrar en ti —gruñó.

—Maldición, sí —exclamó Nick enajenado en la pasión que lo invadía mientras frotaban sus penes enhiestos uno con otro.

Brian lo soltó para tomar la botella de lubricante y ponerse un poco en dos dedos. Luego los posicionó en la apertura de Nick, la embadurnó y jugueteó en ella para de a poco adentrarse hasta llegar a introducir las dos falanges al completo.

Un suspiro profundo escapó de la boca de Nick y después un gemido al Brian deslizar los dedos hacia afuera y luego para adentro nuevamente.

—Tan bueno —resolló Nick y apartó aún más las piernas para darle mayor espacio a Brian, quien no apartaba la mirada de su rostro bañado en placer—. Ahora, Brian. Entra en mí.

Sin aguardar un segundo más, Brian se echó un chorro de lubricante en su mano y se embadurnó la erección. Se colocó frente al pequeño agujero dilatado y se adentró con lentitud, a la par que Nick lo envolvía con sus piernas y sus brazos. Jadeos y gruñidos llenaron el silencio de la estancia mientras permanecían inmóviles una vez que estuvo totalmente dentro.

En esta ocasión, el vaivén fue pausado, apenas un leve movimiento. Los cuerpos pegados hasta parecer uno y las miradas fijas en la otra. Unieron sus labios en un baile erótico que emulaba el de sus físicos.

Las sensaciones se arremolinaron hasta transportarlos en un viaje de puro goce sin precedentes que los dejaba a punto de caer por un precipicio infinito.

Nick estiró el cuello hacia atrás y deslizó una mano hasta alcanzar su pene, lo rodeó y siguió el lento movimiento que mantenía Brian en él. El abogado, al percatarse, apartó la mano de Nick, quien estuvo por protestar hasta darse cuenta que su erección fue envuelta por la propia palma de Brian y este restablecía la estimulación con igual lentitud. En ese instante, el pelilargo dibujó un arco con su espalda y lanzó un jadeo mientras acercaba su culo a las caderas de Brian para que se adentrara con mayor profundidad en él.

—Ya no aguanto más —anunció Nick con voz sofocada.

—Bien, yo tampoco —dijo, entre dientes, Brian, con el rostro bañado en sudor.

Brian dio dos investidas y gruñó al alzarse sobre sus rodillas y curvar la espalda hacia atrás sin soltar el agarre en la cadera y aumentando la velocidad de la estimulación en el pene del pelilargo. A la vez, Nick elevó su pubis, se aferró con fuerza del cabezal de la cama y rugió al alcanzar el clímax, derramándose sobre su propio abdomen. Brian se desplomó sobre él sin importarle el ensuciarse y salió de su interior. Nick lo rodeó con los brazos y le emplazó un tierno beso en la mejilla húmeda. La respiración frenética de Brian hacía eco con la de Nick.

El pelilargo acarició el cabello del abogado que descansaba la mejilla sobre su hombro. Brian pasó las manos por debajo de la espalda de Nick y se acurrucó aún más cerca si fuera posible. Sin esperarlo, sus ojos se empañaron y tuvo que contener un sollozo ante las emociones imprevistas que lo asaltaron y le remolineaban en el interior.

Nick presionó aún más el agarre sobre Brian, deleitándose con la tranquilidad de haber disfrutado el acto más hermoso con el hombre que amaba. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza para no lanzar dos palabras específicas en cuanto arribó a la culminación. Sabía que Brian no estaba preparado para oírlas, aún no. Confiaba que en algún punto lo estuviera, porque no creía que pudiera acallarlas por demasiado tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó con voz ronca, por lo que se aclaró la garganta.

—Sí —fue el leve murmullo de Brian, quien aún mantenía el rostro enterrado en la curvatura del cuello de Nick—. Un poco aturdido, nada más.

—Demasiado bueno, ¿verdad?

—Maldición, sí —exclamó Brian con un suspiro, y eso resultó en una carcajada de Nick que hizo que su cuerpo rebotara sobre el del pelilargo.

—Deberíamos limpiarnos, estamos pegajosos.

—No —susurró Brian y estampó un beso a boca abierta en el cuello de Nick, a quien le arrancó una sonrisa de oreja a oreja.

—Es un poco morboso dormir así, no crees.

—Totalmente —bromeó Brian, se movió apenas y se acurrucó contra el costado del otro hombre—. Duérmete, mañana nos bañaremos.

—¿Juntos? ¿Lo prometes?

Nick enterró una mano en la cabellera de Brian y deslizó los dedos por las cortas hebras castañas. No le había pasado desapercibido la voz queda con la que Brian había hablado apenas habían finalizado. Percibía la revolución interna en el abogado y quería hacer que el momento fuera memorable y fácil para él.

—Si continúas hablando, no.

—Bien, señor abogado, sus deseos son órdenes.

Nick afianzó el abrazo sobre Brian y apoyó la mejilla en la cima de su cabeza. El sueño los alcanzó casi en simultáneo y los halló aún uno en los brazos del otro, como si no quisieran separarse una vez logrado tal estado de plenitud.

Capítulo 15

—¿Qué haces aquí? —fue el saludo que Key le dedicó a Mark al encontrárselo del otro lado de la puerta de su apartamento.

No podía enfrentarse a él en ese instante. Acababa de vaciar su estómago, unas punzadas horribles atenazaban a sus sienes y parecía que su cabeza entera se hallaba dentro de un horno a doscientos cuarenta grados.

—¿No me dejaras pasar?

Key lo observó por unos instantes. Estaba tan deseable con su cabello dorado cayéndole sobre esos ojos color esmeralda. Se apartó de la puerta, permitiéndole el paso, y se dirigió a la pequeña mesa con tres sillas junto a la cocina integrada de su minúsculo monoambiente.

—¿No ibas a decírmelo?

—¿Decirte qué? —preguntó algo desorientada. No lograba conformar una idea coherente en su mente, como cada vez que se veía atacada por sus malditas migrañas.

Mark se aproximó a su espalda y la tomó por los brazos. Su aliento le cosquilleaba en la oreja y el calor que emanaba de él tan solo la hacía querer pegarse a su torso. El tenerlo tan cerca hacía tambalear su decisión de mantenerse estoica, que él aceptara que ella necesitaba un poco de espacio. Al mismo tiempo, anhelaba recuperar lo que tenían, quería volver con Mark, pero por la decisión correcta. No por la ligera sospecha de lo que pudiera estar creciendo en su vientre. ¿Por qué todo tenía que complicarse entre ellos a cada paso?

—¿Estás embarazada?

La pregunta la encontró desprevenida y le quitó el aire de los pulmones como un golpe directo al estómago. Se giró con los ojos abiertos de par en par y se apartó de él.

—¡Maldición, Keyla! ¿Cómo pudiste mantenerlo en secreto?

—Yo... —No pudo continuar. Los ojos se le llenaron de lágrimas y la garganta se le cerró con cada oleada de angustia. De pronto, se halló envuelta por unos brazos que tan bien conocía y de los que nunca quería verse librada. Se acurrucó contra él, sintiéndose segura a la par que el aroma a grosellas y

jengibre la rodeaba.

—Shhh, princesa. Cálmate —le pidió con su voz sedosa mientras le masajeaba los músculos agarrotados a su espalda.

—Es que no lo sé, tal vez sean mis migrañas —balbuceó Key—. Sabes que a veces me dan náuseas o tal vez...

—Estés embarazada —concluyó por ella—. Key, estoy contigo, no estás sola en esto. —Le acariciaba el cabello con tanta dulzura que Key casi ronroneó—. Tenemos que hacer planes —comenzó a decir con una sonrisa de oreja a oreja contra su sien—, quizás pensar en una casa...

—¡No! —Se apartó de él como si de pronto se hubiera convertido en algo terrorífico. Era lo que temía, él quería regresar por el bebé. Por las razones incorrectas. ¿Y eso dónde la dejaba?

—¿No? —preguntó Mark con un tono severo—. ¿A qué te refieres con «no»?

—No volveremos por un posible bebé —murmuró Key y sacudió, de manera casi imperceptible, la cabeza de un lado al otro.

—Mi hijo no va a criarse sin padre como yo. ¡No voy a permitirlo!

—¡Para eso no hace falta que volvamos ni planeemos un futuro que no existe!

Las voces habían subido unos cuantos decibeles. Se miraban con fijeza mientras los gritos cruzados continuaban.

—Keyla, estás hablando en el calor del enfado —analizó Mark al recuperar la calma, aunque su respiración seguía acelerada al igual que la de ella—. Sigues enojada, eso es todo, princesa.

—No quiero que estés conmigo por un supuesto bebé —afirmó ella. Trataba de reponer su compostura como parecía haber logrado él, y el esfuerzo era tan grande que le había drenado sus pocas energías y aumentado el tambor que se había metido en su cabeza.

—¿Supuesto? ¿Estás o no embarazada?

Un sollozo le cortó la respiración y no pudo detener los que se sucedieron.

—¡Te dije que no lo sé! —Su cuerpo empezó a convulsionarse y no podía detener el torrente de lágrimas que se derramaban de sus ojos—. Quiero que te vayas, Mark —gritó al tiempo que apuntaba hacia la puerta.

—No —susurró, tomándola en brazos de nuevo—. Princesa, no voy a dejarte sola.

—No quiero que sea así. —Key enterró el rostro en la curvatura del cuello de Mark y fue como si encontrara el hogar que había perdido. Dios, ¿por qué no podía dejar sus preocupaciones y pensamientos de lado y volver con él? Estaba tan perdida desde que no estaban juntos, lo amaba tanto que no tenerlo cerca era asfixiante.

—¿No quieres un hijo conmigo? —susurró él en su oído, y ella pudo discernir el dolor en aquella pregunta. Y se quiso dar de patadas en el culo por alimentar esa inseguridad que vivía día a día en él.

—¿Acaso dije eso? —Se apartó apenas para poder encararlo y acunarle el rostro con ternura—. No quiero que nuestra relación se funde en un embarazo.

—No es así, princesa. —Él le posó una palma en su mejilla y con tan simple acto le transmitió lo que había en su corazón—. ¡Mierda! Sabes lo que siento por ti.

—Entonces dame el espacio que te pido.

—¡Bien! —Ahora fue él el que se alejó unos pasos y el frío que la golpeó hizo que sus vellos se erizaran y que tuviera que frotarse los brazos—. Debes hacerte un maldito análisis y sacarnos de dudas. Y cuando lo hagas, me avisarás del resultado. ¡Maldita sea, Key!

Había quedado hipnotizada en su mirada y en la súplica que había en esta. ¿Creía que lo dejaría fuera si realmente había un embarazo? ¿Acaso pensaba que no lo quería como padre de su hijo?

—Te informaré el resultado.

—Y luego hablaremos de nosotros —le avisó Mark, ya con la mano en el pomo de la puerta para luego salir sin pronunciar ninguna palabra más.

Key quería correr tras él. Gritarle que no se fuera, que no quería el espacio por el que tanto había peleado. Sin embargo, su orgullo y el maldito martilleo en su cabeza se hicieron cargo y la detuvieron. El primero, por pararle los pies y recordarle que debía ganar esta pequeña batalla, y el segundo, porque no le permitía generar un pensamiento con un mínimo de coherencia sin que pareciera que estuvieran perforándole el cerebro en el ínterin.

Brian salió de la habitación y halló a Nick sentado a la mesa redonda en un extremo del living. Vestía una camiseta blanca y unos calzoncillos grises, el cabello lo tenía despeinado y una barba incipiente le cubría la parte baja de la

cara. Tipeaba en su portátil con suma atención, por lo que no se percató de su presencia hasta unos segundos después en que elevó la cabeza y una sonrisa inmensa adornó su rostro.

—Ya te has levantado —se lamentó Nick—. Tenía algunas mejoras que revisar en una cuenta, por eso no me quedé en la cama contigo. —Nick se alzó del asiento y se acercó a él con los brazos abiertos—. Pero ya soy todo tuyo y recuerdo que hablamos de un baño. Aunque veo que lo olvidaste. —Lo señaló de arriba abajo, haciendo referencia a que se encontraba completamente vestido.

Brian no lograba pronunciar palabra. Parecía que alguien le había atado una cuerda alrededor del cuello y le impedía hablar. Tampoco podía conectar la mirada con la melosa. La intensidad de lo que habían compartido la noche anterior lo golpeó con tal fuerza que no conseguía aclarar su mente y tomar una decisión: quedarse, irse o... ¿O qué?

—¿Brian? Mírame, bebé. —Nick le acunó el rostro y lo movió hasta que sus ojos se conectaron—. ¿No estuvo bien? —preguntó y comenzó a acariciarle las mejillas con los pulgares. Brian vio tantas emociones juntas en él, pero una prevaleció: miedo. Nick temía que él se hubiera arrepentido y, por más confuso que Brian estuviera, no era arrepentimiento lo que le inundaba por dentro.

—Demasiado bien —confesó con voz ahogada.

—Oh, bebé. —Nick lo envolvió en sus brazos y Brian se derrumbó contra él. Escondió el rostro en la curvatura del cuello del pelilargo e inhaló aquel aroma tan característico a él—. Sé cómo te sientes. No debes tomar ninguna decisión, solo dejar que yo dirija por una vez. Confía en mí en esto.

—Lo hago.

—Bien, sabes que cuidaré de ti, bebé.

Brian estampó un beso en el cuello del hombre y subió hasta besar la barbilla algo pinchuda a falta de una afeitada. Se regodeó con aquella aspereza que le era tan desconocida. ¿Qué era lo que Nick había obrado en él? Jamás había sentido tal atracción por una persona y mucho menos por una de su mismo género.

—Lo sé. —Subió con su boca hasta posicionarla sobre la sonriente de Nick y engulló sus labios como si hubieran pasado años desde que lo hubiera besado por última vez.

—Hora de desayunar, bebé. Hoy toca unas tostadas francesas.

—¿Qué hay contigo y el trigo? Parece que es lo único que comes.

—Mmm, alguien me ha estado observando mucho —bromeó, pero no era menos cierto. Cada vez que salían en grupo, Brian trataba de disimular, pero se mantenía atento a Nick en todo momento—. Sucede que me encanta. Tostadas, panqueques, pizzas, pastas... Si tiene harina de trigo, es lo mío. ¿Ahora, quieres o no unas tostadas francesas? Tengo una receta que te hará chuparte los dedos.

—¿Ah, sí? —Lo tomó por las caderas y la mirada pícaro que Nick le devolvió hizo que su pene reclamara atención.

—Prometido, bebé.

Tenía que admitirlo, Nick sabía desenvolverse en la cocina con gran maestría. Había confesado que le encantaba y Brian no se quejaba en que preparara delicias solo para él. Lo hacía sentir tan importante y... tenía que reconocerlo, amado. Nick no tenía reparos en mostrarle lo que sentía por él, aunque no lo hiciera con palabras.

Desayunaron en un ambiente de total distensión, lo que era nuevo para él. Parecía que Nick lograba un efecto en él que nadie más, que se relajara hasta un extremo que no concebía posible. Conversaron de tonterías, bromearon y rieron con soltura.

Brian se sorprendía cómo el pelilargo había conseguido que se sintiera tan a gusto sentado a su lado, engullendo sus tostadas francesas, después de lo que habían compartido la noche anterior. Sorprendentemente, el pensar que habían pasado la noche juntos, lejos de incomodarlo, hacía que el deseo reviviera con una intensidad que le era impensada. ¿Qué es lo que tenía Nick que lo tornaba adictivo?

Deslizó la mirada desde el rostro del hombre hasta su cuello y luego bajó por su torso. No pudo seguir más abajo porque la mesa lo cubría, pero sabía lo que se escudaba. Al alzar la vista conectó con la melosa y vio que transmitía el mismo deseo que la propia.

Las risas se cortaron. La tensión retornó, pero una muy particular, una con un rasgo que hizo que la piel le ardiera de tal forma que parecía hallarse sobre brasas y que lava corriera por sus venas. El ritmo cardíaco se le disparó y una erección se generó inmediatamente en sus pantalones.

Nick se elevó del asiento y extendió su mano en una silenciosa invitación. Brian no dudó ni por un segundo en tomar su palma y seguirlo hasta la habitación.

Notaba que Nick temblaba ligeramente y sabía que no era por miedo, sino por el control que trataba de mantener sobre sí mismo. Brian se asombró de su capacidad de enloquecer al hombre, veía su rostro siempre relajado y sonriente, ahora transformado en ángulos afilados y rígidos. Los ojos melosos se habían ennegrecidos y Nick mantenía una respiración forzada.

—Desvístete.

La orden que brotó de los labios de Nick, en tan bajo tono, hizo que una oleada de placer lo recorriera entero. Se quitó el saco por un hombro y luego el otro bajo la atenta mirada de él, que no perdía ni un movimiento. Luego se desabrochó el chaleco con dedos temblorosos, para pasar a hacer lo mismo con su camisa. Dejó que ambas prendas se deslizaran al encogerse de hombros y se estrellaran contra el suelo.

Cuando Nick descendió sobre sus rodillas frente a él, la respiración se le atascó en la garganta. La anticipación hizo que sus latidos se desbocaran.

Le bajó la cremallera del pantalón con una lentitud que lo aniquilaba, sin apartar nunca la mirada de la suya. Al sentir que una humedad se paseaba a lo largo de su miembro, no pudo evitar gruñir y que sus caderas se bambolearan hacia adelante. Y cuando esa humedad lo cubrió por entero, creyó enloquecer, su cabeza cayó hacia atrás, boqueó en búsqueda de aire como pez fuera del agua, y sus rodillas se convirtieron en gelatina. Se hubiera derrumbado ahí mismo si no fuera por el agarre que Nick mantenía en sus caderas. Realizó un semicírculo con su espalda, apoyó la cabeza en la pared y sus caderas destellaron hacia adelante como si tuvieran vida propia. Trataba de no embestir la boca del pelilargo, aunque esa tarea le era imposible. Sudor corría por sus sienes al mantener su culminación a raya.

Era demasiado, demasiadas sensaciones, demasiadas emociones que lo marearon y lo transportaron a un mundo totalmente desconocido y del que no quería marcharse jamás. El miedo amenazó con envolverlo, sin embargo, el deleite de lo que compartía con el hombre a sus pies pudo más y terminó ganando la batalla.

Las manos de Nick trabajaron en su cinturón y en unos segundos se halló con las prendas inferiores alrededor de sus tobillos.

—A la cama, bebé.

No lo desafió en lo más mínimo. Brian acató lo que el pelilargo le solicitaba y se subió al lecho de un salto. No sabía qué era lo que tenía planeado y la incertidumbre esta vez sí se apoderó de él. El no conocer qué

era lo que Nick esperaba que él hiciera y la duda de que tal vez no estuviera preparado para ello hicieron que su deseo se tambaleara un poco.

En cuanto estuvo desnudo, Nick se reunió con él sobre el colchón y le pasó los brazos por la cintura. Unió sus labios a los suyos, conquistando cualquier temor que Brian pudiera poseer.

—Tranquilo, esta parte te la sabes —Nick bromeó.

El corazón de Brian palpó con un sentimiento extraño por lo que Nick hacía por él, el hacerlo sentir tan cómodo y relajado en una situación que le era extraña. No le pasaba desapercibido lo protector que era el pelilargo en cuanto a él. Le encantaba esa sensación: el sentirse protegido, que otro tomara las riendas por una vez y cuidara de él.

Nick se recostó boca arriba y, con una sonrisa de oreja a oreja que no atenuaba la excitación que reflejaba su rostro, se abrió de piernas para él. Brian lo contempló por unos segundos y la boca se le hizo agua. No lo admitiría en voz alta y tan solo conseguía hacerlo ahora en su mente, pero mierda si el tipo no era atractivo.

Era la primera vez que admiraba a un hombre como lo hacía con Nick, que deslizaba una mirada perezosa sobre un cuerpo masculino y sentía unas ansias irrefrenables de lamerlo, mordisquearlo, besarlo, tocarlo, hacerle lo que sus más bajos instintos le impusieran sin remordimientos ni contemplaciones. Y no se contuvo más, se zambulló sobre él y lamió, mordió y besó al tiempo que sus manos acariciaban y torturaban al hombre que tenía debajo suyo.

Lo preparó para su invasión como lo había hecho la noche anterior, y una vez dentro de Nick, fue como haber arribado a un paraíso que solo era posible en la imaginación. Pero que con Nick la fantasía se tornaba tan real como el respirar. Un sonido escapó de su boca, entre un gruñido y un sollozo. Era tan intenso lo que se revolvía en su ser que no lograba refrenar los sonidos que emitía como tampoco las sensaciones que se arremolinaban en su interior. Se aferró a las manos de Nick por encima de su cabeza, pegando sus torsos, y aumentó el ritmo hasta tornarse frenético.

Agitados, se movieron sin que las miradas se perdieran, uno fijo en los ojos del otro. Nick se desprendió de una de sus manos y lo aferró por el cuello para estamparle un beso, salvaje y cargado de lujuria, en los labios.

Brian apoyó la frente en la del pelilargo y gimió en cuanto Nick lo rodeó con las piernas. Ralentizaron las embestidas hasta que casi se volvieron imperceptibles, apenas un ligero movimiento que los unía en un solo cuerpo.

Nick lo abrazó, y Brian le pasó los brazos por debajo hasta que el mínimo aire entre ellos se esfumara. En cuanto unas lágrimas abandonaron sus ojos, enterró el rostro en la curvatura del cuello de Nick, un refugio en el que las emociones que lo desconcertaban parecían tener sentido.

Oyó las palabras cariñosas que Nick le decía al oído, pero su mente estaba tan envuelta en sentimientos que aún no deseaba comprender que no las pudo discernir en su totalidad. Así que acentuó el abrazo y se dejó llevar a ese lugar del más puro placer y torbellino emocional del que solo Nick parecía conocer el camino.

Cuando estaba cerca de la culminación, acarició en su mano el miembro de Nick y se deleitó con el goce que se reflejaba en el rostro del pelilargo. Era tan hermoso verlo llegar al clímax, como reclinaba la cabeza ligeramente hacia atrás, su cuello se estiraba y sus labios se apartaban para jadear con más profundidad. Era un espectáculo que por sí solo podía hacerlo derramarse como un adolescente. Aumentó la intensidad de sus embestidas y de los movimientos de su mano hasta que el pene de Nick comenzó a escupir contra su pecho al tiempo que dejaba escapar un gruñido. Brian gimió y se mordió el labio hasta que casi le sangró mientras se vertía dentro de Nick.

Sudoroso, se dejó caer encima del pelilargo, con el cuerpo igual de húmedo que el suyo. Las respiraciones agitadas parecían musicalizar el ambiente y el aroma a sexo era palpable.

Se abrazaron en silencio mientras recuperaban el control sobre sí mismos. Ambos sabían que lo que había sucedido entre ellos no tenía precedentes, sin embargo, evitaron pronunciar palabra que pudiera romper el hechizo que los había envuelto. Ninguno quería explorar un posible futuro que desbaratara un presente tan prometedor.

Aunque al cabo de unos cuantos minutos, Nick quebró el dulce nirvana que se había instalado.

—Ahora, sí, mueve ese culo —le dijo al darle un leve codazo en su costado—. Nos debemos un baño. Prometo enjabonarte bien, bebé.

Y como lo prometido es deuda, Brian no pudo quejarse del modo en que Nick cumplió sus palabras. Lo cierto es que nunca volvería a ver a una esponja de la misma manera.

Capítulo 16

Sam amaba la primavera. Y más aún hallarse rodeada de flores de diversos colores, envuelta en sus delicados aromas y los suaves rayos de sol que se filtraban entre las ramas de los árboles.

Sentada junto a Charlie en uno de los bancos de madera del Central Park, observaban a las personas pasear frente a ellas. Como era habitual desde que se convirtieron en amigas, se escapaban en el horario del almuerzo para comer en algún parque cercano. Cuando trabajaban en Hayworth Enterprises, lo hacían en el parque Battery, y ahora en el Central Park. Era un sitio más arbolado, y eso alegraba a Sam.

Abrió su *tupper* y sacó el sándwich de pan de harina de almendras y lino que había hecho en su deshidratador el día anterior. Le dio un mordisco mientras Charlie le daba uno al suyo.

—Tengo que confesar algo, Sam. Pero tienes que jurar que guardarás el secreto.

Sam alzó la mirada a la azulina y amplió la sonrisa al contemplar la felicidad en ese rostro que había tildado de «aspirante a modelo» en el pasado.

—Solo voy a prevenirte que, cuando me digas lo que sospecho, voy a gritar.

Charlie lanzó una carcajada y dejó su comida a un lado sobre el banco, y Sam hizo lo mismo.

—Estoy embarazada.

Ambas se alzaron del asiento y Sam lanzó un grito antes de rodear a su amiga con los brazos.

—No puedo creerlo, Charlie. —La tomó de ambas manos y le dio un pequeño apretón.

De pronto, los ojos de Sam se llenaron de lágrimas y sorbió por la nariz, lo que hizo un fuerte ruido que no le pasó desapercibido a su amiga.

—¿Qué sucede, querida? —Charlie le apartó el cabello castaño del rostro y se lo acomodó detrás de la oreja, tomaron asiento de nuevo. Sam se limpió las escasas lágrimas con el revés de la mano y elevó la cara.

—Alex no quiere tener hijos. Y yo me muerdo por tener un bebé, quiero ser

madre con toda mi alma. La negativa de él es como si me robaran algo aquí bien adentro —dijo y se señaló el pecho.

—¿Hablaron de los motivos?

—No hablamos de nada. Está tan hermético como una bolsa ziploc.

—No sé qué aconsejarte. Yo lo agarraría de los pelos y lo obligaría a soltar la lengua. Aunque me temo que eso no funcionaría con Alex.

—No lo creo. Pero ya está bien, quiero saber todo sobre ese pequeñín —dijo Sam retornando al ánimo festivo a la vez que puso la palma sobre el abdomen, aún plano, de su amiga.

Hablaron y hablaron de los primeros síntomas de embarazo que padecía Charlie: las náuseas matutinas, los vómitos luego de cada comida, los dolores en la espalda baja que ya habían comenzado... Sam la escuchaba con atención y fascinación. A pesar de que no eran síntomas agradables, el saber que significaban que un bebé se estaba formando dentro de ella era emocionante.

Cuando regresaron a S&P, el ánimo de Sam había descendido unos cuantos niveles, como si una gran tristeza se le hubiera instalado en su interior. La felicidad de Charlie parecía hacer sombra a lo que ella no tendría. Al menos no con Alex.

El resto de la tarde continuó con sus tareas habituales, sin mostrar la revolución interior que sufría. Sonrió y conversó con sus colegas y amigos como si fuera un día más. Sin embargo, en el instante en que tuvo que llevarle unas carpetas a Alex no logró mantener la fachada por un segundo más.

—Aquí tienes —dijo y estampó las carpetas en el escritorio, lo que hizo un ruido seco.

Alex la contempló en silencio con aquella ceja arqueada. Ah, pero Dios lo libre de pronunciar palabra. Sam esperó, sin embargo, podían haberle crecido raíces antes de que él mostrara emoción alguna. Lo conocía, sabía que Alex evitaba las contiendas verbales y que solo se enfrascaba en una con Mark. El recordarlo fue como una pizca más que se sumó al enfado que guardaba en ella. ¿Acaso no podían discutir ellos también? ¿Era que no confiaba en ella lo suficiente como para tartamudear?

De pronto, la rabia se drenó. Una visión melancólica se le formó frente a sus ojos. No serían más que esto. Un par de personas que se amaban, pero que habían alcanzado el pico máximo de su relación. ¿Había arriesgado su corazón para verlo destrozado? No era que lo que tenía con Alex no fuera hermoso, pero ella anhelaba más. Mucho más.

Sintió el principio del congelamiento ahí mismo, perdiéndose en esos ojos oscuros que amaba, y lo supo. No podía seguir con Alex. No podía limitarse por él, no podía perder la oportunidad de alcanzar lo que tanto ansiaba, esa familia que sus entrañas la instaban a buscar. Solo que había creído encontrarla en el momento en que había vuelto por él.

Tuvo frío, a pesar de que era un día templado. Provenía de su interior, de los hielos que rodeaban su corazón y que temía que no volverían a derretirse.

Se giró y, con paso lento, se marchó del despacho del que era el amor de su vida. Quizás esperaba que él la detuviera, pero sabía que era en vano. Alex no sabría cómo.

La perdía. Lo percibió en cuanto en la mirada de Sam se disipó la intensidad de la ira. Fue como si una nueva Samantha apareciera frente a sus ojos. Una que era calma y gélida. Y el terror se apoderó de él. No podía perderla, no podía vivir sin ella.

Quiso gritarle, pero al apartar sus labios no salió ninguna palabra. Ninguno de los gritos que se atropellaban en su mente. ¿Qué es lo que estaba mal con él? ¿Por qué mierda no podía ser una persona normal como el resto?

Se alzó de su silla giratoria y caminó de un lado al otro de su despacho como una maldita pantera enjaulada. Abría y cerraba las manos para aliviar la tensión de sus músculos agarrotados.

Ella deseaba una familia. Tener un bebé. Se detuvo en su andar frenético de un lado al otro y observó sus palmas. Su mente le gritaba que él también lo deseaba, pero acalló aquellos gritos negándolos y escondiéndolos bien en su interior. Cerró los dedos con fuerza y luego los ojos, sacudió su cabeza de un lado al otro. No podía. ¿Qué pasaba si se transformaba en un monstruo como su padre? Sabía lo de copiar el modelo o alejarse de él. Pero no estaba muy seguro de que fuera algo voluntario lo de no querer terminar como su maldito progenitor.

Con aquel revoltijo en su ser trató de concentrarse en sus obligaciones por el resto de la tarde, no obstante, lo único que hizo no fue más que aparentar que trabajaba. Su mente no le dio cuartel ni por un mísero segundo.

—Bueno, ya está bien. Vas a contarme —ordenó Andy al dejarse caer en el asiento junto a Nick. Estaba harto de verle esa expresión ensoñadora en el rostro y que la curiosidad le cosquilleara al no saber la causa, aunque la sospechaba.

—Oh, encanto. No quiero arruinarte el día —ironizó Nick con una sonrisa socarrona y continuó inspeccionando las hojas que tenía en sus manos.

—¡Vamos, Nick! Tienes que decirme qué te pone tan feliz. —Andy se repantigó en su sillón giratorio. Nunca lo había visto tan dichoso como ese día, estaba radiante y tenía que concederle al abogado que le gustaba este Nick enamorado.

—Más bien quién, Andy. Ese es el problema, no te agrada el quién. —Andy pudo precisar que Nick estaba recordando algo especial por la expresión que bañó su rostro, fue como si el amor le brotara por cada poro. Era tanta la dulzura que emanaba de él que Andy ya se sentía empalagado—. Y el quién es la parte fundamental del asunto.

Andy sopesó las palabras de su mejor amigo. Por un instante estuvo a punto de decirle que no, que no quería saber nada de sus encuentros con aquel tipejo. No era que tuviera algo contra Brian *per se*, solo que el tipo no valoraba a Nick como correspondía. Eso era todo. Pero percibió en Nick el anhelo de compartirlo con él y mierda si Andy no quería participar de la felicidad de su amigo.

—Si el quién te dibujó esa sonrisa, no me importará.

Nick amplió los ojos, y Andy contuvo la carcajada que burbujeó en su garganta. De pronto se vio alzado y envuelto en un abrazo de oso. La alegría ante sus palabras que mostraba Nick lo conmovió.

—No sabes cuánto te quiero, Andrew —dijo Nick con voz queda que evidenciaba la emoción que sentía—. Eres tan importante para mí que ni te imaginas.

Claro que lo hacía. Nick también era una de las personas más importantes en su vida. El hombre con quien compartía todo y que lo sentía como si un lazo más espeso que la sangre los uniera. Lo amaba como al hermano que había perdido de niño.

Lo apretujó en ese abrazo y apartó la emoción que amenazaba con cerrarle la garganta.

—Sospecho que el señor abogado es en gran parte responsable de tu dicha.

—Shhh —lo acalló Nick y miró para ambos lados, constatando que ni Xav

ni Fred los escucharan, antes de esbozar una sonrisa que dejaba a la vista sus dientes y le dibujaba un hoyuelo en la mejilla—. Ay, Andy, me siento sobre una nube cuando estoy con él. Es tan... tan... divino —concluyó con un brillo especial en aquellos ojos color miel—. Es todo lo que siempre soñé que sería. Debajo de esa fachada dura y recia hay un hombre que es un dulce de leche.

Andy solo podía pensar en que si Brian le arrebatara aquel resplandor a Nick, se las vería con él. A pesar de que no era un hombre violento, podría darle unos cuantos golpes.

—Me alegro, Nick. No pongas esa cara, sabes que sí —le dio un apretón en un hombro—. Solo déjame tener mis reparos en cuanto a tu amante, pero quiero que seas feliz.

Su cerebro le gritaba que le dijera que se engañaba. Que con Brian no tendría futuro. Que si ese maldito abogado sentía lo mismo, no lo ocultaría como a tierra debajo de la alfombra.

Andy respiró hondo y trató de calmar la furia que le sobrevinía siempre que pensaba en Brian y su trato para con Nick. Además, Nick continuaba contándole la maravillosa noche que habían compartido y lo dulce que era Brian y lo atento y... y más y... así que retornó la atención a la conversación y estampó su mejor falsa sonrisa en su rostro.

—¿Y tú? —preguntó Nick, de pronto, desorientándolo.

—Y yo, ¿qué?

—¿Cuándo vas a cortar tu celibato? ¿Alguna candidata en mente que te saque de esa vida de monje autoimpuesta?

—Déjate de bromas, Nick.

—Ey, encanto —lo tomó del hombro y lo volteó hacia él—, no bromeo. ¿Hace cuánto que estuviste con una? Y me refiero a sexualmente.

La seriedad en las palabras de Nick cortaron cualquier dejo de alegría que habían mantenido hasta el momento. Andy estaba cansado de citas sin sentido y de buscar la mujer adecuada para él. Esta parecía no existir o que lo eludía constantemente. Hacía tiempo que no se sentía atraído hacia ninguna. Si al menos pudiera decir que se interesara por los hombres, pero tampoco. Parecía haberse vuelto un ser asexual.

—Ey, tórtolos, ¿cuándo van a hacernos partícipes de su romance? —preguntó Fred apenas cortó la llamada en la que estaba enfrascado. Tenía una mirada picaresca en el rostro y estaba echado hacia atrás en su asiento giratorio. Por supuesto, tan solo bromeaba, él conocía el tipo de relación que

compartían Andy y Nick.

—¿Por qué, amor? ¿No me digas que estás celoso? Hay mucho de Nick para ambos —dijo el pelilargo al pasar las manos a lo largo de su torso.

Fred lanzó una carcajada y su cabello pelirrojo brilló con la luz que provenía de la ventana a un lado de la gran mesa en la que estaban sentados.

—Me rompes el corazón. Pensé que era el único para ti —continuó Fred con esa veta bromista que era tan característica en él. Fred era una persona ligera, graciosa y tan amigable que era fácil adorarlo.

—Quizás puedas convencer al chico de ojos hipnóticos de dejar su nueva profesión de monje de clausura —sugirió Nick y batió las pestañas hacia Andy, quien no hizo nada por escurar su expresión enfurruñada.

—Ah, están con esas. —Fred metió entre sus dientes el extremo de un bolígrafo y miró a Andrew con aire pensativo—. Sabes que Andy ha puesto el listón tan alto que ninguna mujer aplica a la sin fin de condiciones que debe cumplir.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Andy con una expresión de damisela indignada que causó una risotada en los otros dos hombres.

Xavier los contempló con una ceja arqueada, pero rápidamente retornó a su trabajo en la PC.

—¡Vamos, hombre! Sabes que es verdad —argumentó Fred atizándolo.

—Es que tú tienes un magnetismo con el sexo femenino, no hay una que se te resista —masculló Andy. Era cierto que Fred no tenía problemas en encontrar una acompañante de cama y parecía no ser quisquilloso a la hora de realizar una elección—. Además, no soy un «ligero de calzones».

—Ligero de calzones, creo que es la primera vez que me llaman así. —Con una risotada, Fred se volteó y centró su atención en la pantalla de su ordenador, dejando a los otros dos amigos continuar con su charla.

—Hay algo en ese cabello rojizo rizado, sus ojos marrones y esa complexión de guerrero escoces que hace que las mujeres suspiren a su paso —se mofó Nick, no sin un poco de razón en su argumento. Sin embargo, sabían que Fred aún no hallaba a la mujer que lo hiciera transitar por terreno escabroso, sino que se movía por aguas tranquilas en cuanto al amor.

—No funciona así para mí —murmuró Andy más para sí mismo.

La seriedad cayó sobre ellos de nuevo.

—¿Así cómo?

—Así. —Hizo unos gestos con las manos—. Ya sabes. Salir de caza, encontrar alguna mujer en un bar o discoteca y acostarnos. —Suspiró y negó con la cabeza—. Yo preciso más.

—¿Estás seguro que no eres gay? —bromeó Nick, lo que le valió un codazo por parte de Andy en las costillas—. Ouch.

—Ya quisieras. En serio, ¿crees que ambiciono demasiado? —Andy volvió a dejar el tono jocoso de lado. Había veces en que su situación sentimental también lo perturbaba a él. Se sentía solo, esa era la cruda verdad. Quería lo que otros tenían, una pareja, alguien con quien compartir y disfrutar pequeños instantes de la vida.

—No. Es solo que hoy en día las personas de nuestra edad se conducen de modo diferente. Tienes un estilo anticuado, lo que no es malo —se apresuró a decir antes de que un nuevo codazo diera con sus costillas.

—Pero hay personas que se enamoran, se casan... ¿Por qué yo no?

—Ey, encanto —Nick le acunó el rostro y conectó la mirada en la suya—, serías el premio gordo para cualquier mujer. No digo que no encontrarás lo que buscas. Es que has desistido de la búsqueda, eso es lo que me preocupa. No sales, no conoces a nadie. Solo estás en tu apartamento mirando películas malas de zombis y jugando en línea con nosotros. Deberías conocer gente nueva.

—No sirvo para eso. Soy..., no lo sé, aburrido.

—¡Claro que no! —Nick le pasó un brazo por los hombros y lo acercó a su costado—. Mira a Ángela, por ejemplo. —Ambos dirigieron la mirada a la fémica al otro lado de la sala, donde se establecía la recepción de S&P—. Es una mujer hermosa, pequeña, con curvas y un rostro que es una lindura. Sí, tiene una niña, pero por lo que sé es una dulzura como su madre.

—Ángela es hermosa y muy simpática —concedió a desgana y desvió la mirada de la mujer en cuestión.

—Bien, ahí tienes. Ella está libre y tú también. Y estoy seguro que ella también anhela una relación seria y no encuentros casuales de una noche.

—También lo creo. —Se notaba que Ángela era una persona centrada y podría ser lo que Andy buscara en una pareja. Sin embargo, no le parecía que funcionaría. No era que fuera ella, sino que estaba seguro que el problema radicaba en él—. No lo sé. Algo falta.

—Tal vez eso que falte puedas descubrirlo si sales con ella.

—Quizás. Lo pensaré. —Más lo dijo para finalizar la conversación sin

sentido y que no lo conduciría a ninguna parte, que por realmente darle un segundo pensamiento a la cuestión. Parecía que era cierto que se había convertido en un monje después de todo.

—Bien. Tienes que salir al ruedo, encanto. No vas a encontrar a tu mujer especial encerrado entre cuatro paredes.

—Lo sé, lo sé.

Andy volvió a posar los ojos en la morena a unos pasos que atendía el teléfono mientras ellos hablaban. Era un bombón. Tenía rasgos delicados, tez canela, ojos y cabellos oscuros. Una típica latina, bajita y de redondeces donde correspondían, pero, sin embargo, no podía dejar de lado que cada vez que la contemplaba algo faltaba en la ecuación. Quizás le diera una oportunidad a lo que pudiera ser y se atreviera a invitarla a salir y que el destino obrara su magia sobre ellos.

Capítulo 17

Sonó el timbre y a Nick le extrañó el horario, Brian había llegado más temprano de lo usual. Sin embargo, al abrir la puerta, la persona que se encontró distaba mucho de ser el abogado.

—¿Sam? —Ella soltó la pequeña maleta y se arrojó a sus brazos con el rostro bañado en lágrimas. Nick no lo dudó ni un segundo y la aferró contra él —. ¿Qué sucede, amor?

—Me fui de casa.

¿Qué? ¿Sam había abandonado a Alex? Eso era imposible. Sí, tenía que reconocer que hacía días que los notaba distantes entre sí, pero ellos eran la pareja perfecta. Se amaban con locura. Si ellos no funcionaban, ¿qué les quedaba al resto de la humanidad?

—Vamos dentro y me cuentas qué sucede. —Aún continuaban en el resquicio de entrada, así que le pasó un brazo por los hombros y la condujo hasta el sofá del living.

Ella se arrebujó en un costado, con sus rodillas contra su pecho y abrazándolas como un ser totalmente desvalido. Fue tanta la angustia que transmitía que Nick sufrió por ella. Le recordaba a cuando Sam había estado tironeada por los sentimientos que la mareaban por Alex y la necesidad de proteger su corazón de ellos.

—Amor...

—No puedo hablar ahora, Nick. En serio que no.

—Está bien. —Él tomó asiento a su lado y volvió a tomarla en sus brazos, dejando que las lágrimas femeninas se derramaran sobre su hombro. Por un instante había olvidado que dentro de un par de horas esperaba que cierto hombre cayera por ahí, así que comenzó a preocuparse por otra razón distinta que la suerte de la mujer en sus brazos. Debía avisarle a Brian de la presencia de Sam para que no apareciera por su apartamento, pero en ese momento tenía que estar para su amiga y ayudarla a solucionar el problema que amenazaba su relación con el hombre que ella amaba con locura.

—No sé qué hacer, Nick —soltó ella entre sollozos—. No quiere un bebé y yo lo quiero todo con él.

—¿Qué es lo que dice Alex? —preguntó en su oído.

—¡Ese es el problema! Nada. Y no me refiero a que habla poco del tema. ¡Es que literalmente no me dice nada! Yo sé que tiene una carga pesada con su pasado y que está relacionado con la paternidad. ¿Pero sabes qué? Estoy harta de comprenderlo todo. Sé que voy a sonar egoísta, pero ¿y yo? ¿Dónde me deja ello a mí?

—Tranquila, amor. —Le pasó la mano por el cabello desordenado—. No sirve de nada que te pongas así.

—Quería saber si podía quedarme aquí de nuevo. —Sam sorbió por la nariz y alzó el rostro bañado en lágrimas hacia él.

—Me ofende que tengas que preguntarme, claro que sí. Mi puerta siempre está abierta para ti.

—Ay, Nick. ¿Qué haría y qué hubiera hecho si no te hallaras en mi vida? —Sam se acurrucó contra él.

—Suerte que nunca lo sabremos, amor. —Nick le pasó un brazo por detrás de los hombros y apoyó la mejilla sobre la cima de la cabeza de Sam—. Ahora, vamos a lavarte esa cara y a preparar algo bien caliente para llenar ese estómago y que haga que ese corazoncito se sienta un poquito mejor.

—No tengo hambre. —Sam negó con la cabeza.

—Ah —Nick la tomó de la barbilla—, pero vas a dejar que papá Nick obre maravillas en ti, amor. Voy a cuidarte y mimarte y te vas a dejar. Es la única condición cuando atraviesas esa puerta —argumentó a la vez que señalaba la entrada al apartamento.

—Te amo —confesó Sam con una amplia sonrisa en el rostro.

Ella volvió a arrojarle en sus brazos y Nick le acarició el cabello con ternura. Sabía que tanto ella como Alex habían tenido un pasado difícil. El de Sam lo conocía, el de Alex había interpretado algunas señales, pero no sabía a ciencia cierta qué demonios lo perseguían. Tampoco creía que quisiera estar al tanto de su historia, la que sospechaba que era oscura y escabrosa. Igual le sucedía con Mark, prefería permanecer en la ignorancia de los agravios que habían recibido. Era como cuando realizas *zapping* y te topas con una película que presientes que es de terror, cambias de canal antes de verte atrapado en su mundo atemorizante.

Comieron unos espaguetis con una salsa de tomates enlatada. No era lo que él hubiera preferido, pero no se tomaría el trabajo de preparar una casera cuando podía dedicar ese tiempo a su mejor amiga.

Ella le había confesado que había escapado sin que Alex lo supiera. Lo que explicaba por qué Alex no estaba tratando de tirar su puerta abajo. Él, Mark y Gabe habían concurrido a un recital o algo por el estilo, y ella aprovechó la situación para huir.

A veces quería darles a todos sus amigos un buen golpe en la cabeza con el revés de la mano. ¿Qué les sucedía? Tenían el amor servido en bandeja de plata y parecía que se creaban dificultades a cada paso a propósito. ¿Es que no podían disfrutar de lo que tenían sin boicotearse? No estaba siendo justo. Los problemas siempre tomaban intensidad cuando eran los propios.

La cuestión era que él también tenía los suyos, claro que no podía compartirlos. Si tan solo pudiera disfrutar del amor de Brian abiertamente, se aseguraría de que nada empañara su felicidad.

—Estoy dudando de qué es lo que nos traes a escuchar, viejo —expresó Mark mientras Gabe, Alex y él tomaban asiento en una de las mesas del *Rockwood Music Hall*.

—Ey, yo no me quejo de las películas anticuadas y aburridas a las que me arrastras o a esas muestras de fotografías que carecen de color.

—La boca se te haga a un lado —exclamó Mark indignado.

—Tampoco digo nada con respecto a las exposiciones de esas pinturas raras. —Ahora fue el turno de Alex de recibir la reprimenda por parte de Gabe.

—Oye, que yo no me quejé —dijo Alex—. Además, ya sabíamos que tenías algo por la música. —Ante la expresión interrogadora de Gabe, continuó—: Cuando estás perdido en tus pensamientos, agarras lo que tengas a mano, un cuchillo, una lapicera, lo que fuera, y haces percusión.

Gabe se lo quedó mirando con una expresión de extrañeza. Alex estaba seguro de que no se había percatado de que lo hacía.

—¿Pero *bluegrass*, viejo? —preguntó Mark—. ¿Y qué demonios es?

—Dale una oportunidad antes de juzgar —acotó Gabe exasperado—. Es una buena banda.

Se disponían a presenciar un recital brindado por The Railsplitters, el quinteto oriundo de Colorado que había adquirido un gran éxito y renombre luego de ganar el primer premio en la Competición Rockygrass como banda

novedosa unos años atrás.

—Vamos, Mark. Gabe tiene un punto, vamos a tus eventos sin dudarlo —intercedió Alex tratando de calmar a su amigo.

Sin embargo, los tres amigos sabían que siempre se atizaban en cuanto a la salida que planificaba el de turno. Eran tan dispares sus gustos que nunca los otros dos estaban contentos con la decisión. Por lo que se turnaban para organizar el evento en cuestión.

—Eso es porque yo les doy un tour de cultura —aguijoneó Mark. Se frotó los nudillos contra su pecho y alzó la barbilla con aire de suficiencia.

—Oh, lo siento, me olvidaba que estamos frente a un erudito —ironizó Gabe, aunque las comisuras de su boca evidenciaban que solo bromeaba.

—Así que tenemos al de la música —dijo Mark señalando a Gabe—, al de las artes plásticas —fue el turno de Alex—. Nos falta alguien de literatura.

Continuaron con las mofas y las pullas entre unos y otros. Una vez finalizado el recital, se trasladaron al bar McSorley, donde prosiguieron con las bromas hasta que tocaron los temas escabrosos y Mark y Alex comentaron someramente lo que sucedía con sus respectivas novias. Claro que ninguno quiso profundizar en el asunto.

Por asombroso que pareciera, disfrutaron la velada y se marcharon con la promesa de que en la próxima sería Mark el que eligiera el evento.

Alex se subió a su automóvil con sentimientos encontrados. Ansiaba ver a Sam, pero al mismo tiempo no soportaba la frialdad que se había interpuesto entre ellos. No encontraba la forma de sortearla y que todo retornara a la calidez que siempre habían disfrutado.

Anhelaba poder abrazarla, besarla y sentir sus brazos a su alrededor, su cuerpo presionado contra el suyo con una confianza que parecía haber desaparecido. Ella creía que él la había engañado, podía notarlo en aquella mirada acusadora que le dirigía. Alex no podía decir que fuera una creencia en realidad, sabía que la había dejado ilusionarse con un futuro que él no estaba dispuesto a cumplir. Le había mentado, no con palabras, pero sí por omisión. Lo había hecho a pesar de haberle prometido que él jamás lo haría, que nunca la manipularía ni le haría daño. Y había hecho cada una de ellas.

En cuanto abrió la puerta de la nueva casa, supo que algo no andaba bien. Lo sintió. Sintió que ella ya no estaba allí, no sabía cómo, pero algo en lo más profundo de su ser percibió que Sam lo había abandonado.

Corrió escaleras arriba y en cuanto llegó a su habitación lo constató. La

cama sin tocar y... vacía. Las puertas del armario se hallaban abiertas y podía ver que faltaban gran parte de sus prendas.

Con la respiración entrecortada, se sentó en el lecho y hundió el rostro entre sus manos. Fue como si un gran peso le cayera sobre los hombros y no encontrara la salida del agujero donde había resbalado.

No la había perdido, se repetía en la mente. Era algo que no concebiría. No tenía duda de dónde se encontraba Sam: en el apartamento de Nick. Él lo ayudaría a recuperarla, pero eso también le dejaba un mal sabor de boca. Ella debía decidir si quería regresar. Un gruñido le surgió desde lo más profundo de su ser. Solo podía culparse a él mismo por no ser sincero con ella. Por no confesarle que acariciaba la idea de un hijo, pero que su temor era tan grande que se había prohibido el ser padre.

Tenía que cambiar. Se alzó del lecho, cuadró los hombros y conectó su mirada en el reflejo que le devolvía el espejo sobre la cómoda de su habitación. Aniquilaría sus malditos y viejos demonios de una vez por todas y alcanzaría la dicha que la vida le ofrecía con la mujer que amaba más que a sí mismo.

Capítulo 18

Una vez que Sam hubo derramado las pocas lagrimas que le restaban y Nick la hubiera acomodado en la cama, cayó rendida y se durmió como un gatito. Fue el momento en que aprovechó Nick para llamar a Brian, por la hora sabía que aún estaba en su estudio.

—*Hola.*

Ese parco saludo con aquella voz tan grave y sensual hizo que se estremeciera entero. No podía esperar a tenerlo dentro de sí de nuevo. A pesar de las veces que habían intimado, no estaba ni cerca de saciarse del lujurioso abogado con ese aire tan hermético y varonil que escudaba a una persona vulnerable y tierna.

—Hola, bebé. Malas noticias. —El silencio que siguió a su anuncio le hizo decaer un poco la excitación. Sabía lo que Brian temía, que el resto de sus amigos se enteraran de su relación o mejor dicho de su «no relación». Carraspeó antes de volver a hablar—. No es eso. No hay ninguna filtración, estate sin cuidado. —Las palabras fueron como arena en su garganta. Él ansiaba gritar a los cuatro vientos lo que compartían, sin embargo, se comportaba como si lo que hubiera entre ellos fuera sucio y vergonzoso. Parecía que había retrocedido casi unos veinte años en su existencia y haberse encerrado en un armario en el que nunca había estado—. Samantha tuvo un entredicho con Alex y ahora se encuentra en mi apartamento por tiempo indeterminado.

—*Entiendo.*

—¿Ah, sí? A ver, bebé, ¿qué es lo que entiendes? —Casi podía percibir la incomodidad de Brian. A pesar de la fachada que el abogado mostrara, era un hombre tímido. Al menos con él. Le encantaba ver cómo se ruborizaba cuando se sentía fuera de su eje.

—*No podemos vernos en tu apartamento. Ven al mío.*

—¿En serio? —Nick casi podía saltar de alegría. Desde aquella noche accidentada en la que Brian le había ofrecido hacer un trío con Morrigan, no lo había vuelto a invitar—. Hoy no puedo, tengo que estar aquí por ella, ¿pero mañana?

—*Mañana estará bien. Entiendo que hoy no puedas, eres un buen amigo.*

—Espero que para ti sea algo más que un buen amigo, bebé.

El silencio volvió a extenderse entre ellos. Nick a veces se crispaba con la falta de reacción de Brian y la frialdad de sus respuestas. Era un hombre que dominaba las palabras en su labor, pero fuera de esta y cuando las emociones se veían envueltas, era un total desastre.

—*Eres algo más* —estableció el abogado sin agregar más palabra.

Quería exigirle que le dijera qué es lo que era para él con exactitud, qué era ese «algo más». ¿Su amigo con beneficios, como Morrigan, pero con pene? ¿Una aventura que permanecería debajo de la alfombra por siempre? Ni siquiera quería aventurarse a pensar que ese «algo más» se refería a algo con la misma intensidad como Brian lo era para él. No quería que su corazón se ilusionara con lo que nunca podría llegar a ser.

Brian miró el tubo del teléfono. La conversación ya había finalizado, pero no podía entender qué había sucedido. No lograba controlarse entorno a Nick, y eso lo preocupaba. Él no era así, se sentía una chica esperando a que el muchacho del secundario que tanto había ansiado, de pronto, se percatara de su presencia. La adrenalina que le corría por las venas cada vez que oía la voz del hombre era nueva, jamás le había sucedido con una mujer antes. Y, ciertamente, tampoco con un hombre.

De solo pensar en estar dentro de él se ponía duro en el acto. Gimió, acomodó los codos sobre el escritorio de su despacho y apoyó la frente en sus manos. ¿Qué haría? Tenía que dejar de verlo. Todo este embrollo solo podía significar problemas. Enormes problemas. No lograba acatar la decisión que tomaba una y otra vez, sencillamente no podía dejar de ver a Nick. Algo dentro tiraba de él hacia el pelilargo con una fuerza que sobrepasaba la propia.

De pronto, la puerta de su despacho se abrió y lo sacó de sus cavilaciones.

—¡Brian! —gritó una mujer embarazada que era tan parecida a él que no había duda para quien la viera que era su hermana.

Todo pensamiento sobre el hombre que le hacía calentar la sangre desapareció en el acto y cuando se elevó del asiento, gracias al cielo, su erección ya había menguado hasta no hacerse perceptible dentro de sus pantalones.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó al ver que detrás de ella se aproximaba su cuñado, Derek Kell, con aquella sutil cojera que era el resultado de un accidente automovilístico.

Con Derek no era que tuvieran una excelente relación. Lo había aceptado porque sabía que amaba a su hermana y ella a él, pero el comienzo había sido un tanto escabroso. Unos cuantos meses atrás, después de días de que había hablado con ella y preocupado al Mica no contestar sus llamados al móvil, la había buscado a través de la localización en el GPS. Lo que lo había llevado a la casa del famoso y taquillero actor, Derek Kell. Había entrado como una tromba en su hogar y cuando la encontró, enloqueció. Ella estaba atada a la cama del hombre con una fusta a un lado, y todo se había tornado rojo. Solo podía pensar en sacarla de allí y repartir golpes por doquier. ¡Nadie lastimaba a su hermanita! Nunca se le hubiera ocurrido que solo se trataba de alguna clase de juego sexual. Tampoco había reparado en la incomodidad de ver a su hermana desnuda, solo la había querido fuera de aquella casa y a miles de kilómetros de distancia del tipo.

A pesar de que se habían separado por un par de meses, Derek y Mica se habían vuelto a reunir y no podía negar lo enamorados que se los veía. Además, su hermana llevaba seis meses de embarazo, así que tenía que acepar a Derek de un modo u otro.

Igualmente, tenía que conceder que el tipo era agradable y había dejado el mundo de Hollywood para dedicarse a la escritura, adquiriendo un aire más serio y tranquilo del que había tenido un tiempo atrás.

—Cuñado —lo saludó el exactor al estrecharle la mano—. Mica tenía abstinencia de tu presencia, por lo que pensamos que si no podías venir a Los Ángeles por unos días...

—Nosotros vendríamos a ti —finalizó su hermana por su esposo y sin previo aviso se lanzó a los brazos de su hermano, tomándolo por sorpresa—. Te extraño tanto, Brian —lloriqueó.

—Yo también, cariño. —Alzó los ojos hacia los verdes de su cuñado, interrogándolo ante la angustia que se permeaban de las palabras de su hermana—. Los esperaba, aunque no tan pronto.

—El embarazo la tiene un tanto... eh, emocional —contestó Derek y se encogió de hombros.

—Ay, Brian, no te avisamos —se lamentó Mica—. Es que ya no podía esperar más. Dentro de poco ya no podré viajar y tenía que verte.

—Mica, ¿qué sucede? —Su voz se tornó tan fría como el hielo y posó la mirada de nuevo en su cuñado. La expresión perdió toda amabilidad e implicaba que si algo le había hecho Derek a su hermana, este no sobreviviría para contarlo.

—Calma, chico. —Odiaba cuando Derek se refería a él de esa manera. Sí, era unos años mayor que él, pero mierda si podía tratarlo como si fuera un infante.

—Brian, déjate de tonterías —lo regañó Mica y le dio un pequeño golpe en el hombro con el puño—. Solo quiero pasar unos días con mi hermano, ¿acaso está mal?

—¿Unos días? —preguntó al recordar la cita de la noche siguiente con cierta persona.

—¿Caímos en mal momento? —Mica conjuró aquella expresión en que abría tan grande los ojos y en que su boquita conformaba un mohín que la hacía verse como una niña, lo que le arrancó una risotada.

—Claro que no. —Le pasó el brazo por los hombros y la acercó a su costado—. Supongo que ya es hora de irse de aquí.

Le encantaba tener a su hermana en Nueva York, pero como pararía en su apartamento, la cita del día siguiente tendría que modificarse. Al menos el lugar de reunión, porque no podía esperar otro día más para ver a Nick. Y no, no iba a pensar qué era lo que aquello significaba.

Apenas arribaron a su apartamento, Brian se apresuró a conducir a su hermana y cuñado a la habitación extra que poseía. Era la primera vez que ella lo visitaba desde que se había mudado a Nueva York, sí lo había hecho con anterioridad en Washington cuando él vivía allí. Claro que en ese entonces Derek no existía en su panorama.

—Bien, acomódense —les indicó en la habitación—. Tengo que hacer una llamada y ya estaré con ustedes.

Se dirigió con paso rápido a su propio cuarto y cerró la puerta detrás de él. Tenía que cuidarse de no actuar sospechoso. Él era sobreprotector con su hermana pequeña, pero Mica le ganaba de sobra y siempre metía la nariz en sus asuntos.

Se quitó el móvil del bolsillo posterior del pantalón y presionó sobre un nombre en su directorio de marcado rápido.

—*Mmm, ¿extrañabas mi voz, bebé?*

—Nick, surgió un inconveniente.

—¿*Qué pasó?* —la preocupación en la voz de Nick era palpable—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, solo que no puedes venir a mi apartamento mañana. —El silencio que siguió del otro lado de la línea sabía que indicaba que Nick suponía que se había echado atrás—. Mi hermana cayó de sorpresa con mi cuñado y se quedarán conmigo por unos días —se apresuró a explicar.

—*Entonces, ¿cambio de planes o cancelación?*

Nick le daba una salida, pero por más que fuera lo más sensato, él no quería una. Anhelaba verlo de nuevo y no podía esperar a que Mica y Derek regresaran a Los Ángeles.

—Cambio de planes.

—¿*Nos vemos en la cuarenta y dos y la décima alrededor de las veinte horas?*

—Bien.

—*Perfecto* —Hizo una pausa—. *Y bebé, viste informal. Sé que será exigente y desconcertante para ti, pero ponte un par de jeans y una camiseta.*

¡Él podía vestir ropa informal! No, no iba por la vida en trajes de tres piezas a tiempo completo. Solo que, desde su mudanza a Nueva York y, además, el haber abierto su propio estudio recientemente, había tenido que sumirse en sus casos y no tenía espacio libre. ¿Qué decía eso de él? No hacía nada aparte de trabajar, quizás compartir alguna salida ocasional con su primo y sus amigos, y encontrarse con Morrigan para satisfacer sus necesidades sexuales de forma esporádica. Era cierto que no recordaba la última vez que había vestido un par de viejos *jeans* y aquellas zapatillas de lona olvidadas en el fondo de su armario.

—*De todas formas, no los llevarás puestos por demasiado tiempo* —lo atizó Nick.

Era un maldito y pícaro bribón, y le encantaba. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Brian y su corazón se aceleró a medida que las imágenes de lo que harían a la noche siguiente se agolparon en su mente.

Esperaba que Nick tuviera razón.

—¡Ya voy! —gritó Andy a quien fuera que estuviera tratando de tirar su

puerta abajo. En cuanto la abrió, se encontró con una Key hecha un mar de lágrimas sostenida del marco—. ¿Qué ocurre, cariño?

Abrió los brazos y ella se enterró en él sin dudarlo. No era la primera vez que la consolaba. Era más, así había comenzado su amistad, un lazo fuerte que no importaba que solo llevara unos pocos meses.

—Ay, Andy, todo se ha ido al diablo —murmuró contra su hombro que ya se encontraba empapado por sus lágrimas.

—Entremos y veremos cómo solucionar lo que fuera que sucede. —Se apartó de ella y le pasó el brazo por los hombros mientras ingresaban a su apartamento.

—Traje esto. —Key alzó una bolsa de papel color madera—. Tengo que hacérmelo, pero me da miedo el resultado.

—¿Qué es lo que tienes ahí? —Agarró la bolsa y la abrió. Alzó los ojos abiertos de par en par y los fijó en el rostro de su amiga—. ¿Key, estás...?

—¡No lo sé! —Se tomó la cabeza entre las manos y la giró de un lado al otro—. Quizás sean mis migrañas que estén jugando conmigo. Tengo que asegurarme.

—Ven. —Andy la condujo hasta el sofá en su living y tomó asiento junto a ella. Sacó la caja del test de embarazo que había dentro de la bolsa y se dispuso a leer las instrucciones—. Aquí dice que tienes que orinar directo sobre la lengüeta, en el extremo de la varilla. ¡Ah, no! Cariño, no pretenderás que entre al baño contigo, ¿cierto? —exclamó al tiempo que arrugaba la nariz y agitaba el paquete al aire.

—¡Puaj! Obvio que no vas a entrar conmigo. —Key le dio un pequeño golpe en el hombro y sonrió a pesar de sus ojos llorosos—. Solo necesito el apoyo moral.

—Eso sí puedo ofrecerte. —La abrazó contra su costado e hizo una pausa—. Mark se haría cargo, eso lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí, ese no es el problema.

—¿Cuál es entonces?

Estaba un tanto desorientado. Key lo había puesto al tanto de la discusión que había mantenido con Mark. A pesar de que la amaba y era su mejor amiga, también era amigo de Mark y además este era su jefe, lo que lo ponía en una posición difícil.

—El que esté embarazada, el que no lo esté. ¡Ay, Andy! —Se cubrió el rostro con las manos y lanzó un suspiro desesperado—. El que haya

abandonado a Mark o el que él lo haya hecho, no lo tengo claro. Mi mente es un embrollo.

—No te entiendo, Key.

No entendía a las personas que tenían el amor frente a sus narices y se ponían obstáculos en el camino. Era como si planificaran un autoboicot a medida que la relación iba sobre ruedas. Si tan solo él encontrara una mujer con la que pudiera pensar en formalizar. Sin embargo, su futuro parecía encontrarlo igual de solitario que el presente.

—Ni yo misma lo hago.

—Sea cual sea el resultado, todo saldrá bien. Lo asegura el tío Andrew. — Le posó una mano en la rodilla y le brindó una sonrisa amplia que esperaba que le brindara la confianza que a ella le hacía falta. Se alzó y le extendió la palma. Ella miró su mano por unos segundos, Andy percibía la incertidumbre en su expresión. Debía descubrir la verdad para poder actuar en consecuencia. Si estaba embarazada, suponía que tendría que consultar con un médico, ver si precisaba vitaminas prenatales, ecografías y todas aquellas cuestiones de las que él no tenía ni idea, pero que debía hacer una mujer embarazada. Key suspiró con profundidad, posó la mano sobre la suya y se elevó—. ¡Ahora, a hacer pipí, cariño!

Capítulo 19

Brian llegó a la esquina en la que había quedado encontrarse con Nick para aquella noche, en el barrio Hell's Kitchen. Allí se situaba la entrada de un club nocturno, una extravagante construcción vidriada y de líneas horizontales. Se incomodó ante las puertas atiborradas de personas «raras»: mujeres que, debajo de la vestimenta estridente, maquillaje y peluca al mejor estilo años ochenta, se percibía su género masculino, y hombres con ropa ceñida que no tenían reparos en demostrar su afecto en la vía pública al besarse o tomarse de las manos. Tragó en seco y cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro. Lo había embaucado lisa y llanamente para atraerlo a este sitio. Si le hubiera explicitado a dónde lo invitaba, jamás hubiera aceptado.

Alguien lo tomó por detrás pegando el torso a su espalda, y hasta que lo besó en el cuello y el aroma a jazmín y romero lo envolvió, no se relajó y a punto estuvo de revolotear puñetazos por doquier. Se fundió con el cuerpo que tenía detrás y lanzó un profundo suspiro de placer, como si hubiera estado conteniendo la respiración. Posó las manos sobre las que lo rodeaban por la cintura y la sangre se le atropelló en las venas en medio segundo por la anticipación de tenerlo cerca de nuevo. Las vivencias de la noche que pasaron juntos inundaron su mente y lo hicieron arder hasta que su erección se presionó contra la cremallera de su pantalón en búsqueda de liberación.

—No sabía que era un club... —se interrumpió Brian y realizó un ademán con la mano al abarcar la gente que aguardaba a entrar sin hallar la palabra justa para definir lo que intentaba expresar.

Nick lo soltó y lo rodeó hasta establecerse frente a él. A Brian se le cortó la respiración ante lo endemoniadamente atractivo que estaba con el cabello suelto hasta los hombros, la camisa blanca abierta hasta la mitad del pecho y los pantalones negros ceñidos que marcaban sus estrechas caderas.

Nick le dedicó una media sonrisa y los ojos lo recorrieron de la cabeza a los pies y de nuevo hacia arriba. Brian se había puesto una camiseta y un jean oscuros. Por la mirada apreciativa que le dirigía Nick, no se había equivocado al elegir su atuendo.

—¿Gay? —se mofó Nick y se carcajeó del rubor que repentinamente cubrió las facciones de Brian—. Más bien es *LGBT*, bebé.

—Creí que era un bar como cualquier otro —masculló Brian entre dientes.

—Pues no. Vamos, aflójate, abogado. —Enlazó sus dedos con los de Brian y tiró de él hasta la entrada del club.

Brian tironeó de su mano hasta recuperarla.

—No lo creo. —Se plantó a tan solo unos pasos del ingreso y lo observó con seriedad—. No voy a entrar, Nick.

Los ojos melosos no hicieron nada por ocultar su desilusión, y eso fue una punzada en el corazón para Brian. No quería estropear sus expectativas, pero no había forma de que entrara a un lugar así. ¿Así? ¡Sonaba tan presuntuoso y estirado! Se mordió el labio inferior e hizo un paneo por los especímenes que pululaban a su alrededor entre intrigado e incómodo.

—¿Confías en mí? —preguntó el pelilargo, y lo odió por ello.

Era una pregunta con una respuesta más que obvia para esas alturas. Claro que lo hacía. Aunque el contemplar a las personas que se encontraban a su alrededor se sentía intimidado y fuera de lugar, sin saber cómo proceder en un ambiente que le era en extremo ajeno.

—Sabes que sí.

—Entonces vamos. —Nick extendió su mano y aguardó a que él se la tomara. Su bello rostro estaba adornado por una amplia sonrisa que dejaba a la vista aquel hoyuelo en la mejilla izquierda. La expresión de Nick transmitía tanta tranquilidad y calidez que Brian se vio contagiado por él.

Brian observó esa palma por unos cuantos segundos. No le agradaba en la posición en que Nick lo ponía, lo empujaba cada vez más lejos y era algo que lo incomodaba sobremanera. Siempre intentaba que sobrepasara sus límites, que se aventurara un poco más fuera de su zona de confort. «¡Ya has salido hace siglos de allí!», le gritó su mente como si fuera un idiota. Era cierto, hacía tiempo que ya no estaba en eje y que se aventuraba en aguas intranquilas, sin embargo, no podía negar que hasta el momento había disfrutado cada tramo del viaje que había iniciado con Nick.

Envolvió su mano sobre la del hombre y la aferró con fuerza.

Una vez dentro, Brian se quedó paralizado en el lugar. Su mente convencional no lograba procesar lo que sus ojos percibían. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no voltearse y correr fuera del sitio. Se sentía un puritano al escandalizarse con la escena que se manifestaba frente a él: las luces leds de colores, barmans *muy* ligeros de ropa y con cuerpo de infarto como para que alguien pudiera enfocarse en pedir una bebida, hombres

con el torso desnudo y *leggings* de colores estridentes desfilaban al ritmo de la música por un escenario-pasarela mientras que personas igual de *raras* que las que había visto afuera se contoneaban unas contra otras en un baile de lo más indecente. Se le vino a la mente una escena de la película de los ochenta, *Dirty Dancing*, solo que esta era una versión moderna y muy gay de la misma.

No tenían el más mínimo pudor en meterse mano o comerse la boca de una manera desatada. Era demasiada libertad y exhibicionismo para un abogado criado en una familia ultra conservadora de San Luis. Nunca había pensado en él mismo como un mojigato y menos con su historial sexual con mujeres, pero parecía que era en lo que se había convertido.

Estaba tan tenso que apenas podía respirar. Tenía cada musculo del cuerpo rígido, la mandíbula apretada tan fuerte que sus dientes se desintegrarían en cualquier momento y las manos cerradas en unos puños de acero.

—Bebé, aquí nadie sabe quién eres —mencionó Nick en su oído luego de pasarle los brazos por la cintura desde atrás y acomodar la barbilla sobre su hombro—. ¿No te invade una sensación de libertad?

Brian pensó en ello. Era cierto que había pocas probabilidades de que alguien lo conociera allí y si así fuera, tampoco creía que fuera condenado. Observó a las personas colgadas del cuello de su pareja mientras se meneaban y se frotaban entre sí al ritmo de la música. ¿Se sentía más liberado? Por insólito que pareciera, el ambiente entre depravado y licencioso hacía que las cadenas de los convencionalismos y lo estructurado se quebraran, aunque tan solo fuera por un tiempo limitado.

Nick lo rodeó y enlazó los dedos con los de él. Le brindó una sonrisa sensual y una mirada brillante que resultó en que el corazón de Brian corriera frenético. Tiró de él hasta tenerlo pegado a su torso, le pasó la otra mano por detrás de la espalda y comenzó a bambolearse con lentitud y en el lugar. No obstante, Brian continuaba con los pies pegados al suelo.

Nick bailaba de una manera que era endemoniadamente sexi. Tenía una forma de mover su cuerpo que en realidad no debería ser denominado bailar, sino calificarlo como algo pecaminoso y sensual. La música fluía a través de él, poseía un ritmo perfecto, y el modo en que se movía era puro sexo.

—Vamos, diviértete solo por esta noche. —Con manos ágiles, Nick lo volteó y volvió a posicionarse a su espalda, tan pegado que parecían ser una sola persona. Nick le rozaba el pecho con los dedos de arriba abajo y de abajo arriba mientras lo besaba en el cuello. Aparentemente, el pelilargo

lograba abstraerse de todos a su alrededor sin problemas.

—Nos están mirando.

—Claro que sí, bebé —sostuvo Nick—. Cada par de ojos que recae sobre nosotros está deseando que yo desaparezca para ocupar mi lugar. Fíjate bien. No te están juzgando, te están *admirando*. —Brian deslizó la mirada por aquellos a su alrededor y constató el ardor en todas aquellas facciones—. Eres el hombre más caliente y sexi aquí. Todos estos hombres anhelan tener tu cuerpo en su cama esta noche, y me envidian porque saben que eres solo mío. Lo eres, ¿cierto?

Brian se volteó en un solo acto, lo aferró por ambos lados de la mandíbula y lo atrajo para estamparle un beso feroz. Le recorrió los labios con la lengua hasta adentrarla en su boca y disfrutarlo a conciencia. Con lentitud, igualó los movimientos lentos de Nick que estaban fuera de lugar con la música agitada que pasaba el *DJ*. Lo tomó de las caderas sin separar sus bocas, y fueron acelerando los movimientos hasta fundirse con la gran masa que bailaba exaltada.

—Sí. Y tú mío —afirmó al rato con voz ronca y repleta de excitación, ya sin importarle quién pudiera verlos a la vez que se fundían uno contra el otro en un baile erótico y sensual.

—Eso jamás lo dudes, bebé.

Sin percatarse, Brian se había convertido en uno de esos *raros* y la emoción que lo embargó hizo que el resto del resquemor que guardaba dentro se evaporara. A los pocos minutos, Brian bailaba tan candente como cualquiera de las personas a su alrededor, se pegaba al cuerpo de Nick y lo rozaba con sus manos sin importarle quién los viera.

Brian estaba perdido en las sensaciones de estar así, en la pista de baile, en los brazos de Nick. Se sentía como adecuado y tan malditamente bien, como nada antes.

Nick le estampó un beso en el cuello y demoró su boca en el sitio, moviendo apenas sus caderas, lo que hacía que sus penes semierectos se frotaran entre sí. Brian gruñó y aferró el cabello largo en un puño para separar a Nick de su cuello y comerle la boca con un ardor que no ayudaba a mantener su erección a raya.

Bailó, saltó, gritó y cantó como nunca había hecho antes y lo que era aún más extraño para él, tenía las manos encima de Nick en todo momento, o enlazaba sus dedos con los suyos, lo abrazaba, lo tomaba de las caderas o se

colgaba de su cuello, lo besaba en los labios o en el cuello sin importarle quién pudiera observarlos. Tan solo disfrutaba de un lapso de total falta de enjuiciamiento en el que ya no era su propio juez y acusado en simultáneo.

Era como si unas cadenas que no sabía que lo tenían esclavizado se hubieran soltado y un gran peso se hubiera evaporado. Su cuerpo se sentía más liviano, y sus músculos, tan relajados, como jamás creía que los había notado.

—Espérame un segundo, voy a traernos algo de beber.

Antes de que Brian pudiera protestar por abandonarlo en la pista de baile, Nick ya había desaparecido entre la multitud hacia la barra, al otro extremo del lugar.

Se volteó hacia el escenario y animó al ponerse dos dedos en la boca y chiflar a las *Drag Queens* que, emulando a varias actrices de Hollywood, desfilaban. Tenía que confesar que jamás se había divertido de tal manera y se había sentido tan descontracturado con alguien.

—Hola, hermoso. —Un hombre enorme y de tez oscura se posicionó a su lado. Con un dedo lo recorrió del hombro hasta la muñeca, y a Brian lo atravesó un escalofrío. Podía apreciar que el hombre era atractivo y que sus ojos eran apreciativos y amables, sin embargo, el único toque masculino que su cuerpo ansiaba era el de Nick. El desconocido lo encaró de frente, y Brian notó que lo sobrepasaba por una cabeza, si no más; tuvo que alzar el rostro para observar esos ojos marrón oscuro. Lo relajado que había estado hasta el momento desapareció como por arte de magia al cada musculo de su cuerpo volver a rigidizarse a medida que los nervios lo embargaban. No sabía cómo manejar esa situación en la que se veía siendo *cortejado* por otro hombre. ¿Cortejado? ¿En serio? ¿Qué era, una doncella salida quien sabía de qué libro romántico?

—¡Sácale las manos de encima a mi hombre!

En cuanto la orden, en forma de rugido, fue pronunciada con aquella voz que conocía tan bien, aunque en un tono que le era desconocido, con aquel tinte autoritario que no dejaba lugar a réplicas, Brian respiró hondo y se relajó nuevamente. El desconocido había seguido subiendo y bajando su dedo a lo largo del brazo de Brian mientras le sonreía de oreja a oreja.

—¡Nicky! —El hombre extendió su mano y agarró una de las Nick para darle un beso en los nudillos, puesto que Nick tenía ambas ocupadas por un vaso. Eso enervó aún más a Brian y lo hizo ver todo rojo. Ya no le importaba cómo debía reaccionar, solo sabía que si volvía a tocar a Nick, golpes

definitivamente revolotearían por el lugar—. ¡No sabía que esta hermosura tenía dueño!

—Devon —saludó Nick al extraño con un ademán tenso de su cabeza. Brian trabó las mandíbulas al constatar que Nick conocía al tipo, y su mente se llenó de miles de imágenes de cuán íntimamente era que se conocían—. Sabes que te aprecio, pero si continuas metiéndole mano, vamos a tener problemas.

—Calma, que no le metí mano. —Devon sonrió mientras los contemplaba—. Encantadora pareja, como salidos de algún aviso publicitario —se carcajeó, y Brian no supo cómo tomárselo, pero sintió a Nick relajarse junto a él—. Demasiado hermosos para la paz mental de cualquiera aquí dentro. —Con otra amplia sonrisa y un ademán de cabeza, Devon se marchó.

—¿Estás bien? —preguntó Nick al tiempo que le extendía uno de los vasos que contenía algo en color verde brillante. Ni siquiera cuestionaría qué demonios era. Brian le dio un gran sorbo y el gusto dulce lo inundó. Nick le posó la mano libre en la mejilla y conectó la mirada con la suya a la espera de una respuesta. La preocupación en Nick era palpable.

—Una vez que llegaste, sí. —Apoyó la frente en el hombro de Nick y le pasó las manos por la cintura. No le importaba que pareciera vulnerable, necesitaba su contacto—. No sabía cómo reaccionar, si darle un golpe en plena cara o... Bueno, hasta el momento esa era la única respuesta que se me había ocurrido.

Nick se carcajeó y le masajeo detrás del cuello.

—Bebé, es solo que no estás acostumbrado a que un hombre te avance. Pero eres tan sexi que vas a tener que habituarte.

—No vas a volver a dejarme solo. —Brian elevó el rostro para enfrentarse al de Nick y dejarle en claro que hablaba en serio.

—Nunca más.

Sus labios se unieron con ferocidad, sus lenguas se fundieron en un acto de lo más depravado. Brian degustó la mezcla de su bebida con la que había estado tomando Nick, también dulce, aunque picante y de un color fucsia. Gimió y lo apretó contra su cuerpo haciendo que sus entrepiernas se pegaran una a otra. Nick gruñó y se separó un tanto. Ambos tenían las respiraciones agitadas y las miradas dilatadas.

—Detente si no quieres que me venga en los pantalones como un púber —dijo Nick. Enlazó los dedos con los suyos—. Ven, vamos a distraernos un poco.

Lo giró hacia el escenario donde las *Drag Queens* continuaban con su performance. Brian apoyó la nuca en el hombro de Nick, pegando ambas mejillas ya ásperas a esa altura de la noche y disfrutó del tenerlo adherido a su espalda. Se sentía tan relajado con él, aceptado en una totalidad que nunca había creído posible. Sin restricciones o juzgamientos, tan solo valorado por quién era.

Después de un rato de refregar su culo sobre la evidente erección de Nick y de balancearse juntos, tuvo que preguntar.

—¿Tu y ese hombre, Devon, alguna vez... —carraspeó. Brian sintió como se ruborizaba y se alivió de tener a Nick detrás y de la escasa iluminación del establecimiento—... eh, han intimado?

Nick pronunció su agarre a su cintura, lo apretó contra su pecho y le acarició el cuello con la nariz. Brian agradeció que lo sostuviera porque sus rodillas casi lo abandonaban y estuvo a punto de ronronear. ¿Qué le hacía este hombre? No tenía ni idea, pero no iba a quejarse del resultado.

—No.

—Bien.

—Me encanta cuando te pones territorial, bebé.

Eso mismo quería decirle Brian, que le había encantado cuando había proclamado en alta voz que era «su hombre». El recordarlo hacía que su corazón galopara errático y una sensación inusual se instalara en su estómago.

—¿Qué más tenías pensado para esta noche? —preguntó Brian y después le mordió el lóbulo de la oreja a Nick, quien gimió y presionó su erección en el culo del abogado—. Nuestros apartamentos están descartados.

—Fuera —jadeó al Brian lamerle el cuello y seguir hacia su nuca. Nick se giró y apresó el rostro de Brian antes de comerle la boca con desesperación—. Al hotel —gruñó apenas separó los labios de los de Brian.

—¿Mmm? —Brian tenía el cerebro frito, no lograba articular un pensamiento coherente.

Nick hacía referencia al hotel que formaba parte del complejo junto con el club nocturno y un restaurant especialmente elaborados para la comunidad *LGBT*, sin embargo, Brian no tenía ni idea de lo que hablaba. Además, con lo caliente que estaba solo podía pensar en estar dentro de Nick. No habían hecho otra cosa que acariciarse y frotarse uno contra el otro durante toda la noche, y ya estaba que explotaba de la erección que apenas lograba resguardar en los pantalones.

No aguantó más y fue él el que esta vez aferró al pelilargo por la muñeca y lo arrastró fuera del establecimiento a toda velocidad. En medio segundo, se hallaban en la recepción del hotel, solicitando, o más bien exigiendo, una habitación de inmediato.

Capítulo 20

En cuanto deslizaron la tarjeta por la ranura y la puerta se abrió, Brian atrajo a Nick por su cuello y le devoró la boca con ferocidad. En un santiamén, las ropas volaron por los aires y, como si continuaran danzando, se aproximaron a la gran cama que reinaba en la habitación.

Brian no podía apartar los ojos de Nick, ni siquiera hizo un paneo por el cuarto que debía haberle costado al pelilargo una fortuna por una sola noche.

Empujó a Nick y cayó sobre el colchón. Brian se relamió los labios y dejó que sus ojos vagaran por ese cuerpo que no tenía ni una curva suave, sino que estaba esculpido en líneas duras. Se le antojó lo más deseable que pudiera existir sobre la faz de la Tierra. La boca se le hizo agua como ninguna fémica había logrado antes y el corazón le retumbaba alocadamente.

Centró la mirada en la erección de Nick y se le atascó la respiración. Su mente divagó a acciones que jamás se hubiera ni siquiera permitido pensar, pero que ansiaba iniciarse en ellas con Nick y solo con él.

—Quiero probarte —anunció con una voz que no parecía la suya, tan ronca y baja, cargada de una excitación indescriptible.

Nick no ocultó la sorpresa en sus facciones, y Brian percibió el deseo y anhelo que inundaron esos dos ojos que llameaban como lava dorada.

—Sí —gruñó Nick y apartó aún más las rodillas para darle mejor acceso a su entrepierna.

Brian se dejó caer sobre sus rodillas en el suelo y posó las manos en los muslos de Nick. Debajo de sus palmas sentía el vello erizado del hombre, alzó la vista al torso que se agitaba por la respiración entrecortada y siguió hasta posarla en su rostro. Nick tenía la mirada fija en él, expectante de lo que fuera a hacer. Él mismo tenía la sangre corriendo por sus venas y el corazón batallándole dentro del pecho ante la incertidumbre y la adrenalina que lo recorría.

Cuando se centró en la erección que descansaba sobre el bajo abdomen de Nick, su mente se aclaró y un deseo sin igual lo envolvió. Se inclinó y deslizó la lengua desde la base del pene hasta su punta. Nick dejó escapar un profundo jadeo y sus manos se cerraron sobre el edredón blanco. Brian volvió a repetir

la acción y cuando su boca se cerró sobre la punta del miembro, Nick formó un semicírculo y gruñó con tal intensidad que la erección de Brian se agitó.

Nunca hubiera pensado que tener un pene en su boca podría ser tan excitante. Se corrigió al instante. Tener el pene de Nick en su boca era un evento memorable y sin precedente. Tomó a Nick por las caderas, estabilizándolo contra el lecho, y se metió su virilidad todo lo que pudo dentro de la boca. Comenzó una ligera succión, dejando que su lengua lo acariciara en su longitud, para volverlo a cubrir por entero. Una mano se posó en su cabeza y acompañó sus movimientos de succión, Nick enredó los dedos en su cabello y no hacía más que corcovear la espalda y gemir ante cada lengüetada. Brian contempló el estado de pleno goce de Nick y una sensación de poder lo atravesó al saberse la causa.

—Basta, bebé. Ven aquí conmigo.

Brian gateó hasta posicionarse encima de Nick y enlazó su lengua con la del pelilargo.

—Me encanta sentir mi sabor en tu boca —murmuró Nick.

—Me encanta tu sabor en mí —afirmó Brian y lengüeteó el cuello de Nick mientras este enterraba las manos en su cabello y lo atraía más cerca de su cuerpo—. Quiero que entres en mí. —Ambos se quedaron estupefactos por unos segundos. La frase fue dicha tan bajo que Brian en un principio había dudado que lo hubiera verbalizado en voz alta, pero definitivamente lo había hecho. Ni siquiera sabía de dónde había salido la idea, aunque no podía negar que era real. Quería sentir lo que era tenerlo dentro de él, conocer el placer que Nick siempre evidenciaba cada vez que Brian entraba en él—. Si no quieres, no...

Nick lo aferró de la barbilla y dirigió su rostro hasta que quedara a escasos centímetros del suyo.

—No hay nada que deseara más —declaró en un tono ronco y ahogado—. Solo si estás seguro. —Brian asintió, no confiaba en poder confirmar su respuesta con palabras—. Bien, sobre tus rodillas y agárrate del cabecero.

Brian gimió audiblemente ante la veta dominante de Nick y se apresuró a realizar lo que le ordenaba. Nick se posicionó a su espalda y le acarició la cabeza para luego abrazarlo.

—En esta posición será más fácil. —El cuerpo de Brian se tensó al instante—. Tranquilo, seré paciente e iremos despacio. O al menos, lo intentaré.

—No me calmas de esa manera, Nick —bromeó Brian al tratar de apaciguar

los nervios en su estómago. Se agarraba al cabecero con tanta fuerza que tenía los nudillos pálidos y sus dedos en cualquier momento atravesarían la madera oscura.

—Si algo no te agrada, debes prometer decirme y pararé en el momento. —
Le pasó el revés de los dedos desde la mejilla hasta caer por los hombros, y Brian no pudo suprimir el escalofrío que lo asaltó.

—Bien.

—Brian, promételo —Nick dijo con voz clara y autoritaria.

—Lo prometo.

Nick desapareció por unos instantes, y luego Brian percibió como el colchón se hundía en un extremo al regresar a él. Escuchó como abría la botella plástica de lubricante y suponía que embebía sus dedos en el líquido viscoso. Dio un respingo cuando sintió un dedo jugar en la apertura entre sus glúteos.

—Shhh, bebé. Solo preparo la zona.

El cuerpo de Nick lo envolvía por detrás como en un enorme abrazo y fue como si cada preocupación, cada aspecto de su vida que debía manejar fuera sacado de su mente para solo restar el amor que las caricias de Nick le transmitían, la sensación que él se haría cargo de su placer.

A la vez que Nick seguía preparándolo y embadurnando su ano con lubricante, lo rodeó con el brazo libre y con la mano tomó su erección. Comenzó un lento deslizamiento arriba y abajo, demorándose en masajear la cabeza para luego emprender el descenso nuevamente en un ritmo a la vez tortuoso y excitante. Brian se tomó con una fuerza inaudita del cabecero mientras resoplaba como un maldito caballo a punto de lanzarse a una carrera. De pronto, el dedo que punteaba su ano ingresó con suma lentitud hasta que la primera falange se halló dentro. Brian soltó todo el aire de golpe en cuanto el mismo dedo se enterró aún más en él. Era tanta la estimulación por delante y detrás que no creía poder soportarlo.

—Nick... —suplicó, sin poder precisar qué, pero definitivamente era una súplica lo que transmitía al nombrarlo.

—Aquí estoy, bebé. —Lo besó en el cuello y pegó su torso a su espalda—. Te tengo, estaré todo el viaje contigo. —Quitó la mano de su pene, dejándolo desatendido. Lo tomó por la barbilla y le giró el rostro para poder besarlo. Los labios de Nick no eran nada suaves en ese momento, sino que eran pura lujuria contra su boca. Su lengua se enredaba con la suya y emulaba los

movimientos que hacía su dedo en su culo. Otro dedo se unió al anterior; entraban y salían de él con una parsimonia que lo enloquecía.

Las manos desaparecieron de su cuerpo y Brian se sostuvo con fuerza para no caer sobre el colchón. Unos dedos se enredaron en su cabello y le masajearon el cuero cabelludo para luego tirar un tanto de sus mechones, sin causarle dolor. Nick acercó la boca a su oído y cuando el aliento cálido le hizo cosquillas, su físico se bamboleó hacia delante por el más crudo deseo.

—Ahora voy a entrar en ti, bebé —susurró el pelilargo.

La punta del pene de Nick se posicionó en su entrada y sintió un ardor insoportable cuando presionó contra él. Una especie de sonido lastimero salió de sus labios ante la mezcla entre dolor y placer de la penetración.

—Respira profundo.

La voz de Nick era tan ronca como la de un hombre que hubiera gritado por horas, pero en realidad era la de uno que trataba de contener su excitación y la imperiosa necesidad de hundirse en su amante y bombearlo con fiereza. Nick no estaba seguro de poder refrenarse por más tiempo. Sudor corría por sus sienes, su mandíbula estaba tensa y cada musculo a su espalda gritaba por la rigidez a la que era sometido.

—Solo un poco más. —Nick no sabía si se lo decía a Brian o a él mismo. Nunca había sentido nada igual, un deseo tan intenso que perdía la capacidad de raciocinio. Trataba de anclar su mente en algún pensamiento coherente para no dejarse llevar y hacer de la primera vez de Brian un completo desastre. Quería que disfrutara al máximo su primera experiencia como *pasivo* en una relación homosexual—. Lo estás haciendo muy bien. Ya casi estoy todo dentro. Maldición, me encantaría que pudieras verte ahora mismo, bebé. Cuán sexi es verme entrar en ti. —Brian se relajó contra Nick a medida que él le susurraba en el oído excitantes palabras de aliento.

Ambos gimieron y se inclinaron hacia adelante cuando el pene logró enterrarse entero en Brian. Nick le pasó los brazos por debajo de las axilas y lo abrazó con fuerza. Le mordisqueó el hombro y lo recorrió hasta detrás de la oreja con la lengua. Escuchaba como Brian resoplaba y lo tenso que su cuerpo se hallaba.

—Ya está, bebé. Ahora solo resta lo mejor —susurró en su oído y luego capturó el lóbulo de su oreja entre los dientes para darle un pequeño tirón. Sin soltarse de Brian, Nick comenzó un imperceptible bombeo.

Una de las manos de Brian se posó sobre las suyas en el pecho de este,

enlazó los dedos de ambos y recostó la nuca sobre su hombro mientras gemidos salían de sus labios entreabiertos. Nick sonrió al constatar que Brian disfrutaba y aumentó un tanto el ritmo. Él mismo tuvo que apoyar la frente sobre el hombro de Brian para conseguir calmar la bestia que sentía dentro. Jadeos y gemidos partían de su boca ante cada investida que igualaban a los de su amante; más aún cuando cambió el ángulo de penetración y Brian emitió un sonido desarticulado de puro goce.

Sus cuerpos se movían, uno al encuentro del otro, hasta convertirse en uno solo que se ondulaba con sensualidad. Nick envolvió su mano alrededor del pene de Brian y volvió a subir y bajar por su longitud al mismo ritmo que sus investidas. Ya no aguantaba más, pero no llegaría al clímax sin que Brian lo acompañara.

Brian se soltó del cabecero y se aferró por detrás de su cuello, formando un semicírculo con la espalda, lo que facilitaba que lo penetrara con mayor profundidad. Nick con una mano lo aferró de la cadera, estabilizándolos; la otra continuaba acariciando su erección que ya estaba bañada en líquido preseminal, lista para disparar en cualquier instante.

Sus resuellos se veían amplificadas por el silencio de la estancia. La luz proveniente de la enorme ventana a su derecha les brillantaba el físico bañado en sudor. Sus movimientos se tornaron erráticos y descoordinados cuanto más se aproximaban al límite. De pronto, Brian dejó escapar un gruñido tan profundo que parecía salir del centro de su alma y estalló en la mano de Nick con una intensidad que hizo que todo su cuerpo se ondeara como una hoja al viento. Nick tampoco se hizo esperar y aferrándose a Brian, estalló dentro de él de una forma que no tenía precedente alguno en su historial amoroso.

Brian se derrumbó contra el torso de Nick y ambos cayeron sentados en el lecho, el abogado sobre el regazo del pelilargo. Las respiraciones eran agitadas y los músculos se habían tornado laxos que apenas podían sostenerlos. Nick se recostó y se llevó a Brian consigo, acomodando este la mejilla sobre su pecho. Permanecieron abrazados por un rato largo, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, hasta que las exhalaciones se restablecieron.

Nick suplicaba que el tiempo se congelara, continuar inmersos en la burbuja de esa habitación de hotel, sin tener que volver al mundo real, en el que debían esconderse y permanecer separados.

—¿Estás bien? —le preguntó al Brian permanecer tan callado.

Sintió el movimiento de la cabeza de Brian contra su barbilla al asentir y Nick acentuó el abrazo a su alrededor.

—Fue algo...

—Maravilloso —concluyó al ver que Brian no hallaba la palabra exacta.

—Increíble —finalizó el abogado.

Nick comenzó a pasar los dedos por el cabello de Brian mientras contemplaba el cielo raso. Lo que había ocurrido esa noche entre ellos era una grieta amplia entre lo que habían sido hasta el momento y lo que vendría. Ya nada sería igual, estaba seguro. Las cosas habían cambiado y su corazón se hinchó ante la sensación de la posibilidad de un futuro prometedor que se abría para ellos. Casi podía degustar el ya no ocultarse y poder disfrutar de una relación pública y declarada.

Brian se alzó sobre él y le lamió a lo largo de la barbilla para terminar en brindarle un pequeño y tierno beso en los labios.

—Debería irme. —Le acarició la mejilla y luego le corrió el cabello de la frente con una dulzura que a Nick casi se le escapa un sollozo—. Tengo a mi hermana y cuñado en casa, si no aparezco en toda la noche, habrá preguntas que aún no quiero contestar.

—Y yo tengo hospedada a Sam también. —Nick elevó una palma para tocar la mejilla de Brian, pero este se la atrapó en el aire y la llevó a sus labios—. Desearía despertar a tu lado de nuevo, bebé. Que el amanecer nos encontrara enlazados en la cama.

—Nick, lo que compartimos fue... único, como jamás me había ocurrido antes. No puedo creer que disfrutara tanto...

—¿El que estuviera dentro tuyo? —Hizo una pausa en la que enredó sus dedos en aquellos cabellos castaños más claros que los propios—. Estás siempre tan en control, necesitas que alguien lo esté por ti en... la cama —casi se le escabullía la palabra amor, pero pronto su mente se hizo cargo—, una vía de escape de tanta tensión, el poder dejarte llevar y tan solo gozar sin que los pensamientos se interpongan.

—¿Acaso tú no lo pasaste igual de bien que las otras veces? ¿Prefieres estar debajo?

Nick le pasó una mano por detrás del cuello y atrajo su rostro aún más cerca del suyo.

—Nunca había disfrutado tanto, bebé. Pude notar que lo prefieres de esta

forma y yo estoy más que complacido en satisfacerte siempre que lo quieras. Yo gozo en ambas posiciones, pero tengo que conceder que esta vez fue única, como dijiste.

Brian se relamió los labios y Nick constató en su expresión que el deseo volvía a él.

—Entonces quiero repetirlo.

—Y así será, bebé. —Nick parecía no poder dejar de acariciar a Brian, sus manos parecían tener vida propia y no se separaban de su cara—. Pero la próxima vez quiero verte a los ojos cuando lo hagamos.

Brian gimió y enterró el rostro en su cuello. Maldición, volvían a estar excitados. El abogado se frotó contra su costado y Nick lo apretujo contra él mientras su pene revivía como si no hiciera menos de una hora hubiera tenido un orgasmo descomunal.

—Tengo que irme —gruñó Brian.

Nick enmascaró la desilusión con una enorme sonrisa. Sí, tenía a Sam en su casa, pero sabía que ella no lo aguardaba y que podía evitar las explicaciones. No por nada era su mejor amiga, estaría muerta de curiosidad, pero no lo acribillaría a preguntas ni lo presionaría a contestar.

Con gran renuencia, se alzaron y comenzaron a vestirse. Frente a la puerta vidriada del hotel, se tomaron del cuello y se fundieron en un ardiente beso que los dejó a ambos sin aliento y con unas irrefrenables ganas de más.

Se separaron en caminos opuestos, envueltos en la oscuridad de la noche aún joven y las luces fluorescentes de la calle.

Nick no pudo menos que sentir que su alma volaba como una pequeña pluma dejándose llevar por el viento. Sabía que nada volvería a ser igual, que entre él y Brian había sucedido un cambio transcendental. Estaba seguro de que los días de ocultamiento y parodia pública habían quedado en el olvido. Al menos era lo que le decía su corazón.

Capítulo 21

Tabitha bufó con fuerza.

—¿Qué pasa, pequeña? —preguntó Mark a su perra, quien descansaba la cabeza sobre su pecho. Le rascó detrás de las orejas y ella le brindó un lengüetazo en la mandíbula—. ¿No te agrada esta película? Es un clásico.

Mark estaba repantigado en el sofá de su living, totalmente extendido, con los pies cruzados sobre la mesa ratona. Tabitha también se hallaba estirada a lo largo de los restantes dos cuerpos del asiento.

—Sí, es una comedia romántica y no estamos para romance, ya lo sé. Pero era esta o *Laura*, y mi ánimo se derrumbaría aún más si fuera un film negro que se centra en el amor obsesivo, Tabitha. Además, ganó cinco *Oscars* en las categorías principales, lo que para ese entonces no tenía precedentes. —Mark se refería al film dirigido por Frank Capra, *Lo que sucedió aquella noche*, y protagonizado por Clark Gable y Claudette Colbert.

Desde que Keyla y él habían peleado, se encontraba hablando aún más con Tabitha, como si fuera una persona y no un can. Adoraba a su perra de raza galgo. Adoptarla había sido una de las mejores decisiones que había tomado en su vida.

Fijó la mirada en aquellos pequeños ojos marrones y sintió que Tabitha comprendía lo tanto que extrañaba a Key. Se reprendía constantemente por no ir tras ella, comportarse como un hombre de las cavernas, subirla sobre su hombro y encerrarla en su apartamento. Ah, pero conocía muy bien lo desafiante y batalladora que podía llegar a ser ella. Además, sabía que no era el camino que quería recorrer con Key. La amaba y si quería estar con ella y hacerla feliz, debía realizar cambios drásticos en su persona. Pero no solo por ella, sino por él mismo, para dejar de ser ese Mark temeroso y vulnerable que se escondía en su interior.

El ruido del tintineo de unas llaves a la puerta hizo que Tabitha corriera hacia allí y que lo sacara a él de sus pensamientos. Mark bajó los pies de la mesa y se inclinó hacia adelante, aunque no hizo ademán de alzarse del asiento. Solo había tres personas que poseían la llave de su apartamento, su mente descartó dos: Alex y Sarah. Así que solo quedaba Keyla. Su sospecha se confirmó cuando apareció tras el panel de madera una figura femenina

esbelta y delgada, con un cabello largo color caramelo y vestida en una camisola turquesa con pájaros amarillos.

La luz del corredor la iluminaba por detrás dejando su rostro a oscuras, dado que Mark no había encendido las luces del apartamento. Él sí se veía perfectamente al ser alcanzado por la luminosidad de la pantalla del televisor.

Ella quedó apostada en la entrada, parecía no animarse a ingresar o tal vez ya no se sintiera bien recibida, Mark no lo tenía claro. Posó las manos en sus rodillas y se elevó con lentitud, como si le supusiera un gran esfuerzo. En cuanto se acercó a ella, distinguió una maleta a cada lado de sus piernas. Frunció el ceño y conectó la mirada con la violácea a manera de interrogación.

Se detuvo frente a ella y se cruzó de brazos a la espera de alguna respuesta. Tabitha no dejaba de saltar alrededor de su dueña y se paró en dos patas, poniendo las dos delanteras, la sana y la que tenía alterada de nacimiento, sobre el torso femenino.

—Hola, cariño. —Key se arrodilló para dejarse lengüetear por la perra—. ¿Me extrañaste? —preguntó mientras le rascaba tras las orejas.

Mark contempló la escena con cada vez mayor incertidumbre. ¿Qué hacía ella a su puerta? Tan solo mantenía la esperanza de que fuera debido a querer arreglar la relación y aún se preguntaba para qué eran aquellas maletas. Eso lo desconcertaba. Solo pedía que no fuera para devolverle sus llaves.

Key se elevó del suelo.

—Mark... yo... Traje esto. —Sacó una caja de DVD de la cartera multicolor que siempre llevaba consigo y se lo extendió.

—¿Qué es esto? —Se trataba de la película *Perfume de mujer*, la versión italiana con Vittorio Gassman.

—¿Una ofrenda de paz? Es la que nos gusta a ambos.

—¿Las maletas? —Hizo un ademán rígido hacia las dos que tenía a uno y otro lado de ella sin desfundar sus brazos.

—No estoy embarazada.

—¿Qué? —Ella había hablado tan bajo que Mark no había llegado a escucharla.

—No estoy embarazada —repitió con los ojos fijos en el suelo y con una postura tan vulnerable que Mark ya no pudo mantener su pose de orgullo herido. En dos pasos estaba junto a ella, la rodeó con los brazos y la pegó a él.

—Está bien, princesa. Todo estará bien —le aseguró al oído. Ella se aferró a su torso y dejó escapar un suave sollozo.

—Supongo que fue la tensión de las últimas semanas que aumentaron la frecuencia e intensidad de mis migrañas, por eso los vómitos y mareos.

—Yo también me había ilusionado, pero ambos sabemos que el momento no es el adecuado, princesa. —Después de un largo silencio en que ella seguía envuelta en sus brazos, Mark recordó su pregunta—: No me respondiste. ¿Qué traes en esas maletas?

—Mis pertenencias.

Aún continuaban apostados en la entrada del apartamento. Mark se separó de ella y le tomó el rostro entre las manos.

—No tienes que hacerlo.

No quería que tomara esa decisión porque se sintiera obligada. Él también tenía parte de culpa en la discusión que habían mantenido. Sabía que gran parte de la causa era su temor al abandono y al no ser valorado. Estaba decidido a hacer algo al respecto, pero no sabía cómo. Anhelaba conseguir convertirse en un hombre entero y no solo el vestigio de uno, debía buscar alguna clase de ayuda.

—Quiero hacerlo. Estuve pensando en lo que dijiste —mencionó Keyla—, de que casi estábamos conviviendo y es cierto. De siete días de la semana, seis estaba aquí. Por lo que si me aceptas, quisiera mudarme definitivamente contigo.

Mark lanzó una carcajada, no podía salir de su asombro. Y de lo hermoso que era el interior de la persona que tenía enfrente. No podía creer que durante tantos años habían estado enemistados hasta darse la oportunidad de transformar ese odio sin sentido en un amor maravilloso.

—Si te acepto, ¿dices? Tú eres la que debe sopesar si me acepta siendo tan... imperfecto.

—Nunca digas eso. —Key posó las manos sobre sus hombros y lo contempló con aquellos profundos lagos violáceos—. Eres perfecto para mí.

—Ven aquí. —La aferró de las manos y la atrajo a su pecho de nuevo—. Princesa, estos días sin ti han sido una tremenda tortura. Pero tengo algo que aclararte —dijo con falsa seriedad e hizo una pausa. El cuerpo de Key se tensó—. Tabitha y yo ya elegimos la película de esta noche. Tenemos dos opciones: miramos tu película después de la nuestra o...

—¿O? —preguntó Key con un ánimo divertido que igualaba el de Mark.

—O podemos recuperar el tiempo perdido, princesa. —Mark le dio un pequeño golpecito con un dedo en la nariz—. Me has tenido varias noches en abstinencia.

—Me agrada más la segunda opción.

Cada uno tomó una maleta y, sonriendo y bromeando, se adentraron en el apartamento con Tabitha brincando a su alrededor.

Capítulo 22

—Bien, bien, chicos. —Xav, alzado de su asiento, trataba que dejaran de hablar al aventar sus manos hacia abajo y llamar su atención. Lo que parecía una tarea imposible.

Cada miembro de S&P se hallaba en Molly's. También los acompañaba Gabe, a quienes tanto Alex como Mark se habían propuesto a sacar de su soledad.

Charlie se puso dos dedos en su boca y chifló. Ahora, esto sí logró su cometido. Ni una sola persona dijo una palabra más, cada uno se volteó hacia ella. Charlie sonrió de oreja a oreja y con la mirada le indicó a su esposo que prosiguiera.

Xav carraspeó y sus mejillas se ruborizaron, acentuando el tono azulado de su mirada.

—Ustedes nos han acompañado, a Charlie y a mí, desde el inicio de nuestra relación. Han estado en nuestros altibajos y queríamos hacerlos partícipes de este nuevo hito en nuestra historia.

Un jadeo general se oyó a lo largo de la mesa, y luego un silencio sepulcral mientras cada par de ojos estaba puesto sobre Xav y Charlie.

—¡Vamos a ser papás! —soltó Charlie, ya no aguantaba el discurso eterno que daba Xav para hacer el anuncio.

Chillidos brotaron por doquier e incontables brazos los rodearon y labios besaron sus mejillas. Un enjambre de personas los atraían de un cuerpo a otro para poder felicitar a la pareja y festejar con ellos la hermosa noticia.

Nick estaba feliz por ellos. Él mismo había sido uno de los que había estado en contra de la relación en un inicio. No había confiado en Charlie, con aquel aire de diva que siempre mostraba, pero tenía que confesar que ella no era lo que creía y que saltaba a la vista cuanto amaba a Xavier.

Posó la mirada en Key que se abrazaba a Mark mientras éste le corría un mechón hacia detrás de la oreja. El amor que resplandecía en sus facciones fue como un agujón en su corazón. Él deseaba tanto poder disfrutar de la persona que amaba frente a todos ellos, compartir sus alegrías con sus mejores amigos, su familia.

Al menos parecía que lo que fuera que ocurría con la pareja había desaparecido y habían restablecido la relación. No hubiera podido tener otro resultado, Mark y Key se amaban con locura.

Sin embargo, su felicidad se amargó en cuanto posó los ojos en su amiga, Sam. Ella se mantenía tan alejada de Alex. No la culpaba, su novio no había ido a buscarla. ¿Qué le pasaba al tipo? Alex sabía muy bien que Sam se quedaba en su apartamento. ¿Entonces por qué no había llegado pateando puertas y gritando que la amaba? Claro que el silencioso Alex no era de esos. Era de los que vivían su martirio en soledad hasta que la piedra se le hundiera bien dentro y allí quizás diera el primer paso. Y parecía que ello sería ahora mismo. Su amigo y jefe se alejó del resto y se dirigió hacia Sam.

—Sam —Alex la llamó por detrás y notó la tensión inmediata que invadió sus hombros. Se negó a darse por aludida y prosiguió con los ojos fijos en la escena que se desplegaba—. Samantha —volvió a llamarla, se acercó a su espalda hasta casi quedar pegado a ella y le pasó un dedo desde el hombro desnudo hasta la muñeca. Sintió el estremecimiento que la recorrió y tuvo que refrenar sus ansias de anclar sus brazos a su alrededor y no soltarla jamás. Eran tan acuciantes sus ganas de gritar y reclamarla como suya que sentía la boca seca.

—¿Qué quieres? —preguntó sin ni siquiera voltearse.

«A ti», gritaba su mente. ¡A ti! Pero las palabras jamás abandonaron su boca.

—Hablar.

—¿Sabes qué Alex? Ya no me resta nada que decirte. Estoy cansada.

En silencio, ella se marchó de su lado. Alex la observó alejarse y su corazón se hizo añicos. Un terror aún más grande que el que lo dominaba, el de convertirse en su padre, se apoderó de él. Perdía a la mujer que amaba, la que hacía que sus días cobraran sentido. La falta de aire se hizo evidente y tuvo que sentarse para no caer al suelo.

Sus amigos reían a su alrededor, sin embargo, él estaba ciego y sordo a cada manifestación de alegría. Su vida se había agriado. Ah, pero no *se*, él *la* había agriado. Él solito y por sus propios medios había acabado con la gran felicidad que el destino le había brindado.

Nick vio el intercambio entre sus amigos en silencio, desde el pequeño resguardo que le proporcionaba estar acomodado en un rincón del salón. Sin embargo, algo captó su atención desde la entrada del local. Sus labios se

estiraron en una sonrisa y su corazón comenzó a golpetear a lo loco en cuanto vio que por el pasillo que dejaban las mesas del bar se aproximaba Brian. No venía solo, lo acompañaban su hermana y su cuñado por delante, y colgada de su brazo estaba Morrigan.

Cerró las manos en puños y apretó las mandíbulas. Una piedra se le instaló en el estómago y la garganta se le cerró. Se maldijo por dentro por ser un crédulo e iluso enamorado. Brian saludó a todo el grupo y felicitó a la feliz pareja, apenas dando indicios de notarlo. Creyó que después de lo que habían compartido la noche anterior su situación cambiaría en ciento ochenta grados. Parecía que no era así.

No habían hablado sobre el asunto, pero había cosas que no necesitaban palabras y creyó que esto era una de aquellas. El amor se había manifestado en todo su esplendor la noche anterior en la habitación de hotel, no tenía dudas. Sin embargo, un día después Brian se presentaba con esta mujer y se mostraba tan acaramelado como si él no estuviera solo a unos cuantos pies de distancia.

Brian le dedicaba sonrisas sugerentes, le pasaba el brazo por los hombros y la atraía a su costado; y ella se colgaba de su brazo, le peinaba el cabello y le batía las pestañas. Se los veía tan encariñados que Nick pensó que en cualquier momento explotaría.

¡Nada había cambiado! Él seguía siendo la vergüenza, lo que debía esconderse debajo del tapete y hacer de cuenta que no existía. ¡Pero sí existía! Y lo que habían compartido no tenía nada de malo. Ya había pasado por esto y se había prometido no volverse a poner en esa posición. ¡Sin embargo, lo había vuelto a hacer! Era su culpa y de nadie más. Él se había hecho esto.

Desde un inicio sabía que su relación estaba destinada al fracaso. Y de no haberlo sabido, el hecho de que Brian estuviera esta noche con Morrigan lo confirmaba. Ella era la persona *adecuada* para acompañarlo, era hermosa y encantadora, pero lo más importante, no llevaba un pene colgando entre las piernas.

La mujer pelirroja se colgó de su cuello y le susurró algo al oído que hizo que Brian soltara una carcajada. Era demasiado, no podía ser testigo de la representación que se desarrollaba frente a sus ojos. La noche anterior, que había sido atesorada en su corazón, se rompió en miles de pedazos como un cristal desteñido. El dolor que lo embargó era tan profundo que se tornó intolerable.

Las lágrimas amenazaban con escapar de sus ojos, su garganta se cerró y

una combustión sin igual se esparció por sus entrañas. Sabía lo que era: ira. Una como hacía tiempo que no sentía. Contra Brian, contra él mismo. Sin pensárselo dos veces se apresuró hacia el cuarto de baño en busca de la soledad que precisaba para dejar salir el tormento nauseabundo que lo enfermaba.

Antes de poder dar dos pasos, alguien lo aferró del brazo impidiéndole la huida. Cuando alzó el rostro, se encontró con el preocupado de Andy. Tuvo ganas de besarlo por el solo hecho de la comprensión que bañaba sus facciones, aquella expresión de cariño incondicional que le brindaba. Posó su mano sobre la que lo agarraba y le dio un pequeño apretón, haciéndole saber que tenía en cuenta que Andy estaba para él. Sus labios formaron una ilusión de sonrisa y Nick desprendió los dedos de su brazo para continuar su camino.

Nick se aferró al mármol del lavamanos y hundió los hombros al tomar un profundo respiro, justo cuando oyó que la puerta del baño se abría. Alzó el rostro y se topó con Brian en el reflejo del espejo. Se apartó al acercarse el abogado a él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brian cauteloso y con el rostro inexpresivo.

Nick le dedicó una falsa media sonrisa que era desmentida por la tristeza que abundaba en sus ojos. Unos ojos que rebosaban en conocimiento y pena, pero por sí mismo y por lo que se acababa sin ni siquiera comenzar.

—¿Qué me ocurre? —repitió y soltó una carcajada amarga—. Nada, tan solo que veo a mi amante endulzado con una mujer delante de mis narices y yo sin poder impedirlo ni reclamarlo como mío.

—Nick...

—Ah, no, no apeles al bueno y comprensivo Nick porque él no está aquí esta noche —exclamó sin ocultar el enfado que lo poseía. Brian se aproximó e intentó tomarlo por las mejillas, pero Nick le apartó las manos con las suyas—. Ya no puedo seguir con esto.

—¿Qué? —preguntó Brian espantado. Su imperturbabilidad repentinamente desapareció para dar lugar a una gran gama de emociones en sus facciones.

—Sé que dije que seguiría hasta donde pudieras —continuó Nick más calmado, haciendo caso omiso del otro hombre, casi como si se lo dijera a sí mismo—, pero no puedo rebajarme a este nivel. ¡Maldición, no soy una puta!

—¡Nadie ha dicho que lo seas! —rugió Brian, con los brazos tensos al costado del cuerpo y las manos cerradas en puños.

—¡Entonces no me conviertas en una! Vamos, ve y blanquea nuestra relación

—lo desafió. Apuntó en dirección a la puerta de salida del baño y dio dos pasos hacia el otro hombre. Extendió su palma—. Salgamos juntos, de la mano, frente a todos.

Brian le dedicó una expresión angustiada y descendió la mirada al suelo que, de súbito, captaba su total atención.

—No puedo.

—Yo tampoco —se lamentó, y se encaminó hacia la salida.

Brian lo volteó al agarrarlo del brazo e impedir que se marchara. Lo aferró de las mejillas y presionó sus labios sobre los de Nick con ansia y lujuria, estampándolo contra la puerta con un ruido sordo. Los cuerpos se pegaron uno al otro y la excitación los recorrió una vez más, desatando el deseo embravecido que los caracterizaba.

Nick se separó de esa boca que lo mareaba y le robaba la capacidad de pensar.

—¿Eso es lo único que me ofreces? —preguntó con voz sofocada.

—Sabes que no —susurró Brian.

—Lo sé, bebé. Pero solo puede darse en la oscuridad de cuatro paredes. Es lo que te prometí, pero me siento esclavo de mis palabras y ya no puedo afrontarlo.

—No te vayas —rogó Brian, y le deslizó los pulgares a lo largo de su mandíbula en una suave caricia.

—Sabes lo que siento por ti —le aferró los dedos en su mano—, y entiendes la tortura que es verte en los brazos de otra persona —dijo después de posar la frente contra la del abogado y tomarlo por detrás del cuello—. Sé que aún no puedes escuchar esas dos palabras. —Alzó el rostro hacia Brian y le acarició la mejilla derecha con la punta de los dedos, esperando alguna palabra del otro hombre, pero sin obtener ninguna—. Tú mantienes dos vidas, una hetero y una homo. Si quieres seguir conmigo, tienes que elegir una, y sabes cuál. No creo que estés preparado, y está bien, Brian. —Dejó caer la mano que lo acariciaba, laxa, al costado—. No soy la persona adecuada para que mantengas esa disociación que precisas. Yo ya estoy del otro lado de la vuelta, bebé, y tú recién la inicias.

Nick tiró despacio de su brazo, que se soltó del agarre de Brian sin dificultad. Salió por la puerta sin echar una mirada al hombre que dejaba atrás, pero no por eso no se sintió como si le robaran el aire de los pulmones. Su corazón dejó de latir al saber que se hallaba ante una despedida sin marcha

atrás y que el amor de su vida quedaba en ese maldito baño.

En cuanto Brian se quedó solo, dio una patada a una de las puertas de los cubículos dentro del baño al tiempo que lanzaba un gruñido hondo y lastimero. Dejó salir toda la furia y la frustración que lo carcomían ante las palabras de Nick y el quiebre de la relación endeble que disfrutaban. Sabía que Nick estaba en lo cierto, que cada maldita palabra era cierta. Sin embargo, no podía darle lo que precisaba, era un cobarde.

—¡Mierda! —gritó contra su propio reflejo en el espejo—. ¡Mierda, mierda, mierda! —Golpeó el mármol del lavabo con el puño hasta que le palpitó de dolor.

Parpadeó unas cuantas veces para evitar que las malditas lágrimas, que jamás había derramado por una mujer, ahora empañaran sus ojos a causa de un hombre. Era un maldito, un miserable que se había aprovechado del amor de Nick por él. Sabía que el hombre le profesaba sentimientos intensos desde el primer momento en que se conocieron y se sentía como si hubiera jugado con él. ¿Lo había hecho? ¿Había jugado con Nick? ¿Tan solo estaba experimentando? ¿Había sido algo más profundo?

Miles de preguntas se agolpaban en su mente y lo mareaban como un carrusel. Sin embargo, no podía negar el estrujamiento en su corazón. ¿Qué significaba esa sensación? ¿Qué sentimiento evidenciaba? ¿Tendría razón Nick y no estaba preparado para recibir ni para pronunciar esas dos palabras? Preguntó en silencio al reflejo en el espejo.

Jamás las había dicho, sin embargo, presentía que no le sería difícil emitirlas por Nick. Salvo que no podía darle lo que conllevaban, la revelación de su relación públicamente, como él merecía. Para ello, debería confesar las emociones que reservaba para un hombre, el hecho de que solo una persona de su mismo género las había despertado.

Estaba perdido, y solo apostó a salir del refugio del baño del bar, buscar a Morrigan, su hermana y Derek para irse con alguna tonta excusa y regresar a su apartamento, donde poder ocuparse de su dolor y confusión en privado.

Capítulo 23

—Al fin los tengo a los dos solos para mí —dijo Sarah con aquella voz cantarina.

Alex tenía la mirada fija en ella. Sarah se movía por la cocina a saltitos; disponía las galletas, tazas y cafetera sobre la mesa mientras las palabras brotaban de sus labios a borbotones. Poseía una sonrisa de oreja a oreja que evidenciaba la alegría constante que la caracterizaba. Parecía una pequeña hada con su cabello rubio cortado a la altura de la mandíbula y contextura pequeña; vestía una túnica rosada sin mangas y larga hasta las rodillas, en los pies llevaba unos zapatos planos amarillos y en la muñeca derecha tintineaban unas pulseras de piedras de un verde brillante. Excéntrica y extrovertida. Tan distinta a él. Aunque fuera su hermana de sangre y no compartiera ni una gota de esta con Mark, siempre había pensado que Sarah se asemejaba más a su hermano del corazón que a él.

Mark la contemplaba con la barbilla sobre sus manos unidas y con los codos en la mesa, en cambio, Alex estaba sentado de una forma tan rígida que la espalda le dolería de lo recta que se situaba si no fuera que estuviera acostumbrado. Ambos se hallaban embelesados y un poco hipnotizados por la personalidad de Sarah, quien no había parado de hablar y pasar de un tema a otro desde que habían llegado, sin dejarles meter ni un solo bocado.

—¿Max y Gennie? —preguntó Mark interrumpiendo el soliloquio femenino.

Sarah giró con su abultado vientre de casi siete meses. Las mejillas se le habían redondeado y las tenía siempre sonrosadas; lo más adorable era ese brillo en su mirada y una expresión de auténtica felicidad que resultaba contagiosa.

—Los mandé a pasear por un rato *bien* largo. —Hizo un ademán con una mano y sonrió—. Quería a mis hermanos solo para mí por un par de horas.

Alex la miró y sin saber por qué presintió que la reunión era una pequeña emboscada. Su hermana tenía aquella expresión calculadora que conocía tan bien. Había sido un día agotador en S&P y más aún con Sam manteniéndose alejado de él a cada instante. Había requerido toda su fuerza de voluntad para no explotar, y sus energías estaban drenadas a esa altura de la tarde. No necesitaba esto. No ahora.

Sarah se dispuso a servir el café y el aroma colmó sus sentidos. Hacía tanto que no bebía una maldita taza de aquel brebaje. El pensamiento lo puso triste. No bebía más café porque Sam le había explicado que no era saludable hacerlo en exceso y él lo había bebido a todas horas antes de ella. Sam le preparaba infusiones de diversas hierbas y café de algarroba y de higos, le *deshidrataba* galletas riquísimas de semillas y frutos secos y hacía unos quesos untables que no tenían comparación con los que llevaban leche de vaca. Sin percatarse, había adquirido una alimentación más sana y sin ingredientes de origen animal. Lo cuidaba como nadie antes había hecho. Él acostumbraba a preocuparse por todos, pero no que lo hicieran por él, y tenerla a ella enfocada en cada cuestión de su vida, verla sonreír día tras día, sentirla a su lado en la cama, despertar a su lado lo hacía feliz. Ella lo llenaba y completaba como nadie antes. La extrañaba tanto que su vida parecía una caminata constante sin rumbo fijo.

Sarah tomó asiento frente a ellos, y para Alex parecía que estuviera por rendir alguna clase de examen. Conectó la mirada con Mark y pudo precisar que su hermano se sentía igual. Ella se mantenía en silencio y una Sarah silenciosa era más temible que una que vomitaba palabra tras palabra.

—Bien, ahora quiero que me digan qué demonios pasa.

—No sé a qué te refieres —se defendió Mark.

—Nada —contestó escuetamente Alex.

Sarah solo pasó los ojos negros, como los de su hermano de sangre, de uno a otro. Aplanó los labios y sacudió la cabeza.

—Mark, estuviste hecho una piltrafa por días. Ya veo que con Keyla todo se ha arreglado, pero aun así. —Apuntó primero a uno y luego al otro con un dedo en alto al mejor estilo de maestra de escuela—. Alex, tú aún estás hecho un desastre andante y solo me hace recordar a cuando Sam y tu discutieron y ella terminó viviendo en mi casa.

—¿Estamos en alguna clase de intervención? —preguntó Mark con el ceño fruncido, pero con una sonrisa que desmentía el enfado que pretendía mantener—. Sabes que no debería ser una sola persona para intervenir a dos, sino al menos al revés, ¿verdad?

Sarah bufó y Alex se mantuvo imperturbable, aunque sabía que eso no engañaba a su hermana. Ella lo conocía demasiado bien.

—Me enviaste al terapeuta más de una vez y te hice caso —le refregó a Alex con un dedo en alto—. ¿Y saben qué? Mi relación con Max va sobre

ruedas ahora. Me estaba autodestruyendo sin percatarme de ello, y veo lo mismo en ustedes. Lo que no tengo en claro es por qué lo que me indicaron para solucionar mis problemas no aplica en sus casos.

—No es lo mismo —replicó Alex.

—Voy a hacerlo —dijo Mark al mismo tiempo, sorprendiendo tanto a Alex como a Sarah.

—¿Qué? —preguntó Alex con un tono acusatorio. Fue como una bofetada, ellos no hablaban sobre el pasado. Jamás. Lo mantenían bien enterrado en su interior, cerrado bajo siete llaves como debía estar.

—No puedo seguir así, viejo —se lamentó Mark, perdiendo la diversión que había mantenido hasta entonces.

—¿Así cómo? —le espetó Alex, cada vez más enfadado con Mark. Era como si este lo hubiera traicionado.

—También, autodestruyéndome —dijo al hacer un ademán con la barbilla hacia Sarah. Derrumbó los hombros y agachó el rostro, como si sintiera vergüenza frente a ellos que habían pasado por tanto juntos, y eso desarmó a Alex e hizo que todo el enfado desapareciera de golpe—. Casi arruino lo mejor que me ha sucedido, hermano. Keyla lo es todo, pero no solo por ella, sino por mí —explicó con vehemencia—. La sensación de vacío que me posee cada vez que ella y yo tenemos un entredicho es demasiado intensa como para controlarla. Esta última vez peleamos y rompí nuestra relación.

Sarah jadeó y lo tomó de la mano que tenía sobre la mesa.

—Mark, ¿por qué no nos contaste?

—¿Contar qué? ¿Qué tenía tanto miedo a que me abandonara que antes de que lo hiciera, le dije que ya no había nada entre nosotros? El terror a que ya no me amen y que no me valoren no lo puedo manejar, tengo que hacer algo. No quiero sentirme de esta manera. Quiero disfrutar cuando mi hermano me diga que se muda a una casa para comenzar una nueva vida con su mujer —posó los ojos en Alex y este vio las emociones que inundaban a Mark—, y no que un agujero se apodere de mí por temor a que la distancia haga que se olvide de mí. —Hacía alusión a cuando Alex le transmitió la noticia que debía ser un hecho feliz, pero a Mark le había provocado un ataque de pánico.

—Eso jamás sucederá —argumentó Alex, sin embargo, no estaba seguro que Mark lo hubiera oído.

—O si mi hermana me presenta al que será su marido no sienta que la pierdo para siempre. —Otra situación pasada que Mark la había vivido con

angustia. Alex recordaba cómo se había enloquecido y se había proclamado en contra de la relación de Sarah y Max, claro que él mismo tampoco había estado de acuerdo en un principio—. Quiero disfrutar esos hitos felices en sus vidas. No quiero más pesadillas ni estar esclavizado por mi pánico.

—Tus pesadillas ya no son tan frecuentes, ¿cierto? Y desde que Key y tú están juntos no has tenido otro ataque.

—Alex... —Mark lo observó con una expresión triste, y a Alex se le estrujó el corazón. Sabía lo que hacía, no quería que su hermano cambiara porque ello implicaría que él debía hacerlo. Se sintió un miserable egoísta—. Voy a consultar a un terapeuta. Debo hacerlo.

—Pero tú no hablas del pasado.

—Quizás sea tiempo de hacerlo.

—Y yo te felicito —dijo Sarah y miró a Alex con una expresión amonestadora para luego volver a centrarse en su otro hermano—. Debes dejar toda esa mierda atrás y no hay mejor manera de hacerlo que sacarla fuera.

No podía soportarlo. Alex se elevó del asiento y se apresuró hacia la puerta de la cocina, pero antes de alcanzarla unos brazos lo rodearon por la cintura y lo detuvieron.

—Espera, hermano —le suplicó Mark a su oído. Lo tenía pegado a su espalda y apoyaba la barbilla en su hombro—. Habla con nosotros.

—Tú no entiendes.

—Sí, lo hago. ¿Crees que para mí es fácil? Porque no lo es, pero no puedo seguir así y tú tampoco.

—Yo... n-n-no pu-p-p-puedo, Mark. Ha-ha-hablar con un ex-ex-extraño... —Sacudió la cabeza y la dejó caer hacia adelante.

—Lo sé. —Mark le acarició el cabello, aun sujetándolo con un brazo alrededor de su cintura como si temiera que huyera en cualquier momento—. Podemos hacerlo juntos, te acompañaré.

Alex volvió a negar y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Por qué lo ponían en esta posición? ¡Eran sus hermanos, maldita sea! Debían comprenderlo y no hacerle ir más allá de sus límites.

—Si yo puedo, tú también. Eres más fuerte que yo y lo sabes.

Sarah los observaba en silencio, parada a unos pasos de ellos, con las manos aferradas al frente de su vientre. Su mirada se veía aguada y Alex

apartó los ojos de ella. No podía, no era tan fuerte como ellos creían.

—Sam me abandonó —susurró tan bajo que Mark casi no lo oye y definitivamente la frase no llegó a los oídos de Sarah. Mark acentuó el agarre a su cintura y pegó la mejilla a la suya—. Quiere un bebé, y yo no puedo. —Su cuerpo comenzó a temblar y se hubiera derrumbado si no fueran por los brazos de Mark a su alrededor.

Sarah se acercó a un costado y le puso una mano en el brazo.

—¿Por qué no, Alex? Ya has sido padre antes. —Ante su mirada desconcertada, ella prosiguió—: Me criaste a mí y cuidaste de Mark. Eres el único padre que conozco a pesar de que no tengas edad para serlo. Eres maravilloso con Gennie y no dudo que también lo serás para este nuevo bebé —enfaticó al extender sus manos sobre su vientre redondeado.

—Es cierto, hermano —susurró Mark en su oído—. Escucha a Sarah. Mira qué buen trabajo hiciste con ambos. Tan mal no te salimos, ¿cierto?

—Tú no me ves como tu padre —argumentó con una media sonrisa.

—Bueno, no —rompió en una carcajada—, más bien como un hermano mayor aunque tengamos la misma edad. Hoy, digamos que me toca a mí ser el hermano mayor, Alex. Tus demonios son tan profundos y antiguos como los míos. Y, viejo, ya no podemos continuar cargándolos en nuestras espaldas.

—Lo sé.

—Enfrentaremos esto junto como hemos hecho con todo hasta ahora.

—Su-su-suéltame, Mark.

—No.

—No huiré, solo hazlo. —En cuanto Mark desprendió el agarre de acero a su cintura, Alex se volteó y amplió los brazos para dar lugar tanto a Mark como a Sarah en su abrazo—. Tres contra el mundo, ¿cierto?

—Siempre —dijeron Mark y Sarah al unísono.

Brian observaba a Morrigan y Derek. Charlaban junto a la ventana de su living mientras disfrutaban de una bebida. Sin embargo, la escena se le antojó extraña. Hacía días que no veía a Nick y, en la profundidad de su ser, sabía que era la persona que debía estar en su apartamento en ese instante, no Mor. Por mucho que la apreciara, ella no ocupaba aquel lugar especial en su interior.

Su mente le gritaba que Mor era apropiada. Era encantadora y hermosa, ¿pero cómo hacía para hacer entrar en razones a su corazón? Penaba por el hombre que lo había dejado plantado en un baño, uno que le exigía un comportamiento que no podía realizar. Uno que le había prometido que no lo presionaría, y no había hecho otra cosa más que hacerlo, una y otra vez. Debería estar enfadado con Nick, sin embargo, una gran tristeza se había apoderado de él. Nunca se había sentido más libre que las noches compartidas con Nick.

No obstante, cuanto más contemplaba a Mor deambular por su apartamento como si fuera propio y charlar con su cuñado y hermana de una forma que ya parecía parte de la familia, todo él gritaba que la escena no era correcta. Había algo o más bien alguien que faltaba. Alguien a quien extrañaba tanto que dolía en sus entrañas.

Se acercó a la mesa de las bebidas alcohólicas y volvió a verter una buena medida de *whiskey* en su vaso.

—Me agrada Mor. —Brian se tensó ante la voz de su hermana. Por suerte la tenía a su espalda y ella no pudo ver la expresión de su rostro, la que pronto escondió debajo de una imperturbable.

—Es una buena persona.

—Es más que eso, Brian. ¡Por favor! Es preciosa y simpática. A mamá y papá les encantará, ya lo verás.

Era cierto. Mor les encantaría a sus padres. No habría recriminaciones si se las presentaba, ni nadie se sentiría defraudado ni desilusionado por él. Morrigan era el encanto personificado. Posó sus ojos de nuevo en la pelirroja que era su mejor amiga, pero nada más. Ella lo miró y le brindó una cálida sonrisa. La quería y mucho, pero sabía que jamás la llevaría a la casa de sus padres. No era esa la clase de relación que quería mantener con Morrigan. Era más, quería retornar a una amistad sin los beneficios que habían desarrollado, lo que suponía que Mor ya sospechaba.

Desde que había estado con Nick no había vuelto a tocarla. Mor no era tonta, algo presentiría que ocurría, lo notaba en su mirada y su sonrisa tensa; sin embargo, era de las que se adaptaban a las circunstancias y actuaba el papel que el momento requería. Como en esta tarde, en la que representaba el papel de novia modelo sin cuestionarlo. Dios, la quería demasiado y maldecía a su corazón por no poder sentir algo más profundo por aquella mujer maravillosa que se había convertido en la mejor y única amiga que poseía.

Tampoco sería justo para ella. La conocía demasiado bien como para conocer lo que ella ambicionaba. Lo sabía hacía tiempo. Ella se acostaba con él, pero bien adentro en su corazón esperaba al hombre ideal, aquel que le movilizara el terreno bajo sus pies como Nick había hecho con él.

Estaba tan cansado de la lucha que su mente y corazón mantenían a diario sobre lo correcto y adecuado; lo que debería hacer y lo que realmente él deseaba. Ya no tenía las energías suficientes para tomar las riendas y hacer lo que él quería, así que dejaba que la maldita homeostasis se hiciera cargo de su vida. Lo que suponía un vacío en sus entrañas que ni siquiera sabía que poseía antes de Nick.

Oía a Mica hablar, como un murmullo de fondo, de las virtudes de Morrigan y cuánto sus padres la adorarían, a lo que asentía sin atención. Su pensamiento no hacía más que fluir hacia el rostro herido de Nick en ese baño, a cuanto lo había dañado y al temor de no poder restablecer el vínculo que habían creado.

Se bebió de un solo trago el líquido ambarino y decidió que, una vez que su hermana y cuñado regresaran a Los Ángeles, se enfrentaría a Nick. Lo necesitaba en su vida, solo que no podía hacerlo al descubierto. Al menos, aún no.

Se maldijo por lo hijo de puta en que se había convertido. En el fondo esperaba que Nick aceptara lo que le propusiera debido a los sentimientos profundos que siempre le había profesado. Cerró los ojos con fuerza. Era un malnacido. ¿Qué mierda pensaba? ¿Manipular a Nick con lo que sentía para que volviera a su vida? ¿Y lo mantendría en secreto de nuevo?

Quería gritar que «no», pero necesitaba respirar y desde que Nick había desaparecido de su vida, era como si le hubieran quitado la capacidad de inhalar aire a sus pulmones.

Capítulo 24

—¿Qué es lo que te ocurre? Y no me vengas con «nada» —lo increpó Sam a su lado. Estaban sentados en el sillón de su living mientras aparentaban mirar una repetición de la *sitcom Sanfield*—. Te conozco lo suficiente para saber que algo te pasa. Yo me destripé contigo, y no es que exija lo mismo, pero...

—Pero es lo que pretendes —le recriminó Nick y lanzó un profundo suspiro.

Andy, quien se hallaba en el sofá en diagonal a ellos, le hizo una seña a Sam al pasarse la mano por debajo de la barbilla, dando a entender que no prosiguiera, pero ella no se dio por enterada.

—Solo me preocupo por ti. Salías con alguien, ¿cierto? ¿Qué pasó? ¿No prosperó?

Andy notó la tensión creciente en Nick, cada músculo de su cuerpo estaba rígido y el hombre se veía a punto de explotar en cualquier instante.

—¡Sam! —la llamó Andy y clavó la mirada en ella con intención.

—¿Qué? También es mi amigo y quizás pueda ayudar —le espetó Sam a Andy, deslizándose hasta el borde del sillón siena.

—No en esto —marcó Nick tajante—. Aprecio tu preocupación. Cuando esté listo te contaré. Ahora no es el momento.

Sam aferró una mano de Nick en la suya, dándole un ligero apretón.

—Está bien —concedió con voz queda—, solo debes saber que para lo que precisés siempre estoy.

—Lo sé, amor. —Nick le pasó un brazo por los hombros y la estrechó contra su costado—. Que trío que estamos hechos.

—A no, a mí no me metan en sus desventuras amorosas. —Andy se percató que Nick estaba al límite. Había estado a punto de pararse del sofá y dejar plantada a Sam hablando sola. Se había creado un ambiente tenso con el humor entre cabizbajo y enfadado de su amigo, uno como no le había visto nunca antes.

—Cierto, tú te has convertido en un monje —contraatacó Nick y le guiñó un ojo. Había agarrado la mano de salvataje que le había lanzado Andy y relajado el ambiente—. Lo olvidaba.

Sam rompió en carcajadas ante la broma de Nick. Andy, en cambio, respondió con algo inteligible y muy parecido a un gruñido que hizo que tanto Sam y Nick se carcajearan aún más.

Andy se lo dejaría pasar. El hombre necesitaba un escape y si se lo daba tomarle el pelo, pues que lo hiciera. Por lo que terminó él mismo riéndose de su propia situación emocional, o más bien, la falta de ella.

El sonido del timbre hizo que las risotadas menguaran. Apenas.

—¿Alguien más estaba invitado? —preguntó Sam y vislumbró la esperanza en la expresión de Nick.

Ella no tenía idea de a quién había estado viendo Nick. Se había percatado de sus conversaciones telefónicas a escondidas y cómo en un par de ocasiones se había escurrido sin que ella lo notara. Sam no había hecho preguntas, él le contaría a su tiempo, solo se había contentado con verlo feliz. Sin embargo, ese instante de dicha plena que le había visto vivir se había evaporado de la noche a la mañana.

En cuanto Nick abrió la puerta, no fue el mundo de él el que se tambaleó, sino el suyo. Alex. Él estaba apostado al otro lado de la placa de madera. Cuando posó sus ojos negros en ella, Sam se quedó sin aliento. Él era prepotente, tirano y hasta a veces dominante, ah, pero también era cariñoso, tierno y vulnerable. Todas aquellas características fluían en aquella mirada oscura que hizo que sus rodillas se aflojaran. Por suerte continuaba sentada en el sofá.

—Sam, necesito hablar contigo. —Permanecía en el rellano de la puerta y desde allí se dirigía a ella, apenas le dedicó un asentimiento de cabeza a los dos hombres a modo de saludo.

—No hay nada que decir.

Alex miró de soslayo a Nick y Andy, evidentemente incomodo de mantener esa conversación en presencia de ellos.

—Y-y-yo. —Alex tomó aire, y Sam se odia por hacerlo tartamudear frente a sus amigos. Sabía cuánto odiaba Alex el no lograr hablar de corrido. Lo que fuera que había estado por decir murió con su tartamudeo. Sam alzó la mirada a él, pero Alex contemplaba el suelo con el ceño fruncido. Luego conectó la vista con la de ella; decidido y con voz gélida prosiguió—: Necesito contarte algunas cosas. ¿Podríamos hablar en algún sitio?

—Aquí está bien.

—Pensaba en una cafetería o un bar.

Se observaron en silencio. Ella sentada y él aún de pie. La piel de Sam se erizó ante aquella atenta mirada sobre ella. Había olvidado lo caldeada que podía llegar a ser a pesar de que su rostro se mantuviera impasible.

—Por favor —susurró Alex, aún con aquella frialdad que le permitía hablar con fluidez. Ah, pero Sam lo conocía como nadie y distinguía la calidez debajo de su tono glacial. Él extendió una palma hacia ella y Sam no pudo resistir alzarse de su asiento y apresurarse a tomársela.

En el instante en que esos dedos envolvieron su mano, cada terminación nerviosa de su cuerpo gritó como si despertara de un sueño demasiado prolongado.

Salieron del apartamento y caminaron hacia una cafetería a media cuadra del edificio. Un silencio mortífero se instaló entre ellos, sin embargo, sus manos entrelazadas jamás se separaron a lo largo del trayecto.

Tomaron asiento a una mesa en una esquina, alejada de las otras pocas que se hallaban ocupadas, cerca del ventanal del frente. Se contemplaron por unos cuantos segundos sin que ninguno pronunciara una palabra. Sam tenía en cuenta que ella no sería la primera en hablar, así que o Alex decía algo o permanecerían en silencio por tiempo indeterminado.

—Sa-sa-sa —Alex gruñó e inhaló con profundidad—, sabes lo que mi padre me hacía.

Alex jamás hablaba de su pasado. Lo poco que Sam se había enterado había sido por boca de Sarah. Que él lo mencionara la había dejado estupefacta. Solo se limitó a asentir a manera de respuesta.

Antes de que él pudiera continuar, apareció el camarero para tomarles la orden. Ella pidió un jugo de naranja exprimido y él, un café. Ella le frunció el ceño ante la bebida, sin embargo, él tan solo alzó un tanto una de las comisuras de su boca y enarcó una ceja. Era un desafío y ella lo sabía. Se mordió las mejillas para contener la risotada que amenazaba con escarpársele. Aunque no evitó que su corazón palpitara con frenesí. ¡Cuánto había extrañado a Alex!

Lo veía todos los días en S&P, pero esta complicidad que había entre ambos, la forma en que se comunicaban con solo mirarse, era lo que tanto le había faltado en estos días. El amor que sentía por Alex le brotaba por cada poro al tenerlo en frente con aquella ceja enarcada solo para ella.

En cuanto trajeron las bebidas, Alex rodeó la taza con ambas manos y mantuvo su atención en el líquido oscuro. Un manto tenebroso parecía haberse

vertido sobre él.

—Siempre he tenido miedo a ser como él —susurró tan bajo que Sam tuvo que hacer un esfuerzo para oírlo.

—Eso es imposible. —Sam enfatizó la negación al sacudir la cabeza de un lado al otro sin apartar sus ojos de su novio.

—¿Cómo lo sabes? —Alex alzó el rostro a ella.

—Porque te conozco demasiado, quizás hasta mejor que tú. —Él hizo un gesto desdeñando sus palabras—. ¿Sabes lo que percibo cuando te veo? Que serías excelente como padre, Alex. No habría alguien mejor a quien pudiera elegir para tener un hijo. Eres amable, cariñoso y flexible... en ocasiones —agregó con una sonrisa que hizo que él soltara una pequeña risa—, también sabes marcar bien los límites cuando hace falta, pero lo haces desde el amor. Jamás temería que me levantarás la mano y mucho menos con una criatura, tienes un instinto natural de proteger al prójimo. Mira lo que hiciste con Xavier cuando Charlie lo había desilusionado, lo tomaste bajo tu ala en cuanto sentiste que él no se encontraba bien. Como te comportas con Sarah y con Mark, tienes un instinto paternal del que creo no tienes noción. Por lo que saca esas tonterías de tu cabeza. Y si no puedes, siempre estaré yo a tu lado para protegerte a ti de esos pensamientos odiosos. —Se inclinó sobre la mesa y estiró sus brazos para tomar las manos de Alex en las suyas—. Me gustaría que alguna vez pudieras verte desde el cristal con el que yo lo hago, cielo. Eres tan hermoso por dentro.

Alex acercó los nudillos de Sam y les regaló un beso perezoso en cada uno.

—Sé que mis miedos son irracionales, que no tienen ninguna lógica —murmuró, observándola por encima de sus manos unidas.

—Alex, yo he estado allí, ¿recuerdas? —A Sam se le dificultaba pensar y mantener una conversación coherente mientras disfrutaba de las caricias de Alex. Sin embargo, ella también había tenido su cuota de miedos absurdos, y tenía que hacerle entender que no se hallaba solo—. Pero tomé los riesgos suficientes como para construir una relación contigo y que pudiéramos conseguir convivir.

—Lo sé, cielo. Lo sé y quiero poder superar esto. —Alex le acomodó las manos sobre la mesa y se desprendió de ellas.

—Lo haremos, pero debes abrirte a mí. Sé que es difícil —dijo antes de que él pudiera argumentar nada.

—Quiero una familia como tú, Sam —soltó de sopetón—. Quiero ese futuro

que me pintas con tantos colores.

Ella pudo ver la veracidad de sus palabras en sus facciones. Veía el anhelo y también el temor ante esa emoción.

—Entonces arriésgate conmigo, Alex. No voy a soltarte, como espero que tú tampoco lo hagas.

—Jamás.

Sam sonrió y se elevó de su asiento como un cohete. Se apresuró hacia él, le rodeó el cuello con los brazos y se acurrucó en su regazo. Alex la estrechó contra él mientras sus labios se unían en un beso, lento y profundo.

—Derek —llamó Mica a su esposo. Derek la contempló por unos segundos y asintió con la cabeza mientras que una sonrisa que Brian no quería interpretar se dibujaba en su rostro. Tenía que recordarse que ese hombre era la pareja de su hermana y el padre de su futuro sobrino.

Su cuñado y su hermana intercambiaron una mirada.

—Sí, cariño. Nosotros nos despedimos por hoy.

Brian bufó. Se asombraba de la capacidad de Mica y cuñado de hablarse solo con los ojos. No tenían que mediar palabra para comprender lo que el otro quería expresar. Sacudió la cabeza y se acercó a la ventana con el leal vaso en su mano, uno que se aseguraba de llenar en cuanto se vaciaba.

Mica se acercó a él. Le dio un breve beso en la mejilla y le sonrió con aquella expresión picaresca. Él se mantuvo impassible, no quería darse por enterado acerca de los pensamientos o presunciones que su hermana hacía con respecto a Mor y él.

En cuanto Mica y Derek se despidieron, Mor se acercó con un vaso en una mano y le posó la otra en la mandíbula. Ella aproximó los labios a los suyos, pero en el último segundo Brian se volteó, por lo que el beso le cayó en la comisura.

Mor dejó escapar una breve risa que no hacía más que enfatizar su femineidad. Se apartó y deslizó los dedos por el respaldo del sofá grisáceo hasta quedar a unos cuantos pasos de él.

—Supongo que hoy no estás de ánimos —dijo con un aire divertido que desconcertaba a Brian. Había esperado que se enfadara o le replicara el desaire de las últimas semanas.

—Mor...

—Tal vez sea un rostro más áspero que el mío el que deseas.

Brian se tensó, estupefacto, y clavó la mirada en la mujer que deambulaba en círculos por la sala como si tal cosa. Siempre con aquel andar etéreo que la hacía ver como si flotara.

—No sé de qué hablas.

Morrigan irrumpió en carcajadas. Ella sabía, podía verlo en su rostro. Sin embargo, lo que también distinguía era la falta de prejuicio, lo que desorientaba a Brian aún más.

—No, claro que no. —Ella sacudió la cabeza y le sonrió. Sin embargo, Brian distinguió la tristeza en sus ojos—. Mantienes ese corazón tan resguardado que no le das ni siquiera la bondad de sentir, ¿cierto? ¿Pero sabes qué? No creo que te haga caso y sienta aunque se lo prohíbas.

—Morrigan, ¿qué mierda te sucede?

Ella acortó las distancias con paso decidido y una expresión furibunda. Se plantó a un par de pasos de él con las manos en las caderas y las piernas separadas. Era realmente digna de ver, con su cabello rojizo y aquellos ojos embravecidos. Era pequeña y con curvas apreciables, sin embargo, Brian no sintió que su corazón palpitara más rápido, solo que un intenso cariño se desparramó por él. La amaba, pero era un amor fraternal. A pesar de que hubieran compartido la cama en más de una oportunidad, nunca hubo otra clase de sentimiento entre ellos.

—Eres un idiota. —Le dio un pequeño golpe en el hombro con la mano abierta—. Eso es lo que me sucede, Brian. —Mor gesticuló con las manos y su rostro se tiñó de rojo. Brian había visto pocas veces a Morrigan enfadada y siempre lo sorprendía como cambiaba como el día en la noche de ser una mujer dulce en una bruja—. ¿Es que acaso crees que soy tonta? ¿Que no he visto el intercambio de miradas entre ustedes?

—¿Y tú acaso te has vuelto loca? —Ahora era él el que se enfadaba con ella. ¿Por qué? Por el simple hecho de lograr ver a través de él, de conocerlo como nadie y no poder venderle la misma máscara que al resto.

—Si no tengo razón, entonces vamos a tu cuarto —lo desafió con los ojos llameantes.

—¿Estás celosa? —explotó—. ¿Es eso?

Morrigan negó con la cabeza y sus facciones se tornaron apesadumbradas.

—No te hagas esto, Brian. —Ella se aproximó y enlazó los dedos con los

de él—. Te quiero y lo sabes. Jamás creas que no anhele tu felicidad.

—Mor, no sigas, cariño. —Brian se desasíó de su mano y le pasó el brazo por los hombros, atrayéndola a él.

—Me percaté apenas apareció aquella noche en tu puerta. Cuando me encontré aquí dentro, vi el desconcierto y luego el dolor en su cara. ¿Pero sabes qué es de lo que también me di cuenta? —Brian negó con la cabeza—. De como tú lo contemplabas, el deseo y el ansia en tus ojos, Brian.

—No puedes decir nada —susurró y se maldijo ante el tinte amenazante de su voz.

—Sabes que jamás lo haría. —Morrigan se abrazó al torso de Brian y apoyó la mejilla en su pecho—. ¿Qué pasó? Nunca te había visto tan feliz como en las últimas semanas. —Brian apretó las mandíbulas, luego dejó escapar un profundo suspiro y su cuerpo se relajó contra el femenino.

—¿Estás bien con que yo y él...?

—¿Estén juntos? ¿Es que no me has escuchado? —Mor le dio un pequeño golpe con su puño en el pecho—. Te quiero.

—Lo sé, pero...

—Te quiero a ti —enfaticó al aferrarlo de las mejillas—. No me importa lo que hagas ni con quien, eres mi mejor amigo y quiero que seas feliz.

—Como me hubiera gustado haberme enamorado de ti, Mor. —Enredó los dedos de una mano en los cabellos rojizos y le sonrió con sumo cariño. Ella era un ser especial, solo que no se veía a simple vista. Había que llegar a conocerla en profundidad para descubrirla.

—¿Para sufrir, cariño? Porque bien sabes que yo no estoy enamorada de ti.

—¿No? —preguntó Brian con una sonrisa sardónica.

—Claro que no. —Mor se desprendió de sus brazos y bailoteó por la sala—. Eres demasiado apagado para mi gusto. Como le he dicho a tu novio, tienes inventiva en la cama, pero, cariño, yo necesito algo más para que este corazoncito tamborilee.

—¿Es que hay alguien por ahí?

Brian dejó el vaso en la mesa ratona, se cruzó de brazos y conjuró una expresión de falso enfado. Mor primero rio ante la ocurrencia, luego alzó sus ojos de un color almendra y espigas verde y él pudo vislumbrar el anhelo en ellos.

—No, estoy sola —murmuró en tono apagado.

—¡Ey, eso no es cierto! Me tienes a mí, Mor. Lo sabes.

—Sí, lo sé. Me refiero a que estoy sola aquí. —Se apuntó en el centro del pecho.

—Puedes hablar conmigo, Morrigan. Que nos limitemos a ser amigos, y quiero dejar en claro, muy buenos amigos, no quiere decir que no puedas recurrir a mí cuando lo necesites.

—Ah, con que eres un chico fiel. —Lo observó con los ojos entrecerrados y con expresión bromista. La muy pícara le tomaba el pelo—. Bien por ti, Brian. Ahora dime qué demonios pasó con tu hombre para que estés tan desolado.

—Shhh. ¿Estás loca? Mica y Derek están a menos de dos metros.

Ella hizo un gesto con la mano, desestimando sus palabras.

—Están entretenidos en algo más placentero que una simple charla, te lo aseguro.

—Estás hablando de mi hermana, Mor. —Brian conjuró una expresión de repugnancia, ante lo que Mor contuvo la risa.

—Ay, Brian. ¿Cómo crees que se le infló el vientre de esa forma? ¿No me dirás que sigues pensando que Mica es virgen?

—Definitivamente, estás loca. —Los labios de Brian se estiraron a pesar de que quería mantener su expresión seria y un tanto enfadada, aunque fuera una total mentira.

—Cariño, de eso no hay duda. —Mor se dejó caer en el sofá grisáceo que ella misma había elegido para él—. Pero no me cambies de tema.

—Pelemos. —Brian caminó con paso lento hacia ella y se acomodó a su lado, manteniendo la mirada al frente.

—Eso salta a la vista. Y hasta puedo precisar que fue en la última reunión en Molly's de los chicos de S&P, ¿verdad? —Ella se volteó hacia él y jugueteó con los cabellos de la nuca de Brian—. Realmente esperaba que con sobreactuar mi papel de enamorada contigo ambos entraran en razón.

—¿Es que fue intencional tanto acaramelamiento?

—Claro —se encogió de hombros—, debían terminar con la farsa de una vez por todas. Brian, tienes que afrontar lo que sientes por Nick y pelear por ello. —Volvía a gesticular con sus manos, dando énfasis a sus palabras—. Debes dejar de tapar lo que sientes y esconderlo a él.

—No puedo.

—¿Quién lo dice? Eres un hombre adulto que mete miedo a cualquier

adversario en el tribunal, puedes con lo que sea.

—No es lo mismo, en esto no controlo las variables ni me sé las estrategias de juego.

—Ese hombre no merece que lo escondas.

Brian se alzó de un envión, caminó unos pasos y batió los brazos en el aire.

—¿Crees que no lo sé? —Se pasó la mano por el cabello, despeinándolo.

—Solo hay un camino. Respóndeme, ¿lo amas? —le cuestionó ella desde su posición en el sillón—. Brian, hablamos de tu felicidad. No dejes que te limiten los prejuicios de los demás, ellos no van a completarte.

—Mor, yo... No. No lo sé. —Hizo una pausa y conectó la mirada con aquella que lo observaba con cierta irritación y altanería. Brian suspiró con profundidad—. Sí, lo amo. Hay un sinfín de piedras que se interponen. ¿Qué pensarán mis colegas, mis amigos... mis padres?

—Si te aman, no les importará. —Mor se elevó del asiento y dio unos pasos hacia él—. Y si es un gran tema para ellos, no te merecen como amigo. En cuanto a tus padres, lo entenderán, quizás no de inmediato, pero con el tiempo. Entonces déjate de tonterías, mañana buscas a Nick y se lo confiesas.

—No es tan sencillo.

—¿Y por qué no? No desperdicies esta oportunidad, cariño. Díselo y corre el riesgo.

Capítulo 25

Andy nunca había visto a Nick tan desolado. La persona alegre a la que todos recurrían en búsqueda de consuelo o apoyo había desaparecido de un plumazo y sabía quién era el culpable.

Nick era esa persona cariñosa que transmitía una intensa calidez, y Andy lo amaba como al hermano que nunca había tenido. Ahora estaba sentado en su puesto, en la gran mesa de la sala de los creativos y revisaba algo en su computadora, o más bien hacía unos diez minutos que pretendía observar la pantalla, pero lo notaba ensimismado. Su calidad de trabajo había disminuido considerablemente, al igual que su estado de ánimo.

Andy estaba a unos pasos de él con una carpeta en sus manos. Necesitaba que Nick chequeara la evolución en la investigación realizada sobre la cuenta que le había tocado y que le diera su punto de vista para encontrar el giro que él no lograba precisar. Además de que le venía genial como excusa para examinar a su amigo de paso.

—Ey. —Lo empujó por el hombro con su codo y le puso el expediente sobre el teclado—. Dame tu opinión sobre esta campaña, estoy atascado.

—Claro. —Nick pasó su mirada por las imágenes y las frases explicativas, pero Andy percibió que no se centraba en nada, así que carraspeó para llamarle la atención nuevamente. Nick dio un leve sacudón a su cabeza—. Disculpa.

Nick se puso en pie y tomó en sus manos el legajo, retomando la lectura con mayor enfoque. Andy podía vislumbrar el esfuerzo que ponía Nick en tratar de concentrarse en su ceño fruncido. También notaba los cambios en su persona: la tez pálida, con sombras debajo de los ojos y las pequeñas arrugas a los lados de sus ojos y boca más acentuadas.

—Te ves muy mal —lo interrumpió Andy.

—Simple reflejo de cómo me siento.

Andy tensó las mandíbulas para no pronunciar las malditas palabras «te lo dije», aunque su cerebro las gritaba a viva voz. Nick le sonrió, seguramente a sabiendas de lo que pensaba, y bajó la vista a las hojas en sus manos.

Por el rabillo del ojo, Andy captó una presencia en el corredor que

conducía a la entrada de la agencia. Su vista se tiñó de un rojo intenso. Casi, tan solo casi, escarba en la arena como preparación para embestir al enemigo a lo toro embravecido.

Brian, el causante del estado calamitoso de su amigo, ese abogaducho. No le importaba que fuera el primo de uno de sus amigos y jefe, se trataba de un ser que no merecía el mínimo de su simpatía después de haber denigrado a Nick.

Por suerte, Nick se hallaba de espaldas y no se había percatado de su presencia. Sin embargo, el tipejo se dirigía hacia ellos, y lo único en que su mente pensó fue en detenerlo, en que ya no pudiera dañar a su amigo más de lo que ya lo había hecho. Así que, en un acto impulsivo, aferró a Nick por detrás del cuello, lo acercó a su rostro y posó sus labios sobre los de él a la vez que lo ceñía con el brazo libre a su cuerpo.

Vio los ojos de Nick abiertos de par en par; la perplejidad lo colmaba y la tensión invadía cada uno de sus músculos.

—¿Pero qué demonios...? —exclamó Nick, y le dio un leve empujón para apartarlo.

Andy miró más allá y constató que Brian ya no estaba presente. Lanzó un suspiro de alivio y se limpió la boca con el revés de la mano. Al mismo tiempo, Nick realizó un paneo para asegurarse de que ninguno de sus amigos estuviera alrededor y se tranquilizó al ver que se hallaban inusualmente solos.

—¿Qué bicho te ha picado? —preguntó Nick con el ceño fruncido, y Andy no pudo evitar ruborizarse.

—Oye, espero que no creas...

—¡Claro que no! Ha sido como besar a mi abuela. Si esa es la pasión que pones en un beso, con razón no sales con nadie —bromeó Nick. Lo observaba como si le hubiera nacido una segunda cabeza, cuernos, colmillos y orejas puntiagudas.

—Ey, no beso para nada mal, solo que no eres lo que podría decirse una buena fuente de inspiración —retrucó Andy con una media sonrisa que hubiera tornado en gelatina las piernas de cualquier mujer.

—¿Entonces a que ha venido que tus labios de pronto tropezaran con los míos?

Andy se rascó la parte de atrás del cuello y lo miró con picardía antes de extinguir la comicidad y lanzar una profunda exhalación.

—No te enfades.

—Difícil si así comienzas. —El silencio se perpetuó entre ellos—. ¿Andy?

Andrew distinguió el nubarrón de temor que asaltó la mirada melosa, y casi suelta una carcajada al presentir que su amigo se imaginaba un interés que, si lo pensaba una segunda vez, se daría cuenta de que era imposible.

—No me gustas, te lo juro —afirmó Andy, y la ceja arqueada de Nick lo hizo estallar—. ¡Somos como hermanos!

—No lo sé, hace tiempo que no sales con nadie —lo atizó Nick y sonrió, lo que hizo aparecer un hoyuelo en su mejilla izquierda. El muy maldito jugaba con él y continuó teatralmente—: Siempre estás invitándome a tu apartamento a pasar el rato.

—¡Eres mi mejor amigo! Claro que lo hago, si estás en un momento de mierda. —Apenas las palabras abandonaron sus labios, se percató de su error—. Huy, lo siento, viejo.

—No pasa nada, es cierto. —Se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos del pantalón color manteca sin rastro del poco humor que había evidenciado—. Ahora bien, suelta la lengua. ¿A qué vino ese beso? Y te agradezco que pensaras que lo necesitaba, pero ha sido algo asqueroso.

—Lo sé —se carcajeó Andy, pero pronto la seriedad se vertió sobre él—. Brian estuvo aquí hace unos minutos.

Un silencio tenebroso se prolongó, y Andy sospechaba que una tormenta acontecería en cualquier instante; sin embargo, Nick continuaba con una inusitada tranquilidad. Lo que lo preocupó. No quería a este Nick, quería que regresara el siempre alegre y dulce Nick, no este apagado y desesperanzado.

—Cuando me besaste.

—No quería que se te acercara. ¿Para qué? ¿Para que volviera a despreciarte? —El semblante de Nick se tornó apesadumbrado de nuevo y Andy volvió a maldecirse por no poder refrenar su incontrolable lengua—. Lo siento, viejo. —Le pasó un brazo por los hombros al tiempo que su amigo asentía en silencio, cabizbajo.

Brian presionó por enésima vez el maldito llamador del ascensor. Ansiaba salir corriendo de aquel edificio. Cada músculo de su cuerpo vibraba por las ansias de moler a golpes a ese tipejo, atractivo como un actor de cine, de cabello castaño oscuro y ojos tan claros como el aire. Tan solo habían

transcurrido unos cuantos días y Nick ya había conseguido un reemplazo; a decir verdad, desde el inicio había sabido que Andy estaba presente, amenazando la endeble relación que poseían.

¿Acaso no había visto la forma cercana en la que se trataban miles de veces? ¿No había sentido celos de Andrew desde siempre? ¡Claro que sí! Imágenes en la que le retorció el pescuezo como a un trapo mojado poblaron su mente.

A medida que el ascensor descendía, su humor enfurecido se fue calmando para pasar a uno más oscuro y deprimente. Él mismo tenía la culpa de lo sucedido. Si hubiera podido ser el hombre que Nick precisaba, si hubiera sido él el que lo besara en un lugar público sin temor o indecisión, ahora mismo estarían juntos. Si hubiera sido él el que lo abrazara y acariciara sin preocuparse por el qué dirán.

¡Mierda! ¡Él había venido a eso mismo! A decirle que lo amaba y que quería una relación a la vista de todos, que cada uno supiera de ellos, que ya no le importaba lo que pensarán, tan solo lo anhelaba en su vida. Aún no estaba preparado para hablar con sus padres, pero sí con sus amigos. Un paso cada vez, se decía, y para él era una gran zancada la que estaba dispuesto a dar.

Los últimos días sin Nick habían sido una calamidad, una tortura innecesaria. La soledad habitaba en su alma desde entonces y un agujero insondable se había originado en su interior. Lo necesitaba, lo amaba como jamás lo había hecho por alguien antes.

Se subió a su automóvil, giró la llave de encendido y partió como si el diablo le fuera pisando los talones, apresurado por guarecerse en el interior de aquel frío y vacío lugar que era su apartamento. Presionó las manos en el volante hasta que sus nudillos se tornaron blancos y apretó las mandíbulas al conjurar la calidez que desprendía el hogar de Nicholas, donde se había sentido tan a gusto y contenido, y que reflejaba la misma personalidad de su dueño.

Sin embargo, mientras se dirigía a su apartamento, recordó que su hermana y cuñado estaban quedándose allí durante su visita. No quería que ellos lo vieran en ese estado, por lo que se dirigió a su estudio. Le tomó unos diez minutos llegar.

Por suerte, a aquella hora su secretaria ya había abandonado el lugar. Entró a su oficina y cerró la puerta tras él con una falsa calma que no tardó en

desaparecer. Al acercarse al escritorio, con los brazos lo barrió, tirando cada cosa que tenía encima con un tremendo estruendo, mientras lanzaba unos gruñidos que escapaban desde el interior de su alma herida.

Se dejó caer como una bolsa de papas en su sillón giratorio y enterró el rostro en los brazos cruzados sobre la superficie de madera. Sin poder detenerlas, las lágrimas saltaron de sus ojos y unos sollozos traicioneros salieron de sus labios. Cerró las manos en puños y maldijo mil y mil veces a Nicholas Bale por transformarlo en ese odioso ser vulnerable que no había existido antes de él.

Capítulo 26

—Te digo que está extraño, Derek. Desde que llegamos se comporta de manera rara, como descentrado —decía Mica mientras ingresaba, con los brazos cargados de bolsas, al apartamento de Brian, seguida por su marido, con aún más paquetes y bolsas que ella.

Habían pasado la mañana recorriendo diferentes boutiques de ropas para bebés, y Mica no había podido evitar comprar compulsivamente al estar ante tantas prendas hermosas.

—Micaela —la interrumpió Derek a modo de amonestación.

Ella se detuvo en seco y se volteó a él.

—Desaparece todas las noches y no con Mor —puntualizó sobre su hombro para luego retomar su camino hacia el centro del *living*—, y lo conozco lo suficiente como para darme cuenta de que inventa excusas, nos oculta algo.

—Solo pienso que son sus temas y que no deberías meterte. Es un hombre adulto —argumentó Derek, pisándole los talones a su mujer.

—No importa, es mi hermano y voy a meterme lo que haga falta. —Mica se detuvo de golpe y casi hizo que su marido chocara con ella; se dio media vuelta y lo encaró—. Acuérdate de que él no tuvo reparos en inmiscuirse en nuestra relación.

—Bueno, debo darle la razón en eso, cariño. —Hizo una pausa y la tomó de la barbilla con ternura—. Pero, a su favor, habías desaparecido sin decirle nada a nadie, y de pronto te encuentra atada a mi cama. Yo también me hubiera puesto furioso, y aún más si el tipo que estaba contigo fuera yo, un mujeriego incorregible —terminó con una risotada al recordar el acontecimiento y el enfrentamiento que primero tuvo lugar entre Brian y Derek, y después entre él y su hermana.

—Ya reformado —aclaró Mica con una sonrisa de oreja a oreja y un dedo en alto.

—Gracias a ti. —Derek le acunó el rostro y le lamió los labios para luego pasar la lengua por su mandíbula y descender por su cuello mientras ella se colgaba de sus hombros.

—Basta —lo amonestó entre risas—, tengo que dejar las compras. —Se

giró y golpeó con las bolsas la contestadora en la mesa estrecha de al lado, haciendo que cayera al suelo.

Derek la levantó y se la pasó a Mica, quien la acomodó en su lugar, pero al hacerlo accionó sin intención el botón de reproducción.

Brian, bebé... debes sacarte de la cabeza la idea de que fue una violación. Sabes que tanto tú como yo queríamos que sucediera y disfrutamos del encuentro, no lo puedes negar. Llámame.

Micaela dejó escapar un grito y abrió los ojos como platos al escuchar el mensaje dejado por Nicholas días atrás. Derek, a su espalda, le puso las manos en los hombros y se acercó a su oreja.

—Tranquilízate, cariño —susurró, como si estuviera frente a una fiera a punto de atacar, y sabía que no estaba demasiado equivocado.

—¿Que me tranquilice? ¡Ese hombre... —tomó aliento— abusó de Brian! —exclamó—. Tú lo escuchaste.

Mica se desasíó con brusquedad de las manos de su marido y lo enfrentó con una expresión de pura ferocidad. Así como su hermano era de sobreprotector con ella, ella lo era con él sin importar que Brian fuera el mayor de los dos. Estaban muy unidos y nunca toleraría que alguien le hiciera daño a su hermano y quedara impune.

—No sabemos si eso es lo que sucedió. —Trató de hacerla razonar, inútilmente.

A decir verdad, Derek también había notado el cambio producido en Brian, pero por experiencia propia sabía que podía deberse a varios factores, y bien diferentes de los que creía Mica. Además, la grabación podía tener múltiples interpretaciones, aunque tenía que confesar que la de Mica era la más directa y coherente. Sin embargo, se mantenía tranquilo: alguien debía estarlo para no provocar una explosión.

Micaela no se percataba de que se precipitaba en sacar conclusiones, como había hecho Brian cuando la encontró atada a la cama de Derek y creyó que él la había secuestrado. Ella no era consciente de cuánto se parecía a su hermano, y Derek presentía que estaba por cometer el mismo error que Brian tiempo atrás.

—También viste el cambio en su conducta, no es el Brian que conocemos —argumentó Mica entre gritos, enfurecida como su marido nunca la había visto antes.

—No enloquezcas.

—¡Vamos! —Lo aferró de la manga de la chaqueta sin escucharlo y tiró de él hacia la puerta.

—¿A dónde?

—A buscar a ese maldito que le hizo daño a mi hermano —sentenció Mica con los ojos entrecerrados y las mejillas enrojecidas.

Derek sabía que no había argumento que valiera para hacerla cambiar de opinión y también que si no la acompañaba, ella se iría sin él. Por lo que renunció a la idea de detenerla y la siguió fuera del apartamento hacia lo que pensaba que sería un gran error. No quería encontrarse con Brian cuando se enterara de lo que estaban por hacer.

Unos dedos se clavaron en su brazo y de un tirón lo voltearon, haciendo que el expediente que estudiaba cayera al suelo. Su sorpresa no pudo ser mayor cuando se topó con el rostro desencajado de Micaela Sanders, y más aún cuando ella alzó la mano y le propinó una ruidosa bofetada.

Un silencio atroz se instaló en el salón. Cada miembro del equipo se detuvo y clavó los ojos abiertos de par en par en ellos.

—¿Cómo pudiste? —gritó Mica con la mirada colmada de lágrimas contenidas.

Derek se apresuró tras ella y la sostuvo pasándole un brazo por debajo del prominente vientre. Sin embargo, ella extendió sus brazos, con las manos cerradas en puños, con la total intención de volver a pegarle a Nick. Sus ojos, igual de azulinos que los de su hermano, le enviaban puñales de hielo por la ira que la poseía, y él no lograba precisar la causa de tanta furia.

—Si lo vuelves a tocar —un gemido afligido la interrumpió—, si le vuelves a hacer daño...

Sollozos escapaban de los labios de la pequeña mujer mientras su marido la contenía entre sus brazos por detrás.

Nick no lograba articular palabra, había quedado atónito ante el ataque y no podía procesar en su mente qué era lo que sucedía. Podía sentir como si alguien le hubiera clavado un puñal en medio del pecho, solo cabía pensar que de alguna manera se había enterado de la relación que había mantenido con su hermano y lo culpaba de abrir sus horizontes sexuales.

—¿Qué demonios es lo que ocurre aquí? —preguntó Mark al salir de su

despacho, con Brian tras de él. Nick sabía que estaban reunidos, por lo que no había salido del área del equipo para no cruzárselo.

Su vergüenza fue aún mayor al entrar también Alex y Keyla. No faltaba nadie, cada miembro de S&P los rodeaba y presenciaba el intercambio.

—Él... él... —gritaba Mica sin completar la frase, y Nick percibió la angustia, ira y demás emociones negativas que la invadían. Las lágrimas contenidas amenazaban con derramarse por las mejillas femeninas.

A Nick, el estómago se le anudó como una maldita red de marino. Conectó la mirada con la otra azulina un poco más atrás y contempló el asombro también en él. Brian tampoco tenía idea de a qué iba todo aquello.

—Espera un poco —saltó Andy en su defensa al ponerse entre la mujer embarazada y él.

Nick suspiró ante el escudo de su amigo, su incondicional defensor. ¡Cómo amaba a ese hombre! Puso una mano sobre su hombro para calmarlo; podía precisar la furia en Andy al ver ofendido a su amigo, y su corazón no podría hincharse más por el cariño que él le profesaba.

—¡Él abusó de mi hermano! —exclamó Micaela en dirección a Mark. Algunos jadearon, otros enmudecieron, pero todos abrieron los ojos y los posaron sobre Nick como esperando que rectificara los dichos.

Él, sin embargo, se quedó petrificado. ¿Qué podía decir? ¿La verdad? Por más que quisiera gritar los momentos románticos compartidos, no podía dejar a Brian en evidencia. Él bien sabía cuánto deseaba el abogado que sus dos mundos quedaran separados, y eso requería que ninguno de sus allegados supiera su historia.

—¡Claro que no! —gritó Andy, el único conocedor de la realidad de los hechos.

De pronto, al lado de Andrew apareció Mark, también escudándolo de Mica, a pesar de tratarse de su propia prima.

—Mica, cariño, creo que estás equivocada.

—No, Mark —negó con voz ahogada—. Lo escuché... él lo dijo. —Extendió un dedo acusador en alto hacia Nick.

Brian cerró los ojos y se frotó la frente con una mano, lo que hizo que los vellos detrás de la nuca de Nick se erizaran. ¿Qué es lo que la mujer había escuchado? ¿A él? ¿Cuándo? De repente, se le encendió una lamparita en el cerebro: el mensaje que había dejado en la contestadora. Brian no debía de haberlo borrado. ¡Maldición!

—A mi despacho, ahora —ordenó Mark—. Vamos —le indicó a su prima al aferrarla del brazo y tirar de ella hasta que Derek tomó su lugar. Mica se resistía a moverse de enfrente de Nick. Lo observaba como si estuviera dispuesta a arrancarle la cabeza—. Nick y Brian, ustedes también.

—Yo también voy —informó Andy.

—No —dijo Nick con una triste sonrisa—. Quédate aquí, encanto.

—No voy a dejarte solo ahí dentro. —Andy trató de sortearlo, pero Nick se lo impidió al ponerse enfrente—. Ellos deben saber...

—Gracias. —Le posó una mano en la mejilla—. No sabes cuánto te quiero, Andy.

—Andrew —lo llamó Mark. Derek tiraba de su esposa hacia el despacho mientras Brian observaba la escena, aún sin moverse del lugar—, no estará solo, yo estaré con él. Nick, sabes que estoy de tu lado. Solo tienes que explicar toda esta locura.

¿Explicar? ¿Qué diría? La verdad a la que se refería su mensaje seguro que no.

Mark se adelantó hacia su despacho y él se puso en marcha, pasando por delante de Brian, quien lo siguió a paso lento, como entumecido.

En cuanto Brian puso un pie en el despacho de Mark, vio a su hermana y a su esposo en un extremo; Nick se establecía en el otro y su primo en medio, como si se tratara de un ring de boxeo con dos equipos rivales.

¿Cómo demonios todo se había ido tan a la mierda? Se pasó una mano por el cabello y se detuvo a unos pasos de Mark, sin ponerse de un lado ni del otro. Sin saber qué mierda hacer para detener el curso de los acontecimientos.

—A ver, Mica. Comienza desde el principio —pidió Mark con las manos en las caderas.

—Él le dejó un mensaje en el que decía que lo había violado —dijo entre sollozos y señalando a Nick. Su esposo, a su espalda, la detenía por los hombros, como si temiera que ella volviera a atacar al pelilargo.

Brian sintió cómo la sangre se le drenaba del rostro y el aire se le escapaba de los pulmones. Mark cruzó una silenciosa mirada con él, y Brian tuvo el ligero presentimiento de que su primo sabía más de lo que él suponía. Giró el rostro y, al ver a Nick, creyó morir. Había tanto dolor en aquellos ojos melosos, y saber que la causa era él lo mataba. Jamás lo había visto tan tenso y... solo. Allí estaba, parado a un lado del escritorio de color blanco junto al ventanal. Mantenía la mirada en alto, orgulloso, pero al mismo tiempo poseía

una rigidez, y Brian notaba la profundidad de sus respiraciones y lo alterado que se hallaba. Solo quería correr a él y abrazarlo, resguardarlo contra su pecho de cada persona que quisiera dañarlo, aunque esa persona fuera su misma hermana.

—Mica, conozco a Nick desde hace mucho tiempo y sé que jamás haría algo así —declaró Mark, tajante.

—¿Lo defiendes? —preguntó ella en un tono estridente—. ¡Abusó de tu primo!

—No lo defiendo, solo que es imposible lo que dices. ¿Nick? —lo llamó Mark a modo de darle lugar para que se defendiera. Caminó unos pasos hacia su amigo y empleado.

Nick se pasó la lengua por los labios reseco y dio una profunda inhalación. Brian estaba por escupir la verdad de lo sucedido cuando Nick comenzó a hablar.

—Hubo un beso —confesó, e hizo una pausa en la que el silencio se tornó tenso y parecía que todos habían dejado de respirar—. Fue... —carraspeó para aclararse la garganta y conectó la vista con la suya. Brian se percató de que la tenía empañada, lo que le estrujó aún más el corazón—... hace unos diez meses. ¿Recuerdas que fui a verlo con Alex para informarnos de qué podíamos hacer para alejar al exmarido de Sam? —le preguntó a Mark, quien asintió—. Yo... le di un beso, él me empujó, y eso es todo —mintió, puesto que Brian había respondido a aquel beso y lo había disfrutado como ninguno antes.

El pecho de Nick subía y bajaba como si hubiera corrido una carrera una vez que había finalizado de hablar.

Brian tenía las manos húmedas, solo quería correr hacia Nick y envolverlo en sus brazos. El hombre no hacía más que aguantar la acusación por él, ni siquiera había confesado que él había respondido a ese beso y que se había apretujado contra él como un gato en celo. Nick siempre lo había protegido; aunque hubiera preferido obrar diferente, sabía que jamás haría nada que lo dañara, a pesar de que ello significara condenarse en el transcurso.

—¡Mientes! —exclamó Mica—. Hablabas de una violación y tratabas de convencerlo de que él lo había deseado, como si Brian tuviera la culpa.

—¡Basta! Cállate de una vez, Micaela —exclamó Brian, y se dirigió hasta Nick. Alzó la vista a la otra, dolida y apagada. Le sonrió y extendió una mano. Nick contempló su palma confundido hasta que Brian fue en busca de la suya y

enlazó los dedos con los de él, para la total sorpresa del pelilargo.

Su hermana se quedó con la boca abierta y, sorprendentemente, sin palabras.

—¿Qué...?

—Nick ha mentado, es cierto —la interrumpió—. Es verdad que se refirió a una violación, pero no fue él el que la perpetró. —Se hizo un silencio incómodo en el que ninguno se movió. Le dio un pequeño apretón a la mano que mantenía aferrada—. Hace unas semanas... —Dio un profundo suspiro y contempló a su hermana.

—No, Brian —lo detuvo Nick al posarle la otra mano sobre el hombro y encararlo de frente—. Nadie tiene que saber nada. Lo que haya pasado es entre nosotros —murmuró para que solo él lo oyera.

—¡Déjalo hablar! —bramó Mica, y su marido tuvo que sostenerla por un brazo. Temblaba como si quisiera tirársele encima y arañarle el rostro. Era una mujer pequeña, pero Brian sabía que era igual de sobreprotectora con él como él lo era con ella. La amaba, pero en ese instante el odio que desplegaba contra Nicholas lo irritaba hasta lo indecible.

Posó una palma sobre la mejilla de Nick, y este jadeó ante el sorprendente gesto que Brian mostraba en público y la intimidad que indicaba.

—Tengo que contarlo, Nick. Ya no puedo más con tanta mentira. No con las personas que amo. —Dio unos pasos hasta quedar frente a Micaela, sin perder el agarre de la mano de Nick, y se aclaró la garganta—. Como decía, hace unas semanas, estábamos en la inauguración de la casa de Sam y Alex —le dedicó una mirada a Mark, quien asintió al recordar—, y Nick y yo nos encontramos solos en el estudio...

—Y te violó —jadeó Mica, sus facciones desencajadas ante el horror de lo que se imaginaba.

—¡No! —la contradijo, y le dedicó una severa mirada de hermano mayor que la acalló en el acto—. Yo lo hice.

—No es cierto —se apresuró a rectificar Nick.

Brian tomó aire y lo soltó con lentitud.

—Es cierto, no fue una violación como él decía en la contestadora. —Alzó una mano y tomó algunos de los mechones de su hermana, del mismo tono que los suyos—. Mica, he tratado de evitarlo, no sabes cuánto. Pero he deseado a Nick por meses, sabiendo... no, creyendo que no era lo correcto. Me mantuve alejado. —Hizo una pausa y contempló la confusión en el rostro de su hermana—. Esa noche ya no pude contenerme más. Ambos lo deseábamos y ambos lo

disfrutamos, esa es la verdad. Solo que no lo entendí en ese momento. Mica, yo... lo siento... pero soy diferente —finalizó con voz queda.

—No entiendo —manifestó Mica, sin desviar la mirada del rostro de su hermano.

—Cariño, creo que Brian está confesando que es gay —mencionó Derek.

—¿Eres gay? —preguntó ella, no horrorizada ni espantada, sino con una palpable sorpresa en su tono.

—No lo sé, solo me ha pasado con Nick. —Brian se encogió de hombros—. Jamás me había sentido así por nadie... No quiero perderte, Mica, no quisiera que nuestra relación cambiara —comenzó a hablar con rapidez, como si temiera que ella desapareciera de su vista—. Sabes lo importante que eres para mí, pero no puedo negar lo que siento por él. Sé que desilusionaré a todos, a papá, a mamá, a ti...

—A mí no —murmuró su hermana, y se aproximó para acunarle el rostro—. Te amo, Brian. —Se abrazó a él—. Nunca podrías desilusionarme, y creí que lo sabrías.

La rodeó con los brazos, jamás creyó lo mucho que necesitaba confesarle lo que sentía. Poder compartirlo con Mica y contemplar la aceptación en esos ojos tan iguales a los suyos no tenía precio y caldeó su corazón de una forma que no tenía idea que necesitara hasta entonces.

—Temía que...

—Lo sé, estoy para ti como tú has estado siempre para mí, hermano. —Las palabras de Mica salieron atenuadas por mantener el rostro enterrado en su pecho.

—Al fin, viejo —celebró Mark, y le dio un par de palmadas detrás de un hombro—. Ya iba siendo hora de que aclararan qué mierda ocurría entre ustedes.

Brian se apartó apenas de su hermana y le dedicó media sonrisa a su primo. Mark sabía de la atracción que había entre Nick y él desde un comienzo. En el pasado, más de una vez le había dado su apoyo y le había advertido de no jugar con los sentimientos de su empleado y amigo.

—Mica, papá y mamá no deben saber nada —le advirtió—. No están preparados para esto, no de mí.

Ella sonrió con una expresión apenada y de conocimiento de causa.

—No, no lo están. —Ella le pasó las palmas por los brazos hasta tomarle las manos—. Al menos no aún, pero lo estarán, Brian. Sabes que te aman y

aceptarán tu decisión como han aceptado las mías.

—No es lo mismo.

—No, no lo es —concedió, y le habló como si él fuera un niño—. Se podrán enojar mucho, hasta quizás quitarnos la palabra por un tiempo. Pero nunca dejarían de amarnos; hagamos lo que hagamos, siempre están allí para nosotros. Solo tendrás que darles tiempo para hacerse a la idea y ser valiente para enfrentarlos.

—No soy tan valiente como tú. —Brian lanzó una carcajada triste ante sus palabras.

—Sí lo eres —lo contradijo Nick a su espalda. Brian se volteó hacia él, le extendió la palma de la mano y Nick se la tomó en el acto. Tenía una necesidad, repentina e imperiosa, de estar en contacto físico con él—. Ha requerido mucho valor confesarte hoy.

—Lo siento —aclaró Mica a Nick posándole la mano sobre el brazo—. Yo malinterpreté el mensaje, jamás creí... —se interrumpió al no saber cómo continuar.

—No importa, está bien —le aseguró Nick, y le regaló una pequeña sonrisa.

—Entonces, ¿están juntos? —preguntó Derek un poco más tranquilo al ver a su esposa más calmada y no queriendo asesinar a nadie con sus manos desnudas.

—No, ya no —corrigió Brian, y se le anudaron las entrañas al recordar el beso que Nick compartió con Andy. El saber que lo había perdido y que estaba con otro era como si su corazón se le desintegrara en el pecho.

Después de algunas palabras más, Brian abandonó el despacho de Mark con su hermana y su cuñado, dejando a su primo con Nick.

—Viejo, sabes que nunca creí que hubieras hecho algo así, ¿cierto? —le preguntó Mark. Se acercó a su escritorio contra el que apoyó la cadera y cruzó los brazos sobre su pecho.

Nick le sonrió y se aproximó a su jefe y, más que nada, su amigo.

—Lo sé, Mark. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón, se balanceó sobre sus pies y perdió la mirada en el suelo—. Gracias por tu apoyo —murmuró.

Mark le concedió un asentimiento con la cabeza, también perdido en sus propios pensamientos.

—¿Desde hace cuánto que nos conocemos? —preguntó de golpe el rubio—.

Unos seis años, ¿cierto? —Mark tomó a Nick de un hombro—. Somos familia y lo sabes, así que siempre tendrás mi apoyo incondicional, no lo dudes. —Hizo una pausa de unos cuantos segundos y luego añadió—: No pierdas la paciencia con mi primo, confía en mí.

—Mark, lo que tuvimos... apenas puedo creer que realmente haya sucedido y no haya sido un mero sueño.

Mark lo contempló con pena en su mirada verdosa, y Nick odió sentirse tan frágil. Tenía el alma rota: la persona que amaba acababa de salir por aquella puerta sin mirar atrás.

—Ha dado un gran paso hoy, uno que creí impensable.

—Lo sé —concedió Nick—, como también sé que a pesar de que mis labios digan lo contrario, mi corazón siempre esperará por él.

Y así era. Por más que Brian hubiera dejado bien en claro que ya no había nada entre ellos, Nick sabía que él solo palpitaba por el abogado y por nadie más.

Capítulo 27

—¿Qué es lo que haremos con Nick? —preguntó Fred apenas se unió a Sam y Andy junto al hervidor de agua eléctrico mientras simulaban prepararse una infusión.

Andy contempló a Nick. Se hallaba sentado a la mesa de trabajo y revisaba los pasos de producción de una campaña publicitaria, o eso pretendía hacerles creer. Lo veía pasar las hojas de la carpeta, pero Andy dudaba que viera nada. Hacía un par de semanas que había sucedido el espectáculo con la hermana de Brian en S&P y desde entonces se comportaba como un autómata. Aunque todos tenían preguntas atoradas en la garganta sobre el asunto, nadie se había animado a expresárselas.

Ese mismo tiempo hacía que Brian había desaparecido como por arte de magia. Por lo que Mark había dicho, el abogado había viajado a la casa de su hermana en Los Ángeles sin especificar cuándo regresaría o si lo haría. Nick, ante la noticia, tan solo había asentido con un gesto rígido de la cabeza y se había enfocado en el trabajo, como si la noticia no le rompiera el alma en múltiples pedazos.

Ah, pero Andy distinguía las manchas oscuras bajo sus ojos, la delgadez y palidez de sus mejillas, sus movimientos entumecidos y la escasez de palabras. Estaba hecho un desastre, y Andy no podía menos que sentirse culpable. En cuanto se había enterado de la confesión de Brian, la opinión que tenía del tipo se hizo añicos y comenzó a verlo a través de otro cristal. Al fin y al cabo, se había enfrentado a su hermana y a su cuñado en defensa de Nick. Eso tenía que hablar de una buena persona y alguien que se merecía el amor de su amigo, ¿cierto?

—¿No crees?

—¿Mhmm?

—¿Qué si no crees que debemos hablar con él? —volvió a preguntarle Fred—. ¿Dónde estás, viejo? —Fred chasqueó dos dedos delante de sus ojos—. Hablamos de Nick y de reunirnos en su apartamento.

—Pon el freno. ¿Hablas de algún tipo de intervención? —cuestionó Andy a Fred, y este se encogió de hombros. Miró a Sam y ella se ruborizó. Andy

sacudió la cabeza a uno y otro lado—. No. Solo déjenlo en paz.

—Tú sabes más de lo que nos dices —afirmó Sam con tono acusatorio.

—Solo dejen al hombre ser y no se metan donde no los llaman. —Andy no pudo evitar el tono enfadado. Él daba un consejo que no había seguido. ¿Quién lo había mandado a ser el defensor de Nick cuando ya era un hombre adulto que podía defenderse por sí mismo? ¿Por qué tenía que haberse interpuesto en la relación de su amigo y el abogado?

En ese entonces había parecido lo más sensato mantener a Brian apartado de Nick. El hombre no hacía más que dañarlo y no quería que volviera a suceder. Pero jamás se había imaginado que se plantaría frente a su hermana y le gritaría que había tenido una relación homosexual con Nicholas. Era algo que no había visto venir.

Y ahora creía que la separación de ellos tenía mucho que ver con su participación, más específicamente, con la actuación que Andy había desplegado el día que le estampó un beso a Nick delante de Brian. ¿Y si creía que ellos estaban juntos? ¿Y si la infelicidad de su mejor amigo era su culpa? Era un pensamiento que no lograba sacudirse de encima.

Al fin y al cabo, jamás se había tomado el tiempo de conocer a Brian en su totalidad. Se había hecho una imagen de él y no había traspasado de ese cascarón. Tal vez Brian no era como él creía. Así lo había demostrado aquel día en que todo se había ido a la mierda y Micaela había gritado que Nick había violado a su hermano.

—¿Andy? —Sam lo tomó de un brazo—. Él también es nuestro amigo.

—Solo déjenme pensar, ¿quieren?

Andy se soltó del agarre de la mujer y cruzó la habitación hasta llegar a su silla y dejarse caer en esta. Estaba seguro que cualquiera podría escuchar los engranajes de su cerebro al tratar de encontrar alguna solución al presente de mierda que él mismo había fraguado para su mejor amigo.

Brian estaba en la casa de su hermana, en Los Ángeles. Fijó la mirada en la pantalla de su ordenador y su mente comenzó a tirar millones de ideas. Pero una se iluminó más que las demás: Debía buscar a Brian y hacer que volviera.

—No seas tan duro con ella, hombre. —La voz de Fred lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Qué?

Antes de contestar, Fred se sentó en la silla junto a él y acercó la cabeza a la suya. Fred no era una persona seria, pero en aquel instante la diversión se

había drenado de su rostro.

—Con Sam, viejo. Ella solo trata de ayudar. Tiene razón, Nick también es nuestro amigo.

Conversaban en murmullos para que no los oyera Nicholas, quien se hallaba sentado a unos cuantos pasos de Andy.

—Lo sé. Yo también estoy mal con el estado de él, luego me disculparé. — Se volteó hacia él antes de que Fred se elevara de su asiento—. ¿Sabes dónde vive Micaela?

—¿La prima de Mark? No, pero es fácil averiguarlo.

—¿Preguntando a Mark?

—No —Fred soltó una especie de bufido y puso los ojos en blanco. Comenzó a teclear en el teclado de Andy—. A Google. Vamos, Andy, es la pareja de uno de los actores más reconocidos del país. Con que le preguntes al señor Google dónde vive Derek Kell, seguro que te aparece la foto de la casa hasta un mapa que te la señale.

¡Ah, claro! Casi se da con la palma en la frente por no habersele ocurrido. Derek había dejado la actuación supuestamente, pero hasta hace poco era uno de los actores jóvenes más reconocido y buscado en el ambiente cinematográfico.

Y así fue cómo en un par de clics dio con la dirección exacta del sitio donde se escondía Brian Sanders. Ahora solo quedaba volar hasta allí y convencer al hombre que retornara sin que le diera una paliza en el ínterin por la jugarreta que le había hecho.

Fred se levantó y, antes de irse hacia su propio asiento de trabajo, le dio un par de palmadas en el hombro con aires de suficiencia. Andy le gruñó algo inteligible y comenzó a elaborar un plan de acción. Era un buen estratega, por lo que no le resultaría difícil.

Clic. Clic. Ya estaba en la página de una aerolínea. Clic. Clic. Ya tenía un pasaje. Se reclinó en la silla y se balanceó a un lado y al otro mientras los engranajes continuaban moviéndose en su cabeza y tamborileaba los dedos de una mano con los de la otra. Sonrió y agradeció que en la actualidad todo pudiera hacerse en línea. Sus ojos se posaron en la persona que ocupaba el lugar junto a él, a tan solo unos cuantos pasos de distancia.

Nick se había convertido en una piltrafa, en un espejismo de lo que era en realidad, y todo se debía a la huida de Brian. Culpaba al abogado, pero más que nada se culpaba a sí mismo. Sabía el papel que había jugado y tenía

intenciones de revertirlo.

—¿Vas a estar ahí tirado mucho tiempo más? —cuestionó Mica con el ceño fruncido y los brazos en jarra a su hermano.

El abdomen femenino se había inflado de tal manera que parecía que en cualquier momento explotaría. ¿Estaba segura de que no tendría gemelos? Entonces el niño que esperaba sería enorme. Una sonrisa le cortó el rostro en dos. Por más melancólico que estuviera, el pensar en su futuro sobrino lo alegraba.

—Tú deberías recostarte aquí conmigo. —Dio unas palmadas a su lado, en el asiento libre del sofá, a lo que Mica bufó y puso los ojos en blanco.

—Vamos —Mica aplaudió un par de veces—, es hora de que te levantes y hagas algo.

—Estoy de vacaciones —gruñó Brian y centró su vista en la película de la TV de pantalla plana. Si ella le preguntaba de qué se trataba, tendría que confesar que no tenía idea. Tan solo dejaba que sus ojos vagaran por las imágenes cambiantes.

—Claro que no. Estás depresivo, ese es tu estado actual.

Brian se mantuvo en silencio y con la mirada perdida. Después del develamiento de su orientación sexual en S&P, ese fatídico día, su hermana y Derek habían decidido regresar de inmediato y Brian resolvió irse con ellos.

De eso ya hacía dos semanas, se quedaba en la casa que antes había sido el hogar de soltero de Derek y ahora era el que compartía con Mica.

En esa misma casa fue donde él la había encontrado tiempo atrás cuando había desaparecido sin dejar rastro. Cuánto habían cambiado sus vidas desde entonces, pensó al fijar la vista en el vientre de Mica.

—¡Al menos afeitáte y pégate un baño! —continuó su hermana, inmersa en un papel de madre que nunca le había visto Brian con anterioridad. Se veía que la maternidad la estaba cambiando. Siempre había sido él el que había adoptado un rol más parental con respecto a ella, era la primera vez que se volteaban las actuaciones—. Pareces un cavernícola con esa barba y las ropas arrugadas.

La mano de Brian disparó hacia su mandíbula, se la frotó y frunció el entrecejo. Era cierto que se debía una buena afeitada. Deslizó la mirada por su

atuendo. Mmm, sí, también cambiarse esos trapos cubiertos de arrugas. Tuvo la tentación de olfatearse la axila, pero con su hermana delante no era propio hacerlo. Aunque estaba seguro que un baño le vendría muy bien.

Su cuñado apareció en la entrada de la sala y se dirigía a su estudio cuando Brian le soltó una pregunta:

—¿Derek, te molesta mi presencia? Solo dilo y me tienes fuera. —Brian no desvió la mirada de Mica, quién bufo y sacudió la cabeza como si estuviera frente a un niño rebelde.

—Para nada, chico. —Su hermana le brindó una mirada acusatoria de inmediato a su esposo—. Ah, no. A mí no me inmiscuyan en sus riñas fraternales. Voy a escribir un rato, cariño. Avísame para almorzar. —Derek prosiguió su camino y cerró la puerta del estudio detrás de él, dejando a los hermanos de nuevo solos.

—Mira, Brian... —El sonido del timbre de la puerta de entrada interrumpió lo que ella iba a recriminarle ya con un dedo en alto.

¡Uff, salvado por la campana! Solo que cuando su hermana regresó de atender a quien fuera que llamara a esa hora de la mañana, su visión se tornó de un rojo sangre y el ansía de cortar cabezas se filtró por cada poro de su piel.

Se alzó en un segundo como por obra de un resorte. Sin saber cómo, de pronto se encontró frente a Andy y le propinó un derechazo en plena mandíbula.

—¡Brian! —Mica gritó y se estampó contra su torso tratando de calmarlo y sujetarlo. Sin embargo, no había forma de que lo lograra, él quería asesinar al tipejo que le había robado a Nicholas y encima se atrevía a aparecerse en el lugar que debía ser su refugio.

—Está bien. Creo que me lo merecía —dijo Andy mientras se frotaba el sitio donde lo había golpeado.

Ni siquiera había tratado de evitar el puñetazo. Brian rechinó los dientes y cerró las manos en puños a sus costados.

—¿Qué mierda quieres? ¿Vienes a refregarme lo feliz que estás? ¡Fuera!

—¡Brian, basta! —gritó su hermana, y la puerta del estudio se abrió, tras la que salió Derek como una tromba.

Su cuñado imponía autoridad y, también, miedo, si era sincero consigo mismo, cuando tenía aquella expresión de seriedad. Derek era más fornido que él y con su herencia aborígen, tenía unos rasgos que cuando perdías la picardía

se tornaban atemorizantes. Brian ya se había enfrentado a él con anterioridad y sabía que no estaba de más evitar cualquier confrontación con el tipo.

—¿Qué demonios sucede? —exclamó Derek al escudar a su esposa. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa—. ¿Qué haces tú aquí? —le ladró a Andy, y Brian casi se alegró al pensar que quizás lo arrojara por la puerta de entrada.

No obstante, Andrew posó sus ojos del tinte del agua transparente en Brian sin inmutarse. Brian cerró las manos en puños, tan fuerte que las uñas se le clavaron en las palmas. Si quería más, tenía mucho más de donde había proveniendo ese puñetazo.

—Tengo que hablar contigo y no me iré hasta que lo haga.

—¡Una mierda vas a hablar conmigo!

—Vamos a calmarnos todos —intervino Mica al salir de atrás de su esposo.

—¡Estoy calmado! —bramó más brusco de lo que pretendía y se arrepintió de haberse dirigido de esa forma a su hermana, más por el estado avanzado de su embarazo. Debía permanecer tranquila y hacer reposo, no involucrarse en reyertas de hombres.

—Micaela, ven a mi estudio —ordenó Derek sin apartar la vista de él y Andy, suponía que sopesaba si se matarían o no—. Ellos pueden arreglarse solos.

—Pero... —quiso protestar Mica.

—Solo que lo que rompan tendrán que pagarlo. —Derek aferró a Mica del brazo y tiró de ella hasta meterla en su estudio, luego cerró la puerta de un golpe.

—Si no te has ido en dos minutos, no respondo de mis actos, Andrew.

Brian aguardó y, al no tener respuesta, se aproximó a lo toro a embestir con los puños en alto. Andy alzó las palmas delante de su cuerpo y dio dos pasos hacia atrás.

—Él está tan hecho mierda como tú. —Esa frase detuvo a Brian en el acto—. Escúchame. Tan solo eso te pido, y luego me iré por dónde vine.

—¿Y qué haces aquí? ¿Por qué no estás con él?

—Eso mismo me gustaría preguntarte a ti. —Andy le ofreció una expresión de disgusto y enfado. ¡A él!—. Escapaste sin preocuparte por Nick. —Se acercó a Brian con paso decidido—. ¿Acaso una vez que ya lo habías usado, ya no te interesaba? ¿No te importa que esté herido por tu culpa?

—¿Mi culpa? ¡Él está contigo!

Andy tuvo el tupé de bufarle. Murmurando algo inteligible, Andy sacudió la cabeza y aventó los brazos al aire.

—¿Qué clase de abogado eres? Te crees la primera parodia que te ponen en frente.

—¿Parodia? —gruñó y Brian podía jurar que humo le brotaba por las orejas y que sus dientes ya debían ser planos de tanto que los rechinaba—. ¿Parodia me dices? —Aferró a Andy del cuello de su camisa y lo alzó unos centímetros, tan solo quedando este con la punta de los pies sobre el suelo. Tenía que reconocer que el tipo no mostraba temor ante la ferocidad de sus acciones—. ¡Explícame ya mismo si no quieres lamentarlo después!

—No estamos juntos —escupió Andy.

—Los vi besándose. —Brian lo soltó con brusquedad, y Andy trastabilló unos pasos hacia atrás.

—Bueno, eso —carraspeó y sonrió, lo que hizo que Brian gruñera— fue algo así como una puesta en escena. Tienes que entender, es mi mejor amigo, y tú lo habías lastimado. No quería que volvieras a hacerlo.

—¿Yo? Él fue el que me abandonó.

—¿Porque no lo respetabas!

—¿Él había prometido no presionarme! ¡Darme mi maldito tiempo!

—Sabías lo que él sentía por ti, no estabas siendo justo con él. —El silencio se tornó tan asfixiante. Brian se acercó a una de las puertas ventanas que daban al jardín y descorrió uno de los paneles un tanto para que entrara un poco de aire.

—No me buscó. —Lanzó una carcajada amarga. Esta murió enseguida. A decir verdad, no había prendido su móvil desde que había salido de Nueva York. No quería esperar una llamada que no sabía si vendría. Un cobarde, sí. Además, había querido relamerse las heridas aislado del mundo exterior, que no lo importunaran con llamadas del estudio o clientes—. Aún ahora eres tú el que está aquí. ¿Por qué mierda has venido?

—Tienes que regresar. —Brian lo miró con asombro y sacudió la cabeza mientras caminaba por la sala—. Él no está bien, no puede seguir así. Y puedo ver que a ti te pasa lo mismo. ¡No puedo creer que todos sean unos idiotas en cuanto al amor! ¿Por qué demonios desperdician tanto tiempo en tonterías y orgullos heridos cuando se aman con locura?

—¿Y a ti que más te da?

—Mira, no es que me agrada que esté contigo. A decir verdad, no creo que te merezcas a alguien de la calidad de Nick, jamás estarás a su altura y no lo has valorado lo suficiente...

—Créeme que sí lo he hecho.

Brian sabía qué tipo de hombre era Nick, lo perfecto que era en todos los sentidos y más que nadie sabía la oportunidad que había perdido de estar con él.

—Pero él te ama y no es feliz sin ti —prosiguió Andy—. Quiero que vuelvas y que lo hagas feliz.

—¿Qué pasa si no me quiere allí? No se ha contactado conmigo desde que me fui. —Bueno, eso en realidad no lo podía asegurar hasta que prendiera su móvil. ¿Tendría la valentía de hacerlo y constatar que no lo había llamado?

—Claro que no, ¿acaso tú lo has hecho? No, ¿verdad? Dos idiotas orgullosos.

Brian volvió a tomar asiento en el sofá. Se sostuvo el rostro con las manos y acomodó los codos sobre las rodillas, una postura abatida en su totalidad.

—¿Dices que él y tú no están juntos? ¿Entonces por qué lo manoseas a cada momento?

Andy lo observó por un rato hasta que se dejó caer junto a él. Brian esperó a que dijera algo, sin embargo, Andy se mantuvo en silencio, aunque su expresión evidenciaba cierta exasperación. Se volteó hacia Brian, puso un brazo sobre el respaldo del sofá y la pierna doblada sobre el espacio vacío entre ellos.

—Es mi mejor amigo y soy una persona demostrativa de manera física con la gente que quiero —le explicó con calma. Brian se reclinó y apoyó la nuca en el respaldo, con la mirada fija en el cielo raso—. Con esto me refiero a que voy a abrazarlo cuando me venga en gana, lo que no significa que me atraiga como otra cosa que como amigo. Quiero que esto quede claro. ¿Qué demonios pasa con los hombres Sanders que siempre creen que quiero quitarles a su pareja? Primero Mark con Keyla y ahora tú con Nick.

—¿Entonces no tienes nada con él? —La furia que lo había invadido se esfumó ante las palabras de Andy.

—¿Hablo en otro idioma? —Andy se inclinó hacia él—. ¿Regresarás? Sale un vuelo en un par de horas a Nueva York. Podríamos estar en él.

—¿Cuán mal está?

—Igual que tú, hecho un desastre, hombre.

—Si no te agrado, ¿por qué has venido?

—Dos simples motivos: uno es que él te ama...

—¿Te lo dijo con esas palabras? —Brian lo interrumpió ante la ansiedad que las palabras de Andy le generaron. ¿Nick había confesado que lo amaba?

—¿De verdad, Brian? Por favor, salta a la vista de cualquiera, y no, no lo ha dicho con esas palabras, pero me lo ha dado a entender.

—¿Y el segundo? —preguntó, exasperado ante la expresión altanera que le dirigía Andy. El tipo parecía creer que él era un idiota.

—Has tenido las pelotas suficientes de enfrentarte a tu hermana y confesarle la verdad. Eso ha hecho que subieras tu *ranking*, y créeme que estabas bien abajo.

—O sea, ahora te agrado. —Una media sonrisa recorrió el rostro de Brian.

—Yo no diría tanto. —Sin embargo, Andy también esbozó una sonrisa—. Solo una advertencia. La cagas y seré el primero en partirte esa bonita cara. ¿Está claro?

Capítulo 28

Giró la llave y abrió la puerta del apartamento con cierta vacilación. Apenas había dado dos pasos cuando la voz enfadada de Nick sonó desde la habitación.

—¡Andy, no necesito una maldita niñera! ¡Déjame solo!

Contuvo el ácido que le subió por la garganta al pensar en que Andy tenía llaves del apartamento de Nick. Claro que él ya lo sabía: esas llaves eran la causa de que pudiera entrar sin llamar en ese instante. Igual debió recordarse que Nick y aquel hombre con aspecto de actor de cine tan solo eran amigos y que si no fuera por obra de Andy, él no se encontraría allí.

Caminó hasta la habitación desde donde se escuchaba la voz que despotricaba y se le cortó el aliento ante la visión de Nick recostado a lo largo de la cama sobre su abdomen. El cabello desordenado le ocultaba la parte del rostro que no se hallaba enterrada en la almohada, tenía la espalda al desnudo con cada músculo bien definido y un pantalón de chándal que apenas le cubría las caderas.

Las ansias de correr y dejarse caer sobre él eran tan acuciantes que se sostuvo del quicio de la puerta para no enredarse con sus piernas convertidas en gelatina. Sacudió su cabeza ante ese pensamiento tan femenino. ¿Sus piernas en gelatina?

Dio una profunda inhalación y se aproximó a paso lento hacia el lecho; Nick debía de haberlo oído. Se giró en la cama y se elevó sobre un codo con el rostro teñido de enojo, a punto de, seguramente, volver a exigirle a Andy que se largara. Jamás llegó a pronunciar la frase, puesto que se topó con Brian apostado a su lado.

Nick aún seguía enmudecido cuando Brian se arrodilló en el suelo y tomó el rostro del hombre entre sus manos temblorosas.

—¿Brian, qué...? —Nick se interrumpió cuando Brian comenzó a acariciarle los pómulos con sus pulgares, con un aire perdido.

Brian quería confesarle todo lo que sentía, pero las palabras se le atascaron y no conseguía emitir alguna. Era tal el nudo que se había elevado hasta su garganta que parecía ahogarlo. Abrió la boca, y nada; los ojos se le

empañaron a medida que continuaba deslizando sus pulgares por aquel hermoso y masculino rostro que creyó que nunca más volvería a tocar. Dejó que sus otros dedos rozaran la aspereza causada por la falta de afeitado de un par de días. Dios, cómo le gustaba la sensación de sus yemas raspándose, de que no fuera una piel tersa y delicada, sino áspera y dura, masculina.

—Me asustas, bebé. ¿Qué sucedió? ¿Algo con tu hermana?

Brian negó con la cabeza, aún incapaz de hablarle. Temía que si cualquier palabra abandonaba sus labios comenzaría a llorar sin retorno. Repasó cada rasgo con la mirada, atesorándolos, memorizándolos.

Lo tomó por detrás de la cabeza y pegó su boca a la de Nick. Sus labios vagaron por los de él y deslizó su lengua, tentando y demandando por igual, hasta que Nick gimió y le permitió ingresar para profundizar el beso, el que se tornó embriagante y desesperado. Nick enterró los dedos en su cabello, y fue el turno de Brian de gemir y pegarse a su torso, elevándose en sus rodillas.

Nick era el hombre que había logrado penetrar las defensas tan bien erigidas de Brian y desarmarlo. En aquel beso, Brian saboreaba lo que vendría, lo que el futuro les destinaba. Un futuro que definitivamente lo recorrerían juntos. Sus ojos escocieron por las lágrimas que no se permitía derramar.

Chispas explotaron en él al moverse lentamente, saboreando y aprendiendo nuevamente la boca de Nick después del tiempo que habían permanecido separados. Su lengua deslizándose y tocando la de él. Un estremecimiento danzó en sus labios como una corriente estática, y Brian esperó escuchar un crepitar. Nick se aferró al frente de su camisa, sujetando a Brian como si este fuera a desaparecer, sin saber que a Brian no le sería posible. Junto a Nick era dónde él pertenecía.

—Espera —pidió Nick al separarse de él, pero Brian no dejó que lo hiciera lo suficiente. Descendió su rostro hasta que quedara hundido en la curvatura del cuello de Nick y ancló las manos a su espalda. Lo había extrañado tanto... Jamás había sentido tanta añoranza por un ser humano, como tampoco tanta felicidad de tenerlo entre sus brazos—. Traté de contactarte después del episodio con tu hermana, pero ya te habías ido —la voz de Nick se quebró—. Otra vez. No contestabas el móvil y... —Nick se interrumpió en cuanto Brian dejó escapar un sollozo y presionó el agarre a su espalda. Lo rodeó con los brazos y pegó a Brian contra él. —. Temía que esta vez no regresaras, pero lo hiciste... ¿Por mí?

Brian le concedió una afirmación con un breve ademán de la cabeza, sin ni siquiera elevarse del refugio del cuello de Nick. Esperaba hacerle sentir todo lo que no podía comunicarle en alta voz, que presintiera cuánto le costaba expresar sus sentimientos. Eso mismo era lo que provocaba el huracán emocional que vivía en ese instante y que lo tenía tan abrumado. Él, que tan hábil era para debatir en un juzgado, se hallaba enmudecido cuando sus emociones salían a la luz.

—Yo... siento tanto lo que sucedió con Micaela, Brian. —Nick le acarició el cabello con dulzura—. Nunca hubiera pretendido que te sinceraras de aquella manera.

—No me expusiste —dijo al fin con voz amortiguada. Apoyó la mejilla sobre el hombro de Nick, quien lo abrazaba con fuerza. El temor a que desapareciera de nuevo era evidente en el pelilargo. Y lo tenía justificado, ya era la segunda vez que se esfumaba para resguardarse en la casa de Mica. Pero se prometió que sería la última; ya no escaparía de Nick nunca más.

—Jamás lo hubiera hecho —afirmó Nick, sin dejar de acariciarle la cabeza con delicadeza—, por más que me quebraras por dentro.

El silencio se hizo entre ellos, que continuaban con el cuerpo de uno sostenido en el del otro.

—Fuiste tú el que me abandonó —aclaró Brian sin enmascarar el dolor en sus palabras.

Entendía por qué Nick decía que él había sido el quebrado, pero, ¡maldición!, a él lo habían abandonado con el corazón agujereado en un puto baño de un bar.

—El verte con Mor me estrujaba por dentro —confesó Nick al cabo de unos segundos—, no podía continuar con ello, con esa dualidad. Me hiciste mucho daño.

—Lo sé. Experimenté cuán difícil es ver a la persona que amas en los brazos de otra. —Ciñó los brazos alrededor de Nick y giró el rostro para darle un beso en el cuello, esperando que se percatara de lo que había dejado vislumbrar entre sus palabras. Tal era su miedo de que Nick no comprendiera la verdadera profundidad de sus sentimientos—. Cuando te vi besarte con Andy, creí morir. El suelo desapareció debajo de mis pies como en un maldito terremoto.

—No fue real.

Brian hizo un ademán afirmativo con la cabeza, dando a entender que lo

sabía.

—Él fue a buscarme. Gracias a Andy estoy aquí.

Pasaron unos segundos en que ninguna palabra fue dicha; disfrutaban de un contacto por tanto tiempo negado, permitiendo que las sensaciones los envolvieran y caldearan sus almas congeladas.

—No hace falta que me digas que me amas con todas las letras, lo sé — mencionó Nick, y Brian sonrió contra su hombro. Se preguntaba en qué momento Nick traería a colación la confesión entre líneas que había hecho minutos antes.

—Dios, Nick, no sabes cuánto. —Dejó escapar un suspiro largo y profundo, como si se sacara un gran peso de encima. Esperó que Nick hiciera eco de sus sentimientos, pero no agregó nada, por lo que Brian prosiguió—: Quiero una relación pública, no más disociaciones, que todos nuestros amigos compartan nuestra vida. Solo tendrás que tenerme paciencia con mis padres, aún no estoy listo para abrirme con ellos.

Se tensó ante la espera de la respuesta de Nick, tal era su miedo de que ahora él lo quisiera todo en una sola entrega. No era una puerta cerrada lo que le ofrecía Brian, sino que pedía algo de tiempo para preparar a sus padres y a él mismo para el enfrentamiento.

—Puedo con ello —dijo Nick, finalmente—. También te amo, Brian. Ven aquí, bebé. —Nick se deslizó en el lecho y palmeó a su lado—. Sube. —Y abrió los brazos.

Brian no se hizo rogar y se hundió en ese abrazo. Nick se inclinó hacia adelante y lo atrapó entre sus brazos, el calor del cuerpo y la firmeza del pecho del pelilargo caldeó a Brian desde adentro hacia afuera. Descansó la mejilla sobre su torso desnudo y le pasó un brazo por la cintura. Se perdió en aquel abrazo, en la sensación de Nick contra él. Se deleitaba con la cercanía a la persona que hacía que su corazón bombeara frenéticamente y le brindaba una felicidad infinita.

Más aún cuando cruzó la pierna por encima de Nick y esta se topó con la erección que portaba en la entrepierna. Fue como una colisión que hizo que su propio miembro saltara a la vida a lo monstruo de Frankenstein en medio de una tormenta eléctrica. Sin poder evitarlo, un gemido escapó de sus labios. Se estiró a lo largo del costado de Nick, una mano viajó hasta posarse sobre su pene y comenzó a frotarlo arriba y abajo.

Nick soltó un jadeo y bamboleó las caderas hacia arriba en búsqueda de

aumentar la fricción.

Brian inhaló para restablecer su control. Estaba tan excitado y nervioso como un virgen, pero en realidad eso era lo que era, dado que era la primera vez que le haría el amor a una persona. O quizás la segunda, pero la primera que se permitía admitir sus sentimientos.

—Te quiero dentro de mí —susurró Brian al oído de Nick. Le succionó un pezón y se deleitó con los sonidos que brotaban de los labios de su amante.

—Sí —resolló Nick. Aferró a Brian por las mejillas e introdujo la lengua en su boca de un solo envión, con tal lujuria que Brian se sentía arder por dentro. Pronto las ropas que los cubrían desaparecieron.

Nick se posicionó sobre él sin solarlo ni despegar los labios de los suyos. No quedaba resto del amable de Nick, tan solo un animal que buscaba liberación, y Brian no podía estar más excitado ante tal desenfreno que igualaba al suyo.

—Abre más las piernas para mí —ordenó Nick en un tono tan bajo y cargado de deseo que Brian tan solo gimió mientras acataba—. Así, bebé. — Nick tomó una pequeña botella plástica del cajón de su mesa de noche, la destapó y se embadurnó dos dedos con una buena porción de su contenido. Luego emplazó las falanges en la entrada de Brian y lo penetró con delicadeza a pesar del deseo que se plasmaba en sus rasgos duros. Se notaba en como su pecho se agitaba con violencia que Nick estaba al límite y que trataba de contenerse con un resquicio de sus fuerzas.

Brian se atajó del cabecero por encima de su cabeza a la vez que era estimulado y preparado para la invasión que tanto anhelaba. ¿Quién hubiera dicho hacía unos meses atrás que Brian estaría desesperado porque el pene de otro hombre ingresara en él? Él seguro que no, pero así era.

Cuando el miembro de Nick comenzó a entrar en él y Nick se reclinó sobre su cuerpo, fue como si fuegos artificiales estallaran en un cuatro de julio. Sus oídos se ensordecieron, su sangre corrió a borbotones y sus terminaciones nerviosas chisporrotearon. Enterró los talones en el colchón, aferró las sábanas con sus puños y su cuerpo formó un semicírculo perfecto. Un gruñido escapó de él, tan profundo que no pareció humano.

Hundió los dedos en el cabello de Nick, pegó los labios a los suyos y envolvió las piernas alrededor de sus caderas. Los bombeos, que habían iniciado a un ritmo pausado, se hicieron cada vez más frenéticos hasta tornarse violentos. Los gruñidos y jadeos eran un constante en el silencio que los

rodeaba. El sudor les cubría sus músculos, dándoles un tinte dorado por la luminosidad que entraba por la ventana sobre el cabezal.

—Más —gruñó Brian. Lo necesitaba fuerte y que le dejara una marca eterna en él. Lo precisaba a Nick y que lo hiciera suyo, que lo poseyera por completo, y eso era lo que el pelilargo hacía con cada potente embestida.

Nick tomó su miembro y lo masturbó con desenfreno, igualaba el movimiento de su cuerpo contra el de Brian en cada bombeo de su mano. Ninguna separación entre ellos existía, no era posible saber dónde terminaba Nick y comenzaba Brian. Dos personas convertidas en una.

No duraron mucho, a los pocos minutos ambos estallaron con un grito ahogado que brotaba desde lo más profundo de su ser. Agitados y con las respiraciones irregulares, se dejaron caer en el lecho, sin fuerza para hacer nada más que procurar que el aire entrara en sus pulmones. Sin embargo, sus manos se buscaron y enlazaron sus dedos mientras sus miradas permanecían fijas en el cielo raso. Acercaron sus cabezas hasta que se tocaran y Brian le dio un pequeño beso en la sien a Nick.

—¿Estás bien? —preguntó el pelilargo—. Eso fue un poco...

—Fue perfecto —concluyó Brian. Le pasó una mano por la mejilla e hizo que Nick volteara a mirarlo—. Increíble, maravilloso, *transportante* a un lugar que solo tú me haces conocer.

—Creo que *transportante* ni siquiera es una palabra.

Brian chasqueó con la lengua y le acarició la mejilla con la nariz.

—Sabes a lo que me refiero.

—Lo sé, bebé. —Nick lo miró por el rabillo del ojo—. Tampoco me había sucedido algo así antes, solo contigo.

Una sonrisa se amplió en el rostro de Brian.

—Bien —dijo con suficiencia y aún mayor engreimiento.

—Ah, mira a mi novio petulante —bromeó Nick, y de pronto la sonrisa del rostro se le borró.

Brian se percató de cómo lo había denominado y de que Nick pensaba que había incurrido en un error. «Novio». Le agradaba la etiqueta. Otras, como gay, hetero o lo que fuera, ya lo traían sin cuidado, pero esa... Esa sí la quería en su frente, en letras bien grandes.

—Bueno, puesto que mi «novio» me acaba de hacer ver las estrellas y parece que yo también se las he mostrado a él, debes darme la licencia de

presumir, ¿verdad?

Antes de que pudiera ni siquiera parpadear, Nick saltó sobre sus caderas en un movimiento rápido y unió sus bocas en un beso que hizo que su miembro se sacudiera un tanto.

—Te amo —dijo Nick con voz ronca—. Sé que tú también —agregó ante la falta de respuesta de Brian.

Brian le tomó una mano y la emplazó sobre la parte izquierda de su pecho.

—Jamás dudes que el sentimiento anida aquí. Solo tengo que adquirir práctica en verbalizar mis emociones.

—No necesito las palabras, bebé. Con los hechos es más que suficiente.

—Entonces te daré hechos a montones, tantos que no podrás mantenerte en pie.

La boca de Nick acalló a la de Brian. Gemidos volvieron a poblar el silencio de la habitación hasta terminar saciados, sin aliento y acurrucados uno contra el otro.

Epílogo

—¿Qué? —preguntó Nick, pasando la mirada por cada integrante de la mesa larga a la que estaban sentados en el bar Molly's.

Se trataba de la habitual salida que realizaba con sus compañeros al término del trabajo, a la que también se habían sumado Gabe y Brian. Lo que no comprendía era la causa del escrutinio al que era sometido por sus amigos. Se habían comportado de manera extraña durante gran parte de la velada.

Miró al hombre que tenía a su lado y le deslizó los dedos sobre el brazo, en cuanto captó su atención, le regaló una breve sonrisa. Desde que había regresado de Los Ángeles, Brian no se había separado ni un segundo de él, salvo para concurrir a su despacho. El serio abogado aún se incomodaba al demostrarse afectuoso en público, como al tomarse de las manos o besarse, pero Nick tenía que concederle que intentaba ser más flexible y relajarse. Ya sus amigos conocían la naturaleza de su relación; claro que no había forma de ocultarlo luego de la acusación que la hermana de Brian había dejado caer sobre Nick frente a todos ellos unos meses atrás.

Casi parecía estar viviendo un sueño, jamás se había sentido más feliz en su vida. El que Brian, quien él había reconocido como su otra mitad nada más verlo, correspondiera a sus sentimientos, lo que en un primer momento tan solo parecía una ilusión, se había convertido en un hecho increíble, imposible de describir. Pero tan real que hacía que su ser flotara.

Se giró hacia un lado y susurró en el oído de Andy, quien se hallaba a su otro lado:

—¿Por qué todos me miran así?

—¿Así cómo?

—No lo sé, las mujeres, con una sonrisa bobalicona, y los hombres están... raros.

—No tengo idea de qué hablas —dijo, y al segundo Nick supo que mentía, lo conocía mejor que nadie y podía reconocer las sutiles evidencias en sus gestos—, quizás Brian sepa algo.

—¿Brian? —Acto seguido, se volteó hacia su novio—. ¿Qué es lo que...?

—Ya es hora... —avisó Key a Sam y Charlie; las tres enfocaron sus ojos

hacia él, y lo que iba a preguntar quedó suspendido en el aire. Algunos se daban codazos entre ellos para llamarse la atención. Los vellos de la nuca se le erizaron. ¿Qué mierda le pasaba a todo el mundo?

Un carraspeo captó su interés. Al girarse, constató que Brian se había elevado del asiento. Conectó la mirada con aquellos ojos azulinos que amaba, y el rubor que teñía sus mejillas lo sorprendió. No creía haberlo visto nunca de esa manera, tímido y algo avergonzado, aunque mantenía esa sexi sonrisa ladeada. Entrecerró los ojos. ¿Qué demonios ocurría?

—Ante todo debo decirte que necesito aún más tiempo con mis padres. No estoy preparado para hacerles frente aún.

—Lo sé, bebé. No tenemos apuro.

De pronto, Brian hincó una rodilla en el suelo, y el color se drenó del rostro de Nick al tiempo que el aliento se le atascó en la garganta. Y cuando Brian elevó una pequeña caja forrada en terciopelo azul oscuro sobre su regazo, se le detuvo la respiración y los ojos se le abrieron como dos platos.

—Quizás sí lo tengamos. —Hizo una breve pausa y sonrió—. Quería hacer esto frente a nuestros amigos, enmendar lo que comenzó en el ocultamiento, darle un comienzo que demuestre cuán orgulloso estoy de nuestro noviazgo, cuánto te respeto y, más aún, cuánto te amo. Que no temo al qué dirán ni me interesa, tan solo quiero que nuestras vidas se unan y solo concibo que lo hagamos a la antigua. —Brian tomó aire y, con una sonrisa de oreja a oreja, añadió—: Así que, Nicholas Bale, ¿quieres casarte conmigo?

—Espera un segundo —pidió, y se volvió hacia Andy—. Contéstame, ¿acaso estoy soñando? —susurró por las dudas de que se despertara y todo desapareciera.

Andy casi lanza una carcajada ante su pregunta.

—No. Es muy real.

—Bien. —Volvió a encarar a Brian, quien lo miraba con aquella vulnerabilidad que solo dejaba que él vislumbrara, y lo tomó del rostro para darle su respuesta a través de lo primero que los había unido: un beso, dulce y tranquilo. No tenía apuro, poseía el resto de sus vidas para disfrutarse y, más importante aún, amarse.

Si te ha gustado

Despertar a tu lado

te recomendamos comenzar a leer

Mi primer gran caso

de Javier Holmes



Mi primer gran caso

JAVIER HOLMES



SELECCIÓN

Novela negra

PREFACIO

Eran las ocho de la mañana de un viernes cuando Marisol aparcaba su coche en el parking de uso público situado en una céntrica calle del barrio de Salamanca, en Madrid, y entraba en la sucursal bancaria de la que era directora desde hacía más de cuatro años. Como de costumbre, su bolso negro, que más que bolso aparentaba ser una mochila, por su tamaño y por cómo acostumbraba a llevarlo asido a la espalda con las dos correas, iba repleto de utensilios, todos ellos totalmente necesarios. Pero a diferencia de otros días, en su interior, además de lo habitual, había un elemento nuevo. Una cacerola vieja y oxidada dentro de una bolsa de plástico de un supermercado.

Siempre acostumbraba a ser la primera en entrar, ya que la llave de apertura de la oficina solo la tenía ella, el subdirector Antonio y Pepa, que, aunque tenía cargo de gestora comercial, podría decirse que actuaba como persona de total confianza de la directora.

Los viernes, las normas que determinaban el vestuario se relajaban un poco y, por eso, hoy no acudía a la oficina con los habituales zapatos de tacón alto y su traje chaqueta formal con casaca, preferiblemente del color rojo corporativo del banco. Trataba de mantener siempre una imagen intachable ante sus compañeros, a los que no se cansaba de repetir que la presencia de una persona caminaba unos metros por delante de ella y era lo primero que los demás percibirían. No obstante, hoy se había relajado un poco más que el resto de viernes y se había atrevido a acudir a la oficina con unos pantalones vaqueros negros y sandalias de medio tacón del mismo color.

Una vez abierta la puerta de seguridad que daba acceso a la oficina, comenzaba el rito habitual de todas las mañanas y que se iniciaba con la desactivación de la alarma que tenía conexión directa, además de con la central de alarmas de la compañía prestadora del servicio, con el departamento de seguridad del banco y con la propia comisaría de policía.

Enchufaba la cafetera para que se calentase el agua mientras encendía el ordenador portátil y la impresora y se daba a continuación el capricho de disfrutar de unos minutos de relax que aprovechaba para tomarse el café, siempre solo y sin azúcar, mientras se quitaba los zapatos de tacón y frotaba la planta de sus pies contra el suelo enmoquetado. Era su dulce momento, que precedía a la vorágine cotidiana consecuencia de la avalancha de clientes que, en la mayoría de las ocasiones, más de las deseadas, pedían tratar exclusivamente con la directora.

Así esperaba la llegada de sus compañeros, que no tardaba en producirse y que venía acompañada de escuetos saludos cargados de desgana.

Pero ese viernes era diferente a otros. Ese día recibirían una cantidad importante de efectivo, según había comunicado un cliente preferencial que dijo haber cerrado un importante negocio. Marisol, de acuerdo a las instrucciones que tenía de sus superiores, debería haber notificado que se iba a producir el ingreso para que se hubieran activado las medidas especiales de seguridad, a la vez que organizar el traslado inmediato del dinero a la caja central del banco. Más tarde, y según el protocolo establecido, debería haber avisado a las autoridades financieras del ingreso en efectivo en previsión de un posible delito.

Pero no hizo ninguna de las dos cosas.

Era viernes y el fin de semana llamaba a la puerta cada vez con más denuedo. Hacía no mucho había llegado el verano y el pronóstico de calor invitaba a la escapada de fin de semana. Por eso, a las tres de la tarde ya estaba comenzando el desfile ordenado de todos los empleados que se apresuraban a marcharse para evitar, en la medida de lo posible, los atascos en la autopista de salida. La última que Marisol vio salir fue a Pepa, que se iba a Sevilla a pasar el fin de semana con unos amigos. Se despidió de ella con dos besos y un abrazo, a la vez que se deseaban unos felices días de asueto. La directora, poco más tarde, ya sola en la oficina, se tomó el que sería su último café de la jornada laboral y se quitó de nuevo los zapatos, al igual que hizo a primera hora de la mañana, pero esta vez para poner los pies sobre la mesa y cerrar los ojos mientras degustaba con deleite su café, solo y sin azúcar. Unos minutos después, ya más relajada a pesar de la cafeína, salía apresurada hacia su coche para recoger una maleta vacía que esperaba paciente en el maletero.

Una hora y cuarto más tarde, volvía a salir del banco con la maleta

menos vacía y el bolso más ligero. Cumplió el protocolo establecido y activó la alarma a la vez que cerró la puerta de seguridad como hacía todos los días. Caminó tranquilamente por la calle, vacía de transeúntes, hacia el garaje donde estaba su coche y cargó la maleta en él. Justo al lado de otra gran maleta que, esta sí, contenía toda la ropa que le fue posible meter de forma precipitada la noche anterior, diezmando considerablemente su armario. Y giró la llave de contacto para arrancar el motor.

Con las manos en el volante y el coche con el motor en funcionamiento, dedicó unos minutos a cerrar los ojos y disfrutar del silencio que en ese momento se escuchaba en el parking. Abrió los ojos, cogió el móvil de su bolso y buscó en la carpeta de contactos a Luis Marín, su jefe de zona y superior inmediato. Le envió un mensaje telefónico diciendo que había llegado un ingreso importante a última hora de la mañana y que no lo había comunicado formalmente debido a la hora tardía en que este se produjo y a la cantidad de clientes que no habían parado de entrar como siempre solía ocurrir los viernes antes del cierre. No obstante, le dijo, el dinero se encontraba perfectamente custodiado en la caja fuerte de la oficina.

¿Por qué puso ese mensaje no siendo necesario en ese momento?, la explicación para ella era sencilla, no quería que Luis se enterase del ingreso extraordinario de dinero por un tercero y que, ante la falta de comunicación por parte de la directora de la sucursal, sospechase algo. El subdirector y él eran amigos y en ocasiones quedaban para salir a cenar con sus respectivas parejas. Casi siempre en viernes por la noche, y ese podía ser uno de ellos.

Puso el móvil en el asiento del acompañante y encendió el reproductor donde giraba un disco de música que había previsto para la ocasión, y mientras sonaban Los Scorpions, metió la primera y se dispuso a un largo viaje que inició con los primeros acordes de Wind of Change. Vientos de cambio eran los que entraban por su ventana abierta, sobre la que llevaba el codo izquierdo apoyado, mientras la otra mano gobernaba el volante tal y como solía hacer habitualmente mientras conducía.

Su meta era Albacete; así se lo había dicho a todos sus compañeros cuando intercambiaban información sobre cuál sería el destino para el fin de semana. Su destino real, Lisboa. Pero este era solo una escala.

Dos días más tarde y un fin de semana de por medio, Marisol acudió a su oficina a primera hora de la mañana para garantizar que sería la primera en llegar y disponer así de tiempo suficiente antes de que llegasen sus compañeros. Necesitaba de un poco más de margen que cualquier otro día. Aparcó el coche en su plaza habitual. A esa hora tan temprana, casi todas las mañanas podía elegir y estacionaba el coche siempre en la misma plaza. Descargó una de las dos maletas que había en el maletero del coche, dejando la otra, la más grande, dentro, y salió hacia la oficina del banco.

El viaje desde Lisboa con destino lejano e incierto no pudo ser posible. El miedo atenazó su decisión final. Durante el viaje de más de seiscientos kilómetros en coche, no consiguió deshacerse de unos remordimientos que se habían subido al vehículo sin su permiso y que no quisieron apearse de él durante todo el trayecto hasta la capital portuguesa, a pesar de habérselo solicitado insistentemente. A punto estuvo en una cafetería de la vía de servicio de la autopista A5, muy cercana a Mérida, de darse la vuelta. Pero no lo hizo y continuó hasta la capital lusa, desde donde dos días más tarde saldría de nuevo hacia Madrid, con el mismo equipaje con el que partió inicialmente, para reencontrarse con su vida.

Nada más salir del coche, con la maleta de la mano deslizándose sobre sus ruedas, su bolso negro colgado en la espalda y con su característico andar calmo, se aproximó a la sucursal. Según caminaba, la tensión nerviosa se apoderaba de ella mientras, incapaz de contenerla, una lágrima recorría su rostro estropeando el esmerado maquillaje que unos minutos antes se había puesto dentro del coche auxiliándose con el espejo retrovisor.

Pero no todo iba a ser tan sencillo como esperaba la arrepentida directora. La zona estaba acordonada y la policía custodiaba la entrada de la sucursal. Un sudor frío recorrió todo su cuerpo a la vez que seguía caminando hasta la oficina, más por consecuencia de la inercia que por otra razón.

Después de identificarse necesariamente, un oficial de policía le explicó que habían robado la oficina sustrayendo el dinero de la caja. Parece ser que Pepa, su asistente, había decidido acudir mucho antes de lo habitual y se había encontrado la caja fuerte abierta.

El amable agente de la ley, intuyendo el susto que se había llevado Marisol y viéndola tan cargada de peso, colaboró arrastrando la maleta hasta la oficina donde se encontraba el inspector a cargo de la investigación. En ese momento, la directora, que estaba segura de que su próximo destino sería el calabozo policial, no se esperaba lo que iba a encontrarse más tarde, ya dentro de la oficina.

Un inspector de barba canosa y porte recio, con cara de pocos amigos, estaba en su despacho, en la silla en la que habitualmente Marisol se descalzaba todas las mañanas. No llevaba uniforme, por lo que se identificó mientras ella tomaba asiento en la silla que normalmente era para sus clientes. Pero hoy no, hoy en ella se acomodaba la directora de la sucursal.

Después de que ambos estuvieran ya sentados frente a frente, el inspector comenzó a tomarle declaración a la vez que de forma escueta le iba relatando lo sucedido. Pepa, al llegar la primera a la oficina, abrió la puerta, desconectó la alarma y al instante percibió que la oficina no estaba como debía estar, fue a la caja fuerte y se la encontró abierta y con visibles signos de destrucción en la cerradura. Así que llamó a la policía. Pepa, le comunicó el investigador de la policía, había declarado tener permiso de la directora para abrir el banco por las mañanas en caso de ser la primera en llegar.

Marisol no entendía lo que había sucedido. Por supuesto que Pepa tenía permiso para abrir la puerta y desconectar la alarma. Su corazón latía más fuerte que nunca dentro de su pecho y su ritmo cardíaco amenazaba con delatar su nerviosismo ante el inspector.

¡La cerradura estaba destruida!, le había dicho el policía a cargo de la investigación. Pero cuando ella el pasado viernes había abandonado la oficina, la caja fuerte estaba intacta, no necesitaba destruir la cerradura para abrir la caja. Vacía sí, pero la dejó intacta.

¿Qué había ocurrido mientras ella, cargada con sus maletas, había ido a tierras portuguesas para, al día siguiente, presa de una pesada aflicción que no pudo superar, volver de nuevo a su oficina?

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Contenido
Nota de autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

Promoción